LOS HECHOS POLITICOS DEL SIGLO XX

Ficha editorial

Editor Ejecutivo:
Raúl E. Paggi

Consejo de Administración:
Stella M. L. Paggi
Ing.: Alejandro Lorenzo
Dr.: Alcides A. Lorenzo

Director:
Juan Manuel Prado

Dirección editorial:
Virgilio Ortega
y Carlos Gómez

Director de redacción:
Guillermo L. Díaz-Plaja

Hemerografía:
Fernando Lara

Hemeroteca:
Hemeroteca Municipal
de Madrid

Compaginación:
Ferran Cartes

Diseño cubierta:
TIEMPO/BBDO

Colaboradores
de este volumen:
Rafael Abella
Carlos Alfieri
Miguel Angel Bastenier
Luis Ignacio López
Mateo Madridelos
Alberto Szpunberg

Publicado por:

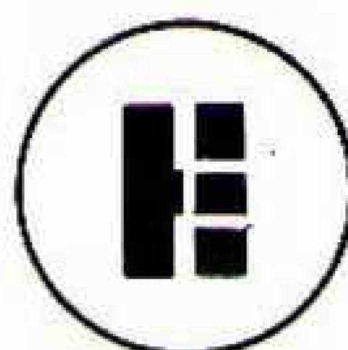
Hyspamérica Ediciones, S. A.
Madrid - ESPAÑA

Hyspamérica Ediciones
Argentina, S. A.
Corrientes 1437, 4.º piso
(1047) Buenos Aires - **ARGENTINA**
Tels.: 46-4385/4419/4484

ISBN (fascículos) 84-7530-009-X
ISBN (obra completa) 84-7530-008-1
ISBN (tomo 2) 84-7530-011-1
D. L. B. 6771-1982

Fotocomposición, fotomecánica,
impresión y encuadernación:
PRINTER industria gráfica, S.A.
Provenza, 388. Barcelona-25

LOS HECHOS POLITICOS DEL SIGLO XX



HYSPAMERICA

Indice

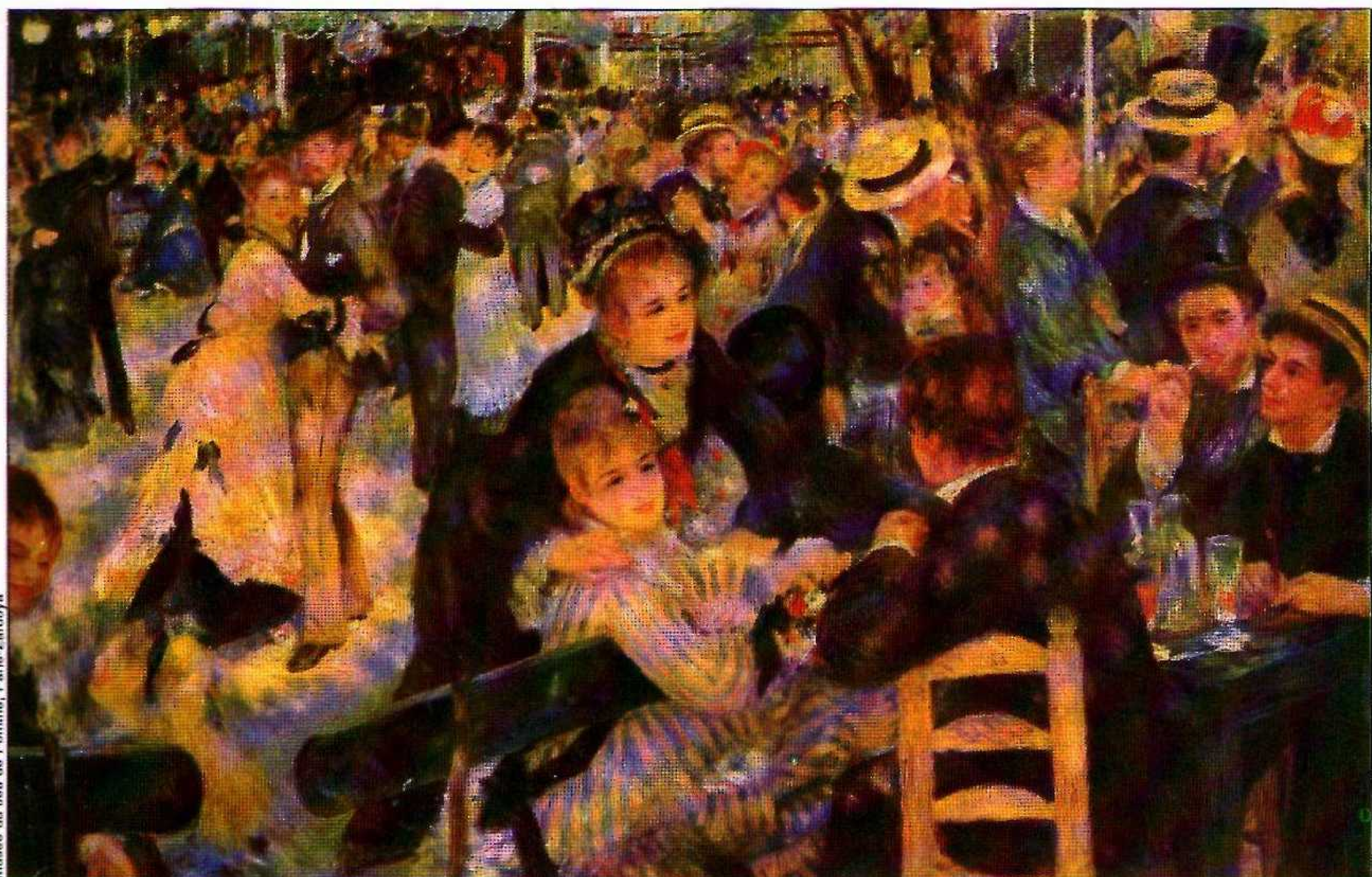
La «belle époque»

Europa a principios del siglo XX

Néstor Luján,
escritor

Compás de espera entre el final del siglo XIX y el estallido de la Primera Guerra Mundial, la «belle époque» fue más un modo de entender la vida que una sucesión de hechos concretos. El bienestar económico alcanzado por la clase burguesa se reflejó en sus costumbres refinadas y frívolas. Aunque anterior en el tiempo, el célebre cuadro Le bal au Moulin de la Galette *(1876), de Pierre-Auguste Renoir, anuncia el alegre ambiente parisiense de aquellos años que la memoria nostálgica de los cronistas recuerda como una «bella época».*

La «belle époque» constituye un fenómeno complicado, cuyo impreciso comienzo puede situarse entre 1885 y 1890, aunque se suele fijar en 1900, y cuyo final lo marcó el mes de julio de 1914, con el estallido de la Primera Guerra Mundial. Por lo general fueron años de optimismo, de esperanza, en los que germinaron los grandes inventos y las grandes corrientes del pensamiento y del arte de nuestro siglo. Fueron también años de agitación social, en los que tuvieron su origen la revolución comunista y los nacionalismos totalitarios de tipo fascista. Pero, ¿qué se conoce por «belle époque»? Un conjunto de hechos sociales, culturales y políticos, casi exclusivamente circunscritos al ámbito europeo, producto de una concepción burguesa y hedonista de la vida, que se centran, sobre todo, en una ciudad-símbolo: París.



Musée du Jeu de Paume, París-Zardoya

El fabuloso Transiberiano

Rusia, que ya había tenido su primer tren en 1836, conoció un gran desarrollo del ferrocarril a finales del siglo XIX. La línea del Transcaucasiano fue construida entre 1871 y 1883; la del Transcaspiano se inició en 1885 y se inauguró en 1898, y la del Transiberiano, cuya construcción comenzó en 1891, fue prácticamente acabada en 1904.

Considerado como una de las maravillas del siglo XIX, el Transiberiano ligaba Moscú con Vladivostok, y mediante la compañía Wagons-lits, enlazó desde 1906 con los Ferrocarriles del Este Chino, en un contrato que duró doce años. Ello permitía llegar hasta Shanghai. El precio de un billete Londres-Shanghai era ligeramente inferior a setenta libras, una verdadera fortuna para la época.

En 1909, un anuncio del Transiberiano señalaba que uno de los maquinistas era peluquero, otro enfermero diplomado, que había una farmacia a bordo y que se podía pedir por telegrama que un médico esperara al tren en una estación intermedia, además de en las paradas previstas. La dotación del tren era de diecisiete hombres, y el viaje de San Petersburgo a Vladivostok duraba nueve días. El desayuno se servía de siete a diez de la mañana, la comida a las doce y la cena a las seis de la tarde. Había vagones tan lujosos que hoy parecen un sueño. Pero era preciso ser tan rico como el multimillonario norteamericano Vanderbilt para reservarlos, cosa que precisamente hizo aquél en uno de sus viajes a Rusia. Era el célebre vagón 725, que muy pocas veces se enganchaba al tren en razón de su elevado precio. La biblioteca del tren tenía más de cien libros en los cuatro idiomas en que se podía hablar con revisores y criados: ruso, alemán, francés e inglés. Para los trenes que enlazaban con Pekín y Shanghai —nueve al mes— había revisores que hablaban chino.

La gran saga de los trenes de lujo de la «belle époque» fue extraordinaria: el tren azul, que iba de Calais a Niza; el Orient Express, que cruzaba Europa hasta Estambul, el Nord Express que cubría Londres, Ostende, Bruselas, París, Berlín y San Petersburgo y el fabuloso San Petersburgo-Cannes Express, el tren de los grandes duques, que unía Rusia con la Costa Azul a través de Viena.



A.G.E.

París, la ciudad

En la «belle époque», París fue la capital del mundo. Y el corazón de París, los bulevares. A finales del siglo XIX, cuatro de ellos constituían el eje de la vida cosmopolita parisiense: Madeleine, Capucines, Italiens y Montmartre, donde se encontraban los más prestigiosos restaurantes —Voisin, Larue, Prunier, Lucas Carton, Paillard, Durand, Maxim's—, los principales cafés literarios —Napolitain, Tortoni, Weber, Café Anglais, Grand Café, Café de París...—, y donde periodistas, artistas, políticos, escritores y aristócratas dilapidaron aquel fecundo ingenio que París jamás volverá a tener.

Nadie puede imaginar hoy París sin la silueta de la Torre Eiffel. Y, sin embargo, sólo existe desde la Exposición Universal de 1889. El ingeniero francés Alexandre-Gustave Eiffel (1832-1923) tuvo que construir su torre de más de 300 m de altura ante el horror y las críticas de los viejos parisienses. Alphand, director de los trabajos de la Exposición, recibió en 1887 un escrito que comenzaba de la manera siguiente: «Los firmantes, escritores, pintores, escultores, arquitectos, amantes de la belleza hasta ahora intacta de París, queremos protestar con todas nuestras fuerzas, en nombre del arte y de la historia de Francia amenazados, contra la erección en pleno corazón de nuestra capital de la inútil y monstruosa Torre Eiffel, que la mordacidad pública ha bautizado ya con el nombre de Torre de Babel.» La petición iba acompañada de los epítetos más ofensivos contra la «masa bárbara» de la torre. Firmaban esta petición trescientas personalidades, entre las cuales estaban los pintores Meissonier y Bonnat, el arquitecto Charles Garnier, el músico Charles Gounod, los autores teatrales Sardou, Alejandro Dumas hijo y François Coppée, los poetas Leconte de Lisle y Sully-Prudhomme, los novelistas Guy de Maupassant y J. K. Huysmans...

Un día, el viejo, desastrado y adorable poeta Paul Verlaine abandonó sus sórdidos cafés; tomó un coche de punto y ordenó al cochero que le llevara hasta la torre en construcción. Cuando llegó cerca de ella sacó su carátula de fauno, lívida e impúdica, por la ventanilla, contempló aquel monstruo metálico y exclamó: «¡Cochero, atrás! ¡Dé media vuelta! Es horrendo, odioso, innoble...»

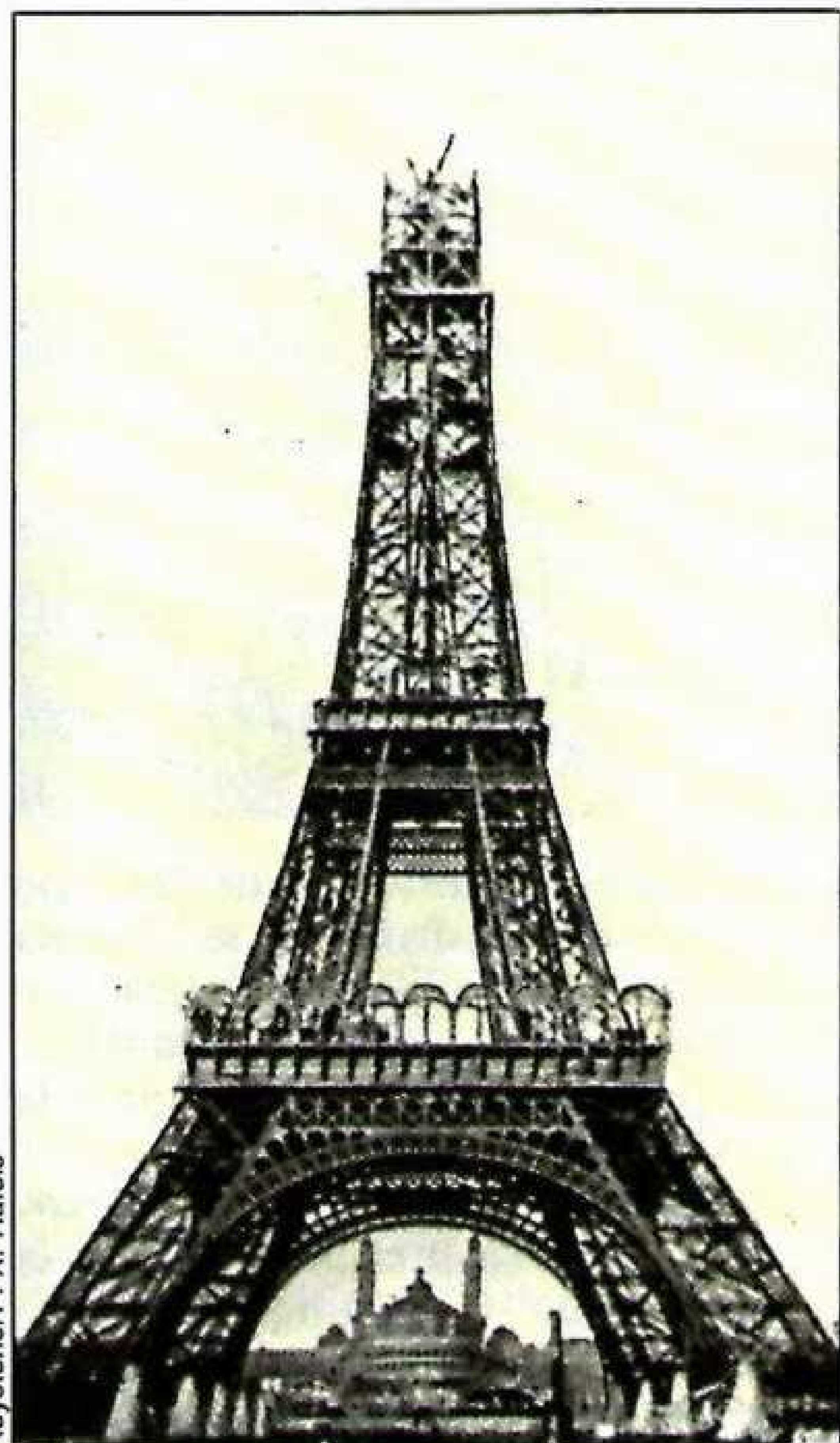
De Viena a Londres

Después de París, donde jamás se han vuelto a ver tantos teatros, tantos diarios, tantas revistas literarias, tanta alegría superficial, venía la imperial Viena, que fue otra capital de la «belle époque». Viena era considerada entonces como un mundo delicado para el más frágil placer. Los valses, las operetas, las suntuosas fiestas palacie-





Roger-Viollet



Keystone/F. X. Rafols

En ambas páginas, una calle de París en 1900; los tranvías empezaban a desbancar a otros sistemas de transporte público.

En esta página, arriba, el Itala *del príncipe Borghese aclamado en París. Había ganado el* raid *Pekín-París tras sesenta días de viaje (10 de junio-31 de agosto de 1907), en una época en que las carreteras eran aún un lujo de Occidente.*

Sobre estas líneas, la Torre Eiffel en diciembre de 1888.

gas, los uniformes militares, la ópera, la alegría de las tabernas, el romanticismo rumoroso de sus bosques, hacían creer que era una ciudad tan sólo para cantar, para amar, para bailar.

Francisco-José I (1830-1916) resume toda la «belle époque» de Viena. Casi tres cuartos de siglo de aquella presencia, entre imponente y vulgar, permitieron que varias generaciones de vieneses lo consideraran como la más pura representación de la monarquía austro-húngara y de la ciudad misma. En los últimos años, Francisco-José vivió taciturno, esclavo de su deber imperial, gozando de la simpatía de todos los ciudadanos, no sólo porque había presidido un estado de espíritu, sino por las reformas que sufrió Viena. La trágica vida privada del emperador —suicidio de su hijo en Mayerling, asesinato de su esposa, la bellísima emperatriz Isabel, y, finalmente, asesinato de su sobrino y heredero en Sarajevo, que desencadenó la Primera Guerra Mundial— fue el contrapunto dramático de aquella ciudad maquillada y soberbia.

Pero el escenario de la «belle époque» no acababa en Viena, sino en Budapest, capital aristocrática, ceremoniosa y ritual, y aun más allá, en Bucarest, fortaleza de la distinción europea ante Oriente.

Y no hay que olvidar, en lo que respecta a los fastos agónicos, los de la Rusia zarista de Nicolás II (1868-1918), el gran momento de los marajás de la India, las gloriosas y alegres vacaciones de los multimillonarios norteamericanos en Europa, la presencia de los grandes duques rusos en la Costa Azul y, luego, la Inglaterra imperial, que tuvo durante unos años el tipo más «belle époque» parisiense que se haya dado: el epicúreo e inteligente Eduardo VII (1841-1910).

El automóvil...

La «belle époque» conoció el desarrollo de la energía eléctrica, del automóvil, la radio, el avión, el cinematógrafo, el teléfono automático, ...

De hecho, el primer vehículo automóvil a vapor fue inventado por el francés Nicolas-Joseph Cugnot (1770); tenía tres ruedas y no podía desarrollar mayor velocidad que cualquier carruaje tirado por animales. Hubo que esperar a la invención del motor de explosión para que los vehículos automóviles fueran prácticos. Y este invento se debió a un alemán: Gottlieb Wilhelm Daimler, que en 1886 fue el primero que lo aplicó al automóvil. En Francia, Panhard y Levassor hicieron lo mismo en 1891, y en 1895 empezó a usarse el neumático. La gran industria francesa del automóvil la impulsó Louis Renault en 1898, y en 1908, el Ford-T, creado en Estados Unidos, fue el primer automóvil construido en serie sobre una cadena de montaje.

La efímera historia del zeppelin

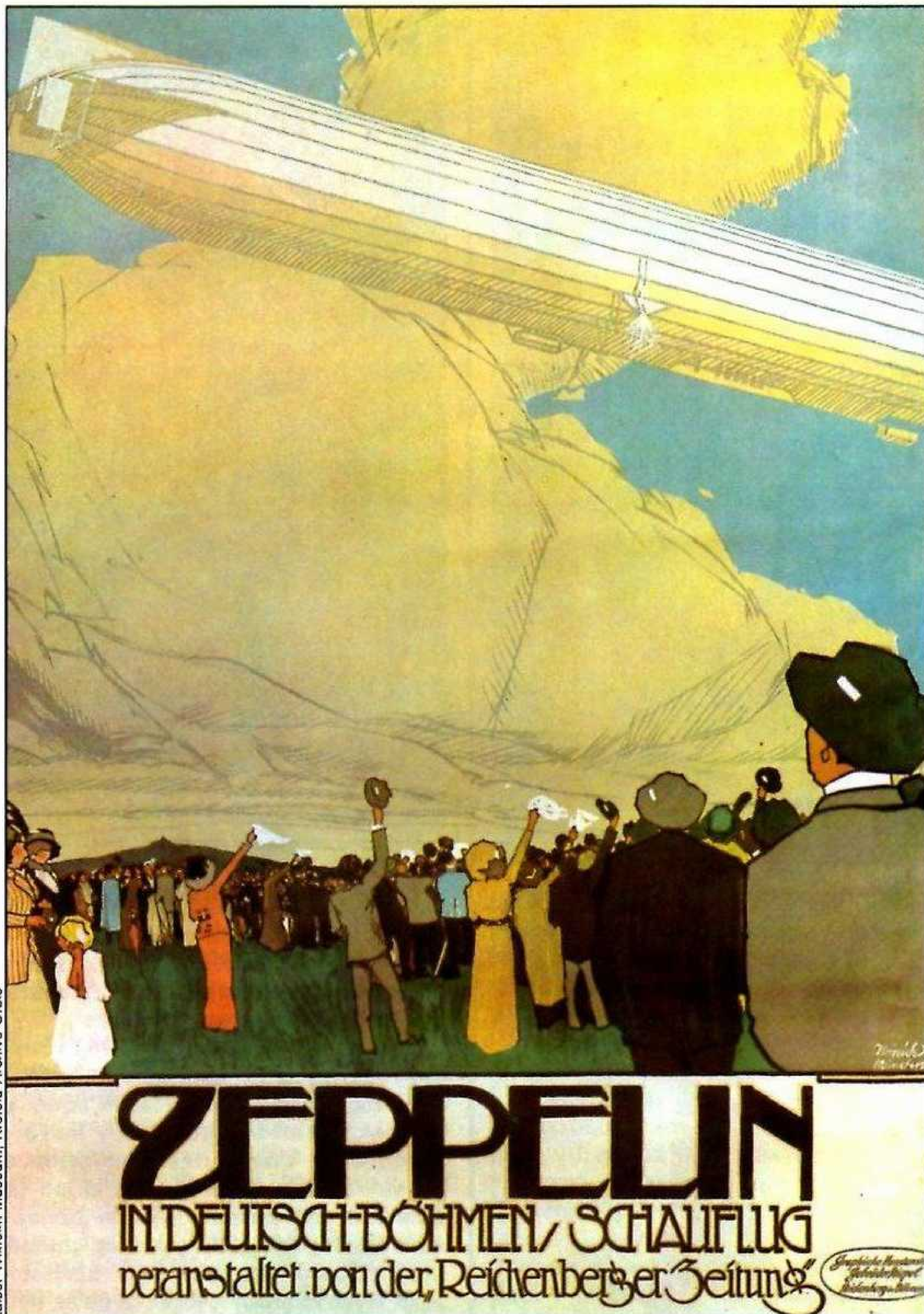
Durante un tiempo pareció que el futuro de la aviación tenía que ser el zeppelin, *es decir, el dirigible de tipo rígido con una estructura metálica de duraluminio, dividido en diversas cámaras y recubierto con una tela de algodón gris plata. La cámara o célula de gas se alojaba en un globo sustentador e independiente, inflado con hidrógeno o helio. Estos gases aseguraban la propulsión de la aeronave.*

El nombre de zeppelin *se debe al conde Ferdinand von Zeppelin (1838-1917), militar e industrial alemán que tomó parte en la guerra de Secesión de Estados Unidos y luego en la guerra de 1870 contra Francia. General en 1891, en su retiro se dedicó a la construcción de dirigibles. El 2 de julio de 1900 ensayó sobre el lago Constanza su primer aparato, el Z-1. Después de otras tentativas obtuvo, a partir de 1905, y no sin dificultades, el apoyo del gobierno alemán, y pudo fundar en 1908 las fábricas que llevaban su nombre y que construyeron un total de 119 dirigibles.*

Durante la Primera Guerra Mundial, los dirigibles bombardearon París, Londres y Bucarest. Muchos de ellos resultaron destruidos durante las incursiones, mostrándose más vulnerables que los simples aviones. Después de la guerra fueron explotados comercialmente, y en 1928, el Graf Zeppelin, *capitaneado por el doctor Eckener, realizó la travesía del Atlántico y la vuelta al mundo. A partir de 1932 se llevaron a cabo una serie de viajes regulares, transportando viajeros, mercancías y correos. En conjunto, el* Graf Zeppelin *realizó casi 600 vuelos comerciales. Su explotación era, por tanto, paralela a la de la aviación comercial, pero cuando el* Hindenburg *se incendió el 6 de mayo de 1937, al aterrizar en Estados Unidos, la muerte de trece personas hizo que la opinión pública se volviera contra este sistema de navegación. La Segunda Guerra Mundial acabó con la fabricación de los zeppelines, que en la «belle époque» habían abierto un camino esperanzador a la aviación.*

En esta página, cartel anunciador del vuelo de exhibición de un dirigible zeppelin, organizado por un periódico alemán (1913).

En la página siguiente, arriba, partido de tenis, deporte que ganó adeptos en la «belle époque»; abajo, primer vuelo de los Wright (1903).



Kaiser Wilhelm Museum, Krefeld-Archivo Orbis

...y el avión

El deseo humano de volar es antiquísimo, como lo demuestran la leyenda de Ícaro y los célebres y complejos diseños de Leonardo da Vinci. En la segunda mitad del siglo XIX, el alemán Otto Lilienthal y el americano Octave Chanute llegaron a volar —un vuelo corto y gallináceo— gracias a unos ingenios cuya silueta tenía forma de murciélago. Clément Ader les aplicó un motor a vapor en los años que van de 1890 a 1897; de hecho, parece ser que fue el primero que voló en un aparato «más pesado que el aire». En Estados Unidos, los hermanos Orville y Wilbur Wright comenzaron sus vuelos a motor en 1903, aunque sus aparatos eran muy inestables y sufrieron múltiples accidentes. La primera gran hazaña de vuelo a motor la llevó a cabo el francés Louis Blériot, que el 25 de julio de 1909 atravesó el Canal de la Mancha partiendo de Francia. Esta proeza tuvo una enorme resonancia, y a partir de entonces se consideró seriamente a la aviación.

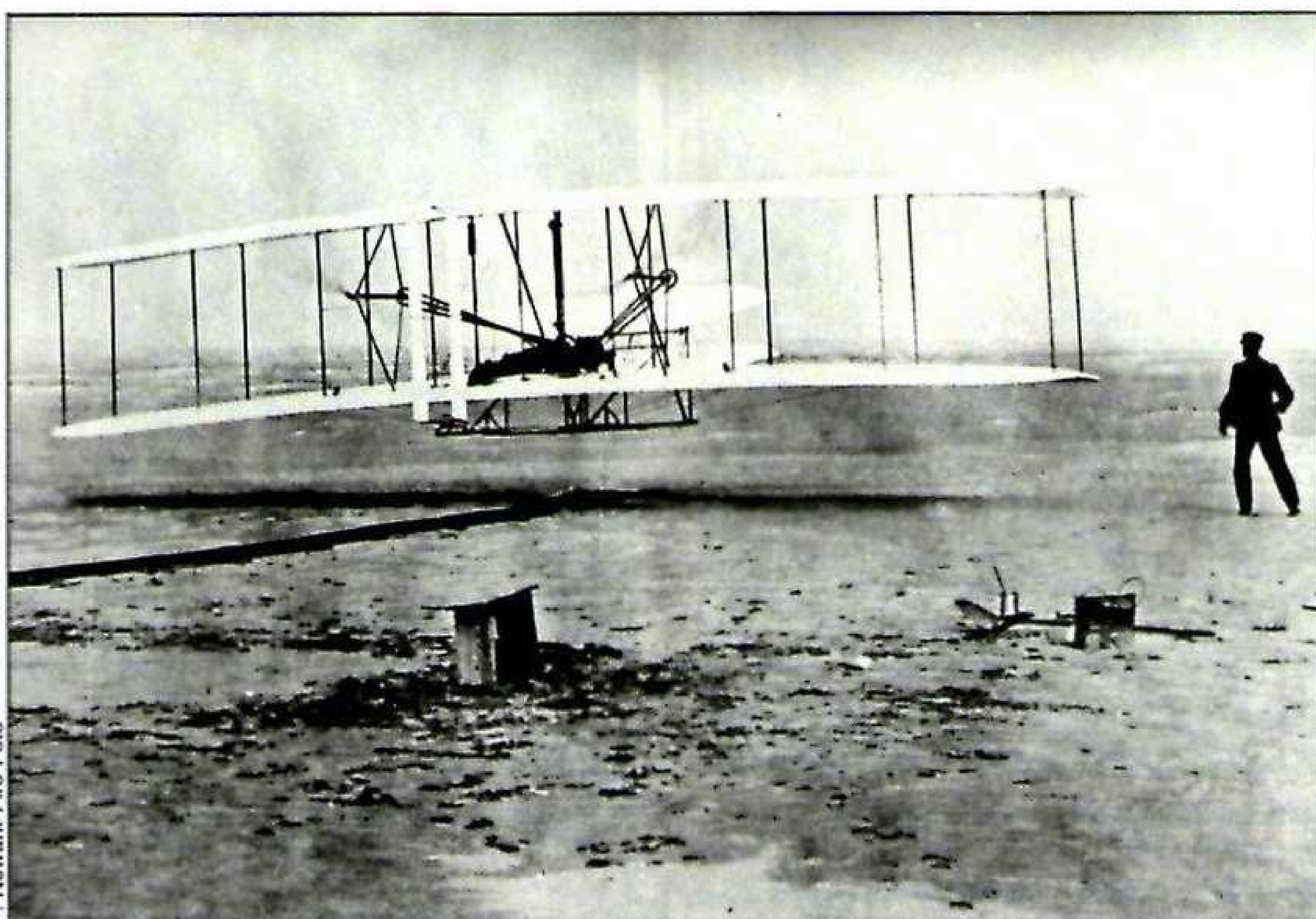
El progreso de los medios de locomoción estableció una nueva deidad: la velocidad. En 1908 ya había récords. El hombre más rápido del mundo en automóvil era el italiano Nazzaroni: 119 km/h. En motocicleta, la marca correspondía a otro italiano, Guiponne: 103 km/h. Blériot superó en su avión los 60 km/h.

La telegrafía sin hilos

Puede decirse que los inicios de la radio fueron una invención colectiva, cuyo origen se encuentra en trabajos de Michael Faraday (1845) sobre las



Bevilacqua-Salmer



P. Nowak-Firo Foto

leyes de la inducción electromagnética, que luego J. C. Maxwell perfeccionó entre 1864 y 1873. La propagación de las ondas electromagnéticas fue estudiada por H. Hertz (1887) y E. Branly (1890). De hecho, el primer mensaje radiotelegráfico fue obra de un ruso, Aleksandr Popov, que en marzo de 1896 lo emitió entre dos estaciones separadas por 250 m de distancia. Pero la primera patente de un sistema práctico de telegrafía sin hilos por medio de las ondas eléctricas está fechada el 2 de junio de 1896, y se debe a un italiano: Guglielmo Marconi, físico y futuro premio Nobel en 1909.

Nace el Séptimo Arte

El 28 de diciembre de 1895, en el Boulevard des Capucines de París, se produjo un acontecimiento que iba a tener amplia resonancia: el público variado que se apretujaba delante de la puerta del Salon Indien del Grand Café estaba muy ajeno a la trascendencia del momento. Se trataba de un curioso espectáculo presentado por los hermanos Auguste y Louis Lumière: llamado *cinématographe.* A la primera sesión asistieron doscientas personas, tiesas y espectantes. Pasaron las tres primeras cintas y el estupor del público fue enorme.

Días después, un hombre nervioso, con aire mefistofélico, intentó comprar el invento a los Lumière para explotarlo comercialmente. El padre de éstos le contestó: «Nuestro invento podrá ser explotado durante un tiempo como curiosidad científica, pero no tiene el menor porvenir comercial.» El presunto comprador se llamaba Georges Méliès. Sin hacer el menor caso de los augurios de los inventores, Méliès creó el cine poético, y concibió la cinematografía como un espectáculo más. La gran diversión del siglo XX daba sus primeros pasos.

Del impresionismo a la Escuela de París

En 1874, en los salones del fotógrafo Nadar se celebró una exposición de la Compañía Limitada de Pintores, Escultores y Grabadores, compuesta por no menos de treinta firmas. Entre éstas, los nombres más cotizados del impresionismo: Monet, Renoir, Sisley, Cézanne, Caillebotte, Degas, Pissarro, Guillaumin, Berthe Morisot. Sólo Manet, libre, orgulloso y terco, estuvo ausente. Nadar (Gaspard-Félix Tournachon) fue un tipo curioso; maestro en el arte del retrato, osado aeronauta, hombre lleno de entusiasmo, rebelde siempre contra todo lo convencional, patrocinó la ruptura más violenta contra el arte oficial. Monet siempre reconoció su inestimable ayuda: «Nadar, el gran Nadar, que es bueno como el pan, nos prestó el local...» La exposición causó impacto entre el público y exasperó a la crítica, que apenas se había recuperado del áspero realismo de Gustave Courbet. La mayoría de los críticos se mostraron hostiles, y uno de ellos, Louis Leroy, inventó la palabra «impresionista» para ridiculizar al grupo, basándose en el título de uno de los cuadros de Monet: *Impresión, sol naciente.*

De hecho, los impresionistas no constituyeron una escuela disciplinada y coherente, pero sí representaron una enorme fuerza liberadora, a partir de la cual toda la aventura del arte moderno ha sido posible. A todos ellos les valoró un gran *marchand,* gigante plácido y astuto que se llamó Ambroise Vollard.

La pintura oficial de la época poco tenía que ver con el impresionismo. Sus representantes: el barbado y olímpico Meissonier, el maestro coruscante Carolus Duran, que por irrisión llamaban «Caracolus», Bouguereau, Bonnat, Harpignies, ... Era el arte del cual la juventud se burló, llamando *pompiers* a sus pedantes maestros. Estos *pompiers,* fabricantes de depilados y nacarados desnudos, que pintaban el heroísmo y las trompetas de la fama, retratistas de duquesas y generales, solemnes pintores históricos, fueron los artistas reconocidos. La sofisticada aristocracia, la satisfecha burguesía, el honrado pueblo, se contemplaron, felices y emocionados, en sus telas de relamido color. Eran producto de una sociedad que alguien ha llamado la gran protagonista del «siglo del opti-

Sarah Bernhardt

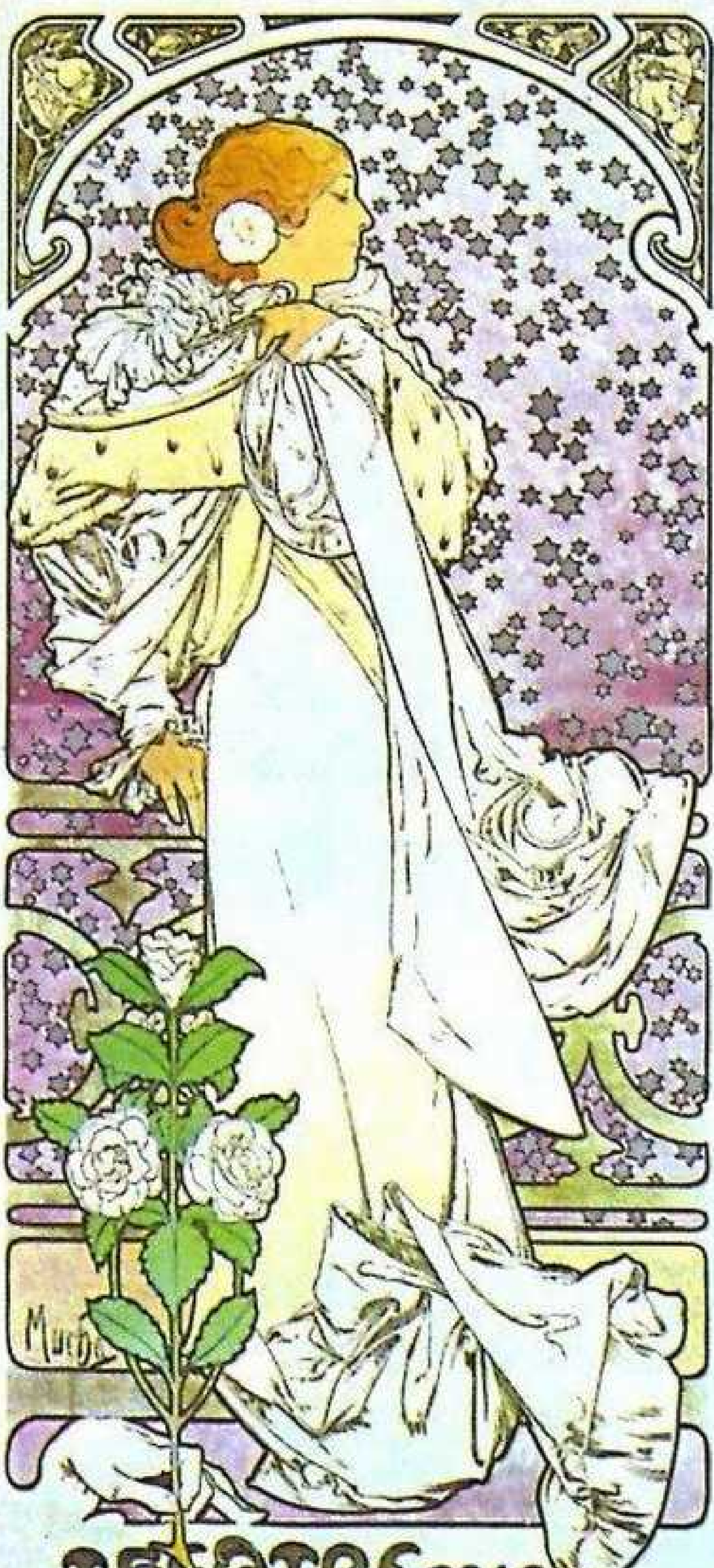
Si alguna actriz representó en el mundo del teatro toda la pompa de la «belle époque», ésta fue la francesa Sarah Bernhardt (1844-1923), símbolo de la devoción al teatro y, a la vez, excéntrica y subyugante personalidad.

Como era una mímica extraordinaria, dueña del gesto, la Bernhardt podía ser comprendida en cualquier escenario aunque sólo hablara francés. Pensando en ella, en la sugestión de su personalidad, Jean Cocteau inventó la expresión «monstruo sagrado». Y aunque la conoció el poeta ya en su vejez, fatigada por el éxito, ungida por la fama, la describió así: «El delirio comenzaba con la garra delicada de la mano izquierda sobre el pecho y apoyándose con la mano derecha en el marco de la escena, pues se le había amputado una pierna. Era semejante a un decrépito y exquisito palacio de Venecia, inclinándose bajo el peso de los collares y de la fatiga, pintada, dorada, maquillada, enjoyada, entre extasiada, soberbia, indiferente a los aplausos.»

Fue una actriz todo nervio, frágil y acerada, con una cabeza «mezcla de león y de carnero», con unos ojos duros, espléndidos. Fue una magnífica dilapidadora de su voz, de su vida, de su vitalidad. «La vida engendra vida —solía decir—. La energía es fuente de energía. Gastando es como uno se hace rico.»

mismo». Pero, en parte, algunas de las obras más valiosas de la época pertenecen a momentos felices de estos pintores y de algunos que, sin merecer el denigrante apelativo de *pompiers*, estuvieron alejados del impresionismo y sus secuelas: como el hermético Gustave Moreau, el simbólico Puvis de Chavannes, el honesto Fantin-Latour, el misterioso Carrière o el refinado Whistler.

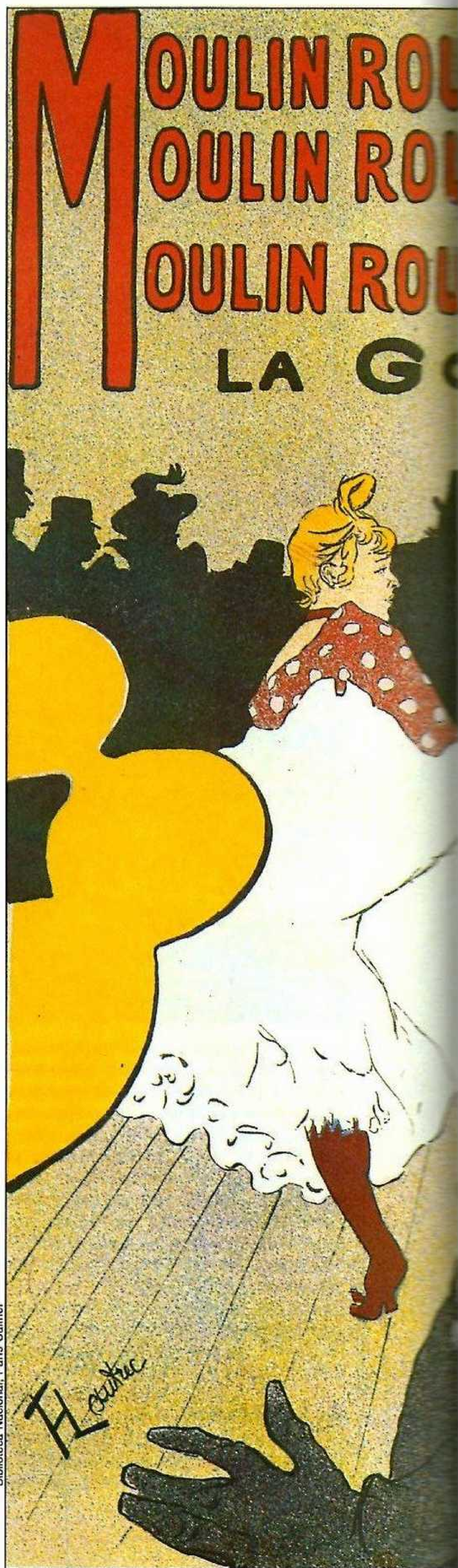
Por aquellos años, Van Gogh y Gauguin afirmaban su personalidad, y Henri Rousseau, llamado *le douanier*, ingenuo e instintivo, inventó la pintura *naive*. Luego aparecieron los *nabis*, palabra que en hebreo significa «profeta»: Pierre Bonnard, Maurice Denis, Paul Sérusier, Edouard Vuillard, Aristide Maillol, artífices de un simbolismo paralelo al literario. Los *nabis* reaccionaron contra el color impresionista, afirmando, con un aire entre místico y naturalista, la validez de los tonos puros.



Victoria and Albert Museum, Londres-Archivo Orbis

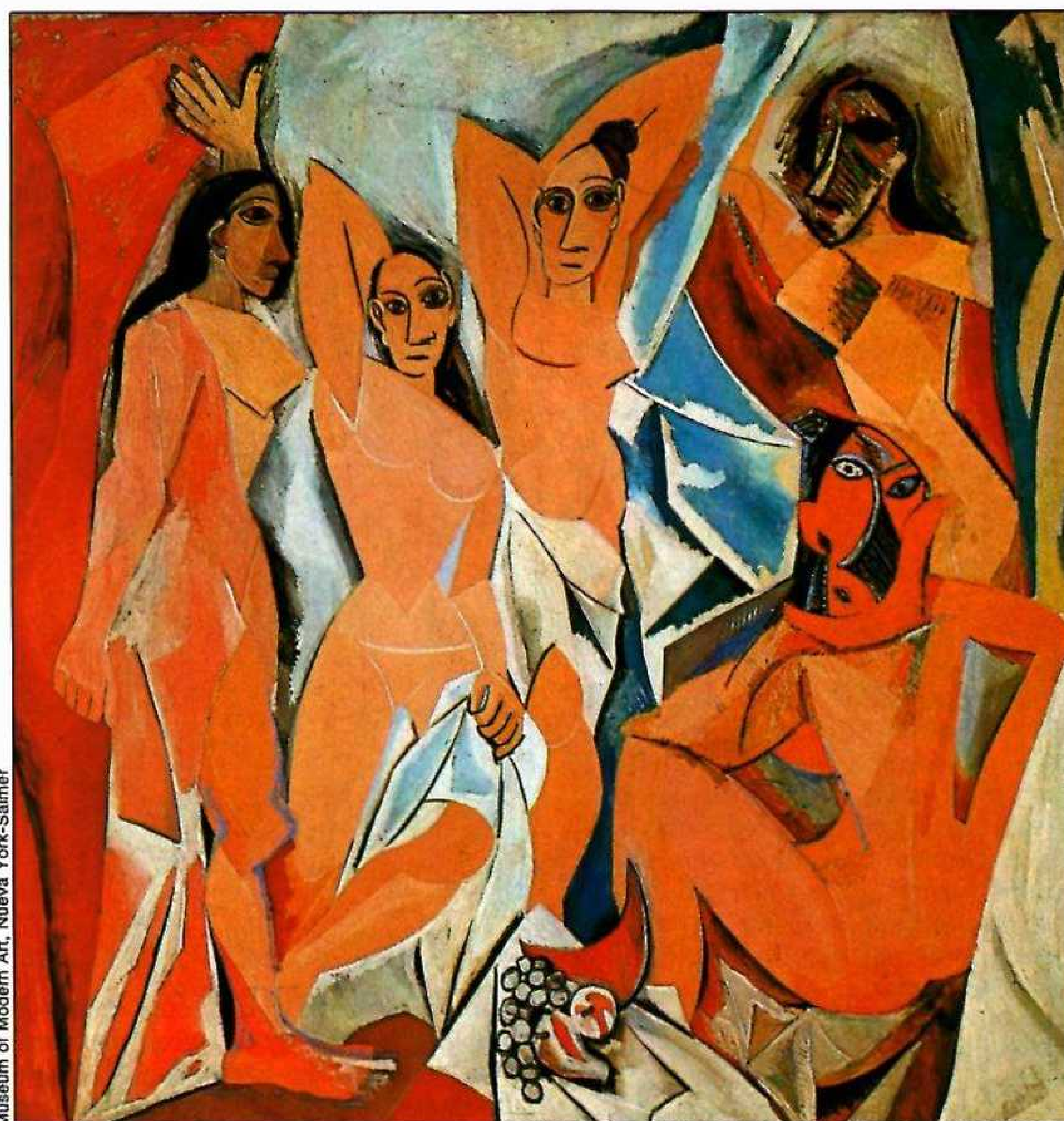
Aun siguiendo la dirección del impresionismo, los *fauves* fueron una reacción contra este movimiento. Se llamaron *fauves*, es decir, «fieras», por el artículo que les dedicó Louis Vauxells con motivo del Salón de Otoño de 1915. («El pequeño bronce, de pureza florentina de Marquet parecía un Donatello entre las fieras.») Efectivamente, por lo encendido y crepitante de su color, sus cuadros semejaban fieras enjauladas. *Fauves* fueron Vlaminck, Derain, Friesz y Marquet. De ese movimiento surgieron, aunque ya con una dirección propia y personalizada, Matisse, Rouault y Dufy.

El tercer movimiento postimpresionista fue el cubismo. Inicialmente se centró en dos figuras: el español Pablo Picasso y el francés George Braque. Luego, de forma más amable, en otro español de París, Juan Gris. Ellos protagonizaron el cubismo analítico de los años 1910 a 1913, y el sintético, de 1913 a 1914. A pesar de las fuertes



Biblioteca Nacional, París-Salmer





En la página anterior, cartel del pintor checo Alfons Mucha para anunciar La dama de las camelias, *interpretada por Sarah Bernhardt. La «divina» Sarah conmovió con su voz a todos los públicos. En ambas páginas, cartel de Toulouse-Lautrec, el hombre que hizo del Moulin Rouge su cuartel general e inmortalizó con sus pinceles el Montmartre noctámbulo. Por sus composiciones desfilaron todas las bailarinas del alocado* french can-can, *como La Goulue, la rubia y provocativa ex-amante de un anarquista ajusticiado, que hacía ondular las puntillas de sus enaguas en aquel café-concierto. En esta página,* Les demoiselles d'Avignon *(1907), de Pablo Picasso. Estos «cinco volúmenes femeninos, tratados a hachazos con tan violenta arrogancia», como señaló un crítico, abrieron una nueva dimensión al arte.*

resistencias iniciales, el cubismo se impuso rápidamente. De él partieron el futurismo de Severini, el constructivismo de Léger y el arte abstracto de Kandinski.

Movimiento de una enorme fuerza creadora, el cubismo fecundó toda la llamada Escuela de París. Bajo este nombre se agrupaban una serie de pintores no franceses que, después de la Primera Guerra Mundial, acudieron a la capital francesa para realizar allí una obra renovadora. Sus más genuinos representantes fueron el italiano Modigliani, el búlgaro Pascin, el ruso Chagall, el polaco Kisling y el lituano Soutine. Ya con otro acento, se podrían citar otros muchos extranjeros que compartieron parecidas ambiciones: el japonés Fujita, el mexicano Diego Rivera, el brasileño Cándido Portinari, el italiano Giorgio de Chirico, el catalán Joan Miró, el holandés Piet Mondrian... Les unía una alucinante pobreza, un sentimiento apátrida y una obsesionante melancolía. Contemporáneos de los cubistas, muy a menudo ligados a ellos por amistad, ni compartieron sus teorías, ni siguieron su ejemplo. Fueron individualistas, y su sufrimiento moral, a menudo agravado por el sufrimiento físico, se plasmó en una obra de tintes expresionistas, peculiar en cada uno de ellos. Ellos fueron la última gran generación de pintores que acudieron a París en busca de las cambiantes fórmulas de un arte nuevo.

Pioneros del deporte moderno

En estos años de la «belle époque» se configuró también lo que iba a ser el deporte moderno, un característico producto exportado por Gran Bretaña, herencia de la época victoriana. Apareció tímidamente, para tomar fuerza en los años anteriores a 1914.

Se popularizó el pugilismo y también el tenis. El rugby, codificado en Inglaterra en 1863, comenzó a jugarse en

Paul Poiret: la moda

En la «belle époque», la moda femenina sufrió una transformación extraordinaria. Los últimos años del siglo XIX representaron el máximo de complicación suntuosa en el traje, peinado y otros aderezos. Así lo evoca Jean Cocteau en una página de su libro Portraits-souvenirs. *«Yo vi a la Otero y a la Cavalieri almorzar en Armenonville. No era moco de pavo. Armaduras, escudos, gorgueras, corsés de ballenas, fajas, pasamanerías, calzas acuchilladas, guanteletes, cinturones de avispa, pecheras de perlas, broqueles de plumas, tahalíes de satén, de terciopelo y de gemas, cotas de malla, esta especie de guerreros erizados de tules, de reflejos, de largas pestañas, estos escarabajos sagrados armados con pinzas de tomar espárragos, estos samurais de cibelinas y armiños, estos coraceros del placer que enjaezaban y acorazaban desde la primera mañana robustas camaristas, parecían tiesas de cara a su anfitrión, tan incapaces de salir como una perla de su ostra... La idea de desnudar a alguna de estas damas era una empresa difícil, costosa, que era preciso prever por adelantado, como una mudanza.»*

Estos trajes se encargó de liquidarlos Paul Poiret, modisto, pintor y dibujante. Este parisino, hijo de un negociante de paños, se aficionó pronto a los diseños de modas y no se limitó a crear la moda de su época, sino que, desde 1904 a 1925, fue una de las figuras clave del mundo social y artístico de Europa. Vistió a Sarah Bernhardt y a Isadora Duncan, patrocinó fiestas suntuosas, inventó muebles y liberó a la mujer de algo tan íntimo como era la tortura del corsé. Poiret era, a la vez, industrial, mecenas, artista y supremo anfitrión.

El lujo vestimentario llegó, hasta 1914, a su máximo refinamiento. Si las damas tenían en Doucet, en Worth o en Poiret a los grandes modistos de París, los hombres, en cambio, consideraban que la capital de la moda masculina era Londres, y mandaban hacer sus trajes al sastre Poole, de Savile Row, e incluso enviaban a planchar sus camisas a la capital británica.


Collection particulière-Arch. Snark International

Arriba, la Bella Otero, famosa demi-mondaine de quien se ha dicho que «sacaba perlas de los bigotes de los grandes duques rusos, y diamantes de las orejas, de los marqueses y los banqueros de Francia, tras bailar endemoniadamente un andaluz de propia minerva».

Francia en 1887. Los dos primeros clubes que allí lo practicaron fueron el Racing Club de Francia y el Stade Français, y el primer campeonato data de 1892. En cuanto al fútbol, se implantó en París en 1891, y el primer campeonato de Francia se organizó en 1894. Los primeros *links* de golf franceses los preparó en Pau un grupo de británicos en 1856. Treinta y dos años más tarde, se volvió a jugar al golf en Biarritz. Este deporte tardó algo más en tomar carta de naturaleza en Francia, ya que durante la «belle époque» sólo lo jugaban los británicos residentes en la Costa Azul, sobre todo en Niza, adonde incluso se hacían traer el césped.

El ciclismo, como competición deportiva, es francés. El Tour de Francia se corrió por primera vez en 1903. Lo ganó Maurice Garin, que venció con casi tres horas de diferencia sobre el clasificado en segundo lugar. En seis largas etapas recorrió 2.428 km a un promedio de 25 km/h, sobre una máquina que pesaba unos 35 kg: una auténtica hazaña.

Pero tan importante como el ciclismo fue el automovilismo. La historia de las carreras de automóviles es casi simultánea a la invención de estas máquinas. En ella destaca una personalidad extraordinaria: el marqués Jules de Dion. Este aristócrata —uno de los florones de Chez Maxim's, como Santos Dumont, el aviador— fue un técnico intuitivo, un constructor lleno de imaginación y un propagandista incansable. Espadachín, duelista deportivo y hombre alegre y sanguíneo, a él se deben el célebre Dion-Bouton —campeón en muchas carreras—, la fundación en 1895 del Automóvil Club de Francia y la organización de carreras. La primera de ellas se inició el 22 de julio de 1894 entre París y Rouen, y la patrocinó un gran periódico parisiense,


Musée Carnavalet, París-Salmer



Escenas de la vida parisiense a finales del siglo XIX.



Junto a estas líneas, Mata Hari, bailarina y amante de los «grandes» de Europa, fusilada por espionaje en 1917.

Abajo, el káiser Guillermo II (izquierda) paseando marcialmente con sus seis hijos por las calles de Berlín.

Bibliothèque de l'Opéra-Cl. Lalance



F. X. Rafols

Le Petit Journal, que entonces tiraba la extraordinaria cifra de dos millones de ejemplares. La París-Rouen, llamada «Concurso de coches sin caballos», la ganó el conde De Dion, quien, pilotando un vehículo a vapor, cubrió la ruta a una velocidad de 18 km/h.

En 1898 se corrió la París-Burdeos-París, que ganó René de Knyff pilotando un coche Panhard. A partir de entonces menudearon las carreras por carretera, a pesar de las protestas de la prensa y del escepticismo de los más altos espíritus de Europa. La París-Viena de 1902, séptimo Gran Premio de Francia, llevó la popularidad de las grandes competiciones a su apogeo. La ganó Marcel Renault, que era, como su hermano Louis, constructor de automóviles y hábil piloto.

La París-Burdeos-Madrid

El octavo Gran Premio de Francia fue una carrera fatal, que estuvo a punto de acabar con las competiciones automovilísticas: la tristemente célebre París-Burdeos-Madrid. A pesar del elevado número de accidentes que ya entonces registraban estas pruebas, el 17 de febrero de 1903 el Consejo de Ministros francés, presidido por Émile Loubet, permitió la carrera, no sin vivas protestas por parte de la prensa conservadora. Alfonso XIII, gran aficionado al automovilismo, patrocinó la carrera por las carreteras españolas.

La participación fue insólita: 315 pilotos, entre los que estaba la plana mayor de los conductores del momento y también muchos hombres que luego alcanzarían fama en la industria automovilística: De Knyff, Teste, De Crawhez, Heath, los hermanos Henri y Maurice Farman, Lamberjack. Marcel y Louis Renault pilotaban los vehículos de su marca. Mors alineaba conductores de primer orden, como Henri Fournier y Charles Stewart Rolls, más tarde fundador de la Rolls Royce. Alemania y Austria presentaban, además de los Mercedes y los Benz, una nueva marca, el flamante Opel. Gran Bretaña estrenó también una marca, la Wolseley, y presentaba la ya conocida Naiper. Una firma italiana, la Fiat, participaba con un piloto que se llamaba Lancia, y dos jóvenes independientes corrían con máquinas de su invención: Mathis y Ettore Bugatti. No es exagerado, por tanto, afirmar que casi todos los principales representantes de la fabricación de automóviles de la primera mitad del siglo XX se reunió en Versalles, punto de partida de la carrera. Entre los participantes había una sola dama, Camille du Gast, que pilotaba un Dietrich. Un grupo de mujeres deportivas, vestidas con unos boleros con mangas vaporosas y pantalones largos de ciclista, alentaron su salida con aplausos. Madame du Gast hizo una carrera admirable, rígidamente sentada al volante a causa del corsé.

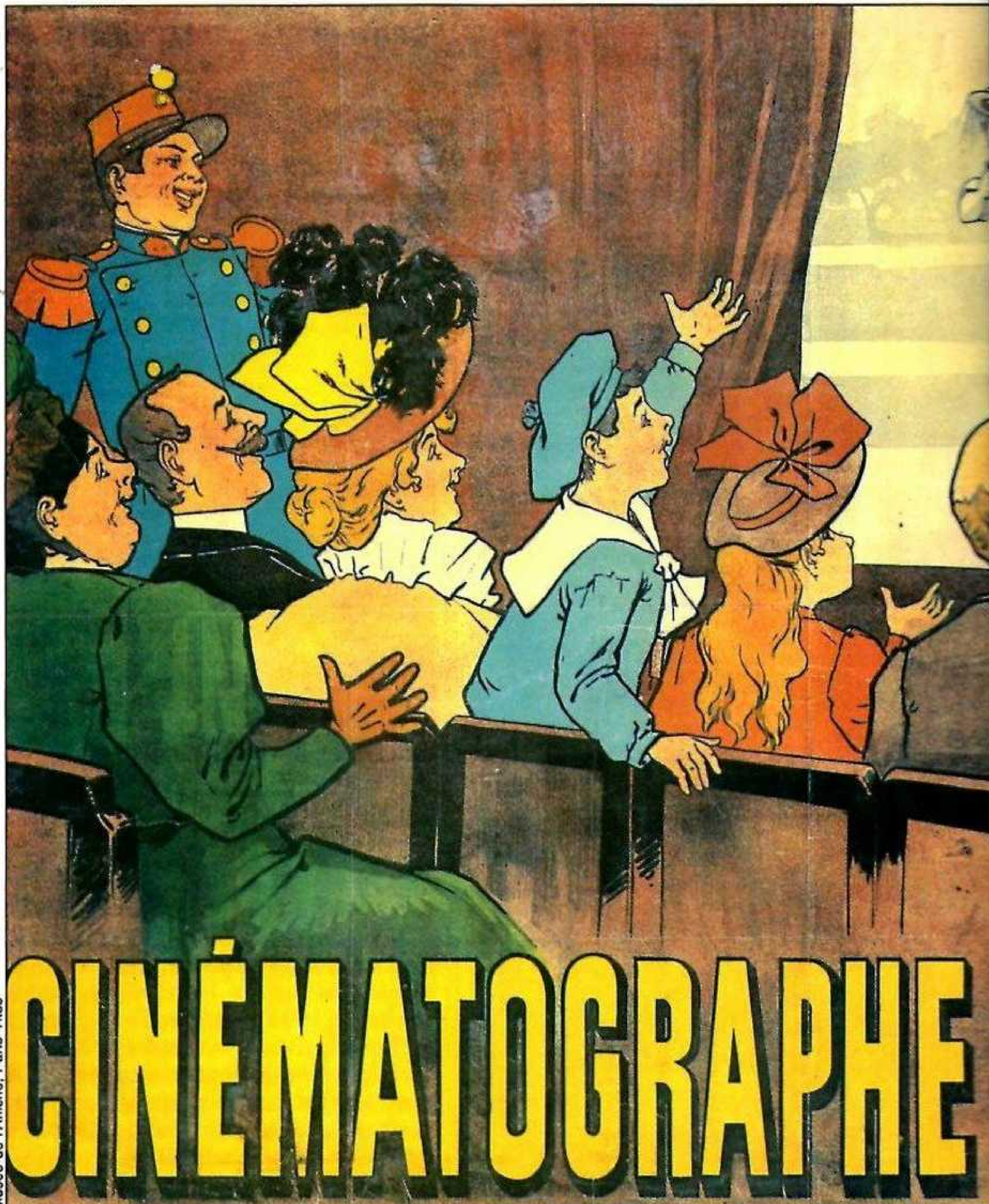
Los corredores partían de minuto en minuto. A la entrada de las ciudades se neutralizaban los tiempos, ya que por dentro del casco urbano no se podía correr a más de 18 km/h. Apenas salieron de Versalles, los primeros pilotos se dieron cuenta de la gravedad de los problemas que planteaba la actitud del público, que se alineaba a ambos lados de la carretera. Poco habituada a ver

La catástrofe del Titanic

En la historia de la navegación ha habido catástrofes quizá mayores que la del transatlántico Titanic, *pero ninguna alcanzó su resonancia.*

El Titanic *fue un paquebote transatlántico de 46.000 Tm, construido por la White Star Line en 1911. Era, en aquel momento, el más grande y lujoso transatlántico de la época, y sus constructores lo habían declarado prácticamente insumergible. Tenía seis compartimentos estancos y una solidez a prueba de cualquier accidente, al decir de los ingenieros que lo diseñaron. No obstante, en su viaje inaugural a América chocó, 25 millas al sur del gran banco de Terranova, con un iceberg que abrió un gran boquete en su quilla, y se hundió en la noche del 14 al 15 de abril de 1912. Murieron 1.513 personas y sólo se salvaron 711, recogidas por el transatlántico* Carpathia, *de la Cunard Line, que llegó al alba, después de una noche glacial.*

El naufragio tuvo tremenda resonancia, no sólo por el número de víctimas, sino por la fama de sus pasajeros: el coronel Astor y su esposa, propietarios del Times *de Londres, el banquero Guggenheim, la condesa Rothes... Once parejas hacían su viaje de «luna de miel»... Así acabó la nave más segura de cuantas surcaban las aguas, según rezaba la propaganda. Hundido en medio del océano, dejó para la posteridad una imagen trágica, que todavía no se ha borrado de las crónicas: a medida que los botes se alejaban lentamente del coloso que se hundía, la orquesta del barco interpretaba las notas del himno* Más cerca de ti, Dios mío *para quienes no tenían ya otra esperanza que la plegaria.*



Musée de l'Affiche, Paris-Titus

En ambas páginas, arriba, cartel de anuncio del espectáculo cinematográfico de los hermanos Lumière. (En él se representa uno de los primeros gags de la historia del cine: el del regador regado.) La proyección inaugural fue el 28 de diciembre de 1895 en el Salon Indien del Grand Café de París; en la calle, un pregonero invitaba a la gente a ver «la maravilla de los tiempos modernos». Así descubrieron el cine los transeúntes de los bulevares de París.

En la página siguiente, arriba, el Titanic *saliendo del puerto de Southampton en su viaje inaugural (1912). En el centro, a la izquierda, cartel del pintor y escenógrafo ruso Lev Bakst para la interpretación de ballet que Nijinski hizo del* Preludio a la siesta de un fauno, *de Debussy; a la derecha,* Nadar *elevando la fotografía a arte, litografía del francés Honoré Daumier. Abajo, Guglielmo Marconi recibiendo el primer telegrama a través del Atlántico en 1901.*

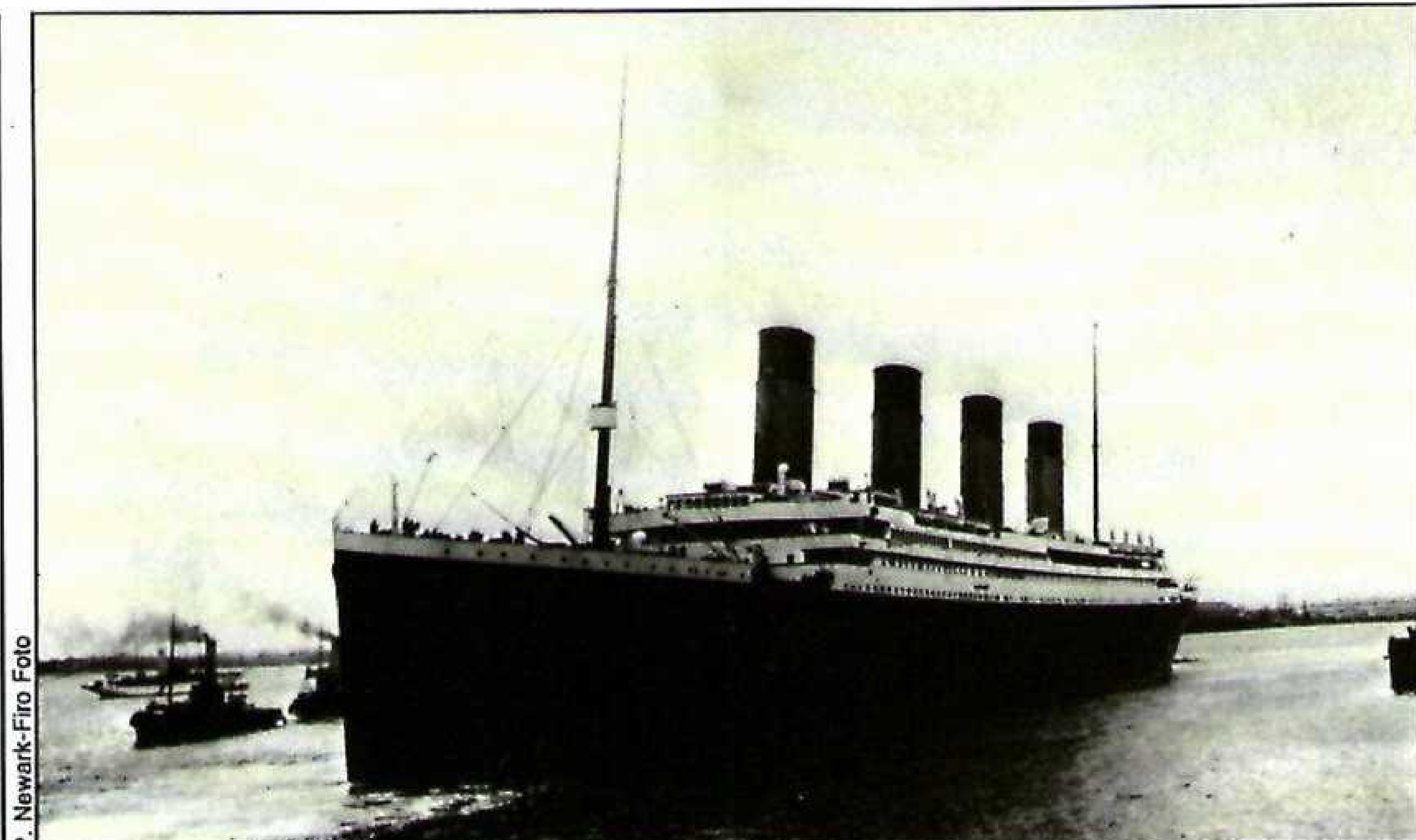
pasar automóviles a más de 100 km/h, la gente no se apartaba con los debidos reflejos. El primer muerto fue una mujer que atravesó alocadamente la carretera y fue atropellada por un corredor en Bonneval. Otro problema era el polvo de las carreteras, que hacía dificilísima la visibilidad. No había rutas asfaltadas ni de doble dirección. La carrera fue un desastre. En el paso a nivel de Bonneval, el irlandés Porter chocó contra los raíles del ferrocarril y fue a estrellarse contra una casa. El mecánico que le acompañaba murió instantáneamente. En Angoulême, para no atropellar a un niño, Tourand perdió la dirección y se lanzó sobre el público, matando a tres personas e hiriendo a doce. Más adelante, para no atropellar a un perro, Lorraine-Barrow y su mecánico se estrellaron contra un muro y murieron los dos. Así mismo resultó herido de muerte el conductor D. Stead, que conducía un Dietrich. Camille du Gast, que le seguía, se detuvo para auxiliarle.

Marcel Renault, que había batido el récord de velocidad de la carrera, se mató en un accidente espectacular, en Couhe-Vérac. Cuando los pilotos supervivientes llegaron a Burdeos, el prefecto decidió suspender la carrera tras consultar con el ministro del Interior. Todos los vehículos fueron incautados por la Policía y circularon por las calles de Burdeos tirados ignominiosamente por coches de punto. El revuelo fue extraordinario, y el gobierno francés señaló que si España estaba dispuesta a autorizar la carrera, los automóviles serían llevados en tren hasta Hendaya, pero Alfonso XIII renunció a la prueba.

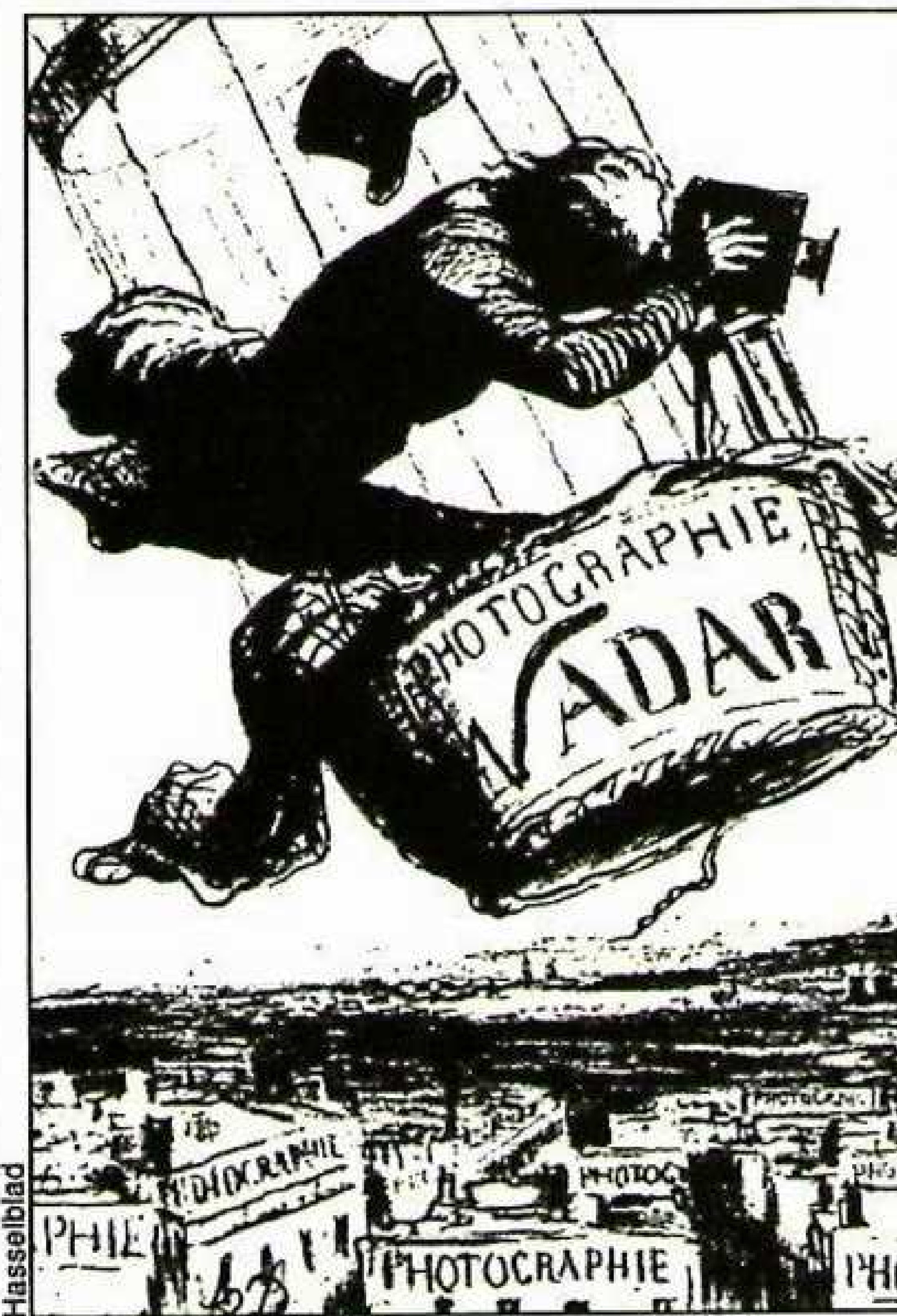
La música impresionista

Las jóvenes generaciones de la «belle époque» recibieron la influencia de la música germánica, y se sintieron




P. Newark-Firo Foto


Biblioteca Nacional, Paris-Salmer



Hasselblad


Zardoya

fascinadas por Wagner, aunque pugnaron por conservar la gracia y la claridad francesas. Eduard Lalo, Gabriel Fauré, Emmanuel Chabrier y, sobre todo, Claude Debussy, representaron una renovación, un enriquecimiento delicado y sensible del colorido orquestal y pianístico. El momento culminante de la batalla impresionista en música se produjo el 28 de abril de 1902, cuando Debussy esttrenó *Pelléas et Mélisande*. Los jóvenes defendieron a sangre y fuego esta obra innovadora, ferozmente satirizada por la prensa humorística y por los tradicionalistas. Sin embargo, el genio melódico de Debussy se afirmó y, años más tarde, su influencia llegó a ser casi abrumadora. Contra ella reaccionó el originalísimo Erik Satie, primero en atacar, sarcásticamente, el tiránico debussianismo. Su ballet *Parade* fue uno de los más claros exponentes de la revolución estética de la época.

Djaghilev y los Ballets Rusos: un arte nuevo

La llegada del ballet ruso al Teatro Châtelet y, sobre todo, la explosión del genio de Stravinski fueron fundamentales para la música del siglo XX. Pocas revelaciones más deslumbrantes que la presentación del ballet ruso en París, en 1909. Llegó de la mano de un tipo fuera de lo común, complejo y autoritario: Sergej Paulovič Djaghilev. Y es curioso que un hombre que no era ni pintor, ni músico, ni bailarín, ni maestro de ballet, ni tan sólo un mecenas fuera capaz de enseñar a París la magia de una nueva plástica. Djaghilev sólo fue un *dilettante*, pero el más genial de todos. Se percató del filón sin explotar que podía ser la danza, combinada con la música, profunda y dolorosa, de su pueblo. Los nuevos pintores —Benois, Bakst, Serov, Korovin—, influidos por el primitivo cromatismo eslavo, los

Para los que vieron prosperar sus negocios gracias al progreso industrial, la «belle époque» fue un período feliz; pero para los obreros no fue más que una burla grotesca. En la fotografía, una familia proletaria de Londres, la cara amarga de la época.

grandes músicos rusos y los bailarines y coreógrafos, fueron cayendo en la sutil tela de araña del gran Djaghilev, quien, bajo su fosforescente frivolidad, demostró tener una voluntad del acero mejor templado. Organizó conciertos de música rusa, exposiciones vanguardistas, alentó la creación de nuevos ballets y, finalmente, en 1909, consiguió su sueño dorado: llevar el Ballet Imperial a París.

En los años anteriores a 1914, París estaba en ebullición. Vivían allí, entre otros, Renoir, Proust, Debussy, Rodin y su secretario, el poeta Rainer Maria Rilke, D'Annunzio, la condesa de Noailles... París era la capital de los refinados salones donde triunfaba la impertinencia suprema del *dandy* Boni de Castellane, del Montmartre de Toulouse-Lautrec, el ajenjo, las fiestas alegres, los cabarets y las canciones —el Montmartre pintoresco en el que se estaba gestando, paradójicamente, el riguroso y aséptico cubismo—. A este ambiente se incorporó, bajo una disciplina militar, el grupo de Djaghilev. Le acompañaban, por puro capricho, grandes potentados rusos, rodeados de un lujo asiático.

El 15 de mayo de 1909 tuvo lugar la primera representación de los Ballets Rusos. El programa se componía de *El pabellón de Armida, El festín de la araña* y *El príncipe Igor,* los tres con coreografías de Fokin. Por primera vez, París asistió a un espectáculo de ballet puro, sin ópera ni intermedios dramáticos. La impresión fue extraordinaria. La sola mención de los bailarines que componían esta compañía primera constituye casi toda la historia de la danza: Pavlova, Karsaniva, Federova, Koralli, Ida Rubinstein, Nijinski, Bolm... Luego se unió excepcionalmente al grupo Mathilde Kshessinskaya, primera bailarina del Ballet Imperial, deliciosamente femenina y suntuosamente espectacular, que viajaba con séquito personal y llevaba una vida digna de una reina.

Los Ballets Rusos conocieron en París sus mayores éxitos y estrenaron sus obras inolvidables: *Scherezade, El espectro de la rosa, L'après midi d'un faune, Petruška, La consagración de la primavera...* Los bailarines se fueron disgregando del Teatro Imperial e iniciaron recorridos por Europa: Berlín, Viena, Budapest, Londres, Madrid. Hasta la guerra de 1914, el ballet ruso fue el espectáculo más caro, la joya más difícil del teatro.


A.G.E.

Llegado a la capital francesa en el momento de la agonía del fauvismo y del nacimiento del cubismo, Djaghilev dio a conocer el arte que se hacía en los talleres de Montmartre y Montparnasse a través del ballet. Así saltaron a la escena los españoles José María Sert y Picasso y, más tarde, Pruna y Miró, y también Matisse, Braque, Rouault, Max Ernst, Utrillo, Derain... La música conoció el aliento de este prodigioso coreógrafo, que también llevó a París a aquel gigante perpetuamente sediento de champagne que fue Feodor Chaliapin, el bajo dramático más grande que se haya oído y, con él, la ópera rusa. Djaghilev descubrió a Stravinski, a Prokofiev, lanzó a Nabokov, usó y abusó de las obras de Ravel y Debussy, aprovechó la genialidad destilada de Manuel de Falla, y llevó a la escena a Erik Satie y al Grupo de los Seis, encabezado por Milhaud, Poulenc y Auric.

La otra cara del escaparate

El reverso de la «belle époque» o «The Age of Optimism», como la llamaron los británicos, es esencialmente dramático. A pesar de la confianza en el progreso y en que no se acabaría la paz, sólo la gran burguesía y la aristocracia vivieron en su plenitud. Cierto es que también los miembros de las clases medias mejoraron ostensiblemente en calidad de vida. Pero el proletariado urbano trabajaba más de diez horas diarias, sábados incluidos, y sobrevivía con salarios insuficientes. En Gran Bretaña, el mayor imperio económico del mundo, la tasa de mortalidad infantil era, en aquellos años, espantosa: para la burguesía acomodada se cifraba en un 94 por mil, para las clases pobres en un 247 por mil. En su libro *El pueblo del abismo,* Jack London escribió: «Las estadísticas de Londres contienen una historia terrible. La población de Londres representa la séptima parte del total del Reino Unido y, en Londres, cada año, un adulto sobre cuatro muere en la asistencia pública, sea en el hospicio, en el hospital o en los manicomios. Si se tiene en cuenta que las gentes acomodadas no acaban así, es evidente que, por lo menos, un trabajador adulto sobre tres está condenado a terminar sus días en la beneficencia más triste.»

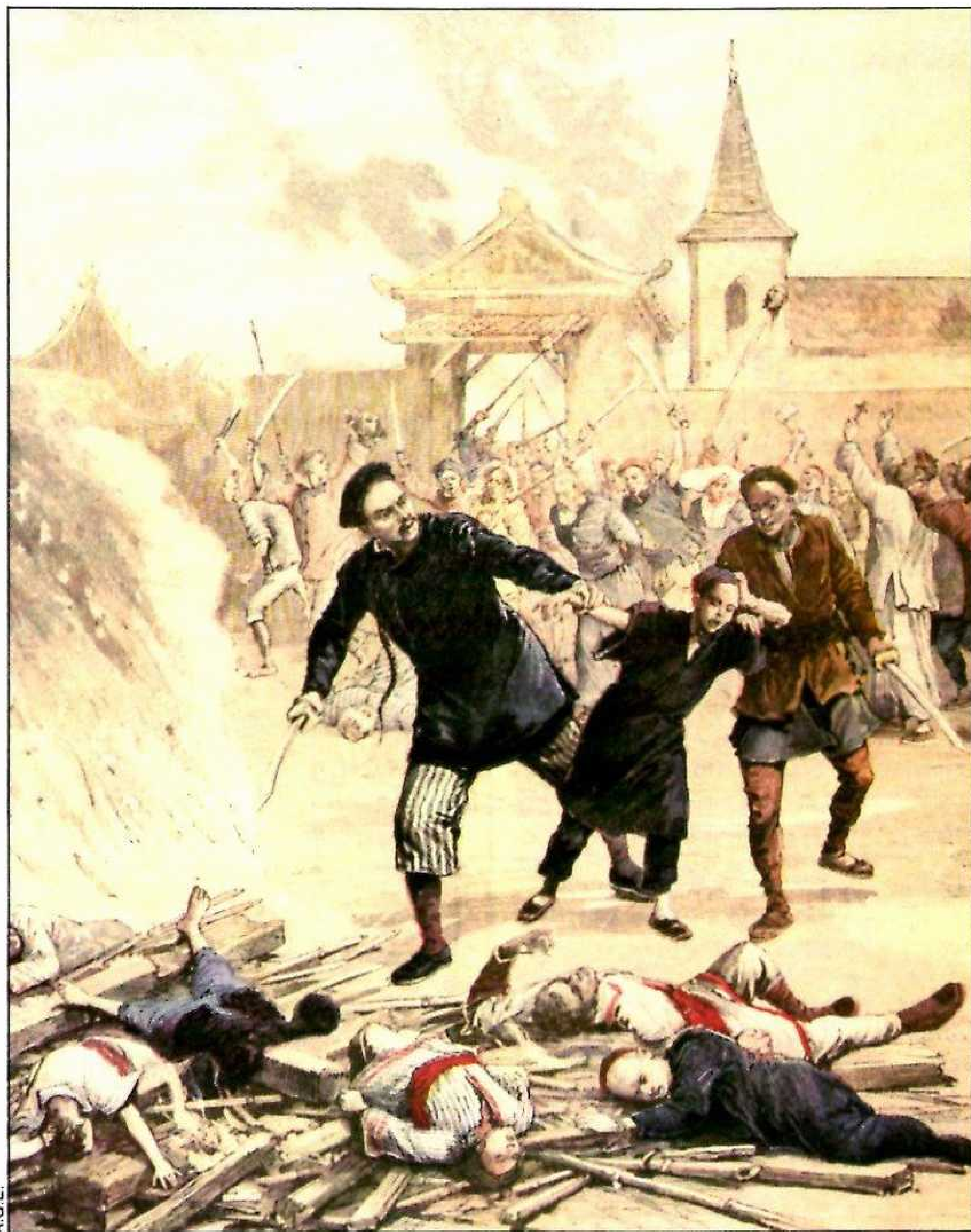
La «belle époque» fue un período de grandes movimientos sociales. Las agitaciones políticas y la creación de partidos socialistas relativamente fuertes en Europa Occidental, y el aumento del malestar social en Rusia, acrecentado por la guerra ruso-japonesa, prepararon la crisis de la Gran Guerra. No todo fue el brillante escaparate de la Francia burguesa, de la Viena imperial, del Londres eduardiano o del Berlín prusiano y castrense. La tenaz miseria, las aventuras coloniales y las guerras balcánicas amargaron aquellos años. En verano de 1914, la sensación de que una época se acababa era dramática. Bien lo sabía el ministro británico de Asuntos Exteriores, Grey, que el 3 de agosto habló defendiendo la política de guerra en la Cámara de los Comunes: «Las luces se apagan sobre toda Europa; no las veremos jamás brillar ya en nuestra vida.»

La rebelión de los bóxers

¡Muerte al extranjero!

Mila Montalbán,
historiadora

En 1900, el descontento y la indignación de la población china, espoleada por sectarios intransigentes, estallaron violentamente ante la indiferencia o la complacencia del propio Gobierno. Los bóxers trataron de destruir cualquier vestigio de presencia extranjera, culpable a sus ojos de todos los males que aquejaban al Imperio. La intervención militar de las potencias coloniales, justificada por el asedio a las legaciones diplomáticas con sede en Pekín, precipitó la decadencia del sistema político y cultural de China.



A.G.E.

La xenofobia generada en la sociedad china como resultado de la intromisión extranjera se desbordó con furia en varias ocasiones durante el siglo XIX. La persecución de conversos y misioneros, así como la destrucción de los bienes de las potencias coloniales, fueron la respuesta que los nacionalistas hostiles a la dinastía manchú y a los europeos dieron al llamado «despedazamiento de China». La revuelta de los bóxers en 1900 fue el más expectacular de estos levantamientos. En la fotografía, ilustración de Le Petit Journal *sobre las masacres de China.*

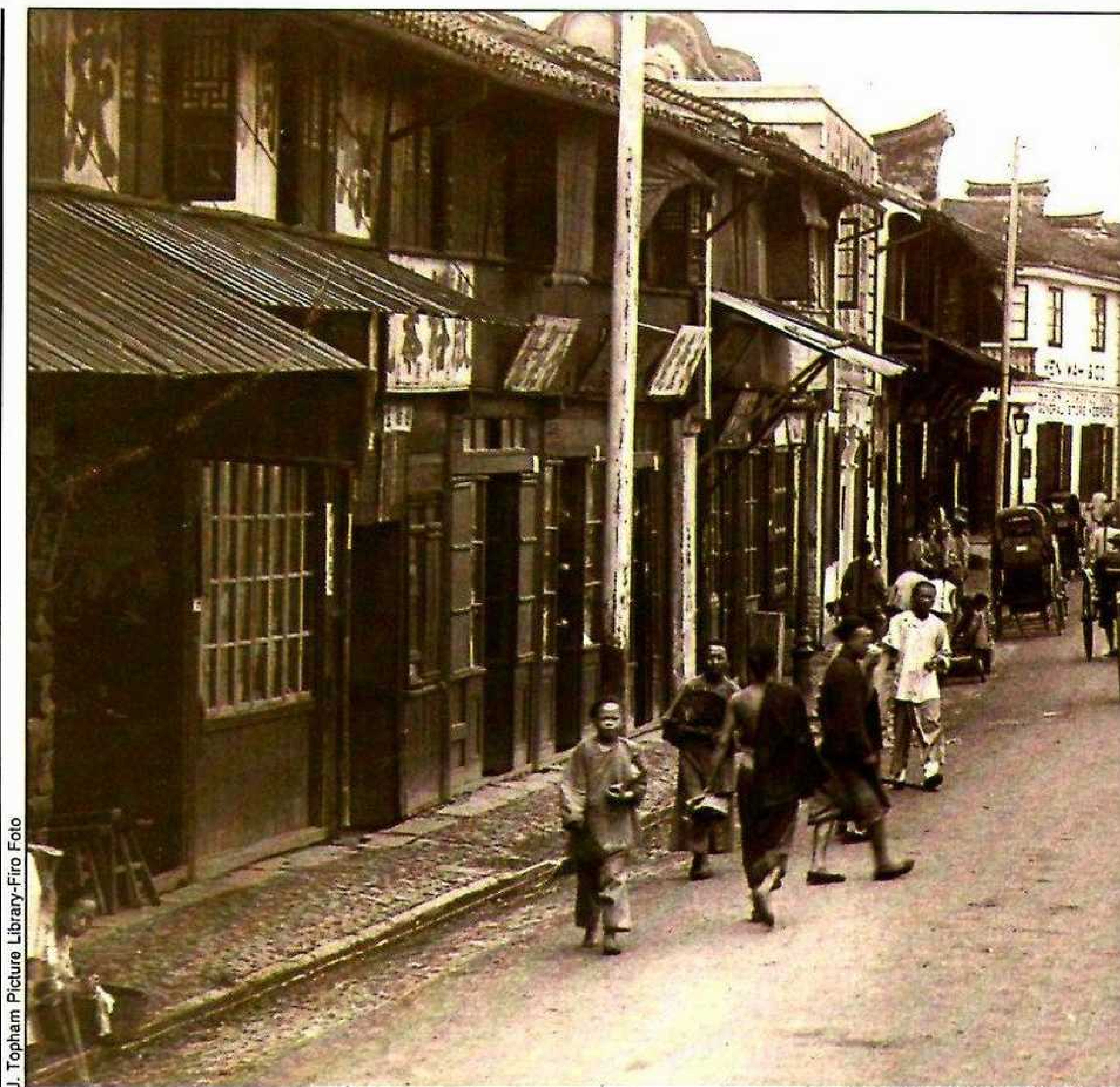
La Guerra del Opio

La extensión que el consumo del opio alcanzó en China durante el siglo XVIII y a principios del XIX obligó a este país a importar la droga para satisfacer la demanda interior. Los británicos, que cultivaban el Papaver somniferum *en la India, se aprovecharon de esta circunstancia para incrementar la exportación de opio al Celeste Imperio y saldar así sus deudas comerciales con él. Las proporciones que adquirió este tráfico despertaron el recelo y descontento de las autoridades chinas, que llegaron a prohibir la importación. Sin embargo, estas medidas estimularon el contrabando, la fuga de divisas y el aumento de los precios. La represión del contrabando arruinó a los comerciantes británicos de opio, que operaban sobre todo en el puerto de Cantón. Como represalia, la flota británica atacó a la armada china en Hong Kong (3 de noviembre de 1839). China sufrió repetidas derrotas militares hasta el desigual Tratado de Nankín (29 de agosto de 1842) y la firma de la paz le obligó a abrir cinco puertos al comercio británico (Cantón, Amoy, Fuzhou, Ningbo y Shanghai). Hong Kong pasó a ser una base militar y comercial de Gran Bretaña, que también obtuvo rebajas en los aranceles aduaneros y el derecho a que sus súbditos y protegidos fueran juzgados únicamente por autoridades británicas.*

Tras este tratado, China se vio obligada a negociar con otras potencias coloniales, tales como Estados Unidos, Francia y Portugal. En 1854, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos impusieron la revisión de los tratados, exigiendo la apertura de todos los puertos y la del río Yangtsé.

Un oscuro incidente con el buque contrabandista Arrow*, de bandera británica, desencadenó en 1856 el ataque de una flota combinada francobritánica al puerto de Cantón. En 1860, una fuerza francobritánica de 20.000 hombres ocupó Tientsín; los aliados tomaron Pekín e incendiaron el Palacio de Verano. El Tratado de Pekín obligó a abrir once nuevos puertos y concedió nuevas ventajas a los extranjeros.*

La Guerra del Opio terminó con el tradicional aislamiento de China y la abrió a las relaciones diplomáticas y comerciales con Occidente.


J. Topham Picture Library-Firo Foto

A la derecha, uno de los personajes influyentes en la corte imperial: el eunuco Li Lien-ying, intrigante político partidario de los bóxers.


Arch. Snark

«Puños justicieros»

«¡Abajo los Ts'ing, mueran los extranjeros!» Éste era el grito de guerra utilizado por los bóxers para aglutinar a la población china bajo sus banderas.

Los bóxers constituían una agrupación, «Puños para la Justicia y la Concordia», procedente de la sociedad secreta del Loto Blanco, que, a pesar de los esfuerzos de los gobernantes manchúes del siglo XIX por aniquilarla, continuó perviviendo en el norte de China, sobre todo en la provincia de Shantung (Shandong).

De carácter xenófobo y destacado salvajismo, los bóxers habían surgido a raíz de la derrota china ante Japón en 1895, y como rechazo de la presencia cada vez más acusada de los extranjeros en la última década del siglo XIX.

Identificar a un bóxer en un día de fiesta o de mercado era tarea fácil: con el pelo recogido mediante un paño rojo, cintas del mismo color en tobillos y muñecas, y una faja también roja que ajustaba su amplia túnica blanca, realizaban demostraciones de un ejercicio gimnástico que les ayudaba a armonizar sus músculos y su mente. Este ejercicio se asemejaba al boxeo (de ahí el nombre de *bóxer*), y a él añadían un ritual, tras el que pretendían estar poseídos por los espíritus y ser invulnerables a cualquier espada. Obviamente, las heridas eran frecuentes, y entonces se les acusaba de no practicar de modo regular sus entrenamientos. Muy supersticiosos, y con una base ideológica

Escena callejera en Shanghai a finales del siglo XIX. Tras el Tratado de Nankín (1842), parte de la ciudad quedó dividida en sectores entre Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos.



J. Topham Picture Library-Firo Foto

A la izquierda, fumadores de opio. El consumo de esta droga se popularizó tanto en China que el Gobierno tuvo que importarla.

que era un fabuloso folklore, los bóxers capitalizaron la repulsa popular contra la dinastía gobernante y, sobre todo, contra el desmembramiento del país por los extranjeros.

La creciente penetración de las potencias occidentales y de Japón, en plena expansión colonial, provocó que las sectas y los movimientos populares chinos adquiriesen un cariz xenófobo.

La penetración extranjera

Aunque en el siglo XVI ya se habían establecido en China algunos mercaderes occidentales, su presencia era ignorada por la población, ya que, en opinión de ésta, de los extranjeros sólo se podían aprender hábitos de corrupción. Por ejemplo, el contrabando del opio —efectuado a partir de India, a pesar de la prohibición existente desde 1720— fue un factor comercial y político muy importante, sobre todo desde 1820, porque equilibraba las compras europeas a China, que exportaba principalmente seda.

Desde el siglo XVIII, los extranjeros sólo fueron autorizados a comerciar en Cantón, y además no podían tratar con los funcionarios chinos de igual a igual. Durante el siglo XIX, China vivió varias guerras limitadas, de las que salió siempre derrotada. Se trataba de resistir la penetración comercial de los europeos y japoneses, pero los resultados fueron una serie de tratados desfavorables para el Imperio: el primero, en 1842 (tras la Guerra del Opio contra Gran Bretaña), garantizó a los extranjeros concesiones comerciales y políticas, como la apertura de nuevos puertos o el derecho a permanecer bajo la única jurisdicción de sus propias autoridades consulares.

Estos privilegios provocaron la ira en el pueblo chino. El comercio realizado por buques extranjeros se desarrolló en detrimento del comercio de los juncos del país. Los ferrocarriles

La emperatriz Tz'u Hsi

Tz'u Hsi, o Ci Xi (1835-1908), cuyo verdadero nombre era Yehe Nara, procedía de un clan manchú de alto rango. Fue concubina del emperador Xian Feng (que reinó de 1851 a 1861), al que dio un hijo varón, lo que la convirtió en su favorita; el primogénito recibió el nombre de Tung Chih (Tong Zhi).

Muerto Xian Feng en 1861, Tz'u Hsi fue nombrada regente durante la minoría de edad de su hijo, y gobernó ayudada por un fiel de su clan, Yong Luo, y por algunos altos funcionarios que debían sus nombramientos a la corrupción. Tung Chih hizo valer su pretensión de gobernar en 1873, pero murió poco después en extrañas circunstancias, que dejaron entrever la participación de su madre. Entonces, Tz'u Hsi colocó en el trono a su sobrino Kuang Hsü (Guang Xu), pero hasta la mayoría de edad de éste, la emperatriz continuó ejerciendo realmente el poder. Kuang Hsü, condicionado por su educación confuciana, no osó enfrentarse a su tía.

En 1898, cuando el emperador, apoyado e influenciado por individuos progresistas emprendió un programa de reformas, llamado de los 100 días, la emperatriz, con su séquito, dio un golpe de Estado, abortó el intento e hizo encarcelar a Kuang Hsü.

Tz'u Hsi se aprovechó del movimiento bóxer, apoyándolo, lo que motivó su huida de los triunfantes ejércitos europeos hacia Sian. Murió al día siguiente de haber fallecido Kuang Hsü.

y telégrafos, también en manos extranjeras, eran considerados, además de instrumentos de explotación económica, perturbadores de las tumbas de los antepasados y hostiles a los espíritus del aire y del agua.

Otro elemento que se añadió a esta situación fue la cuestión de los misioneros, que, según los tratados, podían predicar y residir en las ciudades del interior. Los valores tradicionales de la comunidad china, basados en la doctrina de Confucio, eran olvidados por los chinos convertidos al cristianismo. Además, los misioneros empezaron a participar en los gobiernos locales, a menudo en favor de los intereses extranjeros. No es de extrañar que la clase conservadora no les viera con buenos ojos.



Le Petit Journal-Cl. Lalance

Sobre estas líneas, la emperatriz Tz'u Hsi.

En ambas páginas, las cabezas de los mandarines traidores son presentadas a Tz'u Hsi y a su sobrino.

Abajo, a la izquierda, el príncipe Tuan, principal valedor de los bóxers; a la derecha, marinos rusos improvisan barricadas en el barrio de las legaciones ante los primeros ataques.

La rebelión de Shantung

El gobierno chino, consciente de su debilidad frente a los intereses coloniales, inició un programa de reformas con el fin de afirmar las bases de la economía, llegando a construir un ferrocarril en 1881. Este programa no tuvo el éxito esperado, porque las potencias extranjeras avanzaban cada vez más, y a esto se sumó la humillación de la derrota en la guerra contra los japoneses (1894-5). Esta derrota aumentó aún más, si cabe, el malestar interno de China, que se manifestó abiertamente en el norte del país, en particular en la provincia de Shantung.

Después de dos sequías sucesivas, el desbordamiento del río Yantgsé (el «azote de China») y la incapacidad del gobierno imperial para controlar la situación producida por las inundaciones, el malestar social y político creció. A esto se sumó la presencia extranjera: «Los extranjeros, con su falta de respeto a los espíritus del aire y del agua, han provocado el caos en el curso habitual de las estaciones.» Los dioses se hallaban irritados por la conversión de chinos al cristianismo y, además, la



Arch. Snark-Coll. particulière



Western-Firo Foto

Yüan Shih-k'ai

Yüan Shih-k'ai, o Yuan Shikai, nació en Xiang cheng, provincia de Hunan, en 1859. Hijo de una familia de pequeños propietarios, tras la guerra chino-japonesa fue nombrado comisario judicial con funciones militares en Chihli (1895). En 1899 apoyó a la emperatriz viuda en el golpe de Estado, y fue designado gobernador de Shantung en reconocimiento a sus servicios.

Durante el levantamiento bóxer mantuvo el orden y protegió a los extranjeros que estaban bajo su jurisdicción. En 1901 fue nombrado virrey de Chihli, en sustitución de Li Hung-chang (Li Hongzang), y en 1907 asumió el cargo de gran canciller y ministro de Asuntos Exteriores.

Tras la muerte de la emperatriz, fue desterrado a Hunan (1909), pero en 1911, al estallar la revolución, el regente le nombró virrey de Hunan y Hupeh. El triunfo revolucionario le llevó a ocupar la presidencia de la nueva República en 1912. Disolvió el Parlamento, apoyó a los consorcios internacionales y asumió poderes dictatoriales, pero su intento de restaurar la monarquía se vio frustrado por la insurrección acaudillada por Sun Yat-sen (1915). Murió en 1916.



Bibliothèque nationale, Paris-Cl. Snark International

presencia económica extranjera era cada vez mayor. Efectivamente, en 1897, miembros de la sociedad secreta Gran Espada (anticristiana), apoyada por Li Ping-heng, mataron a dos misioneros alemanes en Shantung. La cuestión se saldó con la ocupación del puerto de Tsingao, y Alemania se aseguró pingües beneficios económicos. A fin de «mantener el equilibrio de las fuerzas», Gran Bretaña, Rusia y Francia consiguieron también concesiones.

En 1898, al grito de «¡abajo los Ts'ing, mueran los extranjeros!», empezó la rebelión bóxer. Sus principales objetivos eran la lucha contra las misiones cristianas, que disfrutaban de escandalosos privilegios, y contra la introducción del maquinismo en la industria. Los bóxers eran hombres de la milicia o rebeldes, pero, ante todo, se oponían a la intromisión extranjera, sentimiento compartido por el Gobierno.

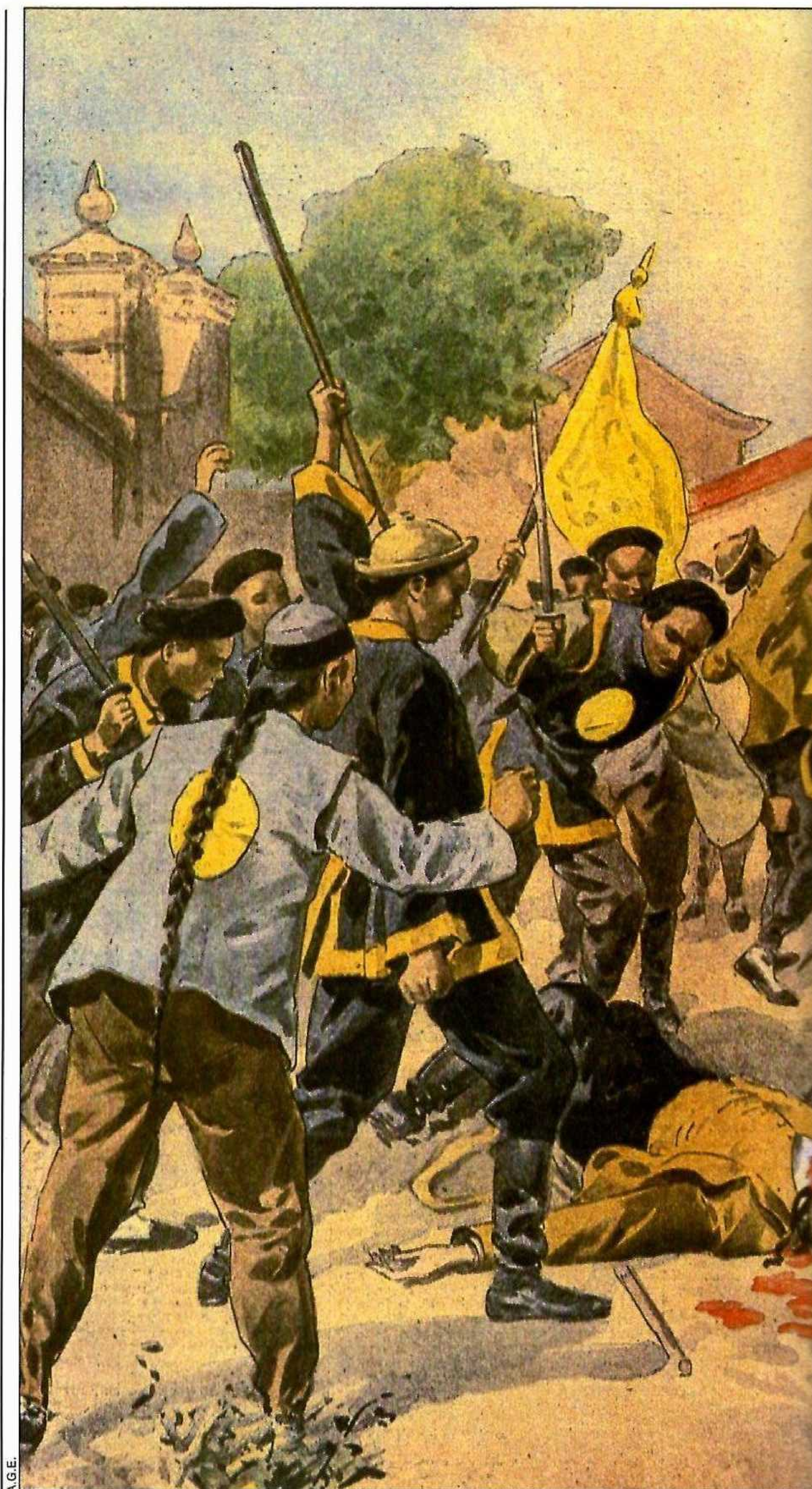
Apertura frustrada

El joven emperador Kuan Hsü (Guang xu), apoyado por diplomáticos extranjeros, mandarines e intelectua-

Un manifiesto de los bóxers

Al igual que ocurrió sesenta y tres años después durante la Revolución Cultural —y la costumbre se importó también a Francia en mayo del 68—, los bóxers cubrieron los muros de Pekín con ingenuos y exaltados carteles. Fueron los precedentes de los dazibaos. He aquí la traducción de uno de ellos:

«Los dioses que asisten a los bóxers,
sociedad muy justa y muy armoniosa,
os ordenan expulsar a los diablos ex-[tranjeros
que vienen a perturbar el Imperio del [Hijo del Cielo,
obligando a los hombres a violar sus [juramentos
y a las mujeres a cometer adulterio.
Exterminad a estos demonios,
destruid los ferrocarriles,
abatid sus postes de telégrafos
y, sobre todo, hundid sus vapores.
Esto causará escalofríos a la muy [grande Francia;
esto reducirá a polvo
tanto a los ingleses como a los rusos,
y esto convertirá, para siempre, en [próspero
al elegante Imperio de la dinastía del [gran Ts'ing.»



En ambas páginas, ilustración de Le Petit Journal *en la que se representa el asesinato del embajador alemán en Pekín Von Ketteler (20.VI.1900), que marcó el inicio del asedio.*

En la página siguiente, arriba, imaginaria escena de la resistencia de las legaciones; abajo, tropas chinas ocupan la muralla tártara, dominando el barrio de las legaciones.

les occidentalizados, inició desde el poder una serie de reformas encaminadas a cambiar en profundidad las bases sobre las que se asentaba el Imperio. Este intento duró cien días. El Ejército se encargó de anular toda intentona reformista y la anciana Tz'u Hsi (Ci Xi) de encarcelar al emperador, perseguir a quienes le apoyaban y restablecer la situación anterior, volviendo al poder (antes había sido emperatriz regente).

Tz'u Hsi era una mujer de gran influencia y experiencia política. De concubina de tercer grado del emperador pasó a serlo de primer grado por haber dado a luz un varón, que el emperador reconoció como hijo suyo. Con la experiencia de dos regencias, pues había enviudado, no dudó en encarcelar a Kuan Hsü e iniciar un período de gobierno con un programa absolutamente reaccionario.





Bibliothèque nationale, Paris-Cl. Snark International



Collection Viollet

Claude McDonald

Claude Maxwell McDonald nació en Uppingham en 1852. Ingresó en el Ejército en 1872 y tomó parte en la campaña de Egipto de 1882. Dos años después fue nombrado agregado militar de sir Evelyn Baring en la expedición a Suakin. Tras permanecer un año como cónsul general de Gran Bretaña en Zanzíbar, marchó a los territorios nigerianos comisionado por el Foreign Office.

En 1896 fue nombrado ministro británico en Pekín, y al producirse el levantamiento bóxer de 1900 envió un duro mensaje a las autoridades chinas, acusándoles de haber instigado la rebelión y amenazándoles con severas represalias.

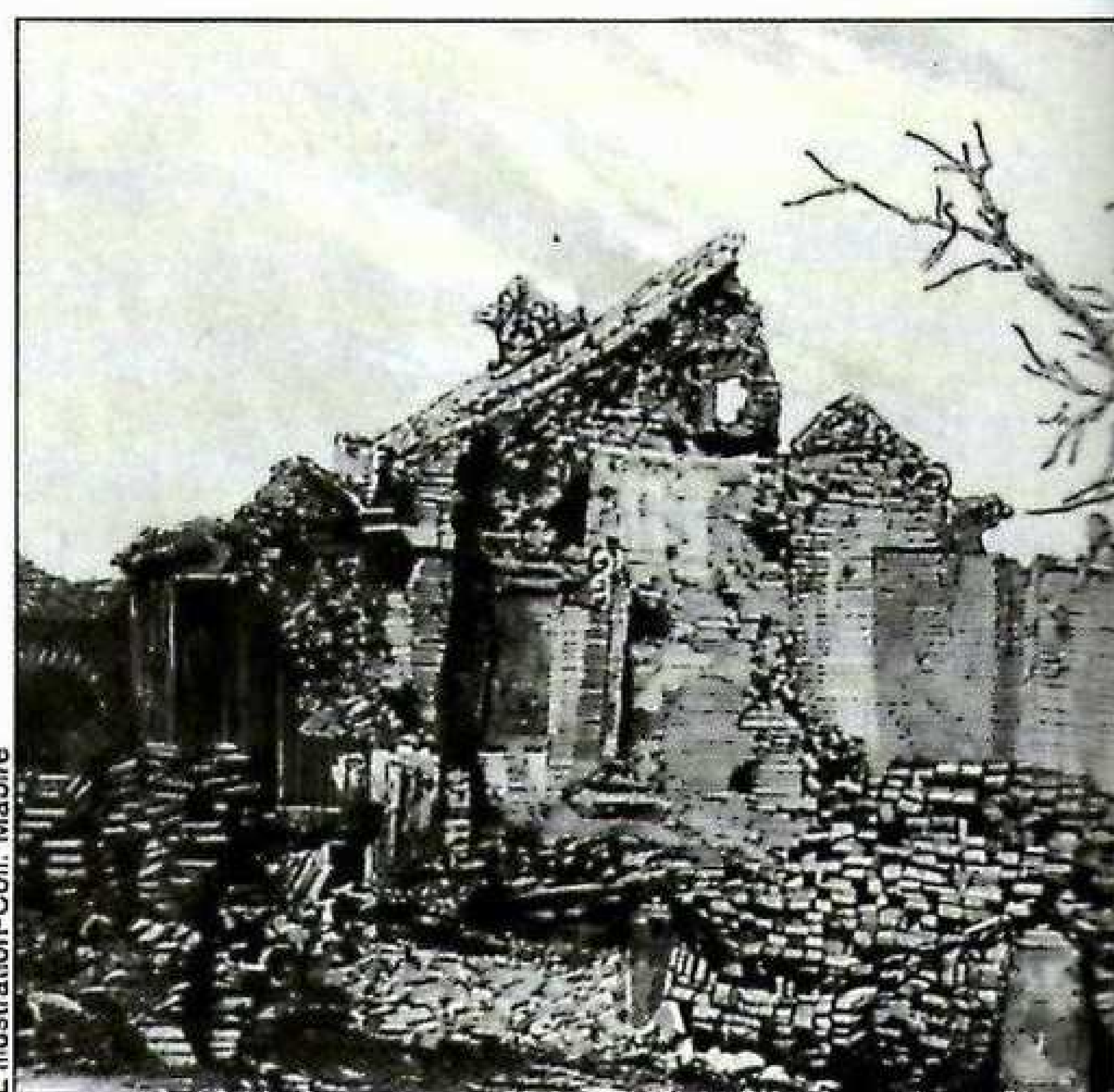
Durante el asedio asumió la responsabilidad de coordinar la defensa del barrio de las legaciones diplomáticas, tarea en la que fue ayudado por su primer secretario, Cockburn, y por el capitán Strouts, de la Royal Marine Light Infantry. Al morir este último tomó como jefe de Estado Mayor a Herbert Squiers, primer secretario de la legación de Estados Unidos y antiguo oficial de la U.S. Cavalry.

Después de ser nombrado primer embajador en Tokio y prestar un valioso servicio al gobierno británico durante la guerra ruso-japonesa, murió en Londres el 10 de septiembre de 1915.


Bibliothèque nationale, París


Bibliothèque nationale, París


L'Illustration-Cl. Snark International


L'Illustration-Coll. Mabire

Sobre estas líneas, el ministro británico Claude McDonald (arriba) y el obispo católico de Pekín, Alphonse Favier (abajo); este último fue el defensor de la catedral y la misión del Pe-t'ang.

En la parte inferior, trinchera excavada en el jardín de la legación francesa.

En ambas páginas, arriba, soldados regulares y sublevados bóxers durante la insurrección de 1900; abajo, un aspecto del estado en que quedó la legación de Francia tras el largo asedio: los chinos cavaron una galería subterránea y minaron el edificio, pero no consiguieron reducir a sus defensores.

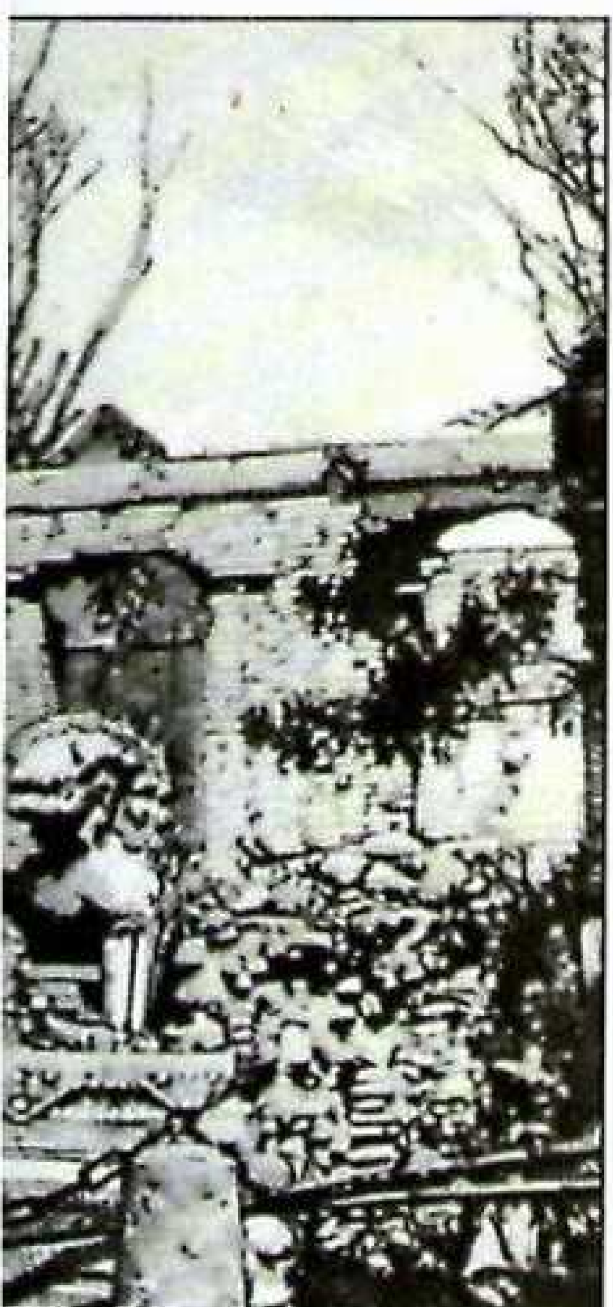
Paralelamente, el movimiento de los bóxers enraizó en el pueblo, sobre todo entre los campesinos sin tierras y entre los artesanos, y el Gobierno vio en él un aliado para expulsar del país a los extranjeros. Sin embargo, no se dio la menor importancia a su enfrentamiento con la dinastía gobernante, que ya se había puesto de manifiesto en octubre de 1899. En aquella ocasión, los bóxers sufrieron un duro revés frente a las fuerzas del Imperio, y quizás esta derrota les hizo pensar que su lucha debía seguir un proceso gradual: primero combatir a los extranjeros hasta echarlos del país; después, derrocar a los Ts'ing (Qing).

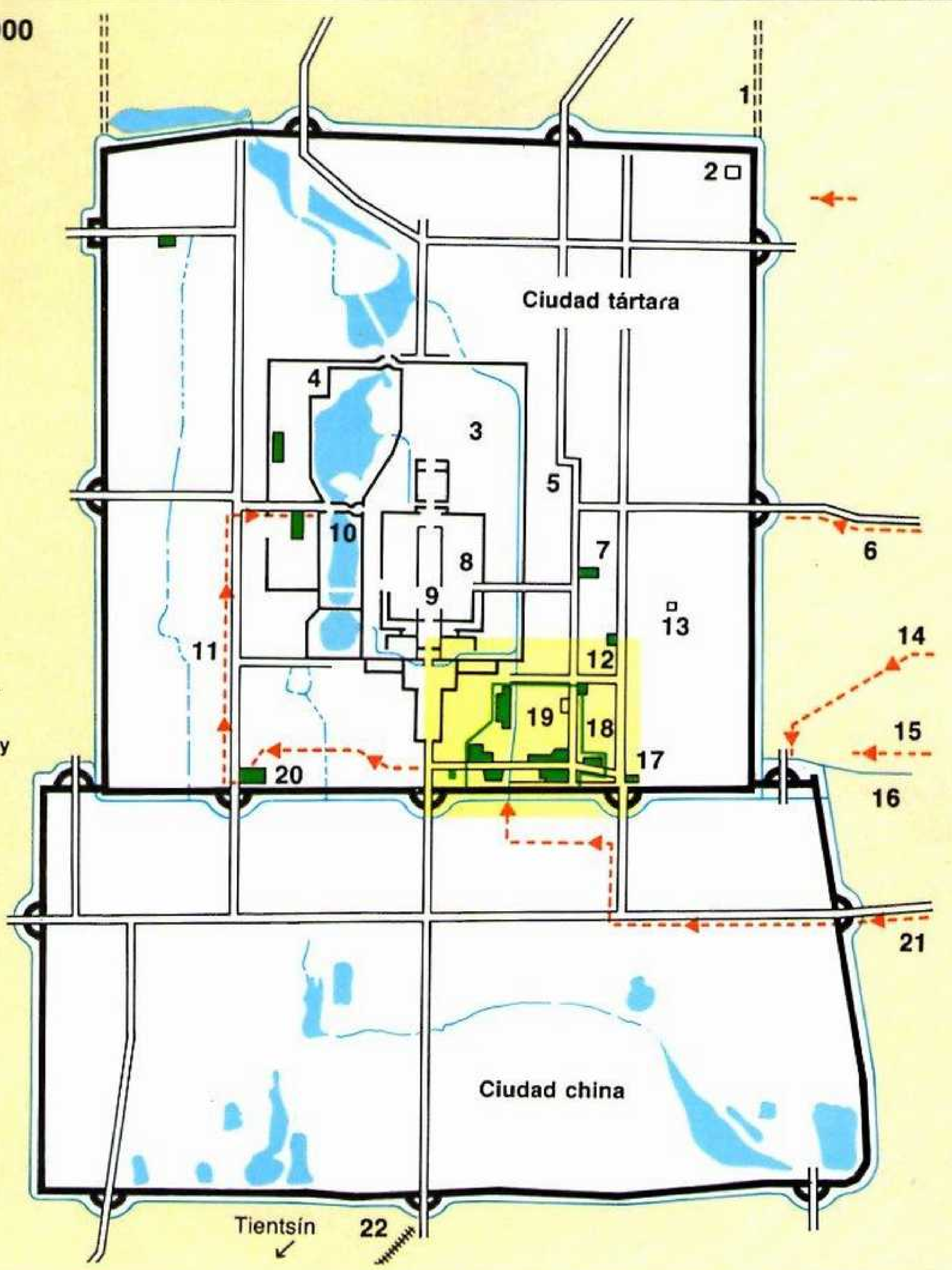
«¿Por qué nos tratáis así?»

Así pues, a finales de 1899, los bóxers y el Gobierno se aliaron contra un enemigo común: la colonia extranjera. Fruto de esta alianza fueron los edictos imperiales, que, en 1900, otorgaron un apoyo implícito a las actividades de los bóxers. Éstos, ya sin la oposición gu-


Cl. Docteur Matignon-Coll. Mabire







bernamental, recorrían campos, pueblos y ciudades, persiguiendo y matando a los extranjeros, a los chinos cristianizados y a los misioneros. Un dramático testimonio de las brutales acciones cometidas fueron las últimas palabras de la esposa de un misionero protestante antes de su ejecución: «Todos nosotros hemos venido a China a traeros la buena nueva de la salvación por Jesucristo; no os hemos hecho ningún daño, solamente bien. ¿Por qué nos tratáis así?» En algunos pasquines se contestaba a esta pregunta: «Los católicos y protestantes han vilipendiado a nuestros dioses y sabios, han engañado, arriba, a nuestros emperadores y ministros y, abajo, han oprimido al pueblo chino. Los chinos convertidos al cristianismo han conspirado con los extranjeros, destruido las imágenes de Buda; se han adueñado de los cementerios de nuestro pueblo. Esto ha irritado al cielo.»

No todo el funcionariado veía con buenos ojos la política pro-bóxer iniciada por Tz'u Hsi. Un ejemplo de ello fue la actitud beligerante de Yüan Shih-k'ai (Yuan Shikai), futuro presidente de la República, que reprimió a los rebeldes con las armas.

55 días en Pekín

Los diplomáticos extranjeros residentes en Pekín decidieron resistir a los bóxers. Previamente habían realizado visitas a la corte china, inquietos por los hechos que estaban aconteciendo en algunas provincias.

En la bahía de Taku, próxima a Tientsín, se hallaba anclada una flota compuesta por dieciséis navíos de guerra de distintas nacionalidades. Cuando los bóxers llegaron a Pekín para saquearla, los diplomáticos decidieron que había llegado la hora de que la flota actuase. El 3 de junio, 428 hombres de distintas nacionalidades entraron en la ciudad; este contingente militar no satisfizo a los diplomáticos, que lo consideraban muy pequeño; en cambio, sir Claude McDonald (representante británico) estaba más preocupado por la disputa internacional que se produciría si el gobierno chino se tambaleaba, que por la fiera amenaza bóxer. El 9 de junio, el cuerpo diplomático tembló de miedo: la tribuna del hipódromo fue pasto de las llamas y sólo estaba a unos 4 km de Pekín. Aquella misma tarde, sir Claude McDonald telegrafió desesperadamente al almirante sir Edward Seymour, jefe de la flota colonial, solicitando refuerzos.

Sir Edward Seymour salió al día siguiente con una columna de dos mil hombres (británicos, alemanes, rusos, franceses e italianos). Realizó el viaje en tren, reparando a su paso la vía férrea que había sido parcialmente destruida por los bóxers. Naturalmente, este plan obligó a las fuerzas a avanzar muy lentamente. (La distancia que debían recorrer era de más de 100 km.) La expedición tuvo que detenerse y regresar a los siete días, ya que, además de la lentitud del avance, era blanco de frecuentes asaltos bóxers.

La liberación de los sitiados

«Los sikhs acaban de llegar al jardín de la legación de Inglaterra. El portaestandarte, un soberbio indio con un inmenso turbante claro, ha querido llegar el primero. De pronto, sin abandonar su bandera, se deja caer de rodillas y recita las palabras de una plegaria. Agrupados en torno a él, sus camaradas repiten el sortilegio. Estupefactos, los europeos liberados rodean a la tropa enfangada que se postra en acción de gracias. Se gritan hurras. Los civiles lloran, se abrazan, ríen. Momento de distensión nerviosa en el que nadie es dueño de sus palabras y de sus nervios. La flema británica deja paso a una brutal explosión de alegría. He aquí al general en su atuendo de tela caqui, con cuello escarlata. Lady McDonald surge de la multitud y se dirige hacia aquél, cuyas tropas acaban de liberar el barrio de las legaciones. La esposa del ministro británico, con ingeniosidad femenina, ha logrado vestirse perfectamente. Su vestido, adornado de lazos, y su sombrero de ala ancha producen la ilusión de que se dirige a un mundano garden-party. Tiende su mano al general para que se la bese y le dice solamente: "Me alegra que haya venido..."

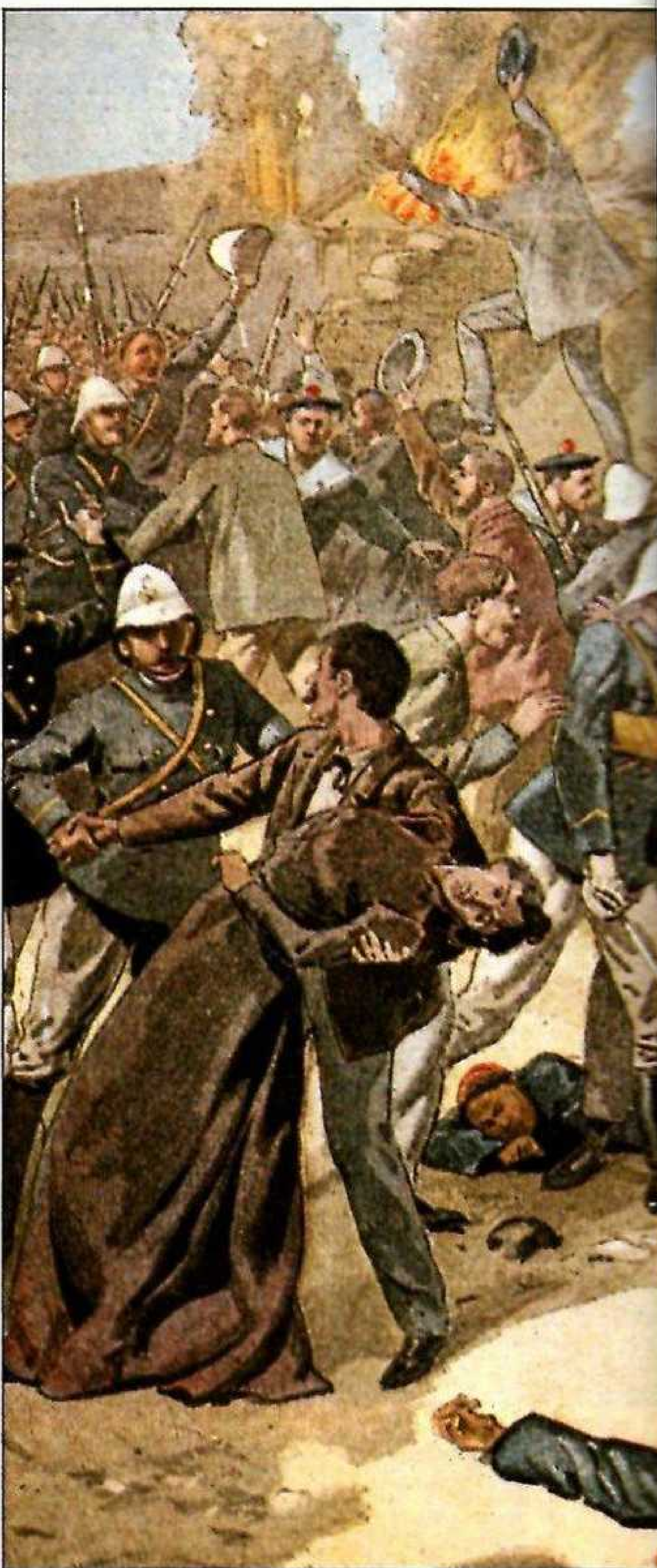
»El general americano Chaffee entra poco después en la legación de Inglaterra a la cabeza del 14 Regimiento de Infantería de Estados Unidos, gritando a voz en cuello: "¡Hurra, los americanos llegan los primeros!"

»"Sorry, sir", *le dice con su flema proverbial sir Claude McDonald, "estamos liberados ya por las tropas de Su Majestad".*

»"Shit!" *("M...."), responde Chaffee, muy decepcionado. El americano se mordisquea el mostacho. Sus hombres han sido superados por los sikhs (¡indios!). El general de la U.S. Army no puede disimular una mueca de desprecio. Apenas osa admitir su desgracia. Cierto, los americanos han entrado los primeros en la Ciudad China, pero un error de orientación les ha hecho tomar una dirección equivocada. Llegaron a la puerta Tien-An-men demasiado al oeste, y fueron recibidos por un nutrido fuego de los chinos. Los americanos no sólo no pudieron emprender el asalto, sino que fueron obligados a batirse en retirada, evacuando a sus heridos bajo la metralla. Entonces, Chaffee esperaba vengarse, llegando el primero al barrio de las legaciones. Pero perdió la carrera. Los sikhs que le seguían le tomaron la delantera, pasando por la alcantarilla.*

»Los dos generales estrechan todas las manos que se les tienden. Los ¡bravos! *ritman la marcha de los libertadores. Se oyen cánticos. Los sikhs y los americanos son rodeados por docenas de refugiados completamente atontados al salir de su larga pesadilla. Unos civiles salen corriendo por todo el barrio de las legaciones para llevar la gran noticia: "¡Los aliados están aquí!".»*

(FUENTE: El verano rojo de Pekín. *Jean Mabire. Librairie A. Fayard, París, 1978.)*


Le Petit Journal-Coll. Grob-Coll. Snark

El 11 de junio, en la estación de Pekín, todo el cuerpo diplomático esperó en vano a las fuerzas de socorro. Seymour fue apodado «See-no-more» («no vuelto a ver»). Por la tarde, el canciller de la delegación japonesa, Sugiyama, que había vuelto a la estación, fue sacado de su coche, arrastrado y asesinado.

La tensión en Pekín era insostenible. El día 13, los bóxers entraron en la ciudad con el permiso del ultrarreaccionario príncipe Tuan, que había sido nombrado pocos días antes ministro de Asuntos Exteriores. El 15 de junio, tras el ataque de los bóxers al establecimiento francés de Tientsín, las fuerzas internacionales fondeadas en la bahía de Taku decidieron intervenir, bombardeando y atacando las formaciones de esa ciudad; esto provocó la ira de los chinos de Tientsín, que, como réplica, atacaron todos los establecimientos extranjeros.

Ataque y asedio

El 19, la emperatriz requirió al cuerpo diplomático para que abandonara Pekín y se trasladase a Tientsín. El plazo finalizaba a las 4 de la tarde del día siguiente. En la mañana del 20, tras una tensa reunión, el embajador alemán, barón Von Ketteler, decidió salir de las legaciones para discutir la situación con los ministros del gobierno imperial y llegar a un acuerdo que evitase más derramamiento de sangre. Pocos minutos después de abandonar la sala era asesinado a quemarropa por orden de un funcionario. Como reacción, el cuerpo diplomático decidió unánimemente mantener sus puestos en Pekín, haciendo caso omiso de las amenazas de la emperatriz. Poco después de las 4 de la tarde, los bóxers, con la ayuda de las fuerzas del Gobierno, empezaron el ataque y asedio. La guerra contra las potencias extranjeras se había iniciado; el gobierno chino la declaró formalmente el 21 de junio.

Una superficie de alrededor de una hectárea, en la que se asentaban 11 legaciones, iba a conocer un largo asedio. En ella se refugiaban unos 500 civiles extranjeros, 450 infantes de marina, y unos 3.000 chinos convertidos al cristianismo.

Bajo la dirección de McDonald se organizaron por nacionalidades en diferentes unidades de combate.

Disponían de algunos caballos de carreras, que les proporcionaron carne fresca, una vaca y un pozo de agua;





Cl. Docteur Matignon-Coll. Mabire



L'Illustration-Cl. Mabire



Missions lazaristes, Paris

En ambas páginas, escena de la liberación de los sitiados; la imaginería popular la evocó emotivamente. En esta página, arriba, algunos de los hombres que defendieron la legación de Francia; abajo, a la izquierda, el general británico Gaselee, liberador de Pekín, con los oficiales de su Estado Mayor; a la derecha, el teniente de navío Paul Henry, que luchó en defensa de la catedral con un destacamento de 30 marineros franceses.

además descubrieron un almacén de grano y forraje. Podían resistir en cuanto a alimentos, pero las municiones eran escasas.

Esta ventajosa situación no se dio en la catedral católica, emplazada a algo más de 3 km de distancia, donde el obispo católico de Pekín, monseñor Alphonse Favier y 3.400 fieles quedaron cercados, con la insuficiente protección de 43 marinos franceses e italianos.

Heroica defensa

El recinto de las legaciones se hallaba en plena ebullición: todos los hombres se habían movilizado para defender sus puestos. El fulgor de las llamas resplandecía en sus rostros. Los bóxers habían incendiado los edificios circundantes y no tardaron en sacar a la calle sus anticuados cañones, dejando almacenados otros de reciente adquisición: los Krupp de tiro rápido. El comandante en jefe de las tropas chinas, Junglu, había considerado las consecuencias políticas del uso de estos cañones, que hubieran podido causar una masacre.

La emperatriz, cuyo plan de acabar con el intervencionismo extranjero era una cuestión de honor, se hallaba sola; gobernantes de varias provincias se negaron a enviar hombres para el combate y proclamaron su neutralidad. Quizá por ello, y para evaluar su situación, concedió una tregua el día 16 de julio, tras el incendio del edificio de la legación española.

Los asediados descansaban, pero las noticias que llegaban a Europa eran desesperanzadoras: «Las legaciones han caído y los que han quedado vivos han sido pasados a cuchillo de la manera más atroz.» En el *Times* de Londres se publicó la esquela mortuoria de McDonald, e incluso se organizó el funeral.

Entretanto, las potencias organizaron unidades de combate para enviarlas en socorro de los asediados. El káiser arengó a sus fuerzas expedicionarias con estas palabras: «¡No deis cuartel! ¡No hagáis prisioneros! Todos los que caigan en vuestras manos deben ser aniquilados.»

Expedición de socorro

El 14 de julio, soldados japoneses y tropas occidentales de Extremo Oriente acantonados cerca de Tientsín habían realizado, con éxito, un ataque a la ciudad; pero no avanzaron, y esperaron la llegada de refuerzos. Final-


J. Topham Picture Library-Firo Foto

Tropas estadounidenses estacionadas en Tientsín. La presencia militar occidental aumentó después de que fuera sofocada la rebelión. Cerca de 45.000 soldados permanecieron en China.

Fuerzas europeas

«Los 21.207 hombres que han desembarcado en China se descomponen de la manera siguiente:

Rusos: *8.200 hombres y 149 oficiales*
Japoneses: *5.100 hombres y 124 oficiales*
Ingleses: *2.400 hombres y 175 oficiales*
Franceses: *2.400 hombres ty 103 oficiales*
Alemanes: *1.087 hombres y 36 oficiales*
Norteamericanos: *1.305 hombres y 40 oficiales*

Además, figuran entre las tropas desembarcadas dos pequeños destacamentos de italianos y de austríacos.»

(FUENTE: La Vanguardia, *20 de julio de 1900.)*

mente, la expedición de socorro salió de Tientsín el 4 de agosto.

A finales de julio, la lucha se había recrudecido. Li Ping-heng llegó a Pekín con ansias de matar, y empleó incluso el cañón Krupp. La situación de los sitiados era terrible: presentían que su fin se aproximaba. No sabían que, el 13 de agosto, los refuerzos habían llegado al valle de Pekín y estaban dispuestos a atacar. Aquella misma noche, los rusos se adelantaron e irrumpieron en la ciudad. Les siguieron las tropas británicas, primeras en llegar a las legaciones; poco más tarde, fuerzas japonesas liberaron la catedral.

En cuanto las tropas de socorro entraron en la ciudad, la emperatriz y parte de la Corte huyeron en carretas arrebatadas a los campesinos, y se dirigieron hacia Sian (Xi'an), donde permanecieron hasta 1902. La fuerza alemana de socorro, que se había demorado esperando refuerzos, llegó tarde y se dedicó al saqueo de varias ciudades, llevando a la práctica la orden dada por el káiser. En realidad, no fueron los únicos que se dedicaron al pillaje: la mayoría de los extranjeros, tanto civiles como militares, lo practicaron durante varios meses.

El asedio de Pekín había durado 55 días. En la defensa de las legaciones murieron 64 militares y 16 voluntarios civiles; las bajas chinas no se contabilizaron. Fuera de la capital, las muertes de misioneros y de chinos que habían abrazado la religión cristiana fueron muy numerosas.

Balance final

Unos 45.000 soldados extranjeros quedaron en China. Los bóxers se habían dispersado y el viejo Li Hungchang (Li Hongzhang) fue el encargado de efectuar las negociaciones de paz con los ocupantes extranjeros que se instalaron en Pekín. El 7 de septiembre de 1901 fue firmado el Protocolo Bóxer. Se exigió a China una indemnización de 333 millones de dólares, a pagar en un período de 39 años a un altísimo interés, la ejecución de diez altos funcionarios y el castigo de más de cien.

Los vencedores tomaron represalias contra los funcionarios pro-bóxers, pero conservaron la dinastía en el trono y la integridad del Celeste Imperio, sin perder la posición de privilegio que ya antes tenían. Para los chinos, todo esto no fue más que una nueva agresión imperialista. La rebelión de los bóxers no tardaría en ser reivindicada como el embrión de posteriores movimientos nacionalistas.

La reina Victoria

El final de una época

Néstor Luján,
escritor

En 1901, con la llegada del nuevo siglo y la muerte de la reina Victoria, se cerró para Gran Bretaña una era gloriosa, en la que este país se había situado a la cabeza de uno de los mayores imperios de la historia, a lomos de la gazmoña moral burguesa y de uno de los más importantes acontecimientos del desarrollo de la humanidad, la Revolución industrial. Esta hegemonía, conseguida mediante la fuerza del Ejército y la Marina coloniales, se mantuvo hasta los años inmediatos al final de la Segunda Guerra Mundial.



Encuentro de la reina Victoria (centro) y su esposo Alberto (izquierda) con el rey Luis Felipe I de Francia (derecha) en 1843. Victoria reinó desde 1837 hasta 1901; es decir, un período más largo que ningún otro soberano británico. En ese tiempo, que los historiadores han convenido en llamar la «era victoriana», Gran Bretaña se afianzó como una democracia parlamentaria estable y como el mayor imperio colonial del mundo.

Cronología de la «era victoriana»

1837: *Victoria, reina de Inglaterra.*
1838: *se funda la Liga de Manchester, que propugna el librecambio. El Parlamento rechaza la* Carta del Pueblo (People's Charter), *origen del movimiento cartista.*
1839: *tercer gobierno Melbourne. Estallido de la Guerra del Opio con China (1839-42) y de la primera guerra afgana (1839-42). Adén pasa a depender de Gran Bretaña.*
1840: *casamiento de Victoria con Alberto de Sajonia-Coburgo-Gotha. Cuádruple alianza (Gran Bretaña, Francia, Prusia y Rusia) para proteger a Turquía en la guerra turco-egipcia.*
1841: *segundo gobierno Peel.*
1842: *Hong Kong pasa a depender de Gran Bretaña. Nuevo rechazo parlamentario de la* Carta del Pueblo; *huelga general.*
1843: *anexión de Natal a la colonia británica del Cabo. Conquista de Sind (India).*
1844: *creación de la primera cooperativa de consumo en Rochdale.*
1845: *hambre en Irlanda, provocada por la enfermedad de la patata.*
1846: *abolición de los aranceles proteccionistas* (Corn Laws). *Gobierno de lord Russell (hasta 1852).*
1847: *reducción de la jornada laboral de mujeres y niños a 10 horas.*
1848: *primera ley británica de Sanidad Pública. Sofocada la oleada terrorista provocada por el movimiento Joven Irlanda. Anexión del Estado Libre de Orange (1848-54).*
1849: *anexión del Penjab (India).*
1851: *primera Exposición Universal, en Londres.*
1852: *gabinete de lord Aberdeen (hasta 1855). El Transvaal es reconocido territorio independiente. Anexión de la Baja Birmania.*
1854: *estalla la guerra de Crimea (1854-56).*
1855: *primer gabinete Palmerston.*
1857: *rebelión de los cipayos en India. Guerra con China.*
1858: *disolución de la Compañía Británica de las Indias Orientales. India se convierte en un* Dominion *británico gobernado por un virrey. Creación de la sociedad secreta Fenier, que aspira a una república irlandesa autónoma.*
1859: *segundo gobierno Palmerston (hasta 1865).*
1860: *Tratado de Cobden con Francia (reafirmación del librecambismo). Campaña francobritánica contra China.*


J. Topham-Firo Foto

1864: *creación de la I Internacional de Trabajadores, en Londres.*
1865: *segundo gobierno de lord Russell (hasta 1866).*
1867: *el Dominio británico de Canadá obtiene la autonomía política. Segunda Ley de Reforma, que amplía el derecho a voto.*
1868: *primer gobierno Disraeli (febrero-diciembre). Primer gobierno Gladstone (diciembre, 1868-diciembre, 1874). Expedición británica de castigo a Abisinia.*
1869-70: *primeras medidas para solucionar el problema de Irlanda.*
1871: *las Trade Unions son reconocidas oficialmente.*
1872: *concesión de autonomía a la Colonia del Cabo.*
1874: *segundo gobierno de Disraeli (hasta 1880).*
1875: *Gran Bretaña adquiere las acciones egipcias del Canal de Suez.*
1876: *la reina Victoria se convierte en emperatriz de la India. Anexión del Beluchistán (1876-87).*
1877: *anexión del Transvaal.*
1878: *anexión de Chipre. Segunda guerra afgana (1878-79).*
1879: *guerra contra los zulúes.*
1880: *segundo gobierno Gladstone (hasta 1885). Sublevación de los bóers.*
1881: *fundación de la Federación Democrática, que se transformará (1884) en Federación Socialdemócrata, de carácter marxista. El Convenio de Pretoria devuelve la independencia al Transvaal. Intervención militar británica en Egipto y Sudán (1881-83).*
1882: *asesinato en Dublín de ministros británicos por terroristas fenianos. Ocupación británica de Egipto.*
1883: *fundación de la Sociedad Fabiana.*
1884: *tercera Ley de Reforma electoral (amplía el número de votantes campesinos). Expedición británica a Sudán. Somalia, Kenia y Uganda se convierten en colonias británicas (1884-95).*
1885: *primer gobierno Salisbury (hasta 1896). Caída de Jartum.*
1886: *tercer gobierno Gladstone (febrero-julio). Primer proyecto de autonomía para Irlanda (rechazado). Segundo gobierno de Salisbury (hasta 1892).*
1888: *conquista de Rhodesia por la compañía dirigida por Cecil Rhodes (1888-91).*
1890: *Rhodes, primer ministro de la Colonia del Cabo.*
1891: *anexión de la Alta Birmania.*
1892: *cuarto gobierno Gladstone (hasta 1894).*
1893: *segundo proyecto de autonomía para Irlanda (rechazado). Fundación del Partido Laborista Independiente, fusión del Partido Socialdemócrata y la Sociedad Fabiana. Reparto de Siam entre Francia y Gran Bretaña.*
1894: *Rosbery, primer ministro.*
1895: *tercer gobierno Salisbury. Fracasada incursión punitiva de Jameson por el Transvaal.*
1898: *un ejército angloegipcio reconquista Sudán.*
1899: *guerra contra los bóers (1899-1902). Sudán, condominio angloegipcio.*
1900: *intervención británica contra los bóxers en China. Protectorado británico sobre Lagos y Nigeria.*
1901: *muerte de la reina Victoria; le sucede su hijo Eduardo VII, príncipe de Gales.*



A.G.E.

P. Newark-Firo Foto

Arriba, una imagen del Londres victoriano: Picadilly Circus en 1900. El Gran Londres tenía entonces cerca de 6,5 millones de habitantes.

Abajo, Victoria y su esposo, el príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo, en 1861. Eran primos hermanos y se habían casado en 1840.

Un fastuoso funeral

El 22 de enero de 1901 falleció la reina Victoria. Sesenta y cuatro años de reinado marcan no sólo una época, sino también los últimos grandes acontecimientos de la realeza europea. Porque «la abuela de Europa» estaba prácticamente ligada con todas las familias reales.

Así explicó el suntuoso funeral un cronista de la época: «El féretro, colocado de nuevo en un armón de artillería, estaba cubierto con un paño color púrpura, y encima el estandarte real. Sobre éste, un gran maestre de ceremonial colocó la corona y las insignias de la Orden de la Jarretera. Las bandas de la Real Guardia Montada y del 2.º Regimiento de Guardias de Corps se situaron a continuación. Después seguían compañías de voluntarios, alabarderos, milicia, Cuerpo colonial, Guardias irlandesa y escocesa, etc. Venían luego contingentes de la Marina y, a continuación, los agregados militares de las potencias amigas y numerosos altos oficiales de Estado Mayor del Ejército inglés, presididos por el mariscal de campo lord Roberts, delgado pero fuerte, muy erguido en la silla de su caballo.

»La comitiva empezó a avanzar. Detrás del armón de artillería que llevaba el ataúd iban tres jinetes: en el centro, el rey Eduardo; a su derecha, el emperador Guillermo, en una montura de color gris tordo, y, a su izquierda, el duque de Connaught. A pocos metros de distancia, con brillantes uniformes, cabalgaban dos fieles aliados: los reyes de Grecia y Portugal; luego, los príncipes herederos de Alemania, Dinamarca, Suecia y Noruega; seguidamente, Francisco Fernando de Austria-Hungría, solo. El heredero del trono de los Habsburgo detestaba las multitudes; nervioso y suspicaz por naturaleza, temía siempre por su vida.

»En un carruaje iban la reina Alejandra y sus tres hijos; en otro, el rey de los belgas, de cabello gris, en grave actitud. Soldados con gorros de piel

Benjamin Disraeli

El caso del político y escritor británico Benjamin Disraeli (1804-81) es sorprendente. Hijo de una familia de origen judío, fue no obstante bautizado en la Iglesia anglicana, a los doce años. Abogado, demostró poseer también dotes literarias nada desdeñables, y en 1826 publicó su primera novela Vivian Grey, *donde narró con perspicacia premonitoria la vida de los medios políticos británicos. Decidió luego dedicarse a la política, y en 1831 presentó su candidatura al Parlamento, pero fue derrotado.*

Líder de los conservadores en la oposición, reorganizó su partido y se enfrentó a la política imperialista de los whigs, *dirigidos por Palmerston. Entre 1851 y 1868 ocupó tres veces la cancillería del Tesoro, cargo desde el que logró la transferencia del gobierno de India a la Corona. En 1868 sustituyó a Derby como primer ministro, pero su rival, el liberal Gladstone, consiguió desplazarle de la jefatura del Gobierno. En 1874 derrotó a Gladstone, y ocupó el mencionado cargo hasta 1880. Llevó a cabo importantes reformas sociales, en aplicación de su idea de la democracia* tory, *y consolidó el Imperio.*

La reina Victoria le concedió en 1876 el título de primer conde de Beaconsfield.



Zardoya

Sobre estas líneas, Benjamin Disraeli, líder del partido conservador y primer ministro favorito de la reina Victoria, que le nombró conde.

En la página siguiente, a la derecha, William Gladstone, líder del partido liberal, cuatro veces primer ministro y principal antagonista de Benjamin Disraeli.



Las primeras sufragistas iniciaron su lucha por el voto femenino durante el reinado de Victoria —que las despreciaba—, pero, a pesar de las profundas reformas que cambiaron el sistema electoral, sus reivindicaciones fracasaron.

Camera Press-Zardoya

y blancos correajes cruzados sobre guerreras de color oscuro cubrían la carrera. En ocasiones tenían que cogerse de las manos y arquear las espaldas para contener el empuje del gentío.»

«Dejadme sola...»

La reina Victoria, nacida el 24 de mayo de 1819, tenía sangre de los Sajonia-Coburgo por parte de madre, y se unió al príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo, su primo, a los veintiún años de edad. Los Sajonia-Coburgo fueron una estirpe sorprendente y curiosa: procedentes de un pequeño principado alemán, perseguidos y errabundos en la época de Napoleón, llegaron a ocupar el trono en Bélgica, Portugal y Bulgaria, y uno fue príncipe consorte de Gran Bretaña. Ellos llevaron la moral burguesa a la realeza. Incluso los más dados a liviandades —como el imponente Leopoldo II de Bélgica o el espiritual Eduardo VII, hijo de Victoria— lo fueron con un solapado aire de grave disimulo.

Una pequeña anécdota de la reina Victoria da la clave de su carácter. Después que el arzobispo Howley y el gran chambelán, lord Conyngham, la despertaron a las seis de la mañana del día 20 de junio de 1837 para decirle que era reina, Victoria quedó sola con su madre, en cuya habitación dormía, y le dijo: «Madre mía, ¿soy, en realidad, reina?» Y como su madre contestara que sí, respondió: «Pues espero que me concedáis lo primero que os pido como reina. Dejadme sola una hora.» Entonces su madre se retiró, pensando —y no se equivocaba— que su influencia había concluido a partir de aquel momento.

Victoria tuvo desde muy joven un gran sentido de la dignidad real, que fue creciendo durante los sesenta y cuatro años de su reinado (1837-1901). Ello la convirtió en una especie de símbolo. En el período que separa a la joven inexperta de 1837 de la anciana testaruda, fanática de su propia majestad, Gran Bretaña dio un giro de ciento ochenta grados. El alegre país del rey loco y de los insensatos duques reales, disipado y sincero en sus vicios, se transmutó en un pueblo de apariencia virtuosa, «regenerado» por la lectura de la *Biblia,* entenebrecido por el humo de sus industrias, soberbio en su riqueza y en el esplendoroso desarrollo de su Imperio. Victoria, educada en los consejos de su tío Leopoldo I de Bélgica, extirpó cualquier veleidad en el comportamiento de la familia real y fue la inspiradora de esa religión de la decencia exterior llamada «moral victoriana». Luego, la prematura muerte de su marido endureció más, si cabe, la severidad de Victoria.

El tifus se adueña del castillo de Windsor

Leopoldo de Bélgica fue el consejero de su sobrina a través de una constante relación epistolar. A él se debió la boda de la reina con su primo hermano, el príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo-Gotha. Éste fue literalmente escogido por su esposa, fascinada por la personalidad seria y grave de aquel joven alto, de ojos azules, nariz perfectamente dibujada y románticas patillas. «La belleza de Alberto es de las





Camera Press-Zardoya

más fascinantes», escribió a su tío Leopoldo la joven reina. El matrimonio fue feliz, basado en el amor, la admiración y la fascinación de Victoria y en la honesta bondad, total conformidad y clara inteligencia de Alberto.

La vida de este matrimonio feliz se vio truncada por la súbita muerte de Alberto, a los cuarenta y dos años de edad, en 1861. No fue la causa de este desenlace otra que una fiebre tifoidea que sufrió en el castillo de Windsor. Esta mansión real había sido siempre muy del agrado del príncipe. De hecho, esta enorme, sombría y suntuosa propiedad estaba muy mal cuidada, a pesar de que allí Alberto laboró incansablemente: plantó árboles, trazó nuevos caminos, limpió el bosque y puso en marcha las tres enormes granjas que podían convertir las ochocientas hectáreas de la finca, magnífica y estéril, en algo ordenado y productivo. Así mismo, intentó poner cierto orden en los inestimables tesoros artísticos que el castillo encerraba: ordenó la biblioteca, hizo accesibles los archivos e intentó hacer habitables los inmensos salones. Windsor fue, para el príncipe Alberto, su mansión predilecta, pero también, sin duda alguna, la causa de su muerte.

En 1845, Victoria enfermó de tifus en el castillo y, años más tarde, su hijo, el príncipe de Gales, escapó a la muerte por fiebres tifoideas gracias a su robusta constitución. Alberto no tuvo la misma suerte. Se le declaró la fiebre el 2 de diciembre y falleció doce días más tarde. La intervención del doctor Jenner, especialista en esta enfermedad, y que para tratarla había emprendido una importante obra social en los hospitales públicos, no pudo evitar la muerte.

Viuda virtuosa

La viudedad de Victoria, que en el fondo fue irreprochable, no estuvo a cubierto de la maledicencia. Los murmuradores —que en una sociedad hipócrita como la victoriana eran infatigables— comentaron la inclinación de la reina por su *gillie* John Brown (*gillie* significa, en escocés, servidor del jefe del clan), un hombre brusco, sincero, fiel y bravo bebedor. La predilección por John Brown hizo que los diarios satíricos llegaran a llamar a la reina «Mrs. Brown». Un biógrafo, Philippe Jullian, escribió: «Victoria, que había experimentado violentas necesidades físicas, las convertía en relaciones exclusivamente sentimentales como todas las solteronas y viudas que vivieron bajo su reinado... Un fuerte brazo en el que apoyarse cuando unas copas hacían olvidar la tristeza de su viudez y las preocupaciones de su reinado, una franqueza que refrescara la atmósfera enrarecida de la Corte. Victoria no pedía más a John Brown.» De hecho, ambos compartieron la afición al whisky, comedida en la reina, excesiva en Brown. Victoria le permitía unas libertades que jamás hubiese tolerado a nadie. Brown criticaba los trajes de la reina, ponía whisky en su cesta para el *pic-nic,* e incluso llegó a llamarla «mujer». Cuando Brown murió en 1883, Victoria hizo elevar un monumento a su memoria y repartió varios bustos en sus castillos. Quiso escribir un libro dedicado al inolvidable servidor, pero

La moral victoriana

La época victoriana significó un recrudecimiento formal del sentimiento religioso. Si en época de Cromwell el puritanismo fue de carácter teológico y guerrero, en la época victoriana adquirió un tono más pacífico y superficial. Fue también muchísimo más pragmático: el rigor moral y la austeridad en las costumbres favorecieron el progreso material. Para la moral tradicional, el éxito social representa que el hombre «se ha portado bien», y el fracaso es consecuencia del «pecado» o, por lo menos, de la «indolencia».

Los primeros años de la época victoriana anunciaron una «regeneración» de las costumbres. El príncipe Alberto fue un espíritu religioso, y la reina Victoria sufrió su influencia. La obsesión de la real pareja era dar «buen ejemplo», lo que fue seguido por la mimética aristocracia. El cambio experimentado por las costumbres resultó tan evidente que, en 1840, sólo el viejo lord Hertford se atrevió a mantener abiertamente un harén, cosa que anteriormente era habitual entre los nobles. El buen ejemplo cundió en la burguesía, que se entregó a la religión práctica según la cual la virtud engendra la riqueza. La aburrida seriedad se puso de moda, y la gazmoñería estaba a la orden del día. La literatura entró en los cánones de la moralidad con paso firme. Dickens, Thackeray y el poeta Tennyson se jactaban de no haber escrito jamás un libro que no se pudiera poner en todas las manos. El lenguaje se transformó de una manera absoluta, y se recurrió a las más risibles perífrasis para no citar cosas inconvenientes. Una mujer encinta era «una dama en trance de tener familia» y en el momento del parto estaba «enferma». El vientre era el «estómago» y las piernas no podían ni mencionarse. (Recuérdese la célebre frase de Oscar Wilde sobre el novelista victoriano Thomas Hardy: «En su vejez descubrió que las mujeres, bajo las faldas, tenían un par de piernas y este descubrimiento estuvo a punto de arruinarle la vida. Y rompió a escribir poesía.»)

Zardoya



A.G.E.

En ambas páginas, grupo de vecinos del superpoblado East End de Londres, sucio y miserable refugio de inmigrantes irlandeses y de Europa continental.

Junto a estas líneas, retrato de una familia burguesa victoriana. En la página siguiente, Charles Dickens, genial cronista de la sociedad británica del siglo XIX.



Charles Dickens, testigo de la época

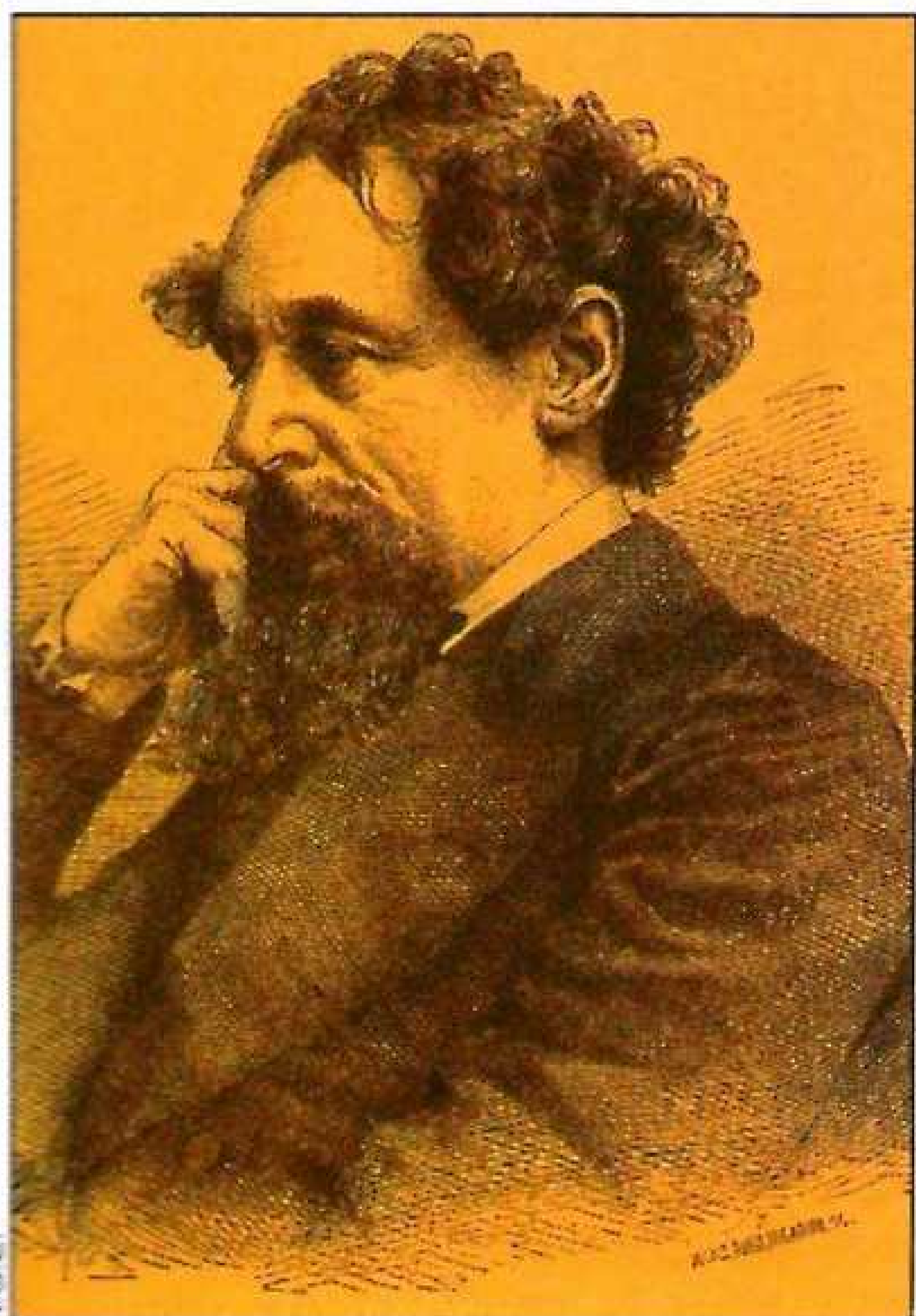
Si hubiera que seleccionar a un solo autor para representar el siglo XIX británico, no cabe duda que la mayoría de los críticos escogerían a Charles Dickens (1812-70). Aunque su vida y su producción no coinciden exactamente con el reinado de Victoria, puede considerarse que su obra es un reflejo de este período de la historia de Gran Bretaña. En sus novelas puede encontrarse un riquísimo fresco de la sociedad victoriana.

Su infancia desvalida —tuvo que ponerse a trabajar a los 13 años, tras la súbita muerte de su padre— y sus inicios como reportero parlamentario, proporcionaron a Dickens una fuente inagotable de observación y una sensibilidad especial para entender la vida cotidiana. Fue precisamente a través de la prensa, o en publicaciones por entregas semanales, como Dickens se mantuvo vinculado a su público. Sus narraciones conocieron el éxito desde el principio, y puede decirse que fue un precursor de la literatura de masas, un auténtico creador de best-sellers. *Ya en 1836-37 se hizo famoso con* Los papeles de Pickwick, *publicada por entregas mensuales.*

A través de obras como Oliver Twist *(1837-38) y* Nicholas Nickleby *(1838-39) rememoró sus vivencias infantiles en el ambiente de miseria y explotación del Londres de la Revolución industrial. En 1842 realizó un viaje a Estados Unidos, que plasmó en obras como* Martin Chuzzlewit *(1843-44), donde criticaba la vida y costumbres norteamericanas, que le decepcionaron profundamente. Pocos años después emprendió la escritura de sus obras de madurez:* David Copperfield *(1849-50),* Tiempos difíciles *(1854) e* Historia de dos ciudades *(1859). Antes, en 1843, había vuelto a recuperar el favor del público con* Canción de Navidad.

La narrativa dickensiana entronca con la tradición de la picaresca inglesa del siglo XVII y, en general, con la tradición de Shakespeare, Ben Jonson, Pope y Byron. Una peculiar combinación de realismo minucioso y de gran imaginación, confiere carácter a sus obras. El espejo dickensiano proporciona una imagen polícroma y rica en matices, con la que sus contemporáneos se identificaron y complacieron, a pesar de la dura crítica que, a veces, encerraba. La sátira, la ironía y el sarcasmo con el que el autor vierte sus juicios, son el trasunto de una moral que queda reflejada en muchas de sus páginas, en ocasiones incluso con simplicidad algo maniquea: la bondad contrastando con el egoísmo, la sencillez con la soberbia, ...

La sociedad victoriana tuvo en Dickens un cronista de costumbres excepcional, un testigo, muchas veces de cargo, de sus injusticias y de la decadencia de la nueva burguesía, nacida de la explotación industrial y del comercio colonial.


A.G.E.

el deán de Windsor, Randall Davidson, la disuadió de ello, arriesgando su carrera. Finalmente, Victoria encargó al poeta oficial, lord Tennyson, una obra fúnebre que éste tuvo la discreción de no escribir.

Victoria fue un personaje contradictorio. En sus relaciones humanas podía ser indistintamente generosa e inconsiderada, delicada y brusca, comprensiva y dura, paciente e irritable, directa o femeninamente sutil. Envarada de majestad, tímida y, sin embargo, segura de sí misma, era una gazmoña burguesa y, a la vez, toda una reina. No tuvo jamás —a pesar de los esfuerzos de Alberto— la menor curiosidad intelectual. Escribió de una forma cursi, y su gusto artístico fue deplorable. Como personalidad política tuvo, según el primer ministro Gladstone, dos virtudes que contrapesaron sus defectos: la cortesía y el amor a la verdad.

La cortesía la llevó a querer ser una soberana constitucional. A pesar de ser profundamente conservadora, angustiosamente mojigata, presidió toda una era de reformas radicales, de increíbles avances. Y no fue la menor de sus contradicciones su odio al naciente feminismo, a la vez que no cedió jamás, ni ante el cincuentón de su hijo, una sola prerrogativa de su condición de reina.

El inmenso respeto que inspiró se concreta en una frase de lord Salisbury: «Siempre he creído que, cuando sabía lo que pensaba la reina, conocía con bastante certeza la opinión de sus súbditos.»

El Imperio británico

En la segunda mitad del reinado de Victoria, Gran Bretaña tomó conciencia de su vocación imperial: construir el Imperio se convirtió en una especie de

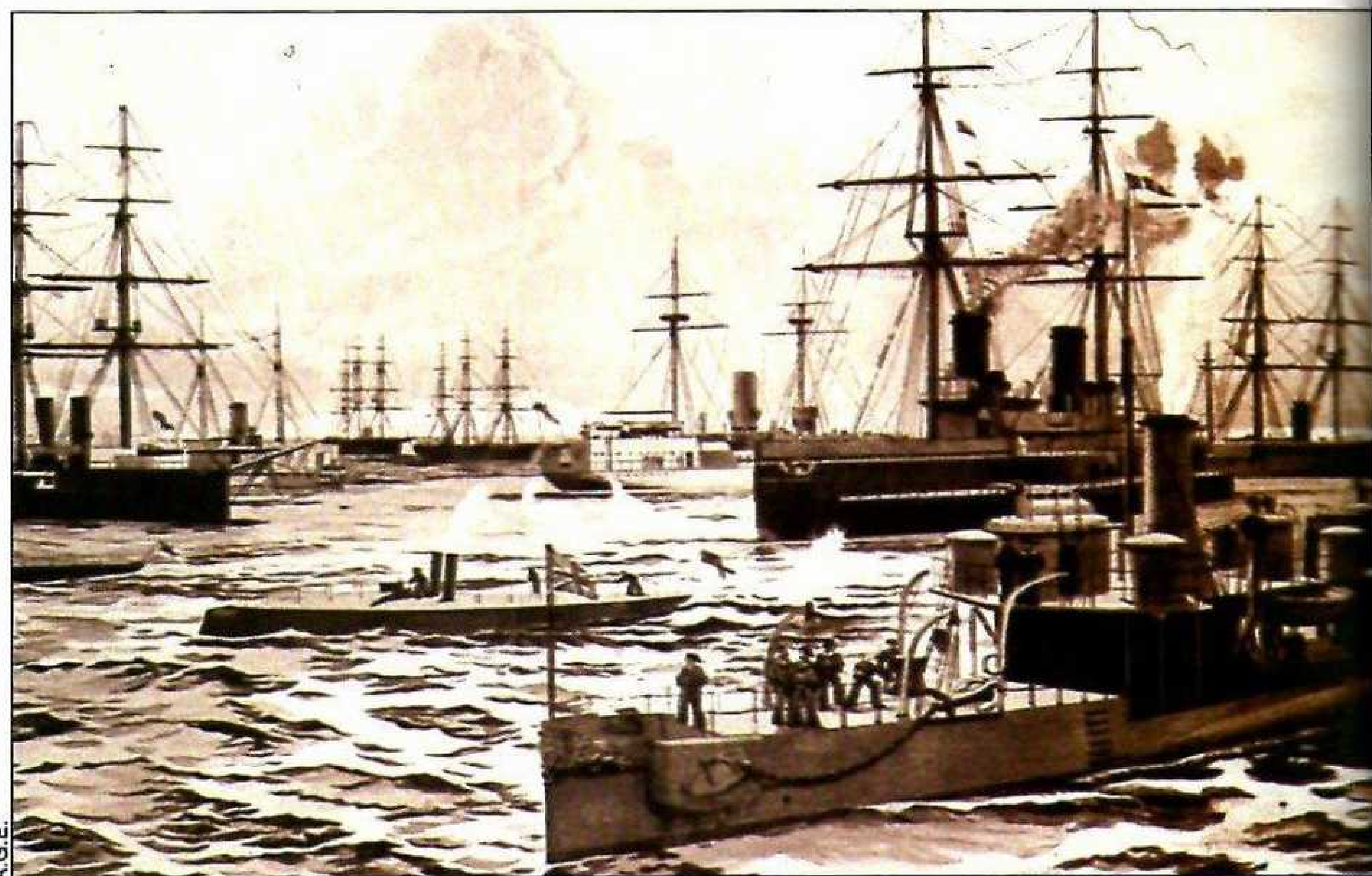
Livingstone y Stanley

La exploración de las regiones centrales de África fue una de las grandes aventuras del siglo XIX. *Los nombres de los grandes exploradores, como Mungo Park, Samuel Baker, Richard Francis Burton y John Speke, entre otros, fueron conocidos en el mundo entero. Pero ninguno de ellos puede igualar el prestigio de Livingstone y de Stanley.*

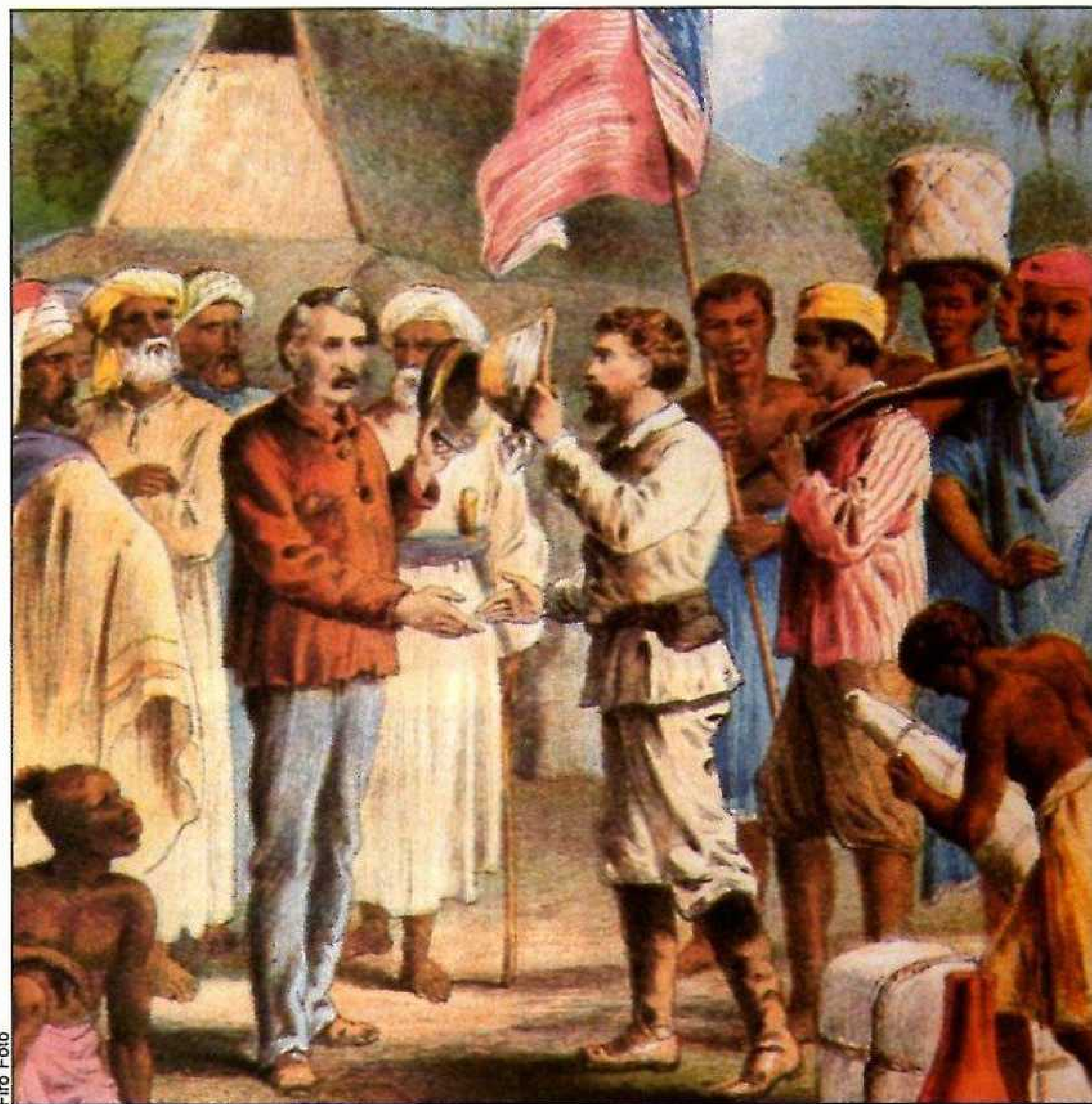
El escocés David Livingstone (1813-73), misionero y explorador, dedicó más de treinta años de su vida en recorrer África Oriental y Central. Sus esfuerzos se concentraron en la búsqueda de las fuentes de dos grandes ríos: el Nilo y el Congo. Si bien no fue muy afortunado en sus descubrimientos, su acción humanitaria y su personalidad le convirtieron, en cambio, en uno de los más grandes exploradores de todos los tiempos. En 1865 partió de Zanzíbar con el propósito de esclarecer el misterio de las fuentes del Nilo, y Europa no tuvo noticias suyas hasta que el periodista Stanley le encontró en la aldea de Ujiji, en la región del lago Tanganica.

Henry Morton Stanley (1841-1904), periodista británico de vida agitada, osado y tenaz, partió en 1871 en busca de Livingstone para escribir unos reportajes. El director del New York Herald, *James Gordon Bennet, le había llamado a París con objeto de encomendarle tal empresa. «¿Sabe usted dónde se encuentra Livingstone?», le preguntó Gordon Bennet. «No», le respondió Stanley. «Pues bien», replicó Bennet, «vaya usted y encuéntrelo». Y así empezó esta aventura, que ilustra uno de los episodios más novelescos de la historia de la prensa del siglo* XIX. *Stanley partió hacia África, callando siempre su misión, y el 10 de noviembre de 1871, encontró a Livingstone. El momento del encuentro ha quedado como un episodio modélico en los libros de viajes.*

Stanley contó así la emotiva escena: «Hubiera querido correr hacia él, pero me sentí cobarde ante aquella multitud de árabes y de negros que le rodeaba. Hubiera querido abrazarle, pero era escocés e ignoraba cómo me recibiría. Me acerqué lentamente y le dije, a la par que me descubría: "¿El doctor Livingstone, supongo?" "Sí, señor", contestó con benévola sonrisa y descubriéndose a la vez. Entonces nos estrechamos las manos.»



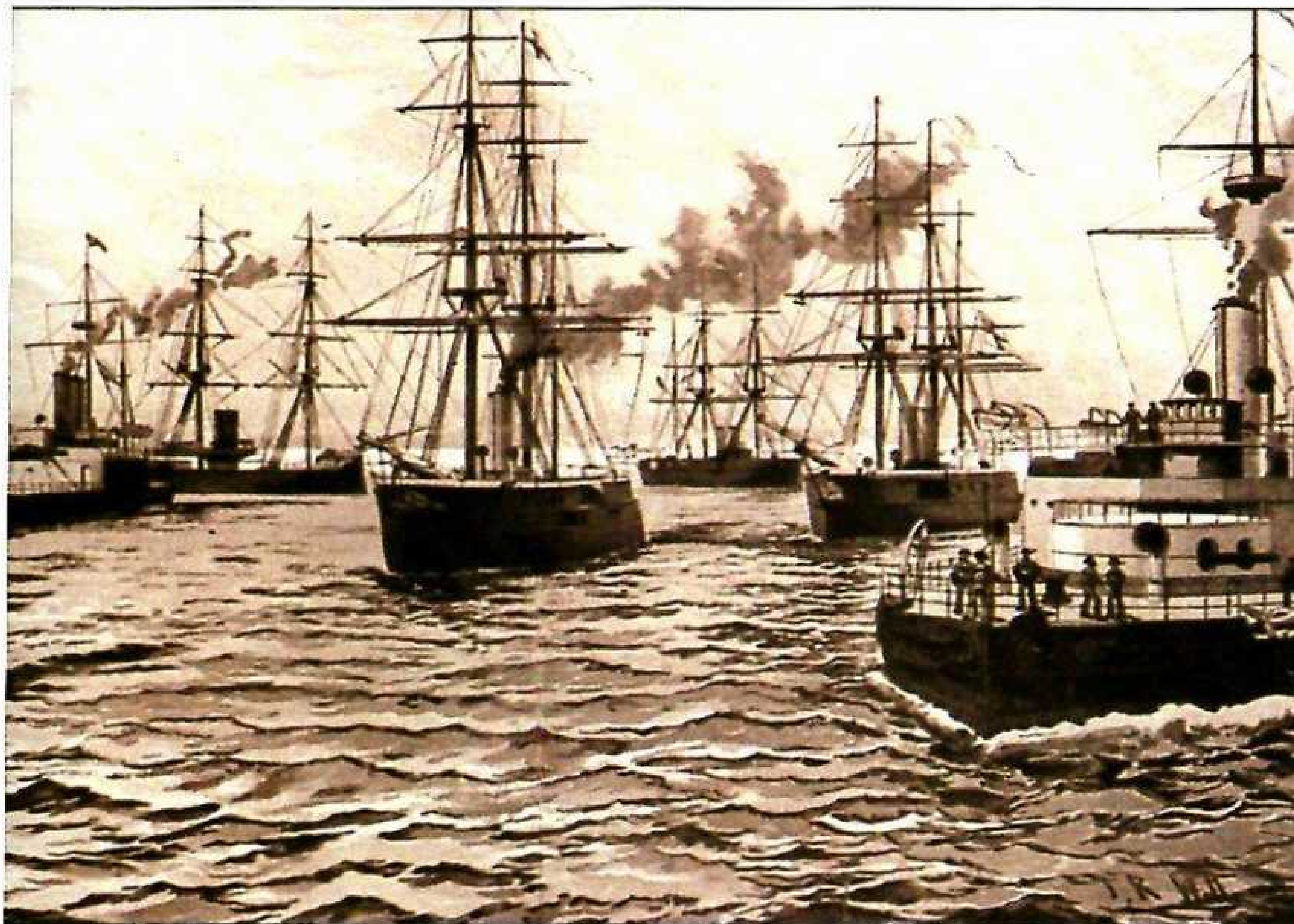
A.G.E.



Firo Foto

obsesión nacional. Hacia 1830, la política colonial británica era esencialmente económica y estratégica. Gran Bretaña se había introducido en India desde fines del siglo XVIII mediante los célebres gobernadores de la Compañía Británica de las Indias Orientales. La gran insurrección conocida como rebelión de los cipayos (1857) y la subsiguiente intervención de las tropas británicas tuvo como resultado el paso de los territorios de la Compañía Británica de las Indias Orientales a la soberanía de la Corona.

En otras regiones, como Canadá, Australia o Nueva Zelanda, los colonos exigieron paulatinamente gobernarse ellos mismos. Después de algunas reticencias, la administración británica tuvo la habilidad de satisfacer





parsimoniosamente la mayoría de estas reivindicaciones. Lo hizo en el Canadá a partir de 1847 y en Australia en 1850. Esta sensibilidad, tan bien disimulada, hizo que el Imperio se convirtiera en una verdadera comunidad, no sólo política, sino también espiritual e incluso sentimental. Fue el mundo esplendoroso que cantó Rudyard Kipling.

En ambas páginas, unidades de la Royal Navy (1886). Bajo el reinado de Victoria, la Marina Real sostuvo un imperio que, en palabras del virrey de la India, era «después de la Providencia, el bien más grande que ha habido en el mundo».

En la página anterior, encuentro de Stanley y Livingstone en Ujiji (1871), uno de los hitos de la epopeya colonial en África. Sobre estas líneas, escena de la guerra contra los zulúes (1879), cruento episodio de la conquista británica del África Austral.

El Ejército

El Ejército fue el sostén del Imperio británico. Los oficiales pertenecían a las clases altas, compraban su cargo a los diecisiete o dieciocho años y mandaban una compañía. Se podía comprar desde el grado de oficial hasta el de coronel. Sólo era necesario ser un gentleman, *pagar el precio estipulado y presentar buenos informes.*

Los oficiales cobraban sueldos ridículos y habían de subvenir sus necesidades con el bolsillo propio. El equipo de un oficial de húsares –el propio y los arneses del caballo– costaba 350 libras, que es lo que ganaba en diez años un obrero especializado. Su instrucción era rudimentaria: montar a caballo y esgrima de sable.

La situación de los soldados era muy distinta. Un ejemplo de la guerra de Crimea servirá de ilustración. Durante el sitio de Sebastopol, un general de caballería, lord Cardigan, ancló con su yate ante el campamento británico. No se dignó jamás visitar a su brigada. Cuando se dio la absurda orden de la carga de la brigada ligera contra las posiciones rusas, fuertemente defendidas por la artillería, lord Cardigan, empenachado y perfumado, se dignó desembarcar. Al frente de setecientos lanceros –muy distanciado de ellos, «porque no corresponde a la dignidad de un general combatir mezclado con simples soldados»– atacó, solo y soberbio, sin volver la cara un instante. La carnicería fue terrible, y más de quinientos hombres quedaron en el campo de batalla. Lord Cardigan, milagrosamente indemne, sin ocuparse de la suerte de los heridos y supervivientes, regresó a su yate, se bebió una botella de champagne y se durmió tranquilamente. En Londres fue considerado un héroe.

Los soldados pertenecían a las clases bajas, y los suboficiales de reglamento los «cazaban» literalmente en las tabernas, aprovechándose de las circunstancias miserables por las que pasaban.

El trato que recibían los soldados era humillante, y el estipendio podía calificarse de ínfimo: seis peniques en infantería, un chelín en caballería, el llamado «chelín de la reina». Estaban destinados al celibato; sólo los suboficiales podían casarse. En 1850 se consideraba que más de 3.000 esposas legítimas y 10.000 niños seguían al cuerpo de suboficiales por todo el Imperio.

La industrialización y sus miserias

La primera etapa de la época victoriana se desarrolló entre el 20 de junio de 1837, en que la reina subió al trono y el 1 de mayo de 1851, en que se inauguró la primera Exposición Universal en Londres. En este período avanzó el proceso de industrialización y se transformó la fisonomía del país. Londres pasó de 960.000 habitantes en 1802, a 2,5 millones en 1851. Por primera vez en la historia de Gran Bretaña, la población urbana sobrepasó a la rural. La explosiva demografía convirtió las ciudades en un abominable amontonamiento humano, pues el ritmo de la construcción de viviendas no siguió al del crecimiento de la población. La visión del atroz hacinamiento londinense inspiró a Engels su libro sobre La situación de la clase trabajadora en Inglaterra, *publicado en 1845.*

Cuanto se diga acerca de las condiciones de vida de los obreros resulta pálido ante la realidad. La Revolución industrial se realizó sin el menor programa, sin la menor intervención de los poderes públicos, sin organizaciones obreras ni patronales. Respondió sólo a la ley del laissez faire. *Así, la jornada de trabajo de un obrero era de 15 a 16 horas diarias, con la única interrupción de media hora para comer. Sólo eran festivos los domingos y el día de Navidad. No había ninguna previsión en caso de enfermedad, accidente o paro. No existía tampoco la jubilación.*

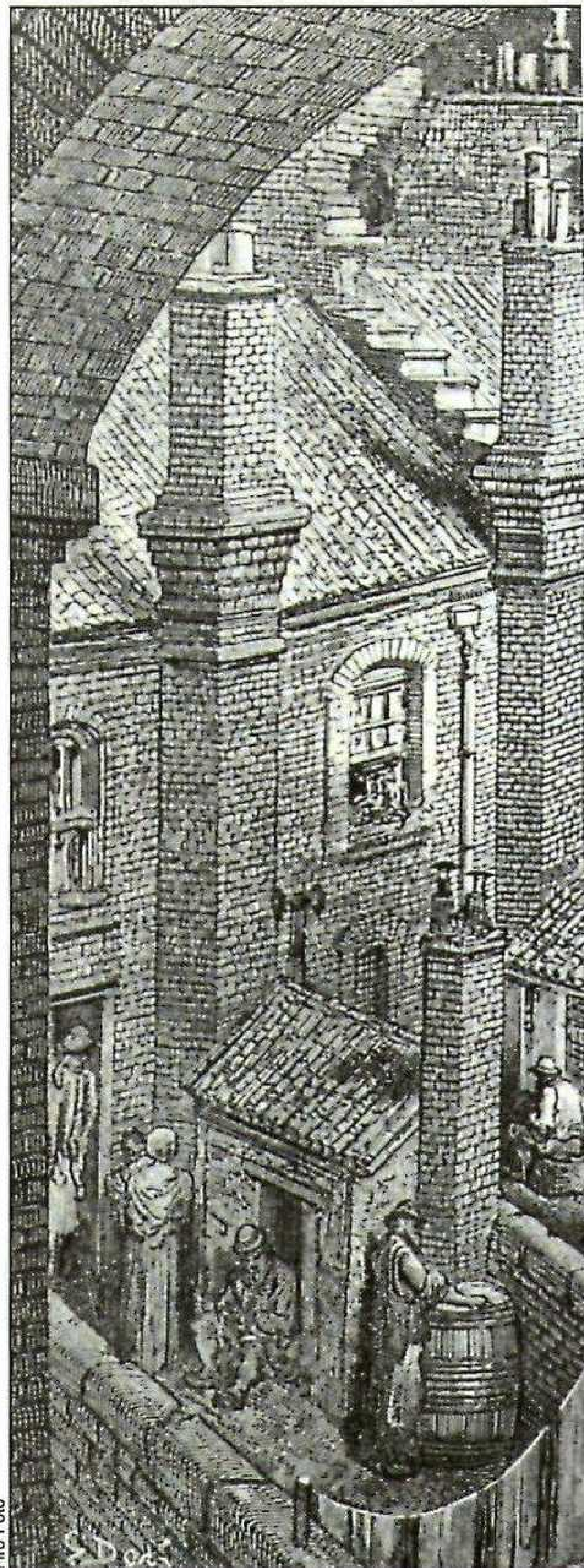
En la práctica había infinidad de niños de siete a diez años que trabajaban desde las seis de la mañana a las nueve de la noche. Fue una época terrible para la infancia.

El trabajo en las minas no era más humano. En el fondo de las galerías trabajaban los mineros desnudos, y las mujeres eran preferidas a los caballos para arrastrar las vagonetas durante doce y trece horas.

A los parados y a los indigentes se les llevaba a las workhouses, *especie de asilos de trabajos forzados. Allí, la disciplina era implacable y la alimentación prácticamente inexistente. Carlyle se indignaba en 1840: «Las* workhouses *son una sencilla invención como todas las grandes invenciones. Si los pobres son maltratados, su número disminuye. Es el conocido secreto de la exterminación de las ratas. Pero sería un método más rápido el arsénico...»*

La higiene urbana era prácticamente desconocida. Las epidemias causaban estragos, sobre todo entre los niños. La mortalidad infantil era atroz: el 35 % de los niños no pasaba de los cinco años de edad, y en algunos distritos industriales este tanto por ciento alcanzaba el 55. Muchos niños vivían abandonados, morían de inanición o caían en manos de siniestros y ávidos traficantes: había verdaderas escuelas de adiestramiento para mendigos profesionales, ladrones y prostitutas. Para combatir esta situación surgieron las Trade Unions, los primeros sindicatos obreros.

En 1842 se consiguió que no trabajasen en las minas menores de diez años; más tarde se prohibió en ellas el trabajo de las mujeres. En 1847 se fijó la jornada laboral femenina en la industria textil en diez horas. En 1850 se estableció la semana laboral conocida como «semana inglesa».



Firo Foto

Cierto es que los medios empleados parecieron muy criticables y, a veces, casi repulsivos, sobre todo a los ojos de los extranjeros. No se olviden los móviles que inspiraron la Guerra del Opio contra China (1839-42), ejemplo típico de la duplicidad victoriana. O la sangrienta represión de la rebelión de los cipayos. Pero, en conjunto, la política imperial y colonial británica hizo gala de un extraño tacto. En este sentido fue fundamental el largo ministerio de Disraeli (1874-80), que culminó en 1877 con la atribución a la reina del título —que ella adoraba— de emperatriz de la India. Por otra parte, Gran Bretaña se apoderó del Canal de Suez, comprando las acciones del jedive de Egipto en 1875, con lo que se aseguró la apertura permanente de la ruta de la India.

Menos clara fue la política imperialista indirecta, y, sobre todo, menos lisonjera. Sirvan de ejemplo el apoyo a los turcos, que impedía el desmembramiento del Imperio otomano —y que, por otra parte, supuso la posesión de la isla de Chipre por los británicos—, la guerra contra Rusia al lado del Segundo Imperio francés y la colonización de Africa —ocupación de Egipto en 1882; subasta general del continente, en la que se llevó la parte del león—. Pero los últimos años del reinado de Victoria se vieron acibarados por la guerra contra los bóers, que suscitó la repulsión en gran parte del mundo civilizado e incluso dentro de la misma Gran Bretaña. Cierto es que, en 1910, África del Sur recibió el estatuto de *dominion,* que la convirtió en una comunidad prácticamente independiente, unida a la corona británica en el seno de la Commonwealth.

Artífice principal de la consecución de aquel vasto Imperio fue la Royal Navy. Un rapaz navegante y dramático político, sir Walter Raleigh, había definido así el papel de la Armada: «Quien posee el mar, posee el comercio del mundo. Quien posee el comercio del mundo, posee las riquezas del mundo. Quien posee las riquezas del mundo, posee el mundo mismo.»

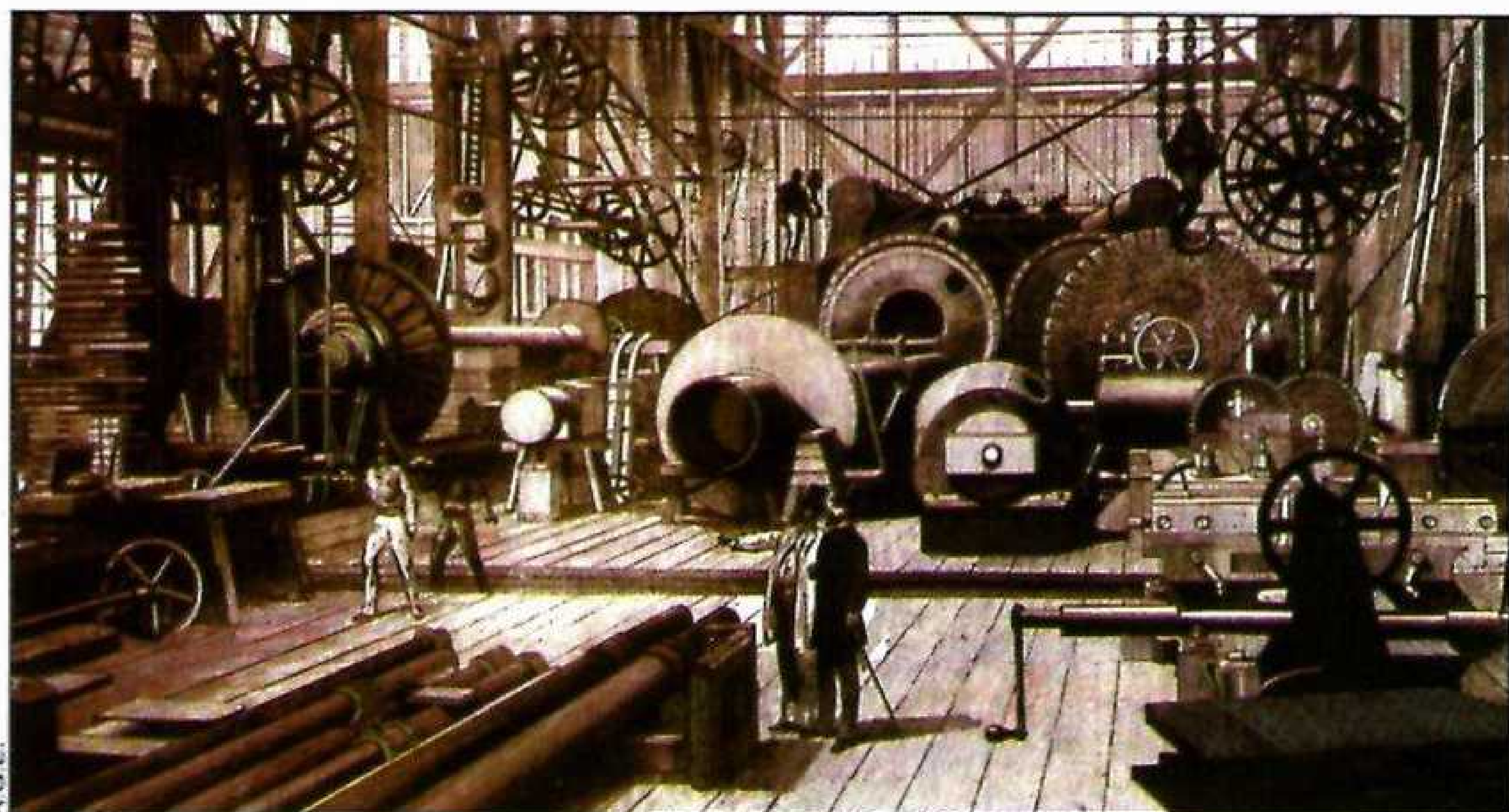


Firo Foto

En ambas páginas, Sobre Londres en tren (1872), grabado de Gustave Doré. Una de las peores consecuencias de la industrialización fue el hacinamiento en que vivió el creciente proletariado urbano, diezmado por las enfermedades derivadas de la falta de higiene.

Sobre estas líneas, mujeres trabajando en una fábrica textil de Nottingham (1883): los obreros debían cumplir largas jornadas en precarias condiciones y bajo severa disciplina.

Abajo, aspecto de una planta de fabricación de motores marinos (1865).



A.G.E.

Los últimos días de la reina emperatriz

La reina Victoria fue siempre una hipocondríaca, sujeta a pasajeras depresiones. Quizá por eso experimentó un gran interés por los médicos y su ciencia. Cuando murió, pertenecían al departamento médico de la Real Casa tres médicos de cabecera, cinco médicos de cabecera extraordinarios, un médico para la Corte, un cirujano para la Corte, un boticario de la Real Casa y otro boticario de la Corte, dos cirujanos y boticarios de la Corte de Windsor, un oculista y un dentista de la Corte, un dentista de la Real Casa y un químico y especialista en drogas.



Zardoya

Victoria, «la abuela de Europa», con algunos miembros de su extensa familia: en pie, de izquierda a derecha el duque de Connaught, el príncipe Alfredo, el káiser Guillermo II y el príncipe de Gales (futuro Eduardo VII); sentada junto a ella, su hija Alejandra, emperatriz de Alemania.

La reina se interesó por la antisepsia y por la anestesia, y se empeñó en que tales avances le fueran aplicados en su parto del duque de Albany, su penúltimo hijo. El gesto, en personaje tan retrógrado y tradicionalista, no carecía de valor moral, ya que en aquella época el cloroformo y otros medios somníferos eran considerados por los fanáticos religiosos como un poder de Satanás para evitar los dolores que Dios había tenido a bien enviar a las mujeres; incluso eran muchos los médicos que recelaban de sus resultados.

Lo cierto es que Victoria era una mujer fuerte, y gozó hasta bien entrada edad de excelente salud. A partir de los setenta y cinco años sufrió achaques reumáticos, que durante algún tiempo la relegaron incluso a una silla de ruedas. En 1898, a los ochenta y un años, sufrió cataratas, que le hicieron difícil la lectura y muy fatigoso el escribir. En el verano de 1900, aquella memoria infalible, de la cual tan orgullosa se sentía, empezó a flaquear, y también se le acentuó una tendencia a la disfasia. Sin embargo, hasta las postrimerías de ese año no empezó el desmoronamiento físico que la condujo a la muerte el 22 de enero de 1901.

He aquí un extracto del informe médico de su enfermedad: «Pocos días antes de la última enfermedad se presentaron leves, pero repetidos síntomas de apatía y somnolencia, junto a disfasia y debilidad progresiva. Esto causó una gran inquietud a todos los médicos. El miércoles, 16 de enero, la reina dio muestras de agotamiento cerebral. Sin embargo, su voluntad era tal que su cerebro seguía aún trabajando, y quienes la visitaban sólo por un momento casi nunca podían darse cuenta de que se hallara tan abatida. El jueves, estos síntomas se hicieron mucho más manifiestos, debido a la somnolencia, y al mismo tiempo se le observó una ligera parálisis del lado derecho del rostro.

»Desde entonces fueron permanentes la afasia y la paresia de su rostro, aunque no completas. El viernes conservaba todavía cierto grado de lucidez, pero el sábado, por la noche, su estado experimentó un violento retroceso y se presentaron signos muy graves que, con algunas ligeras oscilaciones, habrían de persistir hasta los últimos momentos. Es importante confirmar que, a pesar de su gran debilidad física y agotamiento, la actividad del corazón se mantuvo firme (...). En las últimas horas se presentó una paresia de los nervios pulmonares, pero el corazón no dejó de latir hasta el fin. La ligera parálisis facial parece ser que nunca fue una verdadera parálisis motora, y (...) no puede decirse que su mente estuviera trastornada. Unos minutos antes de morir, la reina reconoció a todos los miembros de su familia.»

Yacía muy quieta, pálida y delgada, rodeada de la legión de sus hijos y nietos. Los funerales marcaron un hito en la historia de Gran Bretaña: un millón de personas asistieron, estremecidas, al paso del suntuoso cortejo. Un mundo acababa de desaparecer; había fenecido de pura y claudicante vejez.

La guerra de los bóers
Desafío al Imperio británico

Mila Montalbán,
historiadora

Cuando, en octubre de 1899, las repúblicas bóers de Transvaal y Orange entraron en guerra abierta con el Imperio británico, el mundo entero se sintió solidario de aquel «pequeño pueblo heroico» que combatía por la propia independencia «como David contra Goliat». En la fotografía, milicianos bóers en plena instrucción.

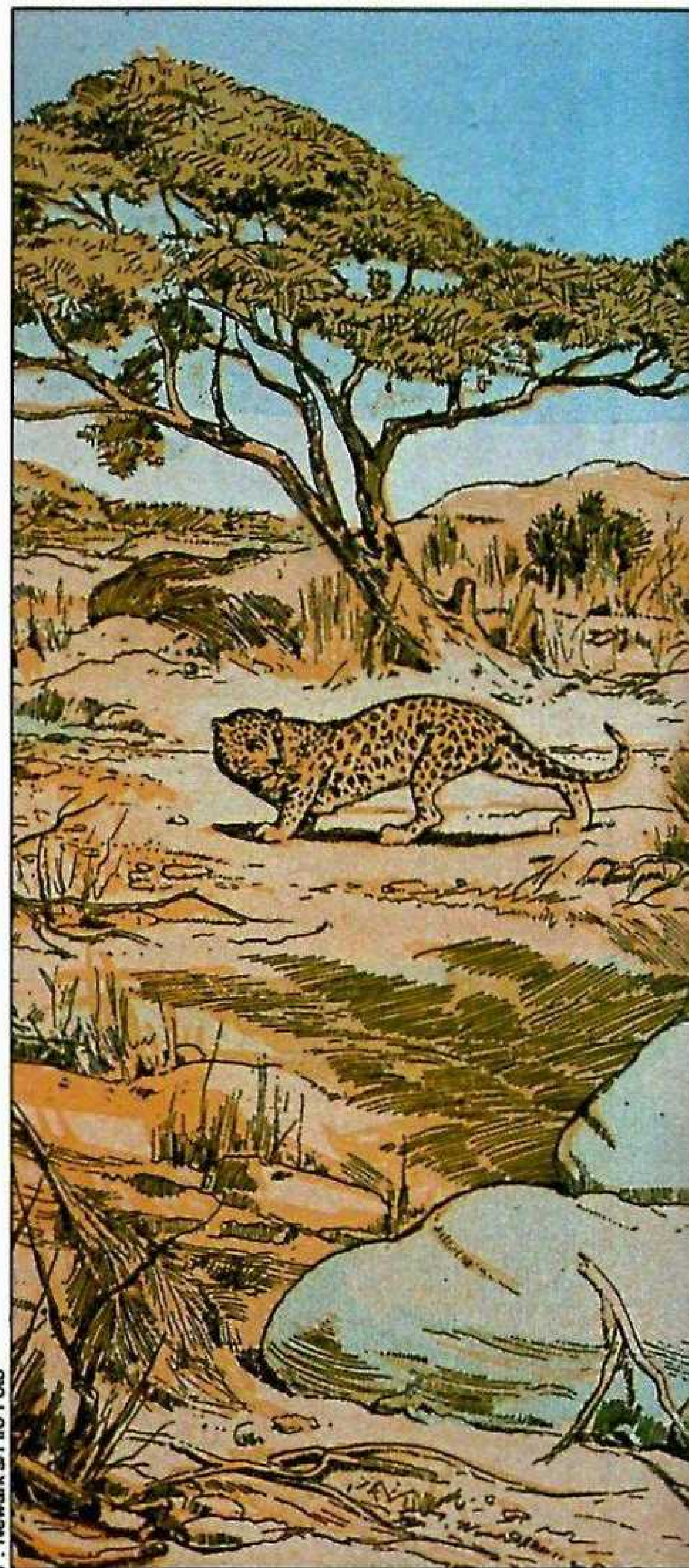
El descubrimiento de oro y diamantes en África Austral provocó, a finales del siglo XIX, el choque entre los intereses británicos y los de los colonos de origen holandés (bóers) instalados en la región. Después de casi tres años (1899-1902) de lucha contra los mal armados pero decididos bóers, Gran Bretaña se anexionó las repúblicas independientes de Orange y Transvaal, pero se vio forzada a concederles una amplia autonomía.



J. Topham/Firo Foto

Los bóers

1652: un grupo de colonos, por cuenta de la Compañía Holandesa de las Indias, establece una base de reaprovisionamiento cerca del Cabo de Buena Esperanza, fundando la actual Ciudad del Cabo.
1655-1700: miles de colonos holandeses afluyen a Ciudad del Cabo, ocupando los territorios circundantes.
1713-50: la colonia se organiza administrativamente. Gran desarrollo de la agricultura, debido principalmente a la fuerte demanda creada por el reaprovisionamiento de los buques de la Compañía. Comienza a aplicarse el nombre de bóer *(del holandés, colono) a los ciudadanos de aquel territorio.*
1770-80: la expansión bóer alcanza el río Orange, tras mantener luchas con indígenas de distintos grupos bantúes.
1795: un cuerpo expedicionario británico se apodera de Ciudad del Cabo.
1803: la Paz de Amiens devuelve la Colonia del Cabo a manos holandesas.
1806: segunda ocupación británica.
1835-43: tiene lugar el Gran Trek; *la mayor parte de los bóers emigra, para huir del dominio británico, hacia los territorios de Natal y Orange, en lucha con los indígenas zulúes. Se funda el Estado Libre de Orange (1837).*
1843: tras la anexión británica de Natal, un gran número de bóers se traslada más allá del río Vaal, es decir, al Transvaal.
1852: se constituye la República del Transvaal, «gemela» de la del Estado Libre de Orange.
1852-54: Gran Bretaña reconoce la independencia de ambos Estados bóers.
1870-75: como consecuencia del descubrimiento de los mayores yacimientos de oro y diamantes hasta entonces conocidos, se incrementa el flujo de llegada de inmigrantes (uitlanders), *sobre todo de origen británico, a Orange y Transvaal.*
1877: anexión británica del Transvaal. Los bóers recurren a la guerrilla.
1880-81: primera guerra anglo-bóer. Los bóers derrotan a los británicos en Majuba Hill (1881), y obligan a Gran Bretaña a reconocer nuevamente su independencia.
1895: fallido golpe británico: una columna armada, al mando del doctor Jameson, se dirige hacia Johannesburg, pero es obligada a rendirse a los bóers.
1897-99: Paul Kruger, presidente de Transvaal, intenta salvar la independencia de su país, buscando alianzas en Europa y negociando con Gran Bretaña.
1899: estalla la guerra anglo-bóer.
1902: tras casi tres años de resistencia, los bóers se ven obligados a rendirse. Sus pérdidas en vidas se evaluaron en unos 25.000 civiles (la mayoría niños y mujeres) y no menos de 18.000 combatientes.


P. Newark's/Firo Foto

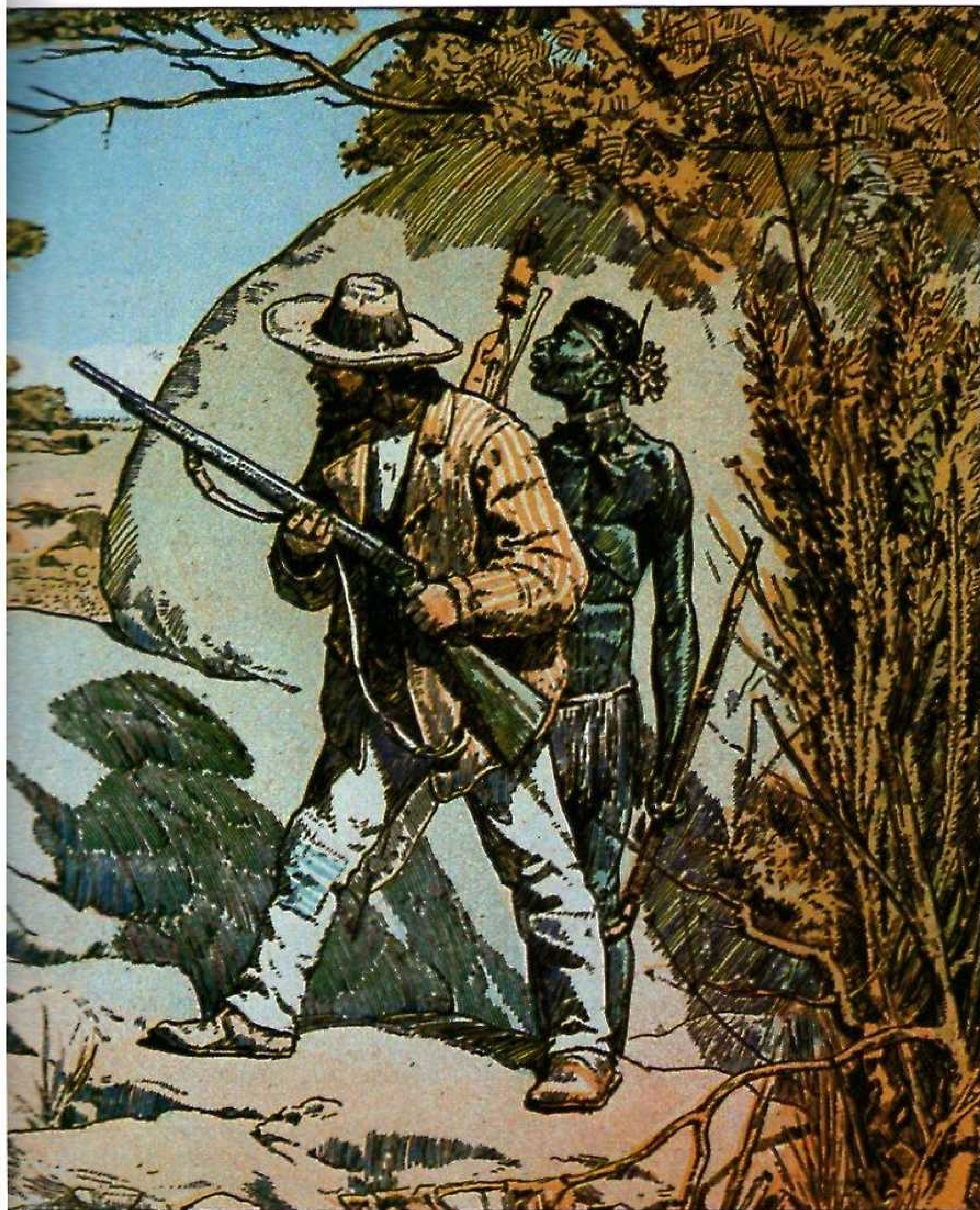
«En vez de alegraros por el hallazgo del oro, debíais más bien llorar, pues, por causa de ese oro, mucha sangre será vertida en nuestro país.» Estas palabras, pronunciadas en 1886 por Paul Kruger, presidente de la República de Transvaal desde 1883, tendrían pronto carácter de profecía. En efecto, el descubrimiento de diamantes (1867) y de oro (1886) convulsionó la vida de las repúblicas bóers de África Austral y atrajo hacia ellas la codicia del Imperio británico, que pretendió anexionarlas. La respuesta de los colonos de origen holandés (bóers), instalados en la región desde mediados del siglo XVII, fue inevitable, y la guerra (octubre de 1899-mayo de 1902) provocó en el mundo entero un sentimiento de rechazo del imperialismo británico.

Bóers y *uitlanders*

Paul Kruger, a quien sus compatriotas de origen holandés —los *afrikaanders*— llamaban familiarmente «Oom Paul» («tío Paul»), fue reelegido presidente del Transvaal en 1898, y llevó a cabo una política de intransigente nacionalismo, caracterizada por su hostilidad hacia los *uitlanders,* es decir, los extranjeros que habían inmigrado en masa a la región. Estos *uitlanders,* en su mayoría británicos (75 %), y casi tan numerosos como los *afrikaanders* en los territorios de Orange y Transvaal, se veían desposeídos de los derechos civiles y eran tratados como ciudadanos de segunda clase por los xenófobos nacionalistas bóers. (Por lo que respecta a los negros, Kruger opinaba que «no tenían más alma que los monos».)

En marzo de 1899, los discriminados *uitlanders* enviaron a la reina Victoria una petición, avalada por más de 20.000 firmas, para que interviniera en su favor. En mayo, el alto comisario británico de la Colonia del Cabo, sir Alfred Milner, decidió entrevistarse con el presidente Kruger en Bloemfontein, la capital del Estado Libre de


Farabola



Paul Kruger

Nacido el 10 de octubre de 1825 en Colesberg, en la Colonia del Cabo, Kruger pertenecía a una familia de agricultores de origen alemán. A la edad de once años participó en la peligrosa aventura del Gran Trek, *en lucha contra zulúes y matabeles.*

Establecido en Transvaal, se decidió a intervenir en política al ser su país anexionado por los británicos (1877), y organizó junto con Piet Joubert y Marthinius Pretorius la resistencia armada. En 1883 fue elegido presidente de la República de Transvaal, tras ser reconocida la independencia de este país.

Autoritario y paternalista, este patriarca fue el ídolo de los afrikaanders *al tiempo que el principal enemigo de los* uitlanders, *para quienes no era más que un «déspota retrógrado». Después de la fracasada incursión Jameson (1895), fue el artífice de la alianza entre la República de Transvaal y el Estado Libre de Orange. El 9 de octubre de 1899 envió a Gran Bretaña un ultimátum que sirvió de pretexto para desencadenar la guerra anglobóer. Obstinado en continuar la lucha a pesar de los fracasos militares, en agosto de 1900 se marchó a Europa y buscó ayuda para su causa, pero no la obtuvo. Retirado en Suiza, murió en Clarens el 14 de julio de 1904. Sus restos mortales fueron luego trasladados a Pretoria.*





Arch. I.G.D.A.

En ambas páginas, arriba, escena de caza en África Austral (grabado de 1886) en la que se ve a un colono holandés acompañado por un nativo. Los bóers eran excelentes tiradores y conocedores del terreno, tal como pusieron de manifiesto durante la guerra contra Gran Bretaña.

Abajo, una columna británica avanzando por la difícil orografía de África Austral. El problema logístico fue uno de los más arduos de resolver para las experimentadas tropas del Imperio.

Sobre estas líneas, Paul Kruger, patriarca de la causa bóer.

Cecil Rhodes

Hijo de un pastor anglicano, Cecil John Rhodes nació en Bishop's Stortford el 5 de julio de 1853. Enfermo de tuberculosis, a los dieciséis años se marchó a Natal con la esperanza de recobrar la salud y el propósito de hacer fortuna. A los dieciocho años visitó Orange y Transvaal; a los veintidós descubrió una mina de oro, y a los treinta era ya uno de los hombres más ricos de África, que controlaba las minas de diamantes de Kimberley.

En 1881, Rhodes fue elegido miembro de la Asamblea Legislativa de la provincia de Cabo. Su proyecto era constituir un imperio africano, bajo la tutela británica, unido por un ferrocarril que enlazara El Cairo con Ciudad del Cabo. Para ello se propuso aislar a los Estados bóers y controlar África Central: impulsó la ocupación de Bechuanalandia (Botswana) y colonizó los territorios que se convertirían luego en Rhodesia (que tomó su nombre) y Zambia.

Elegido primer ministro de la Colonia del Cabo en 1890, pretendió una federación con las repúblicas bóers, atraído por sus riquezas mineras, pero sus ambiciones fueron contrariadas por el rechazo del presidente Kruger (1894). Como réplica, financió la sublevación de los uitlanders, *y organizó la incursión armada conocida como «incursión Jameson» (1895), que fue repelida por los bóers. Este fracaso le obligó a dimitir (1896).*

Rhodes participó en la defensa de Kimberley durante la guerra anglo-bóer, y murió el 26 de marzo de 1902 en Muizenberg, dos meses antes de la capitulación de Vereeniging.



Roger Viollet



Ullstein

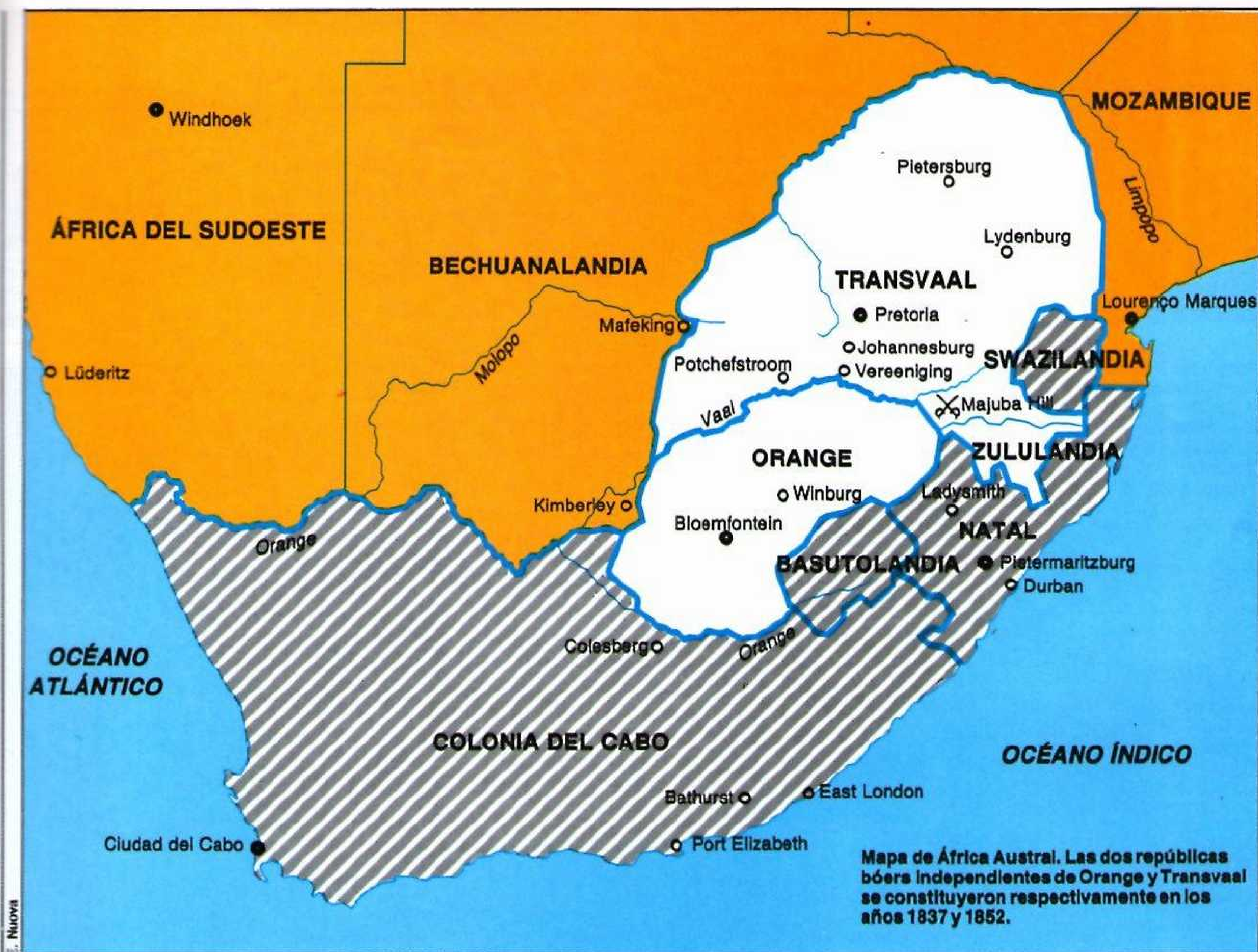


A.G.E.

Sobre estas líneas, Cecil Rhodes, intrigante financiero británico.

Arriba, artilleros bóers cargando una pieza de campaña Krupp; los colonos dispusieron de moderno material bélico de origen europeo.

Abajo, una patrulla de lanceros británicos en exploración (1900).



Mapa de África Austral. Las dos repúblicas bóers independientes de Orange y Transvaal se constituyeron respectivamente en los años 1837 y 1852.

Orange, para tratar ese asunto. Pero no hubo acuerdo, pues Kruger se mostró inflexible; sospechaba —y no sin razón— que el propósito de los británicos era anexionar al Imperio las regiones diamantíferas y auríferas de Transvaal y Orange. Se dice que, tras cinco días de discusiones, el viejo «Oom Paul» abandonó la sala de conferencias con lágrimas en los ojos y gritando: «¡Es mi país lo que usted quiere!»

Kruger se negó a hacer ningún tipo de concesiones a los extranjeros, y recordó los sufrimientos que en su juventud había compartido con los suyos durante el *Gran Trek*, cuando se vio obligado a abandonar la Colonia del Cabo a consecuencia de la ocupación británica. Quienes habían creado la República de Transvaal en medio de tan grandes peligros tenían derecho, según él, a ser sus únicos dueños.

Había una incompatibilidad fundamental entre los *afrikaanders*, que eran campesinos (bóers), y los *uitlanders*, mineros o pequeños comerciantes urbanos. Y la tensión fue en aumento. Kruger se alió con el Estado Libre de Orange, presidido por Marthinius Steyn, y empezó a comprar armas a Europa. Contaba con las simpatías de Francia y, sobre todo, con las de la Alemania del káiser Guillermo II, y soñaba con una alianza continental contra el Imperio británico.

Fuerzas enfrentadas

En Gran Bretaña, conservadores y liberales sostenían opiniones contrapuestas respecto a África Austral. Los primeros, con el ministro de Colonias Joseph Chamberlain al frente, eran partidarios de adoptar una actitud firme y beligerante; los segundos, menos numerosos, consideraban que los bóers tenían, cuanto menos, el derecho al autogobierno. Finalmente, los intervencionistas acabaron imponiendo sus criterios.

El 1 de julio, Chamberlain manifestó al embajador de Francia que «era preciso demostrar a los bóers que no podían permitirse bromear con una gran nación como Gran Bretaña». Sin embargo, por razones de índole militar, ambos contendientes estaban aún interesados en demorar el comienzo de las hostilidades.

Por parte británica, sir Redvers Buller fue nombrado jefe del cuerpo expedicionario en África del Sur, que en poco tiempo llegó a alcanzar la cifra de 50.000 hombres en armas. En las repúblicas bóers, entre 20.000 y 30.000 milicianos acudieron al llamamiento de sus «jefes-patriarcas».

Mientras los británicos eran soldados profesionales, los bóers semejaban «ciudadanos de uniforme»: adolescentes, adultos o viejos de canosas barbas que iban a la guerra con la *Biblia* en el macuto. Se les encuadraba en comandos de mil a dos mil hombres a las órdenes de jefes que, salvo raras excepciones, jamás habían pisado una academia militar. Cada combatiente aportaba su caballo, su silla de montar y su fusil. (Acostumbrados desde muy jóvenes a la caza mayor, los bóers eran excelentes tiradores.)

El popular novelista británico sir Arthur Conan Doyle, creador del célebre personaje de Sherlock Holmes, escribió refiriéndose a ellos: «Ojalá tuviéramos ciudadanos como esos hombres. Valen más que todo el oro de las minas de su país.»



Western Americana/Firo Foto

Sobre estas líneas, Robert Stephenson Smith Baden-Powell, defensor de la plaza sitiada de Mafeking y futuro creador del movimiento de los Boy-Scouts (exploradores), al que dedicaría su vida.

Al lado, primera página del diario francés Le Petit Parisien *dedicada a la guerra anglo-bóer. El conflicto llamó poderosamente la atención de la opinión pública internacional, entre otras razones porque se trataba de un enfrentamiento «entre blancos», a pesar de su carácter colonial.*

En la página siguiente, arriba, a la izquierda, la lucha por la colina de Spion Kop, en Natal, donde el 23 y el 24 de enero de 1900 ambos bandos libraron encarnizados combates cuerpo a cuerpo y sufrieron muchas bajas; a la derecha, Joseph Chamberlain, ministro de Colonias británico, visto por el dibujante como un personaje insensible a los horrores de la guerra; abajo, caricatura francesa sobre las desventuras del león británico en la guerra de África Austral.

Onzième année. — N° 564. | Huit pages : CINQ centimes | Dimanche 26 Novembre 1899.

Le Petit Parisien

TOUS LES JOURS
Le Petit Parisien
5 CENTIMES.

SUPPLÉMENT LITTÉRAIRE ILLUSTRÉ

DIRECTION : 18, rue d'Enghien, PARIS

TOUS LES JEUDIS
SUPPLÉMENT LITTÉRAIRE
5 CENTIMES.

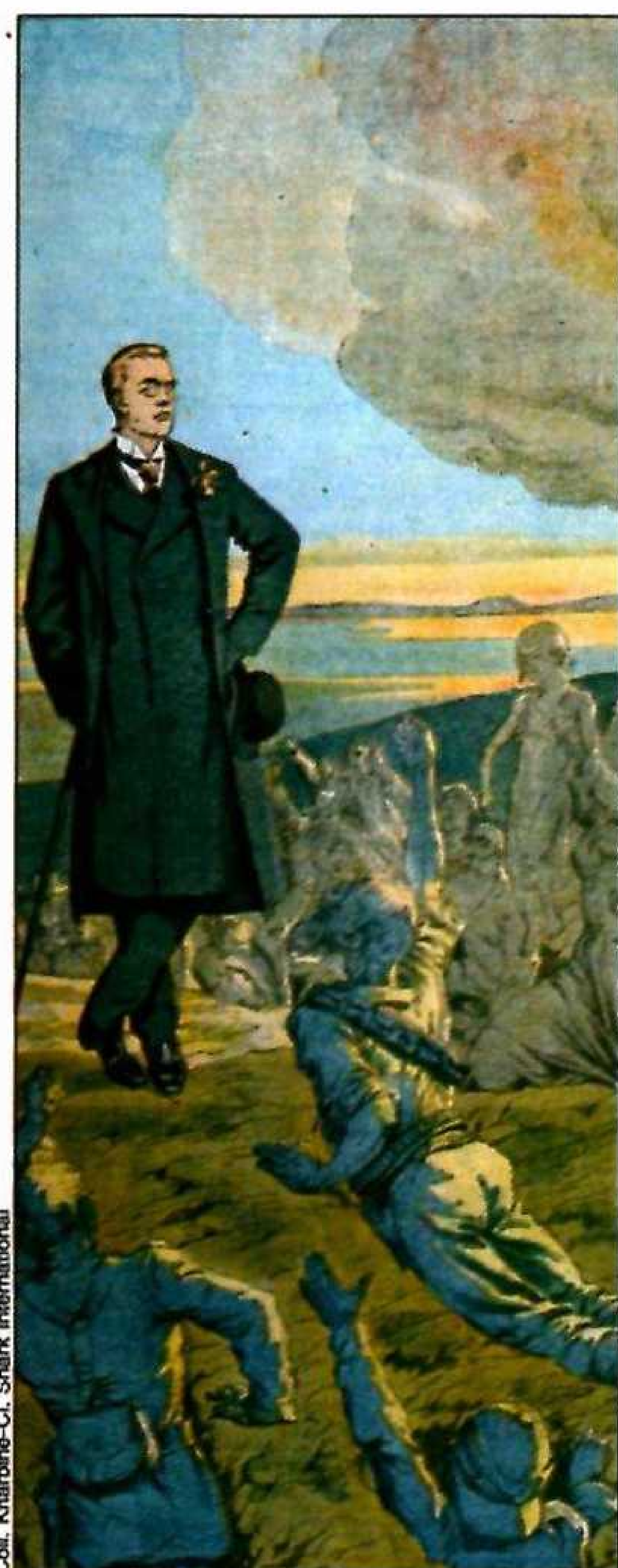
LA GUERRE AU TRANSVAAL

Femmes de Boërs faisant le coup de fusil

Coll. Kharbine-Cl. Snark International



Coll. Viollet



Coll. Kharbine-Cl. Snark International

El ejército bóer se basaba más en el espíritu de iniciativa de sus hombres y en la movilidad que en la disciplina. Todo lo contrario que el británico, dispuesto a poner en práctica las mismas técnicas aplicadas un siglo antes frente a las tropas napoleónicas. (La única concesión británica a las peculiares exigencias del conflicto fue la sustitución de las tradicionales casacas rojas por el más adecuado uniforme caqui.)

Empieza la guerra

El 9 de octubre de 1899, Kruger envió un ultimátum a Londres, exigiendo a Gran Bretaña la retirada de todas las fuerzas que a partir del 1 de junio habían llegado al África Austral. Londres calló por toda respuesta, y dos días después, a las cinco de la tarde, estalló la guerra.

Aprovechando una circunstancial superioridad numérica, los bóers atacaron en tres frentes. Algunos comandos invadieron la Colonia del Cabo, y el general Piet Cronje puso sitio al nudo ferroviario de Mafeking, defen-


Farabola

dido por un coronel escocés que se haría famoso, Baden-Powell, futuro fundador de los Boy-Scouts. Quinientos kilómetros más al sur, 8.000 jinetes bóers atacaron Kimberley, centro diamantífero en cuya defensa participó sir Cecil Rhodes, el célebre aventurero y hombre de negocios británico. En cuanto al grueso del ejército bóer, 15.000 hombres a las órdenes de un descendiente de hugonotes franceses, Piet Joubert, se lanzaron contra las tropas británicas de Natal, mandadas por sir George White, y las obligaron a atrincherarse en la plaza fuerte de Ladysmith, que fue sitiada.

Iniciativa bóer

El 24 de octubre se libró la batalla de Rietfontein: los británicos avanzaron en orden cerrado ante unos bóers bien atrincherados que hicieron estragos en sus filas. Fue un estrepitoso fracaso, de enorme repercusión internacional. Joubert, que ya se había distinguido frente a los británicos en Majuba Hill (1881) y al repeler la expedición Jameson (1895), se convirtió en un héroe popular.

En la segunda semana de diciembre —de «semana negra» la calificó la prensa británica—, los bóers vencieron en tres encarnizadas batallas: Stormberg, Magersfontein y Colenso, donde el general Louis Botha, infligió una severa derrota a los 20.000 soldados británicos que bajo el mando de sir Redvers Buller intentaban romper el cerco de Ladysmith. Sin embargo, los bóers no supieron explotar sus éxitos, y perdieron semanas preciosas ante Mafeking, Kimberley y Ladysmith, mientras los británicos recibían constantemente refuerzos.

Diciembre había sido un mes aciago para el ejército de la reina Victoria, pero enero no sería más propicio. En los días 23 y 24 de aquel mes tuvo lugar en Natal la batalla más cruel e inútil de la guerra. El escenario fue Spion Kop, una colina donde ambos bandos lucharon con bravura en furiosos combates cuerpo a cuerpo hasta que, al precio de cuantiosas bajas, Joubert, ya viejo y enfermo, consiguió una nueva victoria. Europa se entusiasmó con el triunfo de aquel improvisado ejército de granjeros.

Cambia la suerte

Pero la reacción británica no se hizo esperar. La oposición liberal apoyó al gobierno conservador, el Parlamento aprobó nuevos créditos para la empresa bélica y se optó por sustituir a White y a Buller por dos hombres más resueltos y de gran prestigio en el ejército imperial: lord Roberts de Kandahar, veterano de Afganistán y Bengala, nombrado comandante en jefe, y lord Herbert Kitchener, experimentado conquistador de Sudán, que asumió las funciones de jefe del Estado Mayor. A su vez, los efectivos del cuerpo expedicionario fueron engrosados hasta alcanzar la cifra de 200.000 hombres; los bóers iban a batirse en la desigual proporción de 1 por cada 5.

Al frente de un poderoso contingente de infantería y caballería, Roberts y Kitchener se dirigieron al corazón de

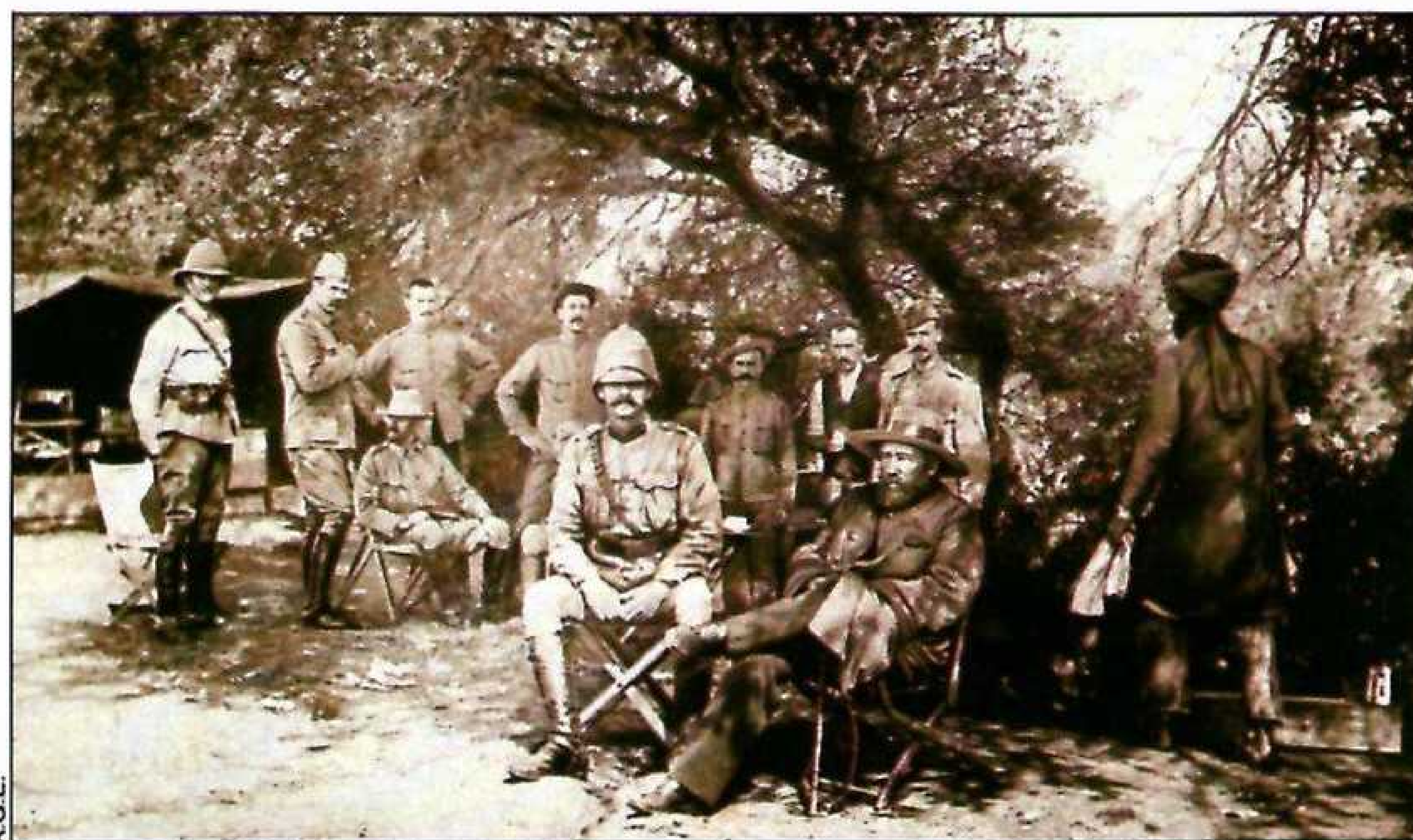


En ambas páginas, tropas de caballería bóers preparándose para entrar en combate. Los dos bandos hicieron uso de unidades de caballería para adentrarse en territorio enemigo mediante rápidas incursiones.

En esta página, dos momentos de la capitulación de Paardeberg (27.II.1900): arriba, Piet Cronje desciende de su caballo blanco para rendirse a lord Roberts; abajo, ambos personajes rodeados por miembros de sus estados mayores. Cronje y sus hombres fueron deportados a la isla de Santa Elena.



Farabola



A.G.E.

las dos repúblicas bóers, avanzando a lo largo de la vía férrea que unía Ciudad del Cabo con Pretoria.

Desde el 5 de febrero de 1900, en Natal, el obstinado general Buller intentó romper el cerco a Ladysmith. En ese episodio, la heroica Irish Brigade protagonizó repetidos y frustrados asaltos con las bayonetas caladas a las posiciones bóers de Inniskilling Hill, sufriendo graves pérdidas. Pero, al igual que otras posiciones, el 27 de febrero la colina cayó en manos británicas. Los bóers se replegaron y tuvieron que abandonar el asedio de Ladysmith. Botha había perdido la batalla, y Natal estaba de nuevo bajo control británico.

En el frente de Orange, Roberts se dirigió al encuentro de los 6.000 voluntarios de Piet Cronje, que cercaban Kimberley. Sometidos a un duro bombardeo de artillería y a las cargas de los lanceros que formaban la vanguardia de la caballería del general French, los hombres de Cronje depusieron las armas el 27 de febrero, tras varios días de tenaz resistencia (capitulación de Paardeberg). Cronje y los 4.000 bóers supervivientes de la batalla —muchos de ellos enfermos o heridos— fueron deportados a la isla de Santa Elena.

Los británicos prosiguieron su avance. El 18 de abril ocuparon Bloemfontein, la capital del Estado Libre de Orange, que Roberts anexionó formalmente a la Corona bajo el nombre de «Colonia del río Orange». El 18 de mayo levantaron el sitio de Mafeking, tras 215 días de asedio; el 24 cruzaron el río Vaal y el 31 entraron en Johannesburg. Finalmente, el 5 de junio, la Unión Jack ondeaba en Pretoria, capital de Transvaal.

Kruger y los miembros de su gobierno buscaron refugio en Machadodorp, un pueblo situado en la línea del ferrocarril Pretoria-Lourenço Marques, en África Oriental portuguesa. Cuando el viejo «Oom Paul» supo que Roberts había ocupado Pretoria, telegrafió el siguiente mensaje a los jefes militares bóers: «Hemos decidido luchar hasta el fin. Sed leales y pelead en nombre del Señor. Los que abandonen sus posiciones o se den a la fuga no harán sino huir hacia Santa Elena.»

Gran Bretaña creyó que la guerra había llegado a su fin, pero nada más lejos de la realidad. A pesar de haber perdido el control de sus ciudades, los bóers no tenían ninguna intención de someterse al Imperio. Botha llegó a reunir hasta 5.000 combatientes, que se hicieron fuertes en el tramo de ferrocarril comprendido entre Pretoria y la frontera portuguesa. Sin embargo, el empuje británico no podía pararse, y Botha optó por enviar a territorio portugués a los enfermos y heridos, y continuó la lucha bajo la forma de guerrillas. El 1 de septiembre, Roberts proclamó la anexión del Transvaal.

Kruger viaja a Europa

Demasiado viejo para asumir el mando de una guerra de guerrillas, Kruger había delegado su cargo en Shalk Burger, vicepresidente de la República, y el 20 de octubre de 1900 embarcó en Lourenço Marques a bor-

Horatio Kitchener

Horatio Herbert Kitchener nació en Listowell el 24 de enero de 1850, en el seno de una familia británica de Irlanda. A los dieciocho años ingresó en la Real Academia Militar, de donde salió en 1870 como subteniente. Marchó entonces a Francia y se alistó voluntario en el Ejército del Loire, con el que participó en la guerra franco-prusiana (1880-1).

En 1883 fue enviado a Egipto en calidad de oficial británico y desempeñó un relevante papel en la reconquista de Sudán, que se había sublevado contra la autoridad egipcia. Nombrado general en jefe del ejército egipcio en 1892, obtuvo una importante victoria en Ondurman (2 de septiembre de 1898), que terminó con el poder de los mahadistas.

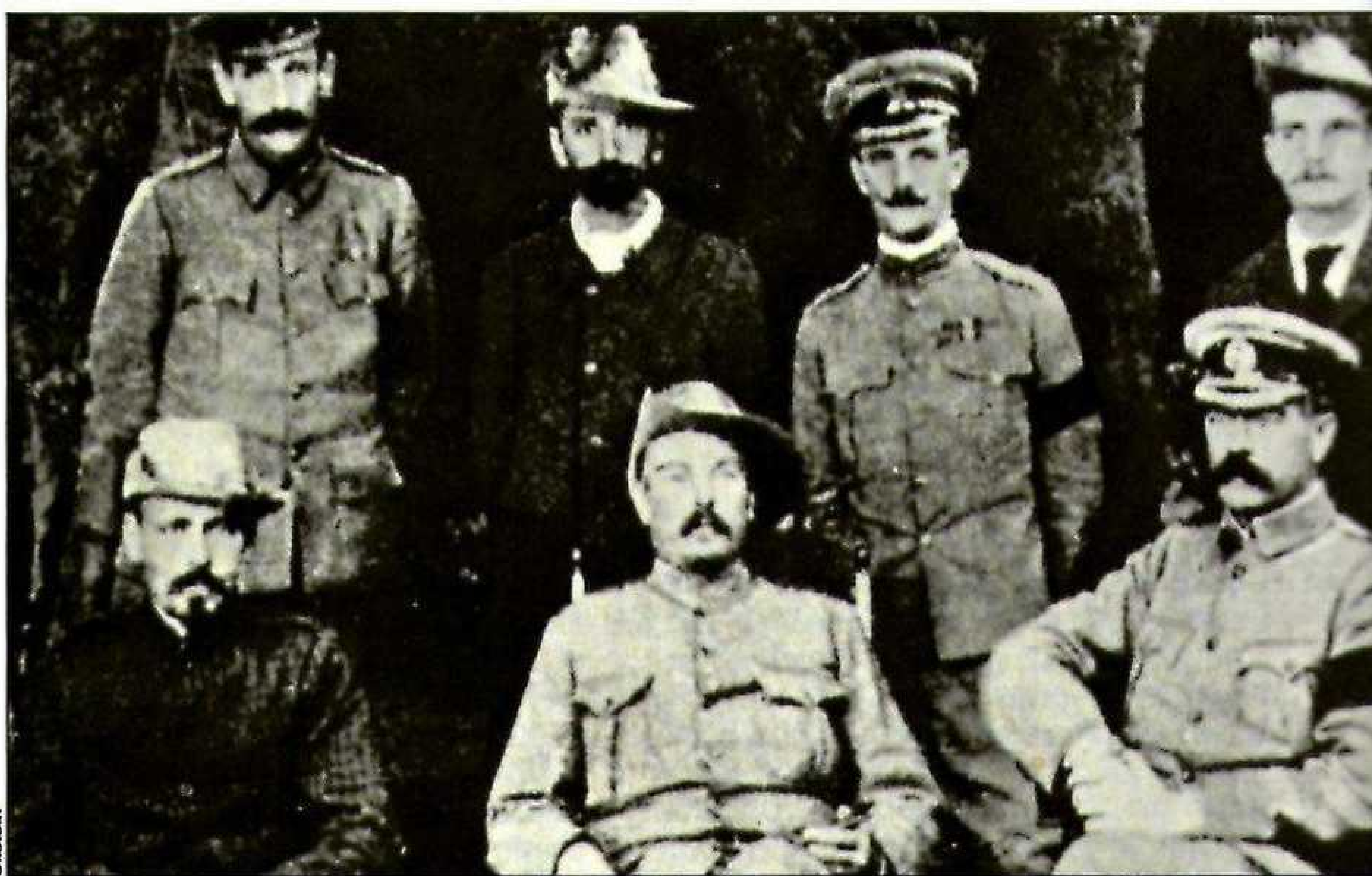
Jefe del Estado Mayor de lord Roberts de Kandahar en 1900, le sucedió como comandante en jefe del cuerpo expedicionario británico en África del Sur durante la guerra anglo-bóer, caracterizándose por sus métodos brutales (incendio de granjas y cosechas, internamiento de civiles en campos de concentración).

Al terminar el conflicto sudafricano fue, primero, comandante del ejército de India, luego del australiano y, finalmente, del neozelandés. En 1911 fue nombrado representante británico y cónsul general en Egipto. Ministro de la Guerra de Gran Bretaña en 1914, organizó las Fuerzas Armadas y llevó la dirección de las operaciones, pero el 5 de junio de 1916 halló la muerte a bordo del crucero Hampshire *cuando se dirigía a Rusia en una misión oficial.*

do de un crucero holandés, el *Gelderland,* rumbo a Europa. Su objetivo era recabar ayuda para la causa de su pueblo, pero, a pesar de la entusiasta acogida que le dispensaron los gobiernos de Francia y Holanda, nadie, ni siquiera el káiser –declarado partidario de los bóers–, le prestó apoyo. Abandonado por los que parecían ser sus aliados, Kruger moriría más tarde en Suiza, el 14 de julio de 1904.

Mientras tanto, en los territorios bóers ocupados por los británicos no se había firmado ningún armisticio. Y si bien muchos combatientes habían regresado a sus hogares, otros continuaron la lucha integrados en comandos de 50 a 200 hombres, que hicieron gala de una gran movilidad.


R. Viollet/Zardoya


Ullstein

Un ejército invisible

Desde julio de 1900, el general Christiaan de Wett y su hermano Piet, que habían reunido a unos 8.000 guerrilleros, venían organizando audaces golpes de mano contra los invasores, incluso en la Colonia del Cabo. Las tropas británicas fueron hostigadas sin descanso por un ejército invisible, al que no podían presentar batalla en campo abierto. Roberts y Kitchener se enfurecieron. Como escribió Rayne Kruger: «Roberts pensaba que debía luchar contra un Ejército, y luego, tras la anexión, contra un grupo de rebeldes, pero sus adversarios no eran ni una cosa ni la otra: eran una nación; y como les había ocurrido a los franceses en España en 1808, los ingleses descubrieron que la superioridad militar no



Louis Botha

Nacido en 1864 en Greytown, en la región de Natal, Botha se reveló, nada más estallar el conflicto, como uno de los más hábiles y eficaces jefes bóers. En 1901 alcanzó la jefatura máxima de las tropas republicanas. Intentó negociar con Kitchener, por medio de su propia esposa, Anita, que se encontró en vano con el general británico. Obligado a continuar combatiendo hasta la casi total desaparición de sus tropas, en mayo de 1902 firmó en Vereeniging la paz con sus enemigos. En 1904 viajó a Gran Bretaña con el propósito de favorecer la reconciliación.

En 1910 fue nombrado primer ministro del gobierno de la Unión Sudafricana, y llevó a cabo una política de integración con sus conciudadanos británicos. Durante la Primera Guerra Mundial ocupó, al frente de las tropas de su país, el vecino dominio alemán de África del Sudoeste (1915). Participó en la conferencia de paz y, al regresar a su país, murió en Rusthof el 28 de agosto de 1919.





Harlingue-Viollet

En ambas páginas, arriba, soldados bóers de infantería en una trinchera. Las tácticas en formación cerrada empleadas por los británicos se mostraron suicidas frente a la forma poco ortodoxa de combatir de los colonos sudafricanos. En cierta medida, el conflicto anglo-bóer puso de relieve la necesidad de cambiar las tradicionales técnicas militares.

En ambas páginas, abajo, Louis Botha y Horatio Kitchener (sentados, en el centro) durante las conversaciones que sostuvieron en mayo de 1902 y que condujeron al Tratado de Vereeniging.

Junto a estas líneas, un general bóer en su tienda de campaña. A diferencia de los oficiales británicos, los poco marciales jefes bóers no eran militares de profesión.

es suficiente para someter a un pueblo decidido a sobrevivir.»

Tanto el presidente de la República de Transvaal, Burger, como el del Estado Libre de Orange, Steyn, estaban dispuestos a hacer frente a los británicos hasta recuperar la independencia. Y la resistencia armada continuó, encabezada por De Wett en Orange, De La Rey y Smuts en el Transvaal Occidental, y el general Botha en el Transvaal Oriental.

Campos de concentración

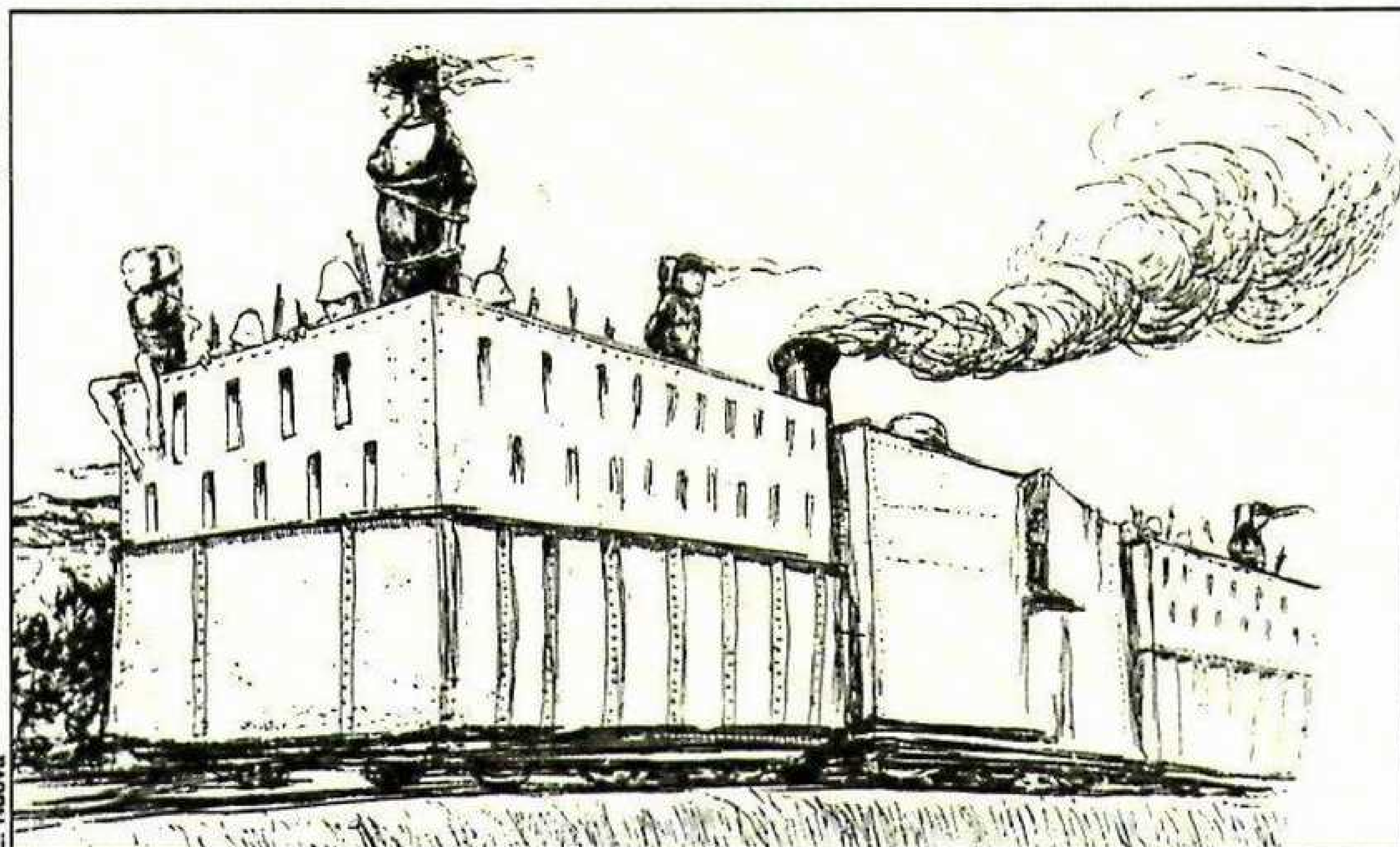
La respuesta británica a la guerrilla fue implacable, y consistió en una sistemática represión: incendio de granjas y cosechas, confiscación de ganado y, en especial, internamiento de civiles —viejos, mujeres y niños— en campos de concentración, donde el hacinamiento y el hambre provocaron innumerables muertes. Se calcula que entre 20.000 y 25.000 personas murieron en cautividad, víctimas de la política de terror implantada por Kitchener (que a finales de 1900 había sustituido a Roberts) ante la inoperante indignación mundial. Incluso los liberales británicos levantaron sus voces de protesta.

Por fin, la paz

La guerra se prolongó durante 1901 con fases alternas, y se hizo cada vez más impopular en Gran Bretaña. Las acciones de los comandos bóers no cesaron; en realidad, menos de 20.000 guerrilleros mantenían en jaque a cerca de 200.000 soldados del ejército

Las condiciones de la paz de 1902

1. Los bóers depondrán las armas y reconocerán a Eduardo VII como su legítimo soberano.
2. Todos los prisioneros e internados serán liberados si aceptan estas condiciones.
3. Los bóers que se rindan permanecerán libres y conservarán sus bienes.
4. Ningún bóer será perseguido excepto aquellos que hayan cometido crímenes de guerra.
5. El holandés (o afrikaans*) será enseñado en las escuelas si los padres lo desean. También será reconocido su empleo en los tribunales cuando sea necesario para facilitar la eficacia administrativa.*
6. Los bóers serán autorizados a conservar sus armas individuales para su protección personal.
7. El gobierno militar será sustituido por un gobierno civil. Transvaal y Orange podrán tener su propio gobierno «tan pronto como las circunstancias lo permitan».
8. La cuestión de otorgar a los indígenas (bantúes) el derecho a voto no se abordará antes que los Estados bóers posean sus propios gobiernos.
9. No habrá reparaciones de guerra que pagar por los enormes gastos que la guerra ha comportado.
10. El Reino Unido donará 3 millones de libras para ayudar a los bóers a reconstruir sus granjas y les concederá préstamos a bajo interés.


E. Nuova



Coll. Rousseau-Cl. Snark International

Arriba, dibujo satírico francés alusivo a los métodos empleados por los británicos para disuadir a los bóers de atacar a sus ferrocarriles. Estas medidas acabaron con los sabotajes que los colonos llevaban a cabo en la retaguardia de las fuerzas enemigas.

Abajo, los londinenses celebran en la calle la Paz de Vereeniging, que puso punto final a la guerra. La conquista de las repúblicas bóers costó a Gran Bretaña decenas de miles de muertos, lo que encendió un sentimiento de vivo rechazo entre las clases populares.

más poderoso del mundo. Los británicos sólo podían viajar por la región en trenes blindados y eran víctimas de continuas emboscadas. En marzo de 1902, De La Rey capturó al general Methuen en la batalla de Tweebosch, en la que tomaron parte muchachos de once y doce años. Había una desesperada voluntad de resistencia, pero Orange y Transvaal estaban en ruinas y era necesario hallar una solución.

En enero de 1902, la reina Guillermina de Holanda había solicitado al nuevo rey de Inglaterra, Eduardo VII, la apertura de negociaciones con los representantes de las dos repúblicas bóers. El 9 de abril, los británicos concedieron salvoconductos a los delegados bóers para acudir a una reunión en Klerksdorp. Tres días después fueron recibidos por Kitchener, pero rechazaron en un último gesto de orgullo la rendición sin condiciones. Finalmente, en mayo, treinta parlamentarios de Transvaal y otros treinta de Orange se encontraron en Vereeniging, a orillas del Vaal, y el día 31 decidieron, por 54 votos contra 6, aceptar las condiciones exigidas por Londres.

La guerra había terminado, y los bóers entraron a formar parte del Imperio, pero ya en 1906-7 Orange y Transvaal recuperaron en parte su autonomía, y en 1910 se constituyó la Unión Sudafricana, que en 1961 abandonó la Commonwealth y se convirtió en una república independiente, libre de todo vínculo político con la Corona británica.

Alfonso XIII, rey

La crisis de la monarquía en España

Tristán La Rosa,
periodista e historiador

El 17 de mayo de 1902, Alfonso XIII alcanzó la mayoría de edad y juró la Constitución como nuevo rey de España. Terminaba así la regencia de su madre, María Cristina de Habsburgo-Lorena, que se había visto ensombrecida por la pérdida de las colonias en 1898. Simpático, impulsivo, generoso y voluble, Alfonso XIII se adentró con gusto en los vericuetos de la política y su intervención alteró el equilibrio entre los partidos heredados de la Restauración. Las profundas crisis sociales de su tiempo, las cuestiones nacionales de Cataluña y el País Vasco y la guerra de Marruecos aceleraron la progresiva descomposición del régimen monárquico.

En vísperas de la coronación, Alfonso XIII anotó en su Diario: «Yo puedo ser un rey que se llene de gloria regenerando la Patria... pero también puedo ser un rey que no gobierne, que sea gobernado por sus ministros y, por fin, puesto en la frontera.» Quizá por ese temor, el primer acto oficial del joven rey fue leer una personal interpretación de la Constitución de 1876 a sus ministros, dejando claro su propósito de intervenir en el gobierno de la nación. En la fotografía, Alfonso XIII en Nador, en un viaje a Marruecos.



A.G.E.

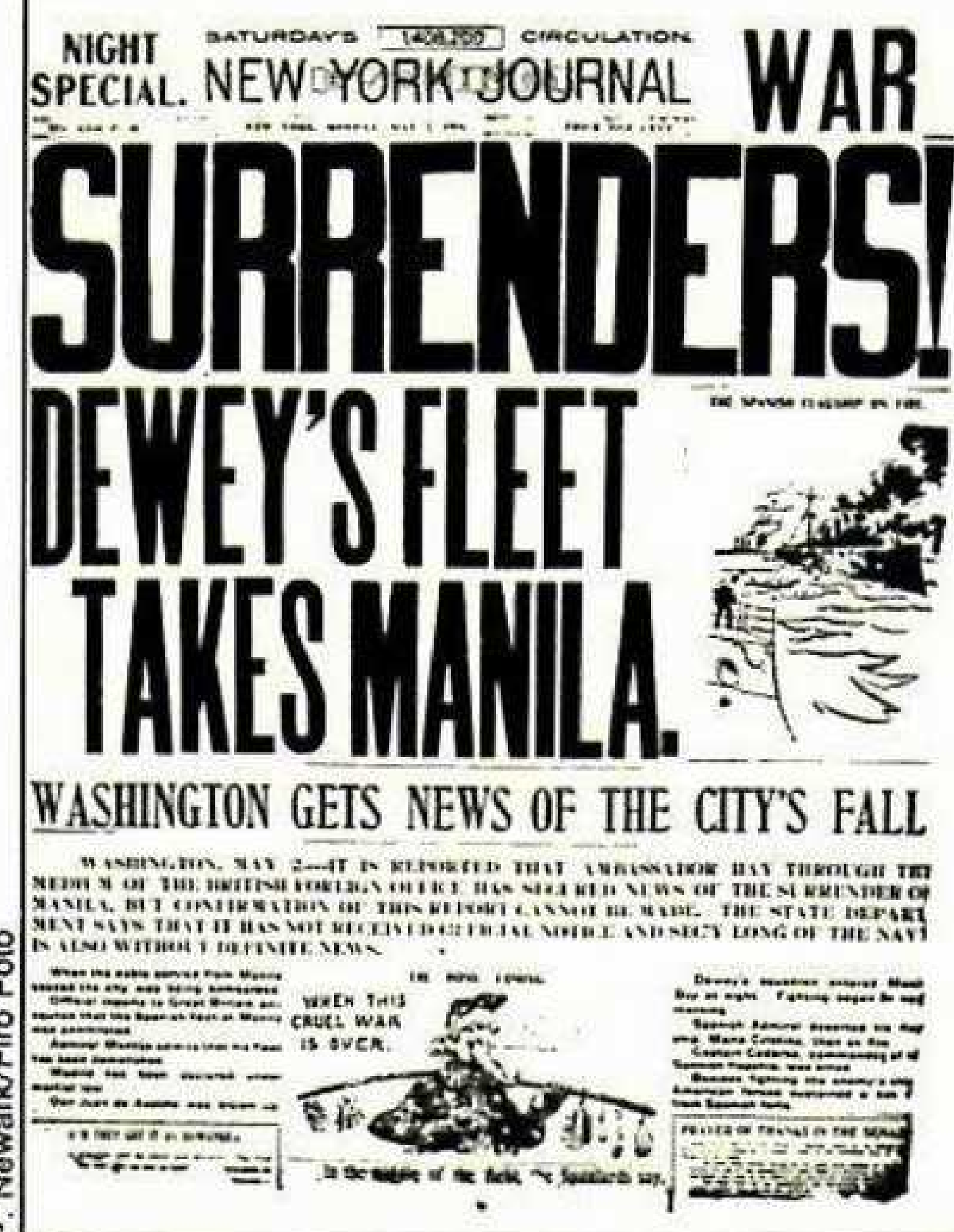
El desastre del 98

Con el nombre de desastre del 98 *se conocen los episodios finales de la pérdida del imperio colonial español.*

La guerra de Cuba fue el acontecimiento decisivo de los años de la Regencia. Iniciada en febrero de 1895 con el Grito de Baire, su intensidad fue creciendo con continuos envíos de tropas a la isla. En febrero de 1896, el general Valeriano Weyler se hizo cargo del mando de las fuerzas expedicionarias, dirigiendo las operaciones bélicas con gran energía, lo que suscitó en Estados Unidos una actitud favorable a los insurrectos. A pesar de que España elaboró una Constitución autonomista para la isla (noviembre de 1897), Estados Unidos se dispuso a intervenir en el conflicto, y en febrero de 1898 ocurrió el famoso incidente del Maine. *El 3 de julio, la escuadra española, superada en número y calidad por la estadounidense, fue derrotada en aguas próximas a Santiago de Cuba.*

De forma paralela, en septiembre de 1896 había estallado la insurrección en Filipinas, que pudo ser sofocada tras el Pacto de Biac-Na-Bató (diciembre de 1897). Pero, en la primavera siguiente, la lucha de las guerrillas por la independencia se reanudó con el apoyo de Estados Unidos. El 1 de mayo de 1898, una escuadra estadounidense encontró y derrotó en Cavite a la flota española.

El Tratado de París, firmado el 10 de diciembre de 1898, puso fin a la guerra hispano-americana, y significó la definitiva pérdida de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam. En junio del año siguiente, las Carolinas, las Palaos y las demás islas de las Marianas fueron vendidas a Alemania.


NIGHT SPECIAL. NEW YORK JOURNAL WAR

SURRENDERS!

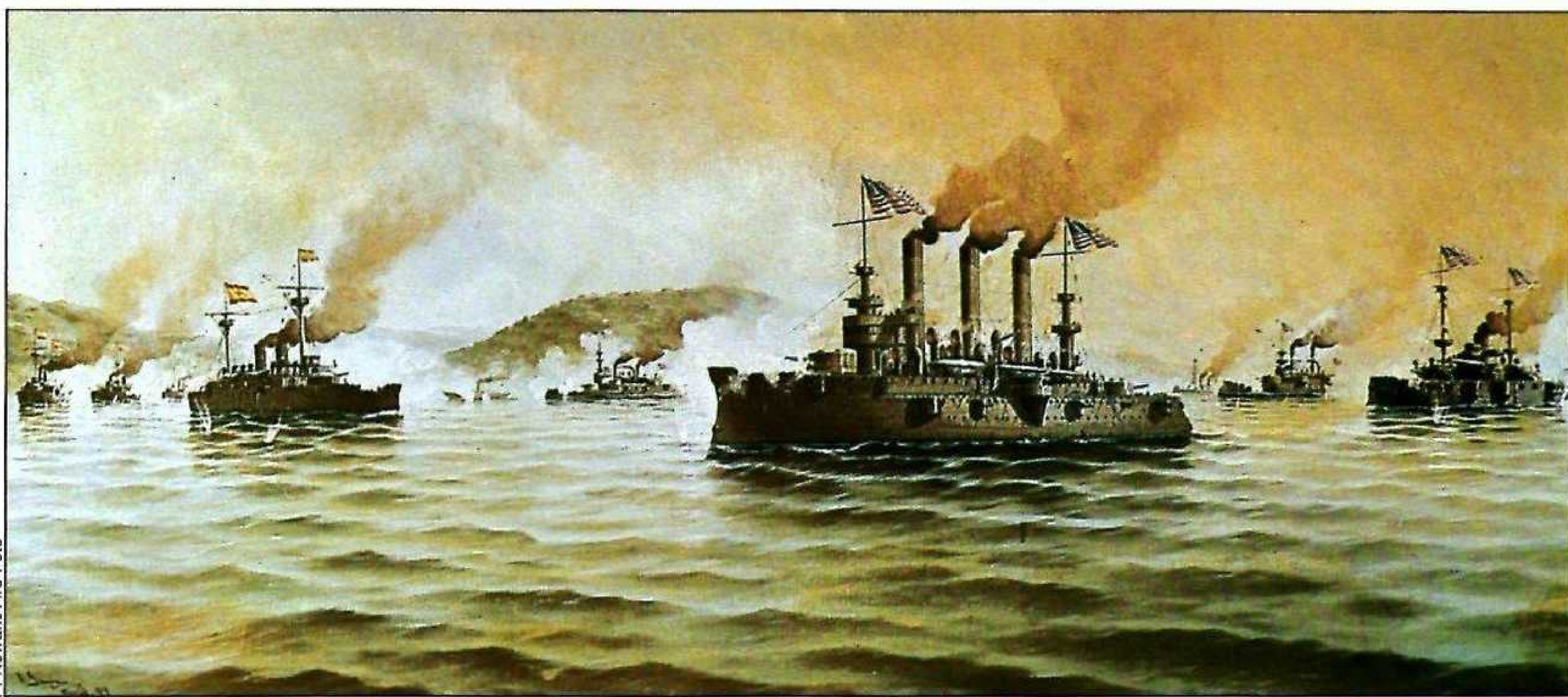
DEWEY'S FLEET TAKES MANILA.

WASHINGTON GETS NEWS OF THE CITY'S FALL

P. Newark/Firo Foto

Arriba, primera página del New York Journal *con la precipitada noticia de la toma de Manila por la flota del comodoro Dewey, tras la derrota de la escuadra española ante la base de Cavite (1.V.1898).*

Abajo, escena de la batalla de Santiago de Cuba (1.VII.1898), en la que los buques españoles, al mando del almirante Cervera, fueron destruidos al intentar romper el bloqueo estadounidense.


P. Newark/Firo Foto

Alfonso XIII, cuya personalidad como monarca ha sido desfigurada tanto por sus detractores como por sus apologistas, reinó en un país en el que la Constitución de 1876 era ya prácticamente inservible y el sistema de los partidos turnantes se derrumbó en 1923, año en que el Ejército, tras varios desafíos al poder civil y un gravísimo desastre en África, se arrogó el gobierno de la nación por el procedimiento decimonónico del golpe de Estado. Un país en el que la burguesía, tratada con escandalosa parcialidad por la Administración, se comportó con tanto egoísmo como imprevisión, y en el que la clase obrera, mínimamente protegida por una timorata legislación social, fue duramente castigada por el analfabetismo, la miseria y la injusticia.

La población

En 1900, dos años antes de que Alfonso XIII accediera al trono, España tenía una población absoluta de 18.594.405 habitantes, de los cuales 6,6 millones formaban parte de la población activa. Treinta años más tarde, la población total había aumentado en 5 millones, mientras que la población activa sólo lo había hecho en 1,7.

A comienzos de siglo había 4,3 millones de personas que trabajaban en el sector primario; 1, en el secundario, y 1,1, en el terciario. Sin embargo, al final del tercer decenio había 3,8 millones de personas dedicadas a la agricultura, 2,2 a la industria, y 2,3 a los servicios. El país había cambiado.

Cuando Alfonso XIII comenzó a reinar, el número de sirvientes domésticos era casi cuatro veces superior al de funcionarios públicos. Había dos veces más religiosos que industriales y fabricantes, y éstos eran ocho veces menos que los rentistas de arrendamientos urbanos.


Alfonso XIII y la reina regente María Cristina de Habsburgo-Lorena (cuadro de Luis Álvarez).

Salmer

La Regencia

El 25 de noviembre de 1885 murió Alfonso XII y se inició uno de los períodos característicos de la Restauración, la regencia de la reina viuda María Cristina de Habsburgo-Lorena.

En lo político, este período se caracterizó por la alternancia en el poder de dos partidos, conservador y liberal, en tanto duró la situación transitoria creada por la muerte del rey, regulada por el llamado Pacto del Pardo.

Se disolvieron las Cortes, se eligieron nuevas en abril de 1886 y al mes siguiente nació Alfonso XIII, que fue proclamado rey.

Los acontecimientos más importantes de los años de la Regencia fueron, sin duda alguna, las guerras de Cuba y Filipinas. Otros hechos relevantes serían la aceptación marroquí del establecimiento pesquero en Ifni (octubre de 1893), obtenido por los incumplimientos de los tratados de 1860, y la fijación de fronteras definitivas en Guinea durante 1900.

En el aspecto legislativo se llevó a cabo un proceso flexibilizador de la Constitución de 1876 a través de diversas disposiciones, como las de la libertad de cátedra, la ley de Asociaciones, la del Jurado, la Electoral, —con el reconocimiento del derecho universal al voto— y la de Jurisdicciones, por la que los delitos contra el Ejército pasaban al fuero castrense.

Durante la Regencia se fundó el Partido Socialista Obrero Español (1879) y la Unión General de Trabajadores (1888).

La debilidad del sistema bipartidista «alternante» se evidenció a partir de la crisis de 1898, que acrecentó las diferencias existentes entre las dos Españas: la «legal» y la «real».

Al despuntar la centuria, la tasa de mortalidad era de un 28,8 %, y la esperanza de vida, de 33,8 años. En 1930, la tasa de mortalidad era de un 16,8 % y la esperanza de vida, de 48,3 años.

La penuria espoleó durante aquella época las migraciones masivas del campo a la ciudad, Galicia y Andalucía Occidental fueron inagotables reservas migratorias, y el nordeste cantábrico, el gran puerto de arribada. El hambre y el desengaño empujaron a miles de personas hacia Iberoamérica y África. Más de 600.000 emigrantes abandonaron España entre 1900 y 1913.

Las clases sociales

La vida de los trabajadores del campo era extremadamente dura a comienzos de siglo. Los jornaleros trabajaban de 12 a 16 horas diarias, y según una encuesta llevada a cabo en 1905 por el Instituto de Reformas Sociales ganaban 1,5 pesetas por término medio. En la recolección de la aceituna, pagada a destajo, cobraban entre 2 pesetas y 3 pesetas; en las vendimias, entre 1,5 y 2 pesetas, y los jornales de siega, variaban entre 5 y 6 pesetas.

El promedio diario del salario obrero a comienzos de este siglo se situaba entre 3,25 y 4 pesetas. Los obreros cualificados ganaban unas 5 pesetas. Estos sueldos, con los que a duras penas se podía sobrevivir, fueron conseguidos gracias a dramáticas luchas sociales. Entre 1900 y 1916 se produjo una ligera elevación salarial, y un mayor aumento tuvo lugar en el período comprendido entre 1915 y 1920.

La jornada laboral variaba según los oficios y de acuerdo a las oscilaciones de la ley de la oferta y la demanda de trabajo. Los estucadores de Madrid y los mineros de Linares trabajaban ocho horas diarias; los tipógrafos de Valencia y los mineros de Murcia, diez, y los ferroviarios y empleados del gas

La crítica de la generación del 98

El pesimismo suscitado por la pérdida de Cuba y Filipinas en algunos políticos y en la mayoría de los intelectuales, dio lugar a una implacable crítica de la Restauración, a un severo análisis de la realidad nacional y a una desgarrada previsión de futuro. Ello contribuyó a motivar la abierta desconfianza con que algunos sectores sociales acogieron el reinado de Alfonso XIII.

El desastre del 98 trajo consigo una fugaz reacción contra los llamados «males de la Patria» y en favor de una «regeneración» nacional. El general Camilo de Polavieja, a quien el papa León XIII concedió el título de marqués, pretendió impulsar aquel movimiento, pero fracasó en la empresa. Aquella frustración dio nuevo impulso al pesimismo. Silvela no tardó en afirmar que el país corría el riesgo de ir «al total quebranto de los vínculos nacionales». El joven Miguel de Unamuno advirtió que la evolución era imposible. José Ortega y Gasset sentenció que España no existía como nación. Azorín dijo que no había cosa más abyecta que un político, y Pío Baroja afirmó que los españoles estaban «degenerando» y que era «una raza de última clase».

La llamada generación del 98 *cargó contra la Restauración. Ortega consideraba a Cánovas como un empresario de una gran fantasmagoría. Unamuno se sintió desterrado en su tierra y sostuvo que la patria a que se refería la España oficial era un engaño y una cobardía. Joaquín Costa vio cómo sus planes para sacar adelante el país naufragaban uno tras otro en el océano de la indiferencia oficial.*

El desastre, el fracaso del regeneracionismo, la estupidez política de los partidos turnantes, el atraso social, la sequía intelectual y otros males fueron considerados como pruebas de una patética decadencia nacional y la generación del 98 se lanzó a la búsqueda de la *causa de aquella enorme ruina. Unos, como Costa, concluyeron que el mal estaba en la naturaleza misma del español, y otros, como Ortega, en sus «insuficiencias orgánicas». Todos, quien más, quien menos, sentían que el mundo se les escapaba bajo los pies tan pronto como se ponían a reflexionar en el futuro de su país. Pero las críticas formuladas por los escritores del 98 raramente apuntaron a las estructuras económicas y sociales de su época. Salvo excepciones, como la de Antonio Machado, en su madurez adoptaron posturas cada vez más conservadoras, ajenas a la lucha de los trabajadores para lograr una vida más digna.*

Azorín no tardó en olvidar sus escarceos anarquizantes y se convirtió en diputado maurista. Baroja acabó admitiendo que «el sufragio universal, la libertad de prensa y la inviolabilidad de domicilio eran cosas estúpidas y sin utilidad». Unamuno se retiró a su cátedra de Salamanca y más tarde fue perseguido por el general Primo de Rivera.

de Madrid, doce. La jornada laboral máxima de once horas fue implantada en 1912, y la de ocho en 1919.

En 1900, 1 kg de carne de vaca costaba 2 pesetas; 1 kg de garbanzos, 1,05 pesetas; 1 kg de patatas, 0,15 pesetas, y 1 l de aceite, 1,20 pesetas. Según el Ministerio de Trabajo, «la situación real del obrero era, en 1920, el 21 % inferior a 1914».

La burguesía comprendía dos niveles sociales: la burguesía propiamente dicha, o clase media alta, y la pequeña burguesía, también llamada clase media baja. La primera estaba formada por grandes terratenientes, altos funcionarios, industriales, banqueros, grandes empresarios, altos mandos del Ejército, financieros, abogados de renombre y otros. Eran los miembros más numerosos de la clase dominante, vinculados a la oligarquía política, favorecidos por la Administración y agraciados en no pocas ocasiones con títulos nobiliarios con los que se consolidaba su apoyo al Régimen. Representaban alrededor de un 10 % de la población.

La pequeña burguesía estaba compuesta por propietarios menos acaudalados, modestos funcionarios, abogados, médicos, profesores, artesanos con éxito, técnicos intermedios y empleados con títulos de enseñanza media que, si bien se negaban a formar parte de la clase obrera, no podían, sin embargo, acceder a los círculos sociales de la burguesía propiamente dicha. Unas veces se veían sometidos a las presiones políticas de los caciques locales y otras eran arrastrados por los vendavales revolucionarios procedentes del sector obrero y campesino. Componían del 30 % al 40 % de la población


Instituto Municipal de Historia. Barcelona



Instituto Municipal de Historia. Barcelona


A.G.E.

Arriba, Joaquín Costa (1846-1911), principal representante del movimiento regeneracionista surgido tras el desastre colonial, y autor de dos obras fundamentales sobre la arruinada economía nacional: Colectivismo agrario en España *y* Oligarquía y caciquismo. *En el centro, caricatura de* La campana de Gràcia *alusiva al entierro de Costa («¿Sabes por qué le levantan tanto ahora a este hombre?» «Sí, porque ya está muerto»). Abajo, Azorín, el republicano de ideas anarquizantes del 98 que se convirtió luego en diputado conservador.*


Alfonso XIII y Maura en la inauguración del Sindicato Agrícola de Martorell, durante la visita que en abril de 1904 hizo a Cataluña.

F. X. Ratols

y eran, por lo tanto, un factor determinante de la fisonomía nacional.

Durante la Regencia y el reinado de Alfonso XIII se concedieron 214 títulos de marqués, 167 de conde, 30 de vizconde y 28 de barón. La segunda aristocracia no tardó en fundirse con las familias de la nobleza histórica, cuyo poder y riquezas continuaban siendo nada desdeñables.

Cánovas no sólo trató de evitar que los generales se sirvieran de la política, sino que procuró que la política se sirviera de los generales. Y para ello los colmó de honores. Alfonso XIII prodigó los títulos nobiliarios entre los altos mandos de las Fuerzas Armadas. La generosidad del monarca fue, por lo general, superior a los méritos de los favorecidos. Pese a ello, no pocos jefes del Ejército desafiaron al poder civil y crearon graves conflictos políticos.

Los políticos fueron menos favorecidos que los aristócratas de viejo cuño, pero más que los jefes del Ejército. A García Prieto y Luis María Olivares les fueron concedidos sendos marquesados, mientras que Juan Antonio Gamazo, Amalio Giménez y Rafael Benjumea fueron nombrados condes. Gabriel Maura recibió un ducado.

El gran capital controlaba la economía del país a través de los más poderosos bancos, compañías navieras, siderúrgicas y mineras de la nación, y la monarquía necesitaba el apoyo de las finanzas. Ello explica la concesión de títulos de nobleza a navieros, como Fernando María Ybarra; industriales, como Alfonso Sala; bodegueros, como Enrique Grooke Larios; banqueros, como los Urquijo, y propietarios de periódicos, como Torcuato Luca de Tena.

Los títulos nobiliarios abundaron en los consejos de administración de los Bancos Hispano-Colonial, Español de Crédito, Central y Vizcaya; en el Congreso y en el Senado, en los Ministerios, en el Cuerpo Diplomático, en las presidencias de los altos órganos de la Administración y de las grandes empresas privadas. La economía nacional y la Administración estaban prácticamente en manos de la nobleza.

Un sistema económico deficitario

Sobre una superficie total de 50,4 millones de ha, en 1900 había 21,7 millones de ha de tierras cultivadas; 24 millones de ha de tierras sin cultivar y 5,6 millones de ha de tierras que no eran susceptibles de cultivo. Es decir, sólamente un 43 % eran tierras productivas. De ellas 21,4 millones de ha correspondían a secano, y sólo 1,2 millones a regadío.

El cultivo del trigo pasó de 3,3 millones de ha en 1905 a 4,5 millones en 1935; el de cebada, de 1,4 a 1,8, y el del olivo de 1,2 a 2,1. La producción de la vid, en cambio, sufrió primero el castigo de la filoxera, y luego, el de la crisis económica de 1929, que produjo a la agricultura en general una pérdida de cerca de 1.500 millones de pesetas.

Pese al incremento de la siembra de cereales, el deficiente sistema de cultivo y el aumento de la población hicieron que la producción fuera insuficiente para el consumo interior, y se tuvo que recurrir a la importación. El latifundismo, el atraso técnico y la pobreza tenían a la agricultura en estado de sitio.

Sin embargo, gracias al aprovechamiento hidráulico, los cultivos de regadío pasaron de 1,3 millones de hectáreas en 1916 a 1,4 millones en 1933.

Entre 1900 y 1930, la producción de carbón pasó de 2,5 millones de toneladas métricas a 7,5 millones; la de hierro, de 8,6 a 5,5; la de cobre, de 2,7 a 3,9, y la de plomo, de 313 a 163. La exportación de hierro, de cobre y plomo, que a finales del siglo XIX alcanzó niveles importantes, descendió notablemente debido a la inmoderada explotación llevada a cabo por las compañías extranjeras.

La industria siderúrgica, cuyo proceso de concentración culminó en 1902, creció lentamente a causa de su situación de monopolio, y experimentó un notable avance a partir de 1923, pasando de 456 Tm en dicho año a un millón en 1929. Entre 1900 y 1914 fueron instaladas importantes centrales eléctricas, y se pasó de 50.000 a 300.000 caballos de fuerza.

El problema catalán y el Ejército

El 25 de noviembre de 1905, unos oficiales de la guarnición de Barcelona, considerándose insultados por una caricatura aparecida en un semanario catalán, asaltaron su imprenta. El gobierno liberal no sólo no castigó a los responsables del furibundo ataque, sino que, además, aprobó la llamada Ley de Jurisdicciones, por la que todos los delitos contra el Ejército pasaron al fuero castrense.

La Veu de Catalunya *dio cuenta del episodio en estos términos:*

«...El grupo, conjuntamente con el gobernador, se fue calle de Fernando abajo y Rambla arriba, dirigiéndose a la redacción del ¡Cu-cut! *Allí, a golpes de hacha, hundieron la puerta y entraron en su interior, repitiéndose en escala mayor los actos inauditos de vandalismo.*

»El gobernador civil hacía apartar a la gente e imponía silencio a los que protestaban. "Hemos de castigar con mano fuerte a los catalanistas", decía.

»Una vez listos de allí, los oficiales se dirigieron a la redacción de La Veu.

»Como la puerta estaba cerrada, saltaron por el balcón y, a hachazos, rompieron los vidrios, entraron dentro al grito de "¡muera Cataluña!" y tiraron a la calle muebles, libros, diarios y otros objetos, prendiéndoles fuego. También lo contemplaba el gobernador civil...»

Por su parte, El Ejército Español *reaccionó así el 27 de noviembre:*

«No nos ha sorprendido lo sucedido en Barcelona; lo esperábamos: es más, lo deseábamos, y los artículos que hemos publicado en estos últimos días, contestando a las provocaciones insensatas de la canalla catalanista, prueban fundamentalmente que teníamos confianza en la digna, en la caballerosa oficialidad que guarnece la capital de Cataluña...

»No importa que los resortes del mando se aflojen; no importa que los gobiernos sean débiles y las autoridades, hechura de ellos, estén por bajo de su misión. Para sustituir a unos y a otros, siempre que sea preciso salvar o proteger a la Patria, estará el Ejército dispuesto a dar su vida por el honor de la bandera...

»Y a las Cortes (el Ejército) les dice así mismo que si por imprevisión de los legisladores no hay leyes contra el separatismo, las hagan pronto, porque mientras tanto el Ejército aplicará la ley suprema, la que le dicta su inquebrantable amor a España, a España una e intangible.»


Instituto Municipal de Historia. Barcelona

Sobre estas líneas, el joven monarca, un dandy cuya simpatía le granjeó la adhesión popular en los primeros años de su reinado.

En la página siguiente, a la izquierda, Victoria Eugenia de Battenberg, esposa de Alfonso XIII.

En la página siguiente, a la derecha, redacción del semanario catalán ¡Cu-cut! (arriba) tras el asalto de un grupo de oficiales del Ejército, motivado por una caricatura (abajo) –alusiva al triunfo electoral de la Lliga– publicada el 23 de noviembre de 1905.

Gracias a las minas, Vizcaya creó la más importante siderurgia de España, y debido a la acumulación de capitales fundó bancos de gran entidad. Las empresas navieras vascas, que a mediados del siglo pasado habían sustituido la vela por el vapor, hicieron increíbles beneficios al amparo de la neutralidad del pabellón español durante la Primera Guerra Mundial.

Las exportaciones, que en 1900 eran de 836 millones de pesetas, aumentarón hasta 1.300 millones en 1917, descendieron a 812 inmediatamente después de la contienda, y alcanzaron los 9.400 millones en 1930. Las importaciones eran de 940 millones en 1900, llegaron a 1.300 millones en 1917 y pasaron de los 2.000 millones en 1930.

Los presupuestos del Estado se saldaron con superávit desde 1900 hasta 1908. En 1909 hubo un déficit de 25 millones; en 1915, de 48, y en 1929 pasó de mil.

Retrato de un rey

Alfonso XIII asumió el poder real el 17 de mayo de 1902, al cumplir dieciséis años. La jura de la Constitución tuvo lugar en el Congreso. Madrid vivió quince días de fiesta mayor. El monarca era un joven pálido, de rostro alargado, de boca grande y expresión cansina. Tenía la nariz ligeramente curvada, de rasgos borbónicos, y el mentón salido, propio de los Austrias.

El joven rey había nacido el 17 de mayo de 1896, cuatro meses después de la muerte de su padre. Fue un niño enclenque, que en más de una ocasión inspiró serios temores por su vida. Su madre, María Cristina, fomentó en él la afición a los deportes. Gracias a ello, don Alfonso se convirtió en un muchacho de excelente salud.

Observadores españoles y visitantes extranjeros lo describen como un joven despierto, poco aficionado al estudio, simpático y voluble. Era impulsivo, generoso y apasionado, poco propicio al esfuerzo intelectual. Le gustaban los uniformes militares, era aficionado a jugar al polo y le entusiasmaba conducir coches. Winston Churchill destacó su alegría natural. Tenía un gran amor a la vida y una extraordinaria serenidad ante el peligro. Era un hombre valiente.

En mayo de 1906 se casó con la princesa Ena de Battenberg, hija del príncipe Enrique Mauricio de Battenberg, descendiente del gran duque de Hesse, y de Beatriz de Sajonia Coburgo-Gotha, hija menor de la reina Victoria y del príncipe Alberto. La princesa era hemofílica, enfermedad que había contraído de su abuela, la reina Victoria. Parece ser que tanto Alfonso XIII como el gobierno español estaban al corriente de ello. Más tarde, el rey no asumió aquella desgracia, y el matrimonio se resintió.

Gobernar desde el Palacio de Oriente

Alfonso XIII quiso ser político. Esa afición, que en seguida dio lugar a frecuentes ingerencias en cuestiones de gobierno, agudizó las disidencias internas de los partidos, dificultó el normal funcionamiento del «turno pacífico», crispó las relaciones entre el monarca y los gobiernos, favoreció la intromisión del Ejército en los ámbitos propios del poder civil y, finalmente, hizo posible la instauración de una dictadura militar.



Instituto Municipal de Historia. Barcelona



Instituto Municipal de Historia. Barcelona

En el primer Consejo de Ministros de su reinado, celebrado poco después de la jura de la Constitución, el monarca anunció al Gobierno que se «reservaba» el derecho de conferir «honores, títulos y grandezas», y el duque de Veragua le advirtió que, según la Constitución, «ningún mandato del rey puede llevarse a efecto si no está refrendado por un ministro».

En 1903, la decisión de Antonio Maura, ministro de la Gobernación, de celebrar elecciones sin trampas no gustó a Palacio. El rey ordenó a Silvela que hiciera rectificar a Maura o prescindiera de él, pero el jefe del Gobierno apoyó al ministro, y se produjo la primera crisis gubernamental del reinado.

En diciembre de 1904, al año de ser formado el gobierno Maura, el rey rechazó al candidato para jefe de Estado Mayor Central propuesto por el ministro de la Guerra. No se llegó a un acuerdo, y el jefe del Gobierno fue cesado. «Yo no soy un presidente dimisionario, sino un presidente relevado», dijo Maura al salir de Palacio.

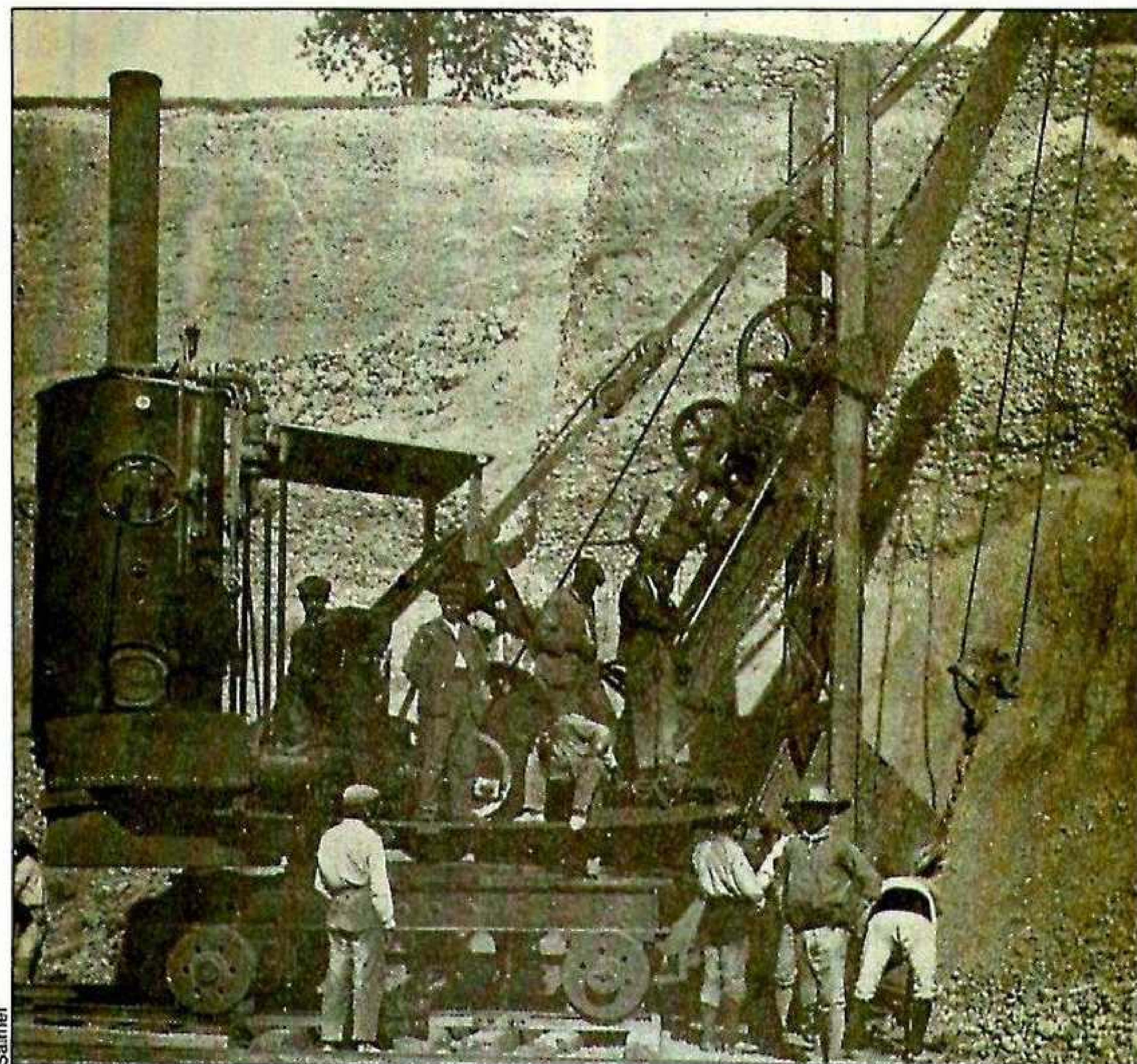
La segunda dimisión de Maura se produjo en octubre de 1909, a los dos



F. X. Rafols

Junto a estas líneas, excavadora en la construcción del Canal de Aragón y Cataluña (1909). Los regeneracionistas vieron en la política «hidráulica» una panacea para los problemas agrícolas.

En la página siguiente, arriba, una sesión del Congreso (cuadro de Asterio Mañanos); abajo, manifestación en homenaje a los parlamentarios de Solidaritat Catalana en Barcelona (22.V.1906).


Salmer

meses y medio de la Semana Trágica de Barcelona, poco después del fusilamiento de Ferrer, cuando media España gritaba «¡Maura no!». Desde un punto de vista parlamentario, Maura no podía ser cesado, porque tenía amplia mayoría en el Congreso. Pero la posibilidad de una intervención militar (al general Weyler le empujaban a ello los partidarios de las soluciones violentas) y el peligro de que la oposición liberal se uniera definitivamente a la izquierda no parlamentaria, aconsejaron al rey resolver el conflicto «por las malas», como años más tarde confesó a Gabriel Maura.

A los tres meses de estar en el poder, Segismundo Moret, que sucedió a Maura, presentó al rey un decreto de disolución de las Cortes, y aquél se negó a firmarlo. Nadie entendió el porqué de lo sucedido. Luego se dijo que el monarca sospechó por aquel entonces que Moret era masón.

En enero de 1912, diez meses antes de ser asesinado, Canalejas se creyó despedido, y advirtió que si abandonaba la jefatura del Gobierno no sería por voluntad propia. Permaneció en su puesto. Pero, semanas más tarde, Maura aprovechó la ocasión para manifestar en un mitin celebrado en la plaza de toros de Madrid que «los españoles saben que los ministros no gobiernan por la voluntad del pueblo, sino por la prerrogativa regia». Desde abril de 1917 hasta septiembre de 1923, en que se produjo el golpe de Estado del general Primo de Rivera, hubo quince jefes de Gobierno.

Los partidos turnantes

Los partidos dinásticos eran organizaciones políticas con clientelas procedentes de la burguesía y de la aristocracia, vinculadas muchas veces por lazos familiares y/o intereses económicos. Latifundistas, financieros, rentistas, industriales y fabricantes estaban en las planas mayores de uno u otro partido «turnante».

El partido conservador se había distinguido por mantener el voto censitario —que impedía el acceso a las urnas de la clase trabajadora—, por haber acotado severamente las libertades de expresión, reunión y asociación, y haber desdeñado una legislación social semejante a la de otros países europeos. Los conservadores profesaban una filosofía pragmática, al servicio de los intereses económicos clasistas, interesada en «mantener el orden» y proclive a las influencias eclesiásticas.

El partido conservador llegó a 1902 dirigido por Francisco Silvela, discretamente remozado por gente que trataba de acercarse a los graves problemas políticos y sociales del momento, con ideales de regeneración, un tanto acosado por los liberales, pero manteniendo las líneas maestras de una filosofía que las circunstancias históricas estaban a punto de hacerla obsoleta.

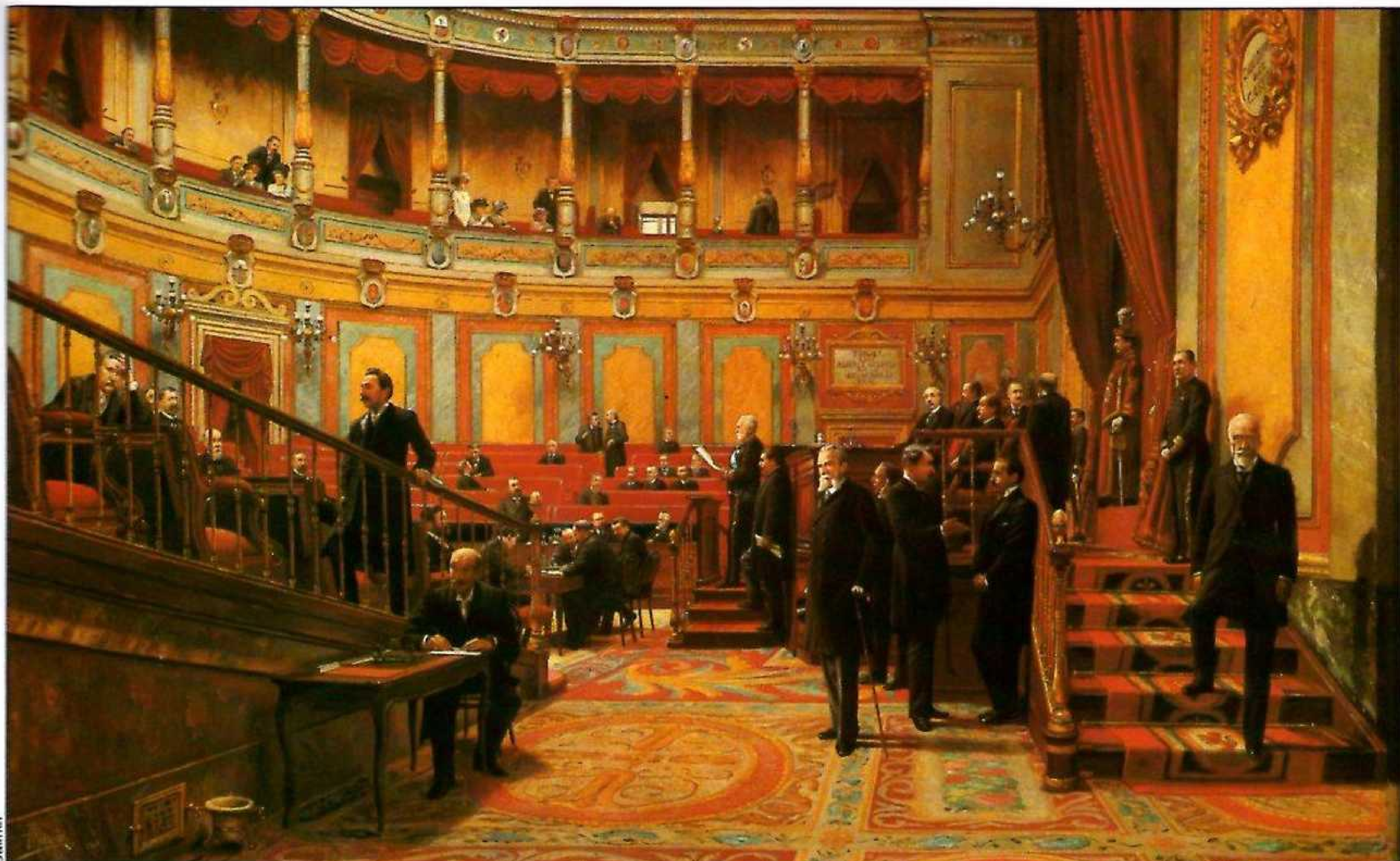
Acaudillados por Sagasta, los liberales se habían distinguido por sus empeños reformistas, tanto en el campo de las libertades públicas como en el de la justicia y del Ejército. Su política colonial y el desastre del 98 habían dañado su credibilidad. Por otra parte, la campaña regeneracionista de los conservadores, su indiferencia ante las cuestiones sociales y las críticas de republicanos y socialistas habían ensombrecido su imagen. Sus dirigentes eran gente de edad avanzada, con largas carreras políticas iniciadas algunas de ellas a mediados del siglo XIX, y muy escasas posibilidades de comprender el mundo en el que se adentraba España. Cuando Alfonso XIII accedió al trono, Sagasta tenía 75 años y Silvela, 57.

La sucesión de Sagasta iba a ser disputada por Montero Ríos, que en 1902 había cumplido los 70 años, por Moret, que tenía 64, y por López Domínguez, que contaba 73. El marqués de la Vega Armijo rondaba los setenta cuando Alfonso XIII juró la Constitución. Los dos primeros accedieron a la jefatura del Gobierno en 1905. Los otros tres, al año siguiente.

La sucesión de Silvela, que murió en 1905, recayó en Maura, que en 1902 tenía 49 años. Fernández Villaverde y el general Azcárraga, que durante el trienio conservador alternaron en la jefatura del Gobierno, tenían 57 y 77 años, respectivamente. Dato llegó al poder a los 60 años.

Las luchas internas en una y otra organización para asumir la jefatura del partido y las consiguientes escisiones en grupos rivales aceleraron la descomposición del «turno pacífico». Montero Ríos y López Domínguez se hicieron la guerra entre junio de 1905 y enero de 1907, durante el período liberal. Canalejas desbancó definitivamente a Moret en 1909. A lo largo del segundo decenio, Romanones se erigió en continuador de Moret y se enfrentó a García Prieto, que pretendió representar la corriente ideológica de Canalejas.

Caído Maura en 1909, el partido conservador sufrió un dramático desgarrón: Dato formó su primer gobierno en 1913, y en seguida fue desafiado por los mauristas, que aquel mismo año fundaron un partido, y por los «intransigentes» de Juan de la Cierva. Los dos partidos iban a la deriva.


Salmer


F. X. Ratois

En 1917, el abierto desafío del Ejército al poder civil, la petición por parte de 68 diputados reunidos en asamblea extraparlamentaria de apertura de Cortes Constituyentes para la reorganización del Estado y la huelga general revolucionaria para «obligar a las clases dominantes a aquellos cambios del sistema que garanticen al pueblo el mínimo de condiciones decorosas de vida», dieron lugar al primer gobierno de concentración. La rotación en el poder de los partidos oligárquicos se había detenido. Luego, durante el segundo gobierno Dato, en 1920, se intentó ponerla de nuevo en movimiento. Pero el general Primo de Rivera no tardó en acabar con el agonizante sistema político creado por Cánovas.

Los partidos republicanos

En 1902 había cuatro partidos republicanos: el Federal, en trance de desaparición, fundado por Francisco Pi y Margall, segundo presidente de la Primera República; el Republicano Radical, cuya gran figura había sido Ruíz Zorrilla, y que a comienzos de siglo era acaudillado por Alejandro Lerroux; la Unión Republicana, surgida en 1893 de la unión de centralistas, progresistas y federales, dirigida por Nicolás Salmerón, tercer presidente de la Primera República, y el Grupo Republicano Reformista, animado primero por Gumersindo de Azcárate y más tarde por Melquíades Álvarez.

La Unión Republicana se impuso en las elecciones de 1901 en Barcelona, Madrid y Tarragona; formó parte en 1906 de Solidaritat Catalana, fue violentamente atacada por Lerroux —convertido en «emperador del Paralelo» y enemigo acérrimo del catalanismo— y perdió empuje en la consulta nacional de 1907. Dos años más tarde, muerto Salmerón, la Unión entró en crisis, pero republicanos de varias tendencias junto a liberales y socialistas compusieron el Bloque de Izquierdas, que terminó con el gobierno Maura, desacreditado por la represión que siguió a la Semana Trágica.

Los partidos republicanos retrocedieron durante el segundo decenio. En 1914 había 54 diputados republicanos; en 1916, 30; en 1919, 24, y en 1923, en vísperas del golpe de Estado, 11. El avance socialista les había frenado. Poco después, los republicanos se convirtirían en una fuerza arrolladora.

La guerra de Marruecos

La acción militar española en Marruecos comenzó con la campaña africana de O'Donnell, a mediados del siglo XIX. Luego, la entente fracobritánica de 1904 reconoció a España una modesta zona de influencia en el tambaleante Imperio marroquí. Dos años después, en la Conferencia de Algeciras, la presencia española en el Norte de África fue reconocida por las potencias europeas.

En 1907 comenzó en Marruecos una guerra civil: un nuevo sultán se hizo con el poder y el Rif se convirtió en una zona conflictiva, cuando algunas cábilas atacaron las instalaciones mineras explotadas por compañías españolas. Fracasó una acción diplomática cerca del sultán Muley Hafid, y en 1909 el gobierno de Madrid optó por la intervención militar. En julio de aquel año, las tropas españolas sufrieron graves reveses en el monte Atalayón, Melilla se vio seriamente amenazada y el Barranco del Lobo se convirtió en escenario de un desastre que costó la vida a centenares de soldados.

A finales de septiembre, 43.000 hombres al mando de 13 generales consiguieron restablecer la situación: el monte Gurugú fue reconquistado, la península de Tres Forcas quedó ocupada, cayó Nador y se entró en Zeluán. El 9 de octubre, Allende Salazar, ministro de Estado, manifestó a los periodistas: «Nuestra acción ofensiva puede considerarse terminada.»

En junio de 1911 se desembarcó en Larache y fue ocupada Alcazarquivir, y dos meses después comenzó a combatirse junto al río Kert, sobre cuyas orillas cayeron cerca de 300 españoles en octubre y unos 250 en diciembre. Monte Arruit fue conquistado en enero de 1912.

Aquel año, en virtud de un nuevo tratado hispanofrancés, España se vio obligada a renunciar en favor de Francia a extensas zonas que le habían sido asignadas en 1904. Tánger quedó momentáneamente fuera del protectorado. Meses más tarde, sin embargo, el general Alfau ocupó la ciudad sin que se produjera ni un sólo disparo. Poco después, en Tánger, tuvo lugar la definitiva ruptura entre el cabecilla Raisuni y el general Fernández Silvestre. «Tú y yo —dijo Raisuni a Silvestre— componemos la tempestad. Tú eres el viento; y yo, el mar. Tú soplas fuerte, pero pasas. Yo quedo en mi sitio.»

A partir de aquel momento, Fernández Silvestre tuvo un único propósito: destruir a Raisuni. El general creó problemas, fue relevado, y se le nombró ayudante del rey. Gómez Jordana asumió el mando de general en jefe y el cargo de alto comisario. Jordana, experto en cuestiones marroquíes, trató de congraciarse con Raisuni e hizo cuanto pudo en favor de la pacificación de la región.

En 1920 volvió Fernández Silvestre a Marruecos, se hizo cargo de la comandancia de Melilla y llevó a cabo una serie de rápidos avances. Xauen cayó en octubre. Pero el objetivo final de Fernández Silvestre era expulsar a Raisuni y llegar a la bahía de Alhucemas. En febrero fue estableciendo nuevas posiciones, una de ellas era Annual. Monte Abarrán sirvió de punto de apoyo. El 16 de julio fue hostigado un convoy que iba de Annual a Igueriben. Los siguientes no llegaron a su destino. Fernández Silvestre, al mando de 400 hombres, intentó establecer contacto con la posición, pero fue arrollado por los marroquíes, y regresó a Annual, que horas después hubo de soportar el primer ataque.

Los marroquíes habían tomado anteriormente la loma de Sidi Ibrahin y comenzaron a batir la de Igueriben. La posición quedó aislada durante un mes. Finalmente, las tropas españolas, que carecían desde hacía algunos días de víveres y habían bebido sus propios orines, la abandonaron en desorden. Annual quedó desprotegida. Y una avalancha de moros cayó sobre sus defensores. Cundió el pánico. Huyeron. Desde un parapeto, Fernández Silvestre les gritaba: «¡Huid, huid que viene el coco!» Nunca más se supo de él. Luego cayeron Nador, Zeluán y Monte Arruit. Perecieron cerca de 13.000 hombres.

El general Picasso fue encargado de instruir un expediente gubernativo. El ministro de la Guerra, La Cierva dificultó cuanto pudo la tarea del general. Pero el expediente fue elevado a la jurisdicción del Consejo Supremo de Guerra y Marina. El general Berenguer, alto comisario, fue procesado, lo mismo que otros generales. Aquel expediente puso de manifiesto la ineptitud e impericia de los mandos, su falta de disciplina y su conducta poco ejemplar, la encubierta escasez de material de guerra, la extendida corrupción administrativa, la baja moral de la tropa..., Annual había sido sólo la consecuencia de una situación escandalosa. Se nombró una comisión especial parlamentaria para examinar el expediente, que llegaba a implicar al propio rey en las responsabilidades. Dimitieron dos ministros y el presidente del Congreso. Y cayó Sánchez Guerra, jefe del Gobierno.

Algunos generales quisieron evitar el debate parlamentario sobre las responsabilidades, y se comenzó a hablar de un posible golpe militar. La noche del 12 al 13 de septiembre, el general Miguel Primo de Rivera instauró un directorio militar.


F. X. Ratols

El desastre del Barranco del Lobo (18-20 de julio de 1909).

A.G.E.



Salmer

Arriba, Alfonso XIII felicitando a miembros de la policía indígena en Marruecos. La impopularidad de la guerra y los repetidos fracasos militares minaron el prestigio del Ejército y la Corona.

Abajo, Fernando de los Ríos, Pablo Iglesias y Julián Besteiro, líderes históricos del PSOE (óleo de Isabel Villar). Desde principios de siglo, el poder de convocatoria del socialismo español no dejó de crecer.

Una nueva fuerza: el partido socialista

En 1900, el Partido Socialista Obrero Español tenía 23 años de existencia. En agosto de aquel año se celebró su VI Congreso; asistieron 48 delegados en representación de 73 agrupaciones. Los socialistas luchaban en dos frentes políticos: en el de la derecha contra los partidos oligárquicos y la oposición republicana, y en el de la izquierda contra los anarquistas. En el programa de 1878 se abogaba en favor de la «abolición de clases» y de la «transformación de la propiedad individual en propiedad social»; se pedía la legalidad de las huelgas, la reducción de la jornada laboral, la creación de escuelas gratuitas y una milicia popular. El partido no tenía todavía ningún diputado ni concejal.

En las elecciones de 1903, el PSOE obtuvo 26.000 votos y logró estar representado en 11 ayuntamientos. En 1907, debido a las presiones de los partidos dinásticos, a la concurrencia en solitario a las elecciones y a la ofensiva de republicanos y anarquistas, el partido obtuvo 22.000 votos. Al año siguiente, el Comité Central autorizó la coalición con los partidos burgueses avanzados, y se inauguró en Madrid la primera Casa del Pueblo, que en seguida tuvo 12.653 socios.

En julio de 1909, el PSOE participó en la huelga general barcelonesa que, al ser dominada por agitadores del Partido Republicano Radical y por anarquistas, desembocó en la Semana Trágica. Cuatro meses más tarde se concluyó la conjunción republicanosocialista. Pablo Iglesias manifestó que la intención de la alianza era derribar la Monarquía e implantar la República. En las elecciones de 1910 fue elegido diputado a Cortes con 40.599 votos. La Unión General de Trabajadores tenía entonces 40.984 afiliados. Al cabo de dos años contaba ya con cerca de 130.000.

En 1913, *El Socialista* se convirtió en periódico diurno. En 1915, el PSOE tenía 14.332 afiliados, y en 1920,



A.G.E.

Alfonso XIII y su hija la infanta Beatriz, durante una fiesta en la residencia de la duquesa de Fernán-Núñez.

52.897. En marzo de 1917, Francisco Largo Caballero pronunció un discurso en favor de la huelga general, y cinco meses más tarde Julián Besteiro redactó un documento en el que se convocaba a la huelga general revolucionaria. Se pedía en él la constitución de un gobierno provisional que asumiera los poderes ejecutivo y moderador, y unas Cortes Constituyentes. Largo Caballero, Besteiro, Saborit, Anguiano y otros dirigentes socialistas fueron juzgados y condenados por un Consejo de Guerra. En 1919, el PSOE rompió la alianza con los partidos burgueses.

El 19 de junio de 1920, un Congreso extraordinario del partido aprobó *sub conditione* la adhesión a la III Internacional. Pero cuatro días más tarde revocó la decisión y se adhirió a la Internacional Sindical de Amsterdam. En diciembre fueron elegidos seis diputados socialistas. Al año siguiente, el PSOE rechazó las condiciones impuestas por Moscú para el ingreso en la III Internacional, y se escindió: el 13 de abril de 1921 fue fundado el Partido Comunista Español. El 3 de abril de 1923, el PSOE obtuvo 6 diputados a Cortes, pero sus afiliados habían pasado de 52.897 en 1920 a 9.089.

Fin de la monarquía constitucional

El desastre de Annual (21 de junio de 1921), en el que culminaron los desaciertos de la intervención militar española en Marruecos, no sólo motivó el hundimiento de la zona oriental del protectorado, sino que significó un terrible revés para el Ejército y un dramático contratiempo para la Monarquía. El general Fernández Silvestre, responsable directo del descalabro y amigo personal del rey, desapareció en la acción. Cerca de trece mil hombres perdieron la vida. El general Picasso fue encargado de abrir un expediente, que luego fue elevado a la jurisdicción del Consejo Supremo de Guerra y Marina.

El Gobierno fue a la deriva. A finales de 1922 se publicó la noticia de que se estaba fraguando un golpe militar. En junio del año siguiente celebró el general Primo de Rivera varias entrevistas con algunos generales en Madrid. Alfonso XIII parecía bien dispuesto a admitir un gobierno militar. El 12 de septiembre, Primo de Rivera se sublevó en Barcelona. El gobierno no reaccionó, y el rey, que estaba en San Sebastián, permaneció impasible. Todo hace suponer que estaba al corriente de los hechos. Vuelto a Madrid se negó a destituir al general sedicioso. La monarquía parlamentaria había terminado.

La Dictadura duró seis años y seis meses, a lo largo de los cuales el prestigio del rey y la solidez de la Monarquía se fueron resquebrajando hasta convertirse en una pura ruina. Primo de Rivera dimitió el 30 de enero de 1930, por «razones de salud». El 14 de abril de 1931 fue proclamada la Segunda República. Nadie defendió a Alfonso XIII, y el monarca tuvo que exilarse. Nunca más volvió a España. Murió en Roma, a los 54 años de edad, el 28 de febrero de 1941.

La guerra ruso-japonesa

El enfrentamiento de dos imperios

Rafael Abella,
historiador

La guerra ruso-japonesa fue sólo un conflicto periférico, pero tuvo consecuencias de alcance mundial: desencadenó la expansión japonesa, anticipó los métodos de la guerra moderna y fue una de las causas de la Revolución rusa de 1905. En la ilustración, combate cuerpo a cuerpo en Liaoyang, durante el verano de 1904.

La expansión rusa en Extremo Oriente, a costa de Manchuria, hizo entrar al Imperio zarista en un conflicto de intereses con Japón, país que en el curso de una generación había adoptado formas occidentales en su estructura socioeconómica y en su tecnología. La intransigencia rusa desembocó en una guerra (1904-5) cuyo resultado fue una sorpresa para Occidente.



Titus

La transformación de Japón hacia 1900

«Las reformas siguen rápidamente a la revolución, y no sólo el Gobierno, sino también las costumbres del país serán transformados. A partir de 1871, los feudos (han) *de los* daimios *fueron confiscados por el gobierno central, lo que significó el fin del régimen feudal. Las clases inferiores, los parias encargados de los trabajos viles, los artesanos, campesinos y comerciantes son iguales ante la ley. El budismo ya no es más la religión oficial. Se tendieron líneas ferroviarias: primero la de Tokio-Yokohama (1870-72), después las de Kobe-Osaka y de Osaka-Kioto (1873-77). Las compañías particulares no comenzaron sus trabajos hasta 1888, pero el 31 de marzo de 1898 habían construido 3.682 km; para esa fecha, las líneas estatales representaban 1.065 km. En total 4.747 km. Una larga línea atraviesa Japón desde Aomori, en el norte, hasta el estrecho de Shimonoseki. El primer telégrafo data de 1869; el correo, de 1870. Al mismo tiempo, reforma financiera: las antiguas monedas son retiradas de circulación y reemplazadas por el yen en 1868; en Osaka se abrió una Casa de la Moneda; el Ministerio de Finanzas se creó en 1871 y el primer ensayo de presupuesto data de 1873; reforma fiscal en 1875 (...). Agreguemos la adopción del calendario gregoriano; la introducción de la vacuna y la fotografía en 1873; la adopción de uniformes oficiales europeos.*

»En tiempos de paz, el Ejército comprende la división de la guardia imperial y doce divisiones distribuidas entre Tokio, Sendai, Nagoya, Osaka, Hiroshima, Kumamoto, Taiwan, Hirosaki, Kanazawa, Marugame y Kakura. Con las reservas, el ejército territorial, la gendarmería y el personal administrativo, el Ejército cuenta con 411.132 hombres. En octubre de 1899, la Flota se componía de cincuenta barcos (entre los que había cuatro acorazados y diez guardacostas acorazados), tripulados por 13.574 hombres, además de seis contratorpederos y veintitrés torpederos. Más barcos están en construcción. El servicio militar es obligatorio y personal para todos los ciudadanos japoneses, según la ley del 28 de noviembre de 1872, completada por la del 21 de enero de 1889. Dura tres años en el servicio activo y cuatro en la Marina; comienza a los veinte años y dura hasta los cuarenta, en la reserva, en el ejército territorial.»

(FUENTE: Historia general, *Ernest Lavisse y Alfred Rambaud, Éditions Armand Colin, París, 1900.)*



Arch. I.G.D.A.

Junto a estas líneas, oficial ruso mostrando un icono a sus soldados en el frente de Mukden.

En ambas páginas, una multitud asiste en la actual Plaza Roja de Moscú a una «oración colectiva por la victoria», al día siguiente de la agresión japonesa contra la flota rusa anclada en la rada de Port Arthur.

Abajo, a la izquierda, soldados japoneses marchando al frente perfectamente equipados. Los desembarcos nipones en la península de Corea se produjeron ya en el primer día de guerra.

Abajo, a la derecha, damas de la aristocracia rusa confeccionando vestidos para la tropa en el Palacio de Invierno de San Petersburgo.



E. Atlas



A.G.E.

La aspiración de Rusia a tener un puerto en Extremo Oriente libre del bloqueo de los hielos, hizo dirigir su expansión hacia los territorios situados al sur de Siberia, en busca de aguas más meridionales. Pero, para esa época, a finales del siglo XIX, un pequeño Estado asiático insular, Japón, había alcanzado una madurez tecnológica que, sin hacerle perder sus seculares tradiciones y costumbres, le había elevado a la altura de los países adelantados de Occidente. En poco más de una generación, el Imperio del Sol Naciente había creado las bases de un moderno Estado industrial. Su organización y su potencia bélica se habían puesto de manifiesto en 1895, cuando alcanzó una indiscutible victoria en su guerra con China. Ello le abrió las puertas de Corea, «el país de la mañana tranquila», donde el expansionismo nipón ambicionaba la explotación de un suelo rico en materias primas y la apertura de un mercado para sus productos.

Rusia, por su parte, había aprovechado la rebelión de los bóxers (1900) para extender su influencia sobre Manchuria, a costa del decadente Imperio chino, y colmó su aspiración marítima con la ocupación de Port Arthur. Su política de expansión había inspirado la construcción del ferrocarril Transiberiano, que ponía Vladivostok a ocho días de Moscú, con las ventajas estratégicas que esto reportaba. Pero la ambición rusa apuntaba también a Corea.

Colisión de intereses

Dos potencias —una, históricamente reconocida por su colosalismo y la invulnerabilidad que le aseguraban sus





Cómo veía Europa a Japón en 1900

«Japón no solamente ha sabido crear en pocos años una Flota y un Ejército, que fueron probados contra los chinos, y que inspiran respeto a las potencias occidentales, sino que también amenaza a Estados Unidos y a Europa con su industria. Hilanderías de seda, talleres textiles, astilleros, papeleras, fábricas de cerillas, de jabón, han adquirido un desarrollo extraordinario. ¿Cuál será la orientación de esta nueva fuerza? ¿Hacia China, su vieja enemiga? Sin ninguna duda, si los habitantes del Celeste Imperio estuvieran dispuestos a dejarse llevar, pero aún está lejos el tiempo en que China será asimilable. ¿Hacia Gran Bretaña? Es verdad que esta nación tiene interés en acercarse a Japón para contrarrestar los designios de sus rivales en Extremo Oriente, pero, ¿vale la pena liarse las manos en una alianza con un país que, aunque tiene una gran Flota, carece de Ejército, como lo acaban de demostrar los recientes acontecimientos del Transvaal? Es probable que preferirán su libertad. ¿Hacia Estados Unidos? Ni soñarlo; hay demasiados intereses divergentes en Filipinas y en las islas Hawaii. ¿Hacia Rusia? Aquí está el punto negro del horizonte. Es evidente que la potencia que se ha implantado en Manchuria querrá, actuando según las circunstancias, absorber Corea en un tiempo más o menos lejano. ¿Intentarán los japoneses detener la marcha del coloso ruso? Sin la menor duda, empujados por su ardor caballeresco y su celo de noveles conversos a ideas extranjeras por su revolución, aceptarán la lucha, pero, ¿vencerán? Esto es otra cosa.»

(*FUENTE:* Historia general, *Ernest Lavisse y Alfred Rambaud, Éditions Armand Colin, París, 1900.*)

reservas humanas y sus insalvables distancias, y otra, exótica, minúscula y recién llegada al concierto de las grandes naciones— se iban a encontrar en un choque de intereses en los lindes coreano-manchúes. Y estaba además la disputa por el dominio del mar, aspecto vital para Japón, pues era básico para garantizar su seguridad insular y para mantener las comunicaciones con los territorios conquistados.

En 1902 se habían iniciado negociaciones tendentes a que, por un lado, el Imperio zarista reconociera la dominación japonesa en Corea y, por otro y como contrapartida, que el Imperio del Sol Naciente admitiera las concesiones rusas en territorio manchú. Las discusiones se arrastraban en un interminable diálogo de sordos cuando los japoneses descubrieron, a comienzos de 1903, una infiltración de tropas y colonos rusos que habían cruzado el río Yalu (Jalu) para instalarse en tierras coreanas. Japón respondió con un ultimátum, exigiendo la evacuación de Manchuria, y finalmente rompió las relaciones diplomáticas el 5 de febrero. Ante la expectación del mundo entero se abrió una perspectiva bélica entre un gigante y un pigmeo.

La superioridad de Rusia sobre el Mikado era enorme, tanto en tierra como en el mar, pero tenía que hacer frente al problema de la diseminación de sus fuerzas. La flota se fraccionaba entre la del Pacífico —dividida a su vez entre Vladivostok y Port Arthur—, la del Báltico y la del Mar Negro. Esta última permanecía encerrada en dicho mar en virtud del tratado de 1870, que impedía el paso de los Dardanelos

El almirante Makarov

Stefan Makarov nació en 1848. Ingresó en la Marina en 1864 y se distinguió en la guerra contra los turcos, en 1877-78. Al mando del Gran Duque Constantin *dirigió el torpedeo de la flota otomana, cuyos barcos resultaron casi todos dañados. Fue el inventor del* pallete Makarov, *destinado a cegar las vías de agua en los barcos pequeños, y de la cofia, dispositivo que permitía a los obuses atravesar las placas de acero cementado. Introdujo el rompehielos en la marina rusa, usado con éxito en Port Arthur y Vladivostok.*

Popular, con la cara adornada por una larga barba rubia, fue el más competente de los militares rusos. Su muerte, a bordo del acorazado Petropavlosk *en la rada de Port Arthur el 13 de abril de 1904, significó una pérdida irreparable para la causa de su país.*

a cualquier navío que enarbolase un pabellón que no fuera el de la Sublime Puerta. Consciente del peligro que representaba la flota rusa del Pacífico, Japón decidió dar un golpe por sorpresa. Sabía que, si precipitaba los hechos y prescindía de las prácticas diplomáticas occidentales que exigían la declaración formal del estado de guerra antes del comienzo de las hostilidades, impediría que la flota de Vladivostok, prisionera aún de los hielos, se uniera a la de Port Arthur.

La flota rusa del Pacífico comprendía siete acorazados, cuatro cruceros acorazados y siete cruceros ligeros, pero los acorazados estaban en Port Arthur y los cruceros acorazados en Vladivostok, a 2.000 km los unos de los otros, separados por los estrechos de Corea, donde estaban instalados los japoneses. Éstos tenían una fuerza naval equivalente: seis acorazados, seis cruceros acorazados y quince cruceros ligeros, con la ventaja de estar reunidos en una sola escuadra.

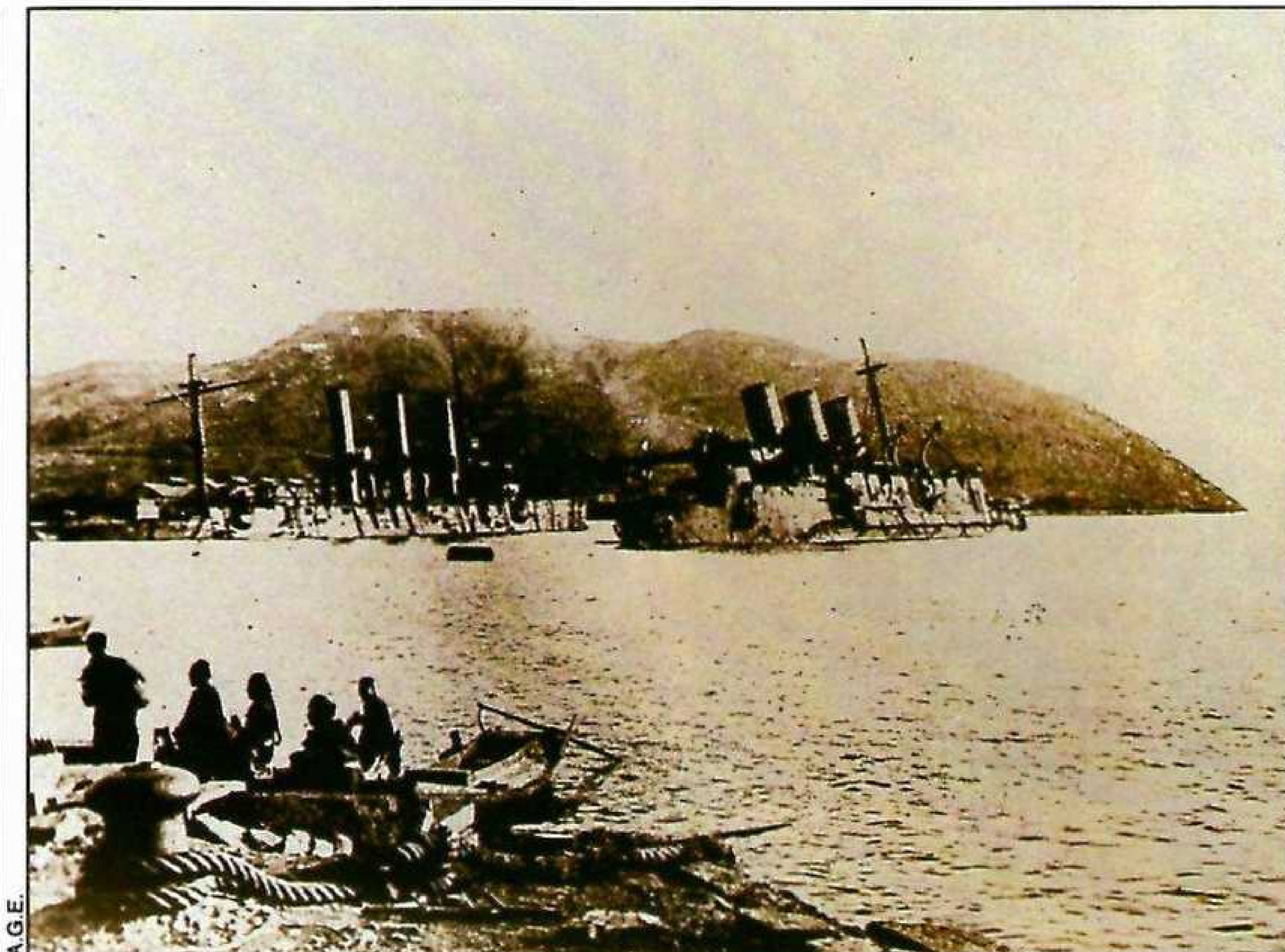
Ataque a Port Arthur

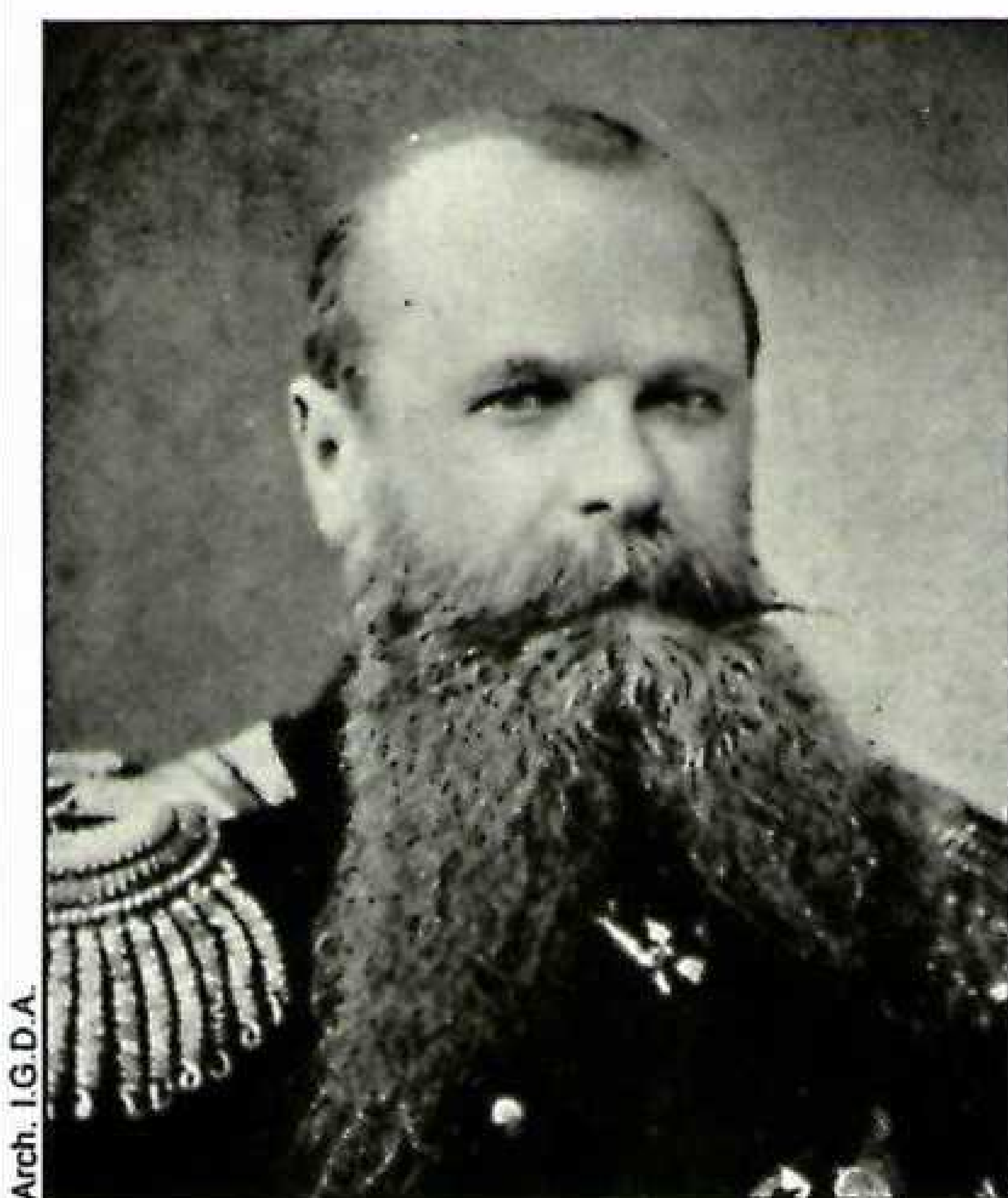
Y así, sin declaración de guerra previa, poco después de haberse roto las negociaciones, en la noche del 8 de febrero una flotilla de torpederos japoneses se presentó ante Port Arthur, entró sigilosamente en la rada y torpedeó a la flota rusa, que anclada y con las luces encendidas ofrecía un blanco perfecto. En medio de la mayor confusión,



Arch. Snark




A.G.E.


Arch. I.G.D.A.

En ambas páginas, el Petropavlovsk, *buque insignia de la flota rusa, colisiona con una mina (12.IV.1904).*

En esta página, arriba, buques rusos escorados tras el ataque japonés a Port Arthur; abajo, el almirante Makarov.

dos acorazados y un crucero acorazado fueron alcanzados por los torpedos nipones. Ningún barco fue hundido, pero el *Tsarevič* quedó profundamente escorado, el *Revitzane* con la proa sumergida y el *Pallada* con la popa a flor de agua. Sin embargo, cuando el grueso de la flota japonesa, bajo el mando del almirante Togo, se acercó a la rada de Port Arthur, las baterías de la costa, repuestas de la sorpresa de la noche, la recibieron eficazmente, impidiéndole culminar los efectos del ataque nocturno.

El golpe había sido desastroso, pero no decisivo. En Rusia, la indignación llegó al colmo; por todas partes brotó un sentimiento de venganza, el deseo de dar una lección a aquellos «monos asiáticos». Los barcos afectados, temporalmente fuera de combate, podían ser reparados y volver a combatir. Pero, entre tanto, los transportes japoneses navegaban sin ninguna interferencia hacia las costas coreanas, cargados de tropas y de pertrechos.

La sustitución del almirante Stark, jefe de la flota del Pacífico acusado de negligencia, por el almirante Makarov elevó la moral de la ciudad y de la tripulación de la escuadra, un tanto decaída por el revés inicial. Makarov, sin duda el más capacitado marino de su país, se dedicó a infundir desde el comienzo un espíritu combativo, una moral de victoria, que se cuidó de estimular con su propio ejemplo, prodigando las salidas en busca del enemigo y asumiendo riesgos que exaltaban a la tripulación. Desgraciadamente para los rusos, la acción galvanizante de Makarov duró sólo seis semanas. El 12 de abril de 1904, el almirante encontró la muerte, y con él los treinta y dos oficiales y seiscientos marineros que formaban la dotación del buque insignia *Petropavlosk,* al chocar éste con una mina a su retorno a puerto, después de haber puesto en fuga a una patrulla de torpederos japoneses. La pérdida de Makarov fue irreparable; su sustituto, el almirante Witheft, no poseía ni su pericia ni su espíritu combativo. Desde ese momento, la flota rusa del Pacífico se limitó a un papel defensivo, anclada en el bloqueado puerto de Port Arthur.

Sin embargo, no todo iban a ser facilidades para los nipones. El 15 de mayo, la escuadra del almirante Togo perdió un crucero en una colisión y dos



Arch. I.G.D.A.

Sobre estas líneas, el general Kuropatkin, veterano de la guerra ruso-turca y comandante en jefe del ejército ruso en la campaña contra los japoneses.

En ambas páginas, campamento ruso cerca de Port Arthur.

En la página siguiente, obús de asedio japonés (arriba) y su munición (abajo) en el sitio de Port Arthur. El papel que tuvo la artillería en el conflicto ruso-japonés prefiguró el que asumiría pocos años más tarde durante la Primera Guerra Mundial.

A.G.E.

acorazados que se hundieron al chocar con sendos artefactos en un campo minado. Los ecos de las explosiones se oyeron en Port Arthur, pero los barcos rusos permanecieron inactivos, sin intentar aprovechar la desorientación de la diezmada formación japonesa.

Posteriormente, una orden de salida para romper el bloqueo y dirigirse a Vladivostok terminó desastrosamente en la batalla del Mar Amarillo. El almirante Witheft murió sobre el puente del *Tsarevič*, alcanzado por una andanada del 305. Por su parte, los rusos hundieron el *Mikasa*, buque insignia del almirante Togo, quien salvó la vida milagrosamente. El resto de la flota se vio obligada a regresar a Port Arthur. Desde aquel momento, los barcos quedaron fondeados en el puerto, con sus piezas apuntando a tierra firme a la espera del resultado de la batalla que se estaba librando por la posesión de la ciudad.

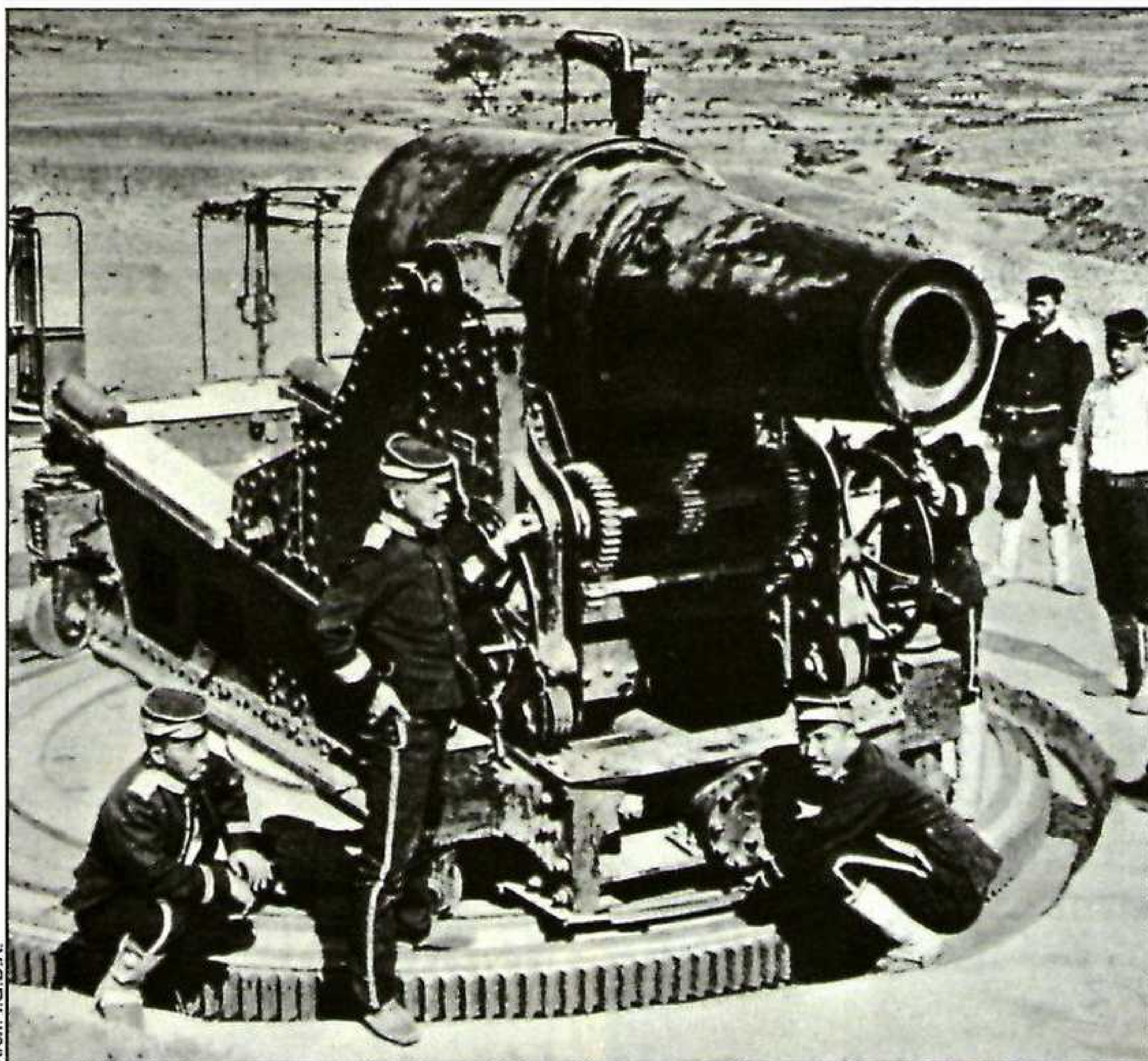
La invasión japonesa

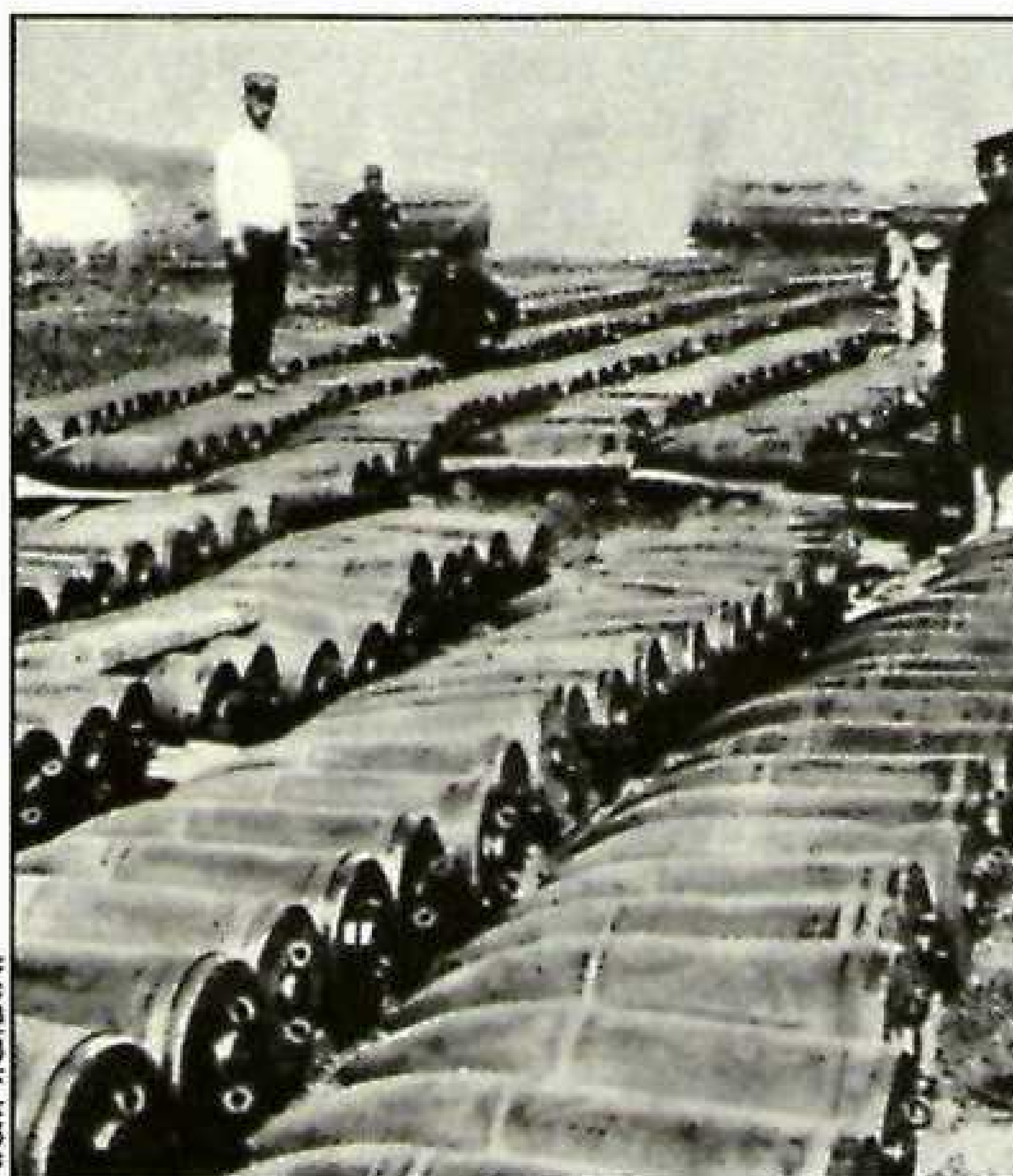
Los desembarcos japoneses en Corea se habían producido inmediatamente después del comienzo de la guerra, aprovechando la circunstancial superioridad de su flota. El factor tiempo era decisivo y debían conseguirse éxitos concluyentes antes de que la poderosa, pero lenta, maquinaria militar rusa se pusiera en movimiento. Los refuerzos zaristas debían llegar forzosamente por el Transiberiano, que no estaba terminado en el tramo que contornea al lago Baikal, por lo que las tropas habían de ser transbordadas en barcazas para hacer la travesía lacustre. En invierno, con la superficie del lago helada, era necesario el uso de trineos.

Japón trasladó a Corea el I Ejército al mando del general Kuroki, quien ocupó la capital, Seúl, y el importante nudo de Pyongyang, y continuó su progresión hacia el norte hasta alcanzar el Yalu a principios de mayo de 1904. La táctica de los rusos se limitó a librar combates defensivos, para retrasar en lo posible el avance nipón, a la espera de la llegada de las tropas de refuerzo anunciadas.

El mando ruso lo ejercía el general Kuropatkin, pero sus iniciativas estratégicas y tácticas, acertadas en el planteamiento de las operaciones, eran entorpecidas por las interferencias del almirante Alexeiev, virrey de Manchuria. En el Yalu se libró la primera batalla importante, y la superioridad de los japoneses inclinó el resultado a su favor. El cruce del río dio paso a la penetración en territorio manchú y, aunque las pérdidas rusas eran de escasa significación, el triunfo japonés tuvo una repercusión inmediata en Occidente, más por sus efectos morales que por los materiales. En Gran Bretaña, el éxito fue notoriamente exaltado, dada la consideración de «aliado» con que se




Arch. I.G.D.A.


Arch. I.G.D.A.

distinguía a Japón. En efecto, por el tratado de 1902, Gran Bretaña debía apoyar al Imperio del Sol Naciente si alguna potencia europea intervenía en favor de Rusia.

Entre tanto se habían realizado dos nuevos desembarcos: en Pitzuwo, el del II Ejército, mandado por el general Oku, que se desplazó al sur hacia Port Arthur, y en la península de Liaotung, el del IV Ejército, bajo el mando del general Nodzu, que emprendió su marcha hacia el norte, con Mudken como objetivo. El II Ejército tomó Dairén y aisló Port Arthur, a cuyas puertas llegó a finales de mayo de 1904. Los tres ejércitos reunidos ocuparon en poco tiempo la península de Liaotung, primero, y el sur de Manchuria, después, donde liquidaron la resistencia rusa. Por su lado, el III Ejército del general Nogi estableció el cerco de Port Arthur; sería el principio de un duro asedio en el que se libraron encarnizados combates por la posesión de las alturas que dominan la ciudad, en la que quedaron sitiados 60.000 soldados rusos.

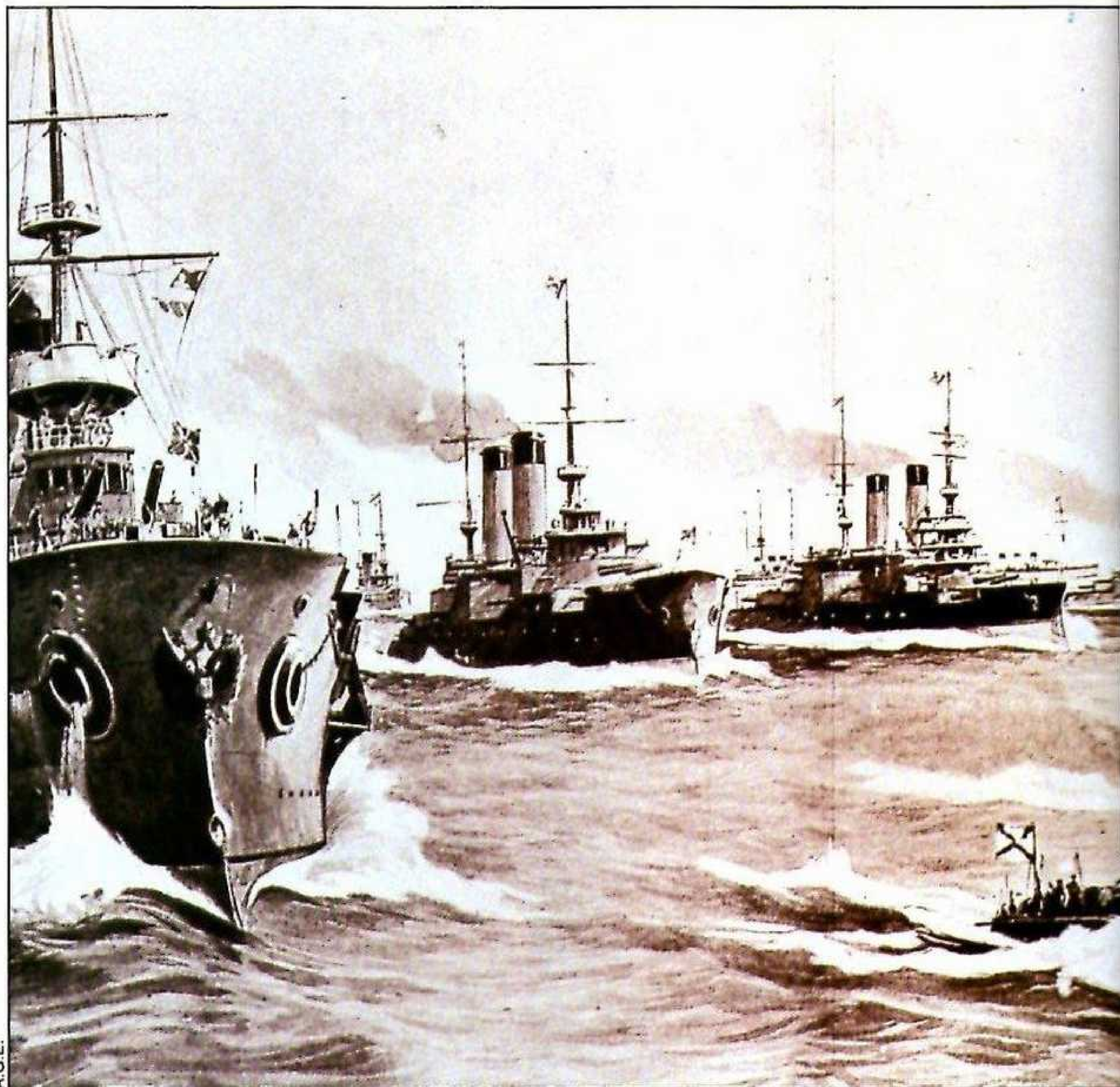
La guerra de trincheras

Las discrepancias entre Alexeiev y Kuropatkin se hicieron patentes al defender el primero la necesidad de romper el cerco de Port Arthur, mientras el segundo era partidario de seguir sosteniendo combates defensivos sin exponer el grueso de sus fuerzas, siempre a la espera de la llegada de tropas escogidas con las que poder entablar una batalla a campo abierto y derrotar decisivamente a los japoneses. Alexeiev impuso su tesis, y el intento de acudir en ayuda de Port Arthur dio lugar al combate de Wafangu, donde ambos bandos sufrieron graves pérdidas, pero los rusos no lograron sus propósitos. La llegada de la estación de las lluvias obligó a la paralización de las operaciones.

En agosto, los japoneses reemprendieron la ofensiva, atacando Liaoyang, a costa de sufrir numerosas bajas, pues, pese a las vacilaciones de su mando, el soldado ruso se batía con denuedo. Las tropas de choque rusas, integradas principalmente por regimientos siberianos de infantería, luchaban con gran valor. A finales de septiembre, Kuropatkin lanzó una contraofensiva con el ambicioso objetivo de cortar las comunicaciones del ejército de Kuroki con Corea y, al mismo tiempo, separar los dos ejércitos que convergían sobre Mukden. Tras una serie de combates de gran dureza, en los que se llegó a luchar cuerpo a cuerpo, la ofensiva fracasó. Alexeiev fue destituido y Kuropatkin quedó como único jefe en el teatro de operaciones de Manchuria. En el invierno de 1904, el conflicto, que hasta entonces había consistido en una guerra de movimientos, se estabilizó. Ambos ejércitos se atrincheraron

Rožestvenskij

El almirante de la flota rusa Zinovij Petrovič Rožestvenskij nació en 1848 en el seno de una familia aristocrática. Fue guardiamarina en 1868, y participó en la guerra ruso-turca de 1877 como capitán de corbeta, a bordo del Vetsa. *Después de ejercer el mando en varios barcos, fue nombrado director de la Escuela de Artillería del Báltico, de donde pasó a ocupar el cargo de agregado naval en Londres. Ascendió a contraalmirante en 1898 y, al empezar las hostilidades con Japón en 1904, fue segundo Jefe del Estado Mayor de la Marina. Al mando de la II Escuadra del Pacífico ejecutó una titánica labor y, sobreponiéndose a toda clase de adversidades, realizó una travesía sin igual en los anales de la Marina. Herido en el combate de Tsushima, fue trasladado al torpedero* Buiny *y, al zozobrar éste, al crucero* Bielovy *hasta que finalmente fue capturado por los japoneses. Tras su cautiverio en Japón, compareció ante un Consejo de Guerra, en el que fue declarado libre de culpa de las responsabilidades por la rendición de Nebogatov. Falleció en 1909.*


A.G.E.


E. Atlas

y sentaron las bases de un nuevo tipo de hostilidades. La presencia cada vez más frecuente de armas automáticas, ametralladoras y cañones de tiro rápido, creaba nuevas condiciones de combate, forzando la adopción de sistemas defensivos de protección ante la mortandad que las nuevas armas causaban en la lucha a campo raso. Con la estabilización de los frentes nació la guerra de trincheras, tónica dominante en el conflicto europeo que estallaría nueve años después.

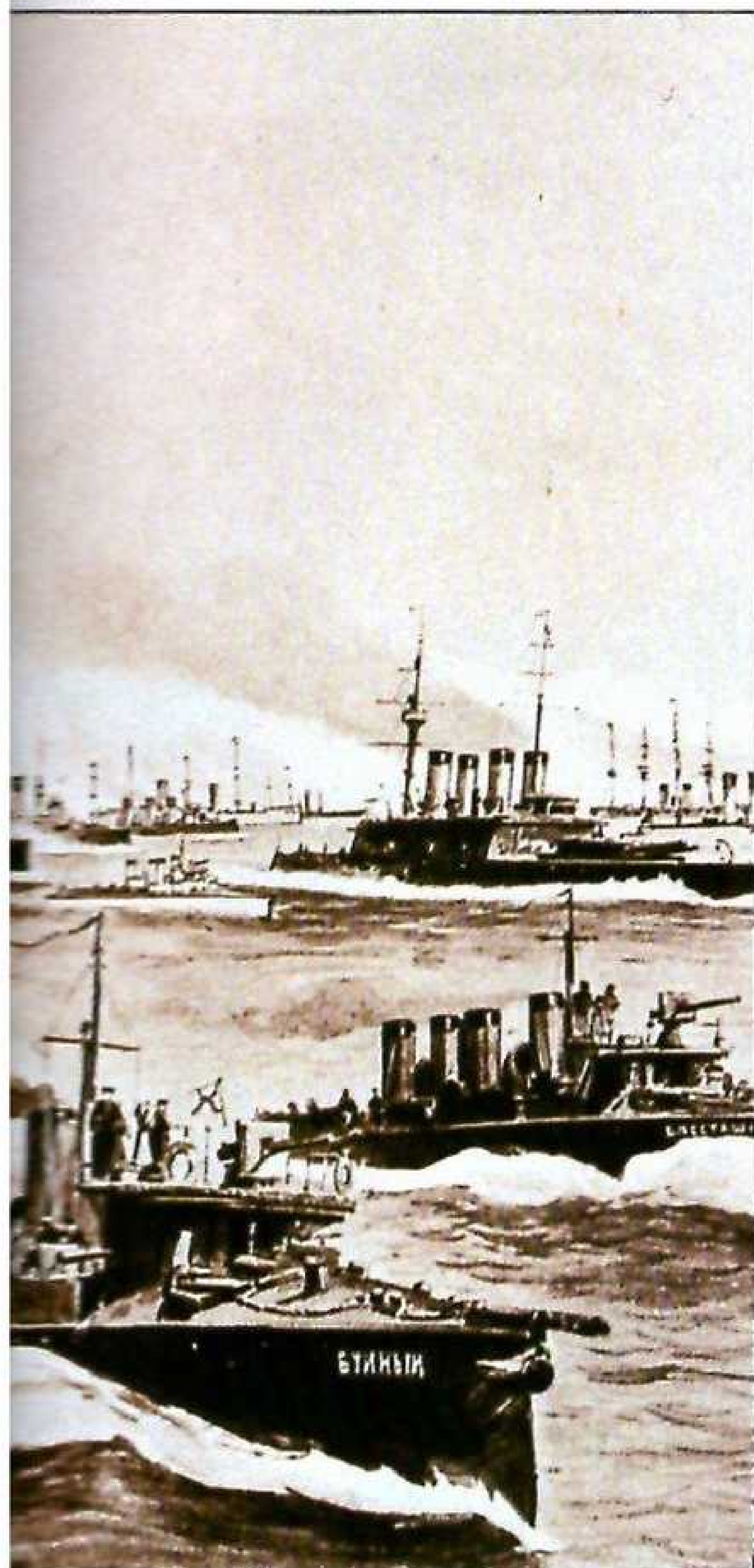
Caen Port Arthur y Mukden

Entre tanto, el cerco a Port Arthur se había ido estrechando. Su defensor, el general Stoessel, había ordenado inexplicablemente la retirada de las fuerzas del istmo. El largo asedio se convirtió en una durísima batalla entre tropas atrincheradas, con duelos de artillería y fuego de mortero en los que participaban los restos de la flota. Inesperadamente, el general Stoessel entregó la plaza el 2 de enero de 1905, cuando aún quedaban víveres y municiones para resistir tres meses más. La pérdida de Port Arthur fue un duro golpe al prestigio ruso. La moral nipona recreció, pues el fin del cerco significó la disponibilidad de 100.000 hombres. Este contingente se unió al grueso de las fuerzas que se aprestaban para el ataque a Mukden, bajo el mando del mariscal Oyama.

Kuropatkin había logrado reunir 250.000 hombres, entre los que descollaba la caballería cosaca, que iba a cubrirse de gloria en legendarias cargas en los llanos de Mukden. Pero, contra lo que Kuropatkin esperaba, la mayoría de los refuerzos estaban formados por reservistas. La inquietud por el orden interior y el malestar del pueblo producido por el curso de la guerra indujeron al Gobierno a retener las mejores tropas, más leales. Los sangrientos incidentes del llamado Domingo Rojo (enero de 1905), en San Petersburgo, habían hecho redoblar las medidas de seguridad.

Los efectivos reunidos por Kuropatkin adolecían además de una clara falta de pertrechos, debida a la dependencia del cordón umbilical del Transiberiano, única vía de suministro.

La lucha en las afueras de Mukden fue violentísima. Cada avance se producía a costa de enormes pérdidas. El soldado japonés, sobrio y disciplinado, acreditó una gran capacidad combativa, mientras las tropas rusas, sufridas y valerosas, se aferraban obstinada-





En ambas páginas, flota rusa del Báltico en mar abierto. En 1904, Rusia era la tercera potencia naval mundial y se hallaba en plena expansión, motivo que indujo a Japón, con el consentimiento tácito occidental, a atacarla cuanto antes. Por su parte, la Marina japonesa era una joven fuerza que contaba con modernos buques, muchos construidos en astilleros británicos.

En la página anterior, abajo, el almirante Rožestvenskij, encargado, de trasladar la vieja flota rusa del Báltico a aguas coreanas.

Sobre estas líneas, mapa de las operaciones ('flecha marrón: ruta de la flota rusa hacia Tsushima; flechas rojas: avances japoneses).

Abajo, el almirante Togo, vencedor en la batalla de Tsushima.

mente al terreno. Aunque lentamente y pagando un alto tributo en vidas, los nipones fueron ganando terreno. Un error del mando ruso permitió a los japoneses lanzar un oportuno ataque que les abrió las puertas de la ciudad. Los rusos se retiraron al norte de Mukden, donde se atrincheraron en nuevas posiciones. La contienda había llegado a un punto tal que el desgaste mutuo impedía el lanzamiento de cualquier nueva ofensiva con probabilidades de éxito. Con todo, la caída de Mukden en marzo de 1905 causó profunda impresión en Rusia y en los países de Occidente. La potencia japonesa era ya un hecho contrastado. A 100 km al norte de Mukden quedaron frente a frente medio millón de soldados rusos contra unos 350.000 japoneses, pendientes del resultado de la batalla naval a la que fue enviada la flota rusa del Báltico, en una de las odiseas más increíbles de la historia de la guerra naval.

La II Escuadra del Pacífico

En abril de 1904, tras el golpe japonés y el quebranto de la flota del Pacífico, los estrategas reunidos en San Petersburgo habían decidido el envío de la flota del Báltico. El orgullo y la incompetencia se aliaron en la toma de esta decisión. Tres meses era el plazo previsto para la preparación de los barcos, pero dificultades de toda índole retrasaron el día de salida hasta el 14 de octubre, fecha en que el propio zar Nicolás II acudió a Reval (Tallinn) a despedir a los 45 navíos, entre unidades de combate y barcos auxiliares.

El nombre adjudicado a la fuerza a cuyo mando se puso el almirante Rožestvenskij fue el de II Escuadra del Pacífico. La escuadra tenía ante sí un recorrido de unos 35.000 km, iba tripulada por dotaciones inexpertas y no disponía de bases para repostar a lo largo de su ruta. Los preceptos de la neutralidad y la actitud favorable a Japón de Gran Bretaña obligaban a repostar fuera de las aguas jurisdiccionales. Con mar gruesa, la tarea era titánica. La ayuda alemana, materializada en la cesión de 70 barcos carboneros de la Hamburg Amerika Linie, hizo posible el aprovisionamiento.

A escasos días de navegación, tuvo lugar un incidente provocado por una unidad que confundió a unos pescadores británicos con torpederos japoneses. En Gran Bretaña, los resultados del percance fomentaron el clima antiruso y se acrecentó la ayuda, más o menos encubierta, que el Reino Uni-

Togo

El almirante Heiachioro Togo nació en Satsuma, en 1846. Ingresó muy joven en la Marina y, más tarde, fue enviado a Gran Bretaña, donde pasó un largo período de prácticas y adquirió una sólida formación naval. En la guerra chino-japonesa demostró, al mando de un crucero, sus dotes estratégicas en la batalla de la desembocadura del Yalu y en la decisiva de Wei-hai-wei.

Al romperse las negociaciones ruso-japonesas en 1904 era el almirante en jefe de la escuadra nipona. Dirigió el ataque a Port Arthur y tuvo el mando general de las operaciones navales que culminaron con la victoria de Tsushima. Al término de la guerra fue nombrado jefe del Estado Mayor de la Armada imperial.

Cuando murió el emperador Mutsu-Hito intentó suicidarse, haciéndose el harakiri, en signo de fidelidad a su soberano. Sobrevivió para morir retirado y anciano en 1934, convertido en símbolo de una Marina cuyo crecimiento desde la victoria que él protagonizó hizo de Japón una de las primeras potencias navales del mundo.



La batalla de Tsushima

El 27 de mayo de 1905, los cruceros japoneses divisaron la flota rusa en el estrecho de Tsushima. A las 14.45, cuando la formación del almirante Togo se aproximaba, la escuadra rusa se dispuso en línea de combate. Al frente, sus cuatro nuevos acorazados, incluido el buque insignia Suvarov, *detrás, tres viejos acorazados y dos cruceros. Los seguían cuatro buques de escasa capacidad combativa, que habían sido enviados desde San Petersburgo para reunirse con la flota principal. Eran un acorazado muy viejo, en el que Nebogatov izó su bandera, y tres guardacostas. Un escuadrón de cruceros cerraba la marcha. La escuadra de Togo, de doce buques, iba encabezada por sus cuatro modernos acorazados, seguidos de ocho cruceros acorazados. Togo pasó por delante de los rusos y retornó para poder concentrar el fuego sobre los barcos delanteros. En este duelo de artillería preliminar, los japoneses ganaron la iniciativa, que mantendrían en adelante.*

Dos horas después, la niebla los separó, pero los rusos ya habían perdido un acorazado, el Oslyabya, *y su buque insignia* Suvarov *estaba a punto de hundirse. Al caer la tarde, Togo volvió al ataque y los rusos enfilaron penosamente hacia Vladivostok, pero fueron obligados por el fuego de artillería a dar media vuelta en medio de la niebla. Al anochecer, otros dos acorazados rusos, el* Aleksandr III *y el* Borodino, *se fueron a pique en un nuevo encuentro. Cuando la maltrecha flota rusa puso proa al norte, Togo retiró sus barcos pesados y envió a los torpederos. Durante la noche, éstos eliminaron otros tres buques rusos y, al amanecer, Nebogatov, ahora al mando, se encontró con un puñado de barcos con una pobre potencia de fuego frente a la escuadra nipona, casi intacta, e izó la bandera blanca. De la flota que zarpó del Báltico, sólo tres naves llegaron finalmente al puerto de Vladivostok.*



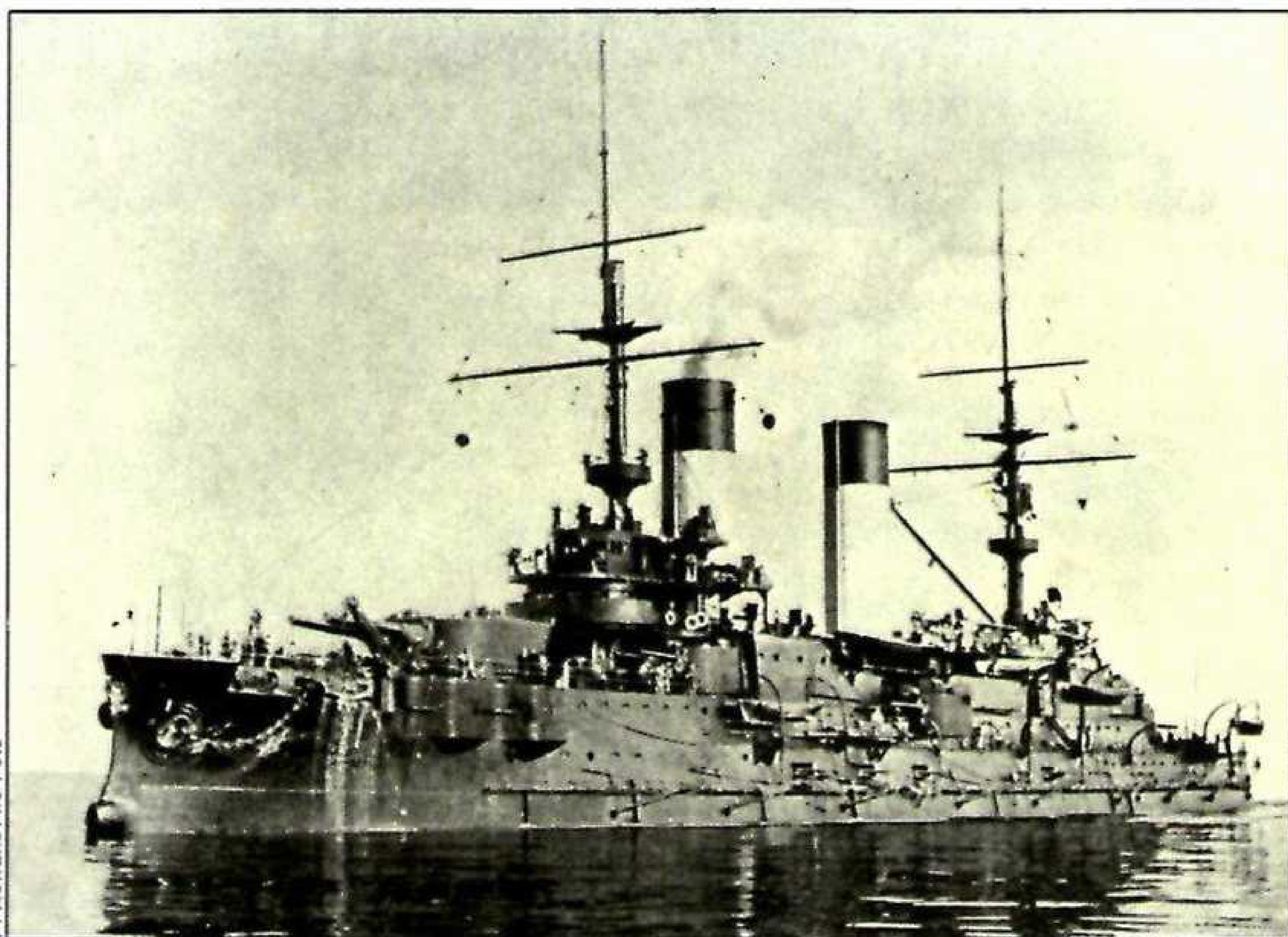
Western Americana/Firo-Foto

En ambas páginas, ataque nocturno de torpederos japoneses contra buques rusos. El encuentro de Tsushima cambió por completo el equilibrio estratégico en la zona. Convertido en una fuerza naval de primer orden, Japón pasó a ser una posible amenaza para los intereses de otras potencias, especialmente de Estados Unidos.

En la página siguiente, abajo, el acorazado Suvarov, *buque insignia de Rožestvenskij, hundido en Tsushima.*

do prodigaba al imperio nipón. El primer punto para repostar se situó a la altura de Vigo, y el segundo en aguas de Tánger. Allí, la escuadra se dividió: los dos acorazados de menor tonelaje, tres cruceros ligeros y los contratorpederos se dirigieron al Canal de Suez, bajo mando del almirante Felkersam, mientras que las unidades más pesadas y los barcos auxiliares pusieron proa al Cabo de Buena Esperanza, con escalas para repostar en Dakar, Libreville, Mosamedes y Lüderitz. Desafiando una imponente tempestad, la flota entró en el Índico, en demanda de la costa de Madagascar, punto de encuentro con las unidades de Felkersam. Dos meses transcurrieron desde la llegada al Índico hasta que todas las unidades se reagruparon. En este largo intervalo se produjo la caída de Port Arthur. La expedición carecía de toda razón de ser, pero el empecinamiento del Almirantazgo era total. Para colmo, un cable de San Petersburgo anunció a Rožestvenskij el envío de un «refuerzo» constituido por navíos que éste había desechado por sus precarias condiciones de navegabilidad y su nula capacidad combativa. Esta nueva escuadra, mandada por el almirante Nebogatov, debía encontrarse con el grueso de la flota en aguas indochinas, tras seguir la ruta de Suez.

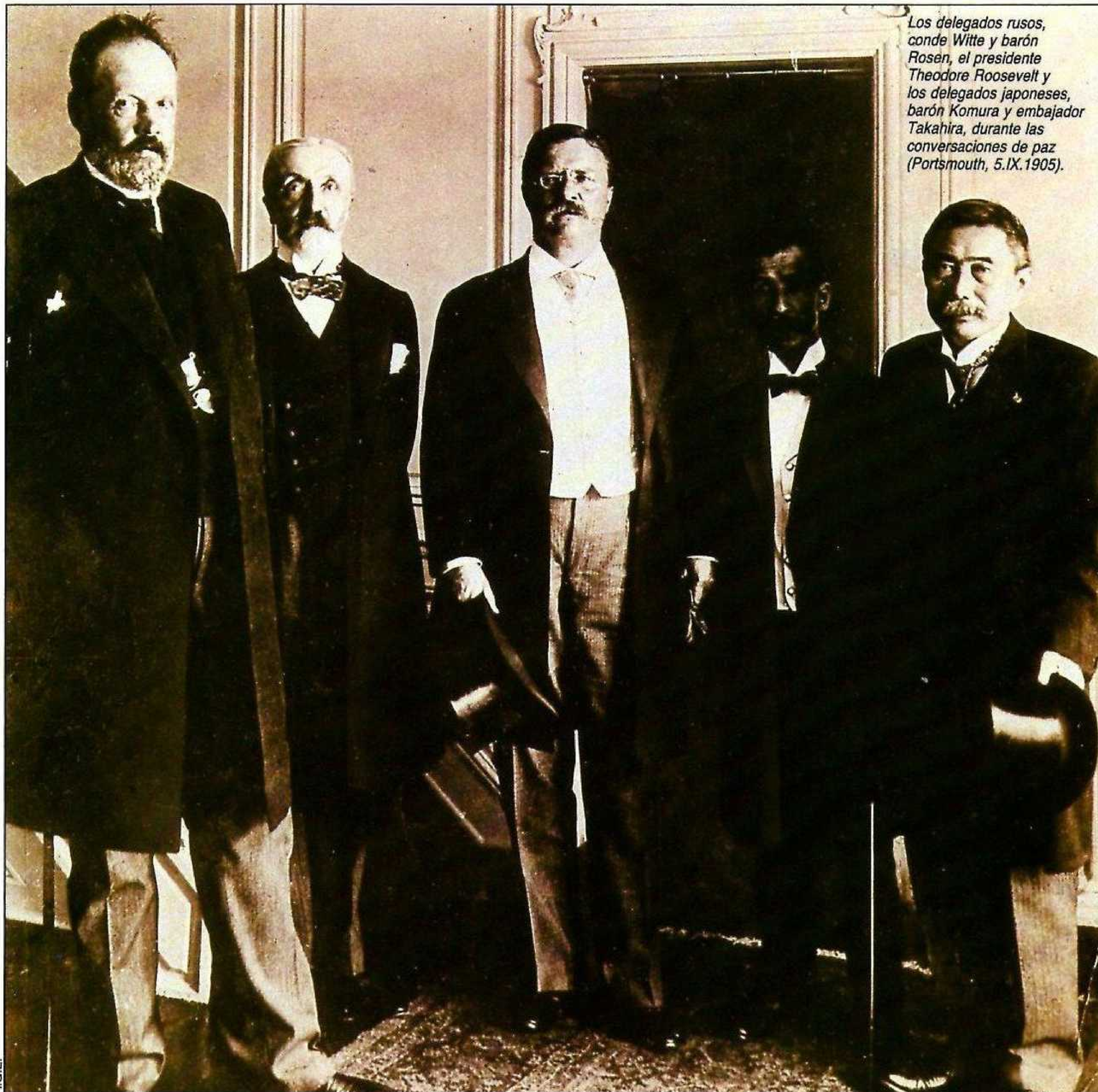
Después de dos meses exasperantes en el Índico, las fuerzas de Rožestvenskij y Felkersam zarparon de Nossi-Bé, el 16 de marzo de 1905, con rumbo a Indochina; allí esperaron a los barcos de Nebogatov, que llegaron el 9 de mayo. El estado de las naves tras la larguísima travesía era deplorable y la moral de la tripulación, bajísima. El almirante Felkersam cayó enfermo de una dolencia incurable y murió pocos días después. El 14 de mayo, la heterogénea flota se puso en movimiento hacia la etapa final.


P. Newark/Firo Foto

El desastre de Tsushima: la flota rusa derrotada

El almirante Togo había dispuesto sus fuerzas cubriendo las rutas posibles hacia Vladivostok. A las tres de la mañana del 27 de mayo, un crucero auxiliar japonés casi chocó, en medio de la niebla, con un buque hospital ruso. Su mensaje alertó a la flota japonesa apostada en los estrechos de Corea.

Hacia el mediodía, la flota rusa navegaba en formación a la altura de la isla de Tsushima. La escuadra japonesa había avistado al enemigo y a las 13 horas se tocó zafarrancho de combate; poco después se inició la batalla. Mejor armados, los japoneses concentraron el fuego sobre los buques insignia rusos, el *Suvarov*, donde Rožestvenskij cayó gravemente herido, y el *Oslyabya*, y ambos fueron hundidos. El almirante fue evacuado a un torpedero. Los marinos rusos combatieron con un coraje


A.G.E.

Los delegados rusos, conde Witte y barón Rosen, el presidente Theodore Roosevelt y los delegados japoneses, barón Komura y embajador Takahira, durante las conversaciones de paz (Portsmouth, 5.IX.1905).

heroico, pero bajo los asaltos repetidos, los acorazados *Aleksandr III, Borodino, Navarin* y *Sissoi Veliki* fueron también hundidos, uno tras otro. Al acabar el día, la flota rusa había sido derrotada.

Al día siguiente, el almirante Nebogatov, que había tomado el mando, capituló y el almirante Rožestvenskij, inconsciente, fue hecho prisionero. El desastre era total: veintiséis unidades rusas estaban en el fondo del mar, seis fueron capturadas por los japoneses y otras seis se refugiaron en puertos neutrales donde fueron desmanteladas. Solamente tres naves llegaron a Vladivostok: el crucero *Almaz* y los contratorpederos *Grozny* y *Bravy*.

La Paz de Portsmouth

Al producirse el desastre de Tsushima, japoneses y rusos seguían frente a frente en tierras manchúes, pero el aniquilamiento de la flota rusa precipitó el cese de las hostilidades. Rusia tuvo que admitir su derrota y aceptar la mediación del presidente Theodore Roosevelt, quien había ofrecido sus buenos oficios. Delegados nipones y rusos se reunieron en Portsmouth (EE.UU.), donde se iniciaron las conversaciones que culminaron con la firma, en septiembre de 1905, del tratado que puso fin a la guerra. Por los acuerdos de Portsmouth, Japón recibió de Rusia derechos ferroviarios al sur de Manchuria, los puertos de Dairén y Port Arthur y la península de Liaotung. Además, el imperio zarista reconoció los intereses japoneses en Corea y le cedió la mitad sur de la isla de Sajalín (Sahalin).

Las consecuencias de Tsushima fueron muy hondas. Aparte de la pérdida de prestigio, la derrota acusó la debilidad interna del régimen zarista y socavó la disciplina entre el personal de la Marina. Dos meses más tarde, en julio de 1905, Odesa fue escenario de graves disturbios. Parte preponderante en ellos tuvo la tripulación de un acorazado, el *Potemkin*, cuya dotación, después de matar a los oficiales, izó la bandera roja y recorrió el Mar Negro con la sedición a bordo.

El Domingo Rojo en San Petersburgo

La Revolución rusa de 1905

Luis Ignacio López,
periodista

El domingo 9 de enero de 1905 fue un día frío en San Petersburgo. El Neva estaba helado y la nieve cubría las calles de la capital zarista. Desde hacía unos días, todas las fábricas y talleres de la ciudad estaban en huelga. Por la mañana, los obreros empezaron a reunirse en los suburbios y marcharon hacia el centro, encabezados por el pope Gapon. Llevaban retratos del zar y cantaban himnos. Querían ser escuchados por Nicolás II, pero fueron masacrados sin piedad por sus soldados.

A lo largo del siglo XIX, la Rusia zarista constituyó un bastión inamovible de la autocracia, pero, desde principios del siglo XX, la agitación política existía de hecho en estado endémico en todo el país. Con la incipiente industrialización había nacido un ejército de proletarios, impaciente y resuelto a exigir los derechos que le eran negados. El domingo 9 de enero de 1905 tuvo lugar en San Petersburgo el primer choque frontal entre los desheredados y el poder zarista. Se inició así un período revolucionario, finalmente aplastado, en el que algunos historiadores han querido ver un ensayo general de la revolución de 1917.



Museo de la Revolución, Leningrado-Cl. Snark-International

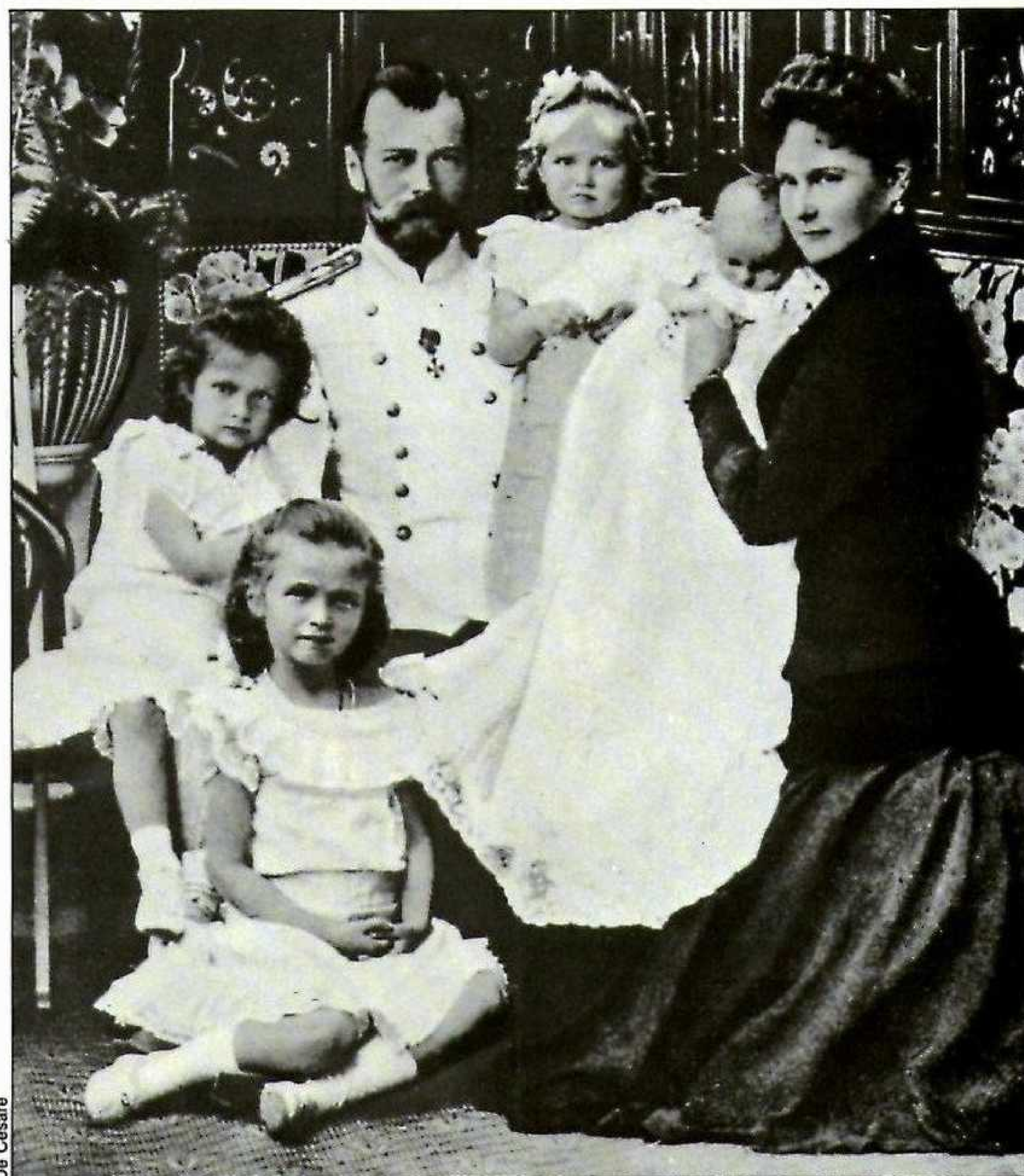
Primavera y revolución

1904
28. VII: *una bomba mata al reaccionario ministro del Interior, V. K. Plehve. Jura el nuevo gobierno, más liberal, del príncipe Sviatopolk-Mirski.*
6. XI: *los «once puntos» de la asamblea de los* zemstvos *exigen libertades políticas.*

1905
2. I: *derrota rusa en Port Arthur frente a los japoneses.*
3. I: *huelga general de la fábrica Putílov en San Petersburgo.*
9. I: *Domingo Sangriento.*
17. I: *asesinato en Moscú del gran duque Sergio.*
I-V: *ola de huelgas en numerosos centros de Ucrania y Polonia.*
14. VI: *sublevación del* Potemkin.
VI-VII: *barricadas en Odesa.*
9. X: *huelga general política.*
13. X: *formación del primer* soviet *en San Petersburgo.*
18. X: *manifiesto constitucional del zar. Primer número de* Izvestia. *El liberal Witte forma nuevo gobierno.*
22. X: *amnistía política parcial.*
27. X: *rebelión en Kronstadt.*
6. XI: *II Congreso de la Unión Campesina en Moscú.*
11-17. XI: *sublevación de la flota en Sebastopol.*
28. XI: *detención de dirigentes del Soviet de San Petersburgo. Trotski ocupa la presidencia.*
3. XII: *detención de Trotski.*
9-17. XII: *sublevación popular en Moscú, sofocada a sangre y fuego.*

1906
IV: *cae el gobierno Witte. Nuevo giro hacia el conservadurismo.*

Nota: Las fechas se dan según el calendario juliano, vigente en Rusia hasta 1918, con trece días de retraso respecto al gregoriano en el siglo XX.


De Cesare

En esta página, la familia imperial rusa (1902): el zar Nicolás II con sus hijas Olga, María y Tatiana, y su esposa Alejandra Feodorovna con la pequeña Anastasia, en brazos. (El zarevič Alexis todavía no había nacido). Autócrata convencido, Nicolás II intentó mantener su poder absoluto a sangre y fuego, desechando las medidas reformistas que podían haber sacado a su país del oscurantismo y la miseria en que agonizaba.

En la página siguiente, una de las frecuentes manifestaciones obreras que precedieron al Domingo Sangriento, en las que no faltaba —paradójicamente— el retrato del zar. Las condiciones de vida del proletariado ruso eran infrahumanas.

Domingo, 9 de enero de 1905

«Soberano; nosotros, obreros de San Petersburgo, con nuestras mujeres y niños, con nuestros padres, ancianos y desvalidos, hemos venido a ti, nuestro gobernante, para pedir justicia y protección. Estamos reducidos a la miseria, oprimidos, abrumados por un trabajo superior a nuestras fuerzas; somos insultados y tratados como esclavos... Nuestra paciencia se acaba, y en este momento terrible preferimos morir a continuar sufriendo tan terribles tormentos.»

Miles de hombres y mujeres, jóvenes y ancianos confluyeron, en la tarde del domingo 9 de enero de 1905, en la gran plaza situada frente al Palacio de Invierno de San Petersburgo, residencia del zar de todas las Rusias. Los obreros de la fábrica Putílov, la metalúrgica más grande de la ciudad, vestían sus trajes de domingo para llevar, con sus «hermanos» tipógrafos, panaderos, ferroviarios, sus familias y parientes, el gran manifiesto de sus reclamaciones. La manifestación, solemne y pacífica, desfiló por las calles de San Petersburgo en silencio, sin gritos revolucionarios, sin banderas rojas, sin consignas. Algunas mujeres y obreros ancianos con los rasgos apergaminados del viejo *mujik* o campesino llevaban iconos, estampas religiosas y retratos del zar en sus manos. Cantaban himnos. No hubo discursos ni más palabras que las del manifiesto que portaba el líder de aquel motín pacífico, el joven pope Gapon.

«No hay sino dos caminos para nosotros —seguía el documento—: o la libertad y la felicidad, o la tumba. Sacrifiquemos nuestras vidas por una Rusia en agonía. Aceptemos el sacrificio sin disgusto, lo ofrecemos con alegría.»

La guardia de cosacos del zar bloqueó el acceso al palacio y, en las calles cercanas, soldados a caballo impidieron el paso a los manifestantes, que llegaban de todos los rincones y barriadas de la ciudad. El gobierno del príncipe Sviatopolk-Mirski, surgido en julio de 1904 como una esperanza liberal para una cierta «primavera» política, parecía haberse desvanecido aquella tarde. En los días previos a la marcha, la omnímoda policía secreta del zar había cerrado los ojos ante la frenética actividad de los agitadores socialdemócratas o socialrevolucionarios y de los


A.G.E.

seguidores del cura Gapon, un tortuoso y oscuro pope ortodoxo que, de capellán de un centro de deportación, había pasado a ser, bajo la tolerancia de las autoridades, el creador y animador inicial de la Sociedad de Obreros de Talleres y Fábricas de San Petersburgo.

Ningún miembro del Gobierno se presentó en la plaza. Los cosacos a caballo, con el sable desenvainado, fueron los únicos interlocutores de aquella multitud densa, pero autocontrolada, que formaban unas 200.000 personas. En los primeros minutos del encuentro, los obreros que encabezaban los diversos grupos imploraban que se les abriera paso; la multitud rodeó a los caballos, sorteó las patrullas e intentó atravesar aquel muro de centauros. Tras algunos forcejeos y carreras, dio comienzo la matanza del Domingo Rojo o Domingo Sangriento.

Los cosacos respondieron a las súplicas con disparos, cargas a caballo, carreras y aullidos amenazantes. Los sables quebraron el aire, cortaron brazos, cayeron sobre las cabezas de los manifestantes, mientras que los caballos, espantados, aplastaron con sus patas a los ancianos y mujeres derribados en el pavimento. Los disparos resonaron durante toda la tarde en la Plaza de Kazán y en la de Alejandro, cerca del palacio de los zares. Los cosacos obedecían la escueta orden dada por el general Trépov, gobernador militar de la ciudad, quien, contrario a la política «liberal» del Gobierno, había renunciado a cualquier dispositivo de seguridad que impidiera el previsible baño de sangre.

Al caer la noche, los muertos se contaban por centenares, y los heridos por miles. Los agentes de la Policía salieron por fin a las calles, ya a oscuras, para esconder los cadáveres y evitar así que pudiera precisarse una estadística trágica.

La súplica al zar, el mítico «padrecito blanco» que aún imponía pavoroso respeto, tuvo como única respuesta el plomo y el acero. Gapon, el provocador transformado en iluminado, escribió esa misma noche: «A los soldados y a los oficiales que asesinan a nuestros hermanos inocentes, a sus mujeres y sus niños, a todos los opresores del pueblo: mi maldición pastoral. A los soldados que ayudan al pueblo a obtener la libertad, mi bendición. Les eximo de su juramento militar al zar traidor que ha ordenado verter sangre inocente.»

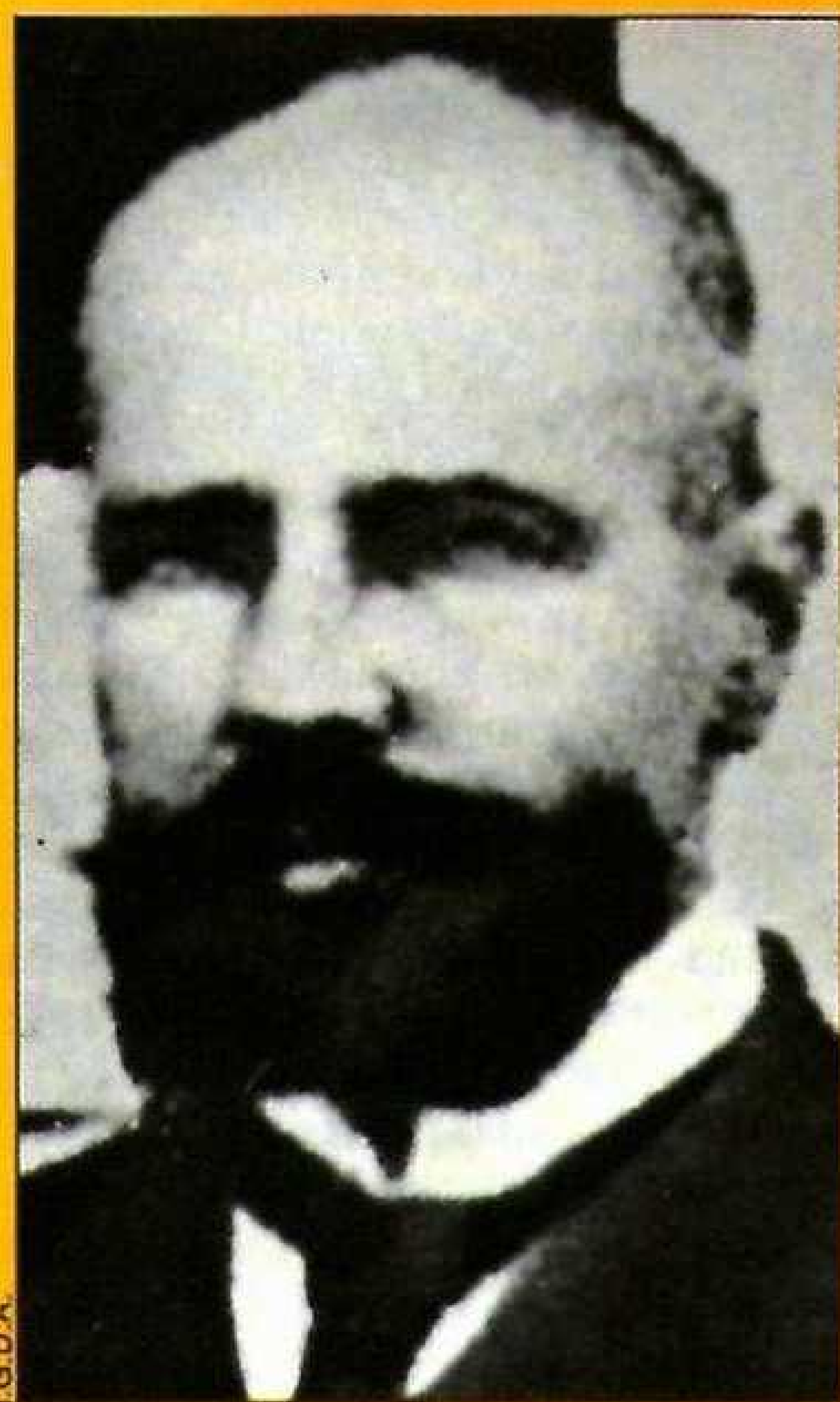
El imperio autocrático

En 1905, la Rusia zarista contaba con la máquina estatal más poderosa del planeta, para dominar, en un vasto espacio de unos 23 millones de kilómetros cuadrados, a 150 millones de seres. En ese gigantesco imperio euroasiático, donde el «superestado» gastaba la mitad de su presupuesto en un Ejército de un millón de hombres, convivían todas las etapas de la historia: grandes concentraciones industriales, recién introducidas por grupos financieros franceses, británicos y alemanes; la nobleza rural, parásita y expoliadora; una red de funcionarios venales y míseros; millones de campesinos, semisiervos de la gleba, esclavos de los impuestos y de las rentas de los señores de la tierra.

En el corazón de la Rusia europea, en las despobladas «tierras negras», el *mujik* se alimentaba de pan hecho con algo de harina y una proporción mayor de virutas de madera. El grado de

El conde Witte, artífice del capitalismo ruso

Sergej Lul'erič Witte, nacido en Tiflis en 1849, fue entre 1893 y 1903 el hombre clave de la modernización rusa. Nacido en el seno de una familia de origen alemán báltico, tradicionalmente dedicada al servicio de los zares, impulsó desde la cartera de Finanzas la industrialización del sur de Rusia y la construcción de las grandes vías de ferrocarril, entre ellas el Transiberiano. En 1905 tuvo un papel clave en la negociación de la Paz de Portsmouth con los japoneses, y convenció al zar para que promulgase el manifiesto constitucional de octubre. Hombre enérgico y de gran tacto político, Witte supo negociar con el Soviet de San Petersburgo, pero no pudo evitar la acción de los poderosos enemigos que tenía en la Corte. El propio zar Nicolás II miró siempre con desconfianza y antipatía su relativo liberalismo, resistido con ferocidad por la nobleza, y suspiró con alivio cuando pudo alejarlo del Gobierno en abril de 1906. Aunque gozó de gran prestigio en Europa, especialmente en Francia, Witte no tuvo fuerza suficiente para alterar las bases de la autocracia zarista ni impedir la violenta reacción contrarrevolucionaria que siguió a los acontecimientos de 1905. Murió en Moscú, en 1915.


I.G.D.A.


A.G.E.

miseria y desamparo era tal que las chinches podían considerarse como símbolos de bienestar en las *isbas* o cabañas donde había suficiente alimento y calor para la supervivencia de tales insectos. Un médico de la región de Vorónezh, el doctor Shingarev, después diputado liberal, descubrió que en un 9,3 % de las casas de los campesinos de su distrito no podían ni siquiera vivir las cucarachas, más resistentes que las chinches, debido al hambre y al frío.

Los campesinos rusos —en 1905, el 61 % de la población activa— vivieron hasta 1861 en un régimen de servidumbre formal, mientras en Europa Occidental se abría paso la democracia burguesa y se caminaba hacia una segunda Revolución industrial. En esa fecha, 1861, Moscú no era más que una gran aldea, surgida en torno a la ciudadela de los zares: el Kremlin. En toda Rusia, la población urbana no superaba el 8 % y gran parte de este porcentaje se repartía entre funcionarios y soldados, con una minoría de artesanos y profesionales de clase media.

Hasta la segunda mitad del siglo pasado, el zarismo no tuvo necesidad de más cambios que los que señalaban sus necesidades de defensa militar y de control de un imperio inabarcable. El conciliador zar Alejandro II respondió entonces a las revueltas campesinas de 1860 —similares a las que conoció Europa Occidental dos siglos antes— con el ucase o decreto de «reforma agraria», que ordenó a los nobles rurales vender tierras a los campesinos y suprimió, al menos formalmente, el régimen de la servidumbre. Los *mujiks* dejaron entonces de ser propiedad personal, con sus familias y animales, de los señores de la tierra, pero quedaron, en cambio, sometidos a las deudas contraídas con los anteriores propietarios, que les vendieron sus peores suelos, y a los feroces impuestos del zar.

En 1905, cada familia de labradores debía pagar en impuestos casi el 50 % de la limitada renta que podía extraer de la tierra con técnicas atrasadas y una productividad menor que la de cualquier agricultura europea. El *mujik* era un ser hambriento, obligado a arrendar tierras de la nobleza para malvivir y, sobre todo, para pagar a un Estado con el cual estaba siempre en deuda.

Instituto Municipal de Historia, Barcelona-Orbis



I.G.D.A.

En la página anterior, un grupo de obreros ante la fábrica Putilov de San Petersburgo. La huelga iniciada por el despido de cuatro de ellos fue la chispa de la revolución de 1905.

En esta página, arriba, huelguistas apedreando a un oficial de cosacos en un suburbio de San Petersburgo; abajo, Vjačeslav K. Plehve, ministro del Interior, asesinado en 1904.

Durante el siglo XIX, centuria de revoluciones en Europa, el zarismo no tuvo más enemigos que pequeños grupos de revolucionarios que buscaron, a través del mesianismo paneslavo, del nihilismo anarquista o del terrorismo magnicida, una fórmula que abriera al progreso a esa sociedad anclada entre la barbarie asiática y el industrialismo europeo. El zar había respondido al peligro de la subversión, alimentada por minorías de estudiantes e intelectuales que buscaban en las raíces rurales la semilla de una revolución, con un aparato policial desarrollado con preciosismo de orfebre.

Sin embargo, al mismo tiempo que se perfeccionaba la temible Tercera Sección de la Cancillería privada del zar y se aplicaba una censura implacable a los intelectuales con ideas socialistas o liberales, la Rusia de fines del siglo XIX comenzaba a vivir, con retraso, los efectos de la Revolución industrial. Bajo la tutela del ministro Sergej Lul'erič Witte, la industria europea irrumpió en el imperio de los zares, saltando todas las lentas etapas intermedias que conoció el desarrollo del capitalismo en Europa Occidental. En sólo veinte años se constituyeron, con capital francés, británico y alemán, el 40 % de las 20.000 empresas que existían en Rusia en 1905. Un gigantesco y disperso imperio industrial se superpuso a la vieja Rusia rural, sin conocer los estadios intermedios del artesanado, el taller y la mediana empresa fabril.

El ejército de los proletarios

En los campos del sur, Georgia y Ucrania, las grandes explotaciones agrícolas aparecían junto a complejos petrolíferos, fábricas siderúrgicas y gigantescas redes ferroviarias que empleaban a miles de operarios. Las nuevas concentraciones industriales produjeron distorsiones aún mayores en la arcaica sociedad rural. Miles de proletarios modernos se concentraron en las ciudades, que crecían rápidamente sin el contrapeso habitual de las capas medias de artesanos, comerciantes y pequeños empresarios existentes en Europa Occidental. El campo, cada vez más agostado por el expolio fiscal y de los nobles, engendró en pocos

El pope Gapon

Georgij Apollonovič Gapon, el sacerdote ortodoxo que encabezó la manifestación del Domingo Sangriento en San Petersburgo, fue un turbulento y misterioso personaje. Nacido en 1870, en una familia campesina de la región de Poltava, cursó estudios en la Academia de Teología de San Petersburgo, y combinó el trabajo de misionero entre los desheredados con el de capellán de un centro de deportación de la capital zarista. Afecto a destacados miembros del Gobierno y, a la vez, amigo de los socialistas revolucionarios –Lenin vio en él a un hombre que estaba cerca de las masas y podía influir en ellas–, su carisma fue utilizado por las autoridades policiales para encauzar las reivindicaciones obreras hacia posiciones reformistas.

Autorizado por el Ministerio del Interior, formó, en abril de 1904, la Sociedad de Obreros de Talleres y Fábricas de San Petersburgo, cuyo fin era obtener «mejoras legales en las condiciones de trabajo y vivienda de los obreros». El despido de unos empleados de la fábrica Putílov, pertenecientes a aquella sociedad, impulsó a Gapon a participar en la organización de una huelga para interceder por ellos. El éxito de la convocatoria fue enorme; el 3 de enero de 1905, 1.300 obreros de la fábrica habían abandonado sus puestos de trabajo. A los pocos días, el movimiento se extendió a todos los centros fabriles de San Petersburgo. Aprovechando la creciente tensión, Gapon decidió dirigirse al zar y entregarle una petición redactada por él en la que los elementos utópicos se mezclaban con propuestas concretas de carácter político y económico. El resultado fue la masacre del 9 de enero de 1905. Gapon huyó al extranjero, pero al regresar en marzo del año siguiente fue asesinado en Finlandia por socialistas revolucionarios que le acusaban de ser un agente al servicio de la policía secreta.



I.G.D.A.



A.G.E.

En esta página, arriba, el pope Gapon (centro) y el general Fullon (de uniforme), jefe de la policía de San Petersburgo, en la inauguración de uno de los locales de la Sociedad de Obreros de Talleres y Fábricas, organismo creado oficialmente en 1904.

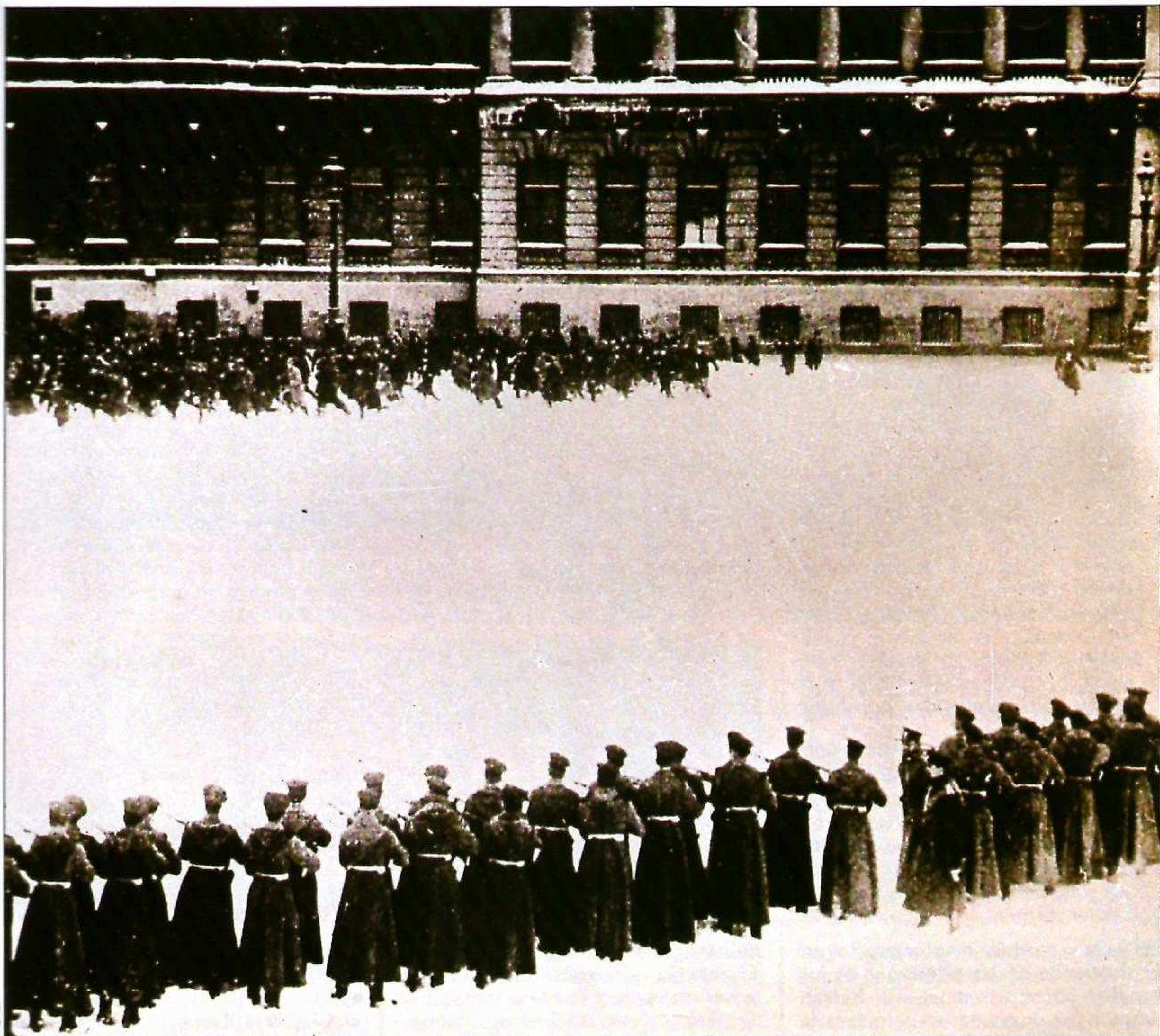
Abajo, guardias cosacos despejan a golpe de látigo (garnaika) la multitud congregada ante el Palacio de Invierno.

En la página siguiente, estremecedor testimonio gráfico de los sucesos del 9 de enero de 1905: la guardia imperial dispuesta a abrir fuego.

años un verdadero ejército de unos siete millones de parias, vagabundos en el último escalón de la miseria, que recorrían las estepas de la Rusia Central en busca de trabajo y comida, y que llegaban, finalmente, a los suburbios industriales del sur para integrar el nuevo «lumpen» de los desheredados urbanos.

El rápido surgimiento de las fábricas –muchas compradas llave en mano, en Estados Unidos o Alemania– dio rápidamente a las ciudades rusas una nueva fisonomía social que cambió el punto de referencia de la *intelligentsia* ansiosa de cambios radicales. El hermético proteccionismo estatal, el monopolio de la Bolsa por parte de la propia familia real y sus allegados y la dependencia del capital extranjero acentuaron más aún la impotencia de una burguesía débil, incapaz de construir alternativas propias frente al imperio de la autocracia. El nuevo proletariado surgió como el sector social más vigoroso, concentrado en grandes núcleos fabriles, sin contrapeso social que neutralizara sus aspiraciones.

Al revés que en Europa Occidental, la industria rusa se concentró, desde su nacimiento, en las grandes fábricas. En 1905, el 38,5 % de los trabajadores se agrupaban en empresas con una plantilla superior a los mil obreros, mientras que en Alemania, una potencia industrial ya consolidada, el porcentaje correspondiente a las grandes fábricas era de sólo un 10 % de los trabajadores activos. El «ejército» proletario constituía en 1905 un 27,6 % de la población activa de toda Rusia; es decir, unos diez millones de operarios, de los cuales 3,3 millones correspondían a los sectores punta y de mayor concentración: minería, industria, construcción, ferrocarriles y, en menor grado, gran-


A.G.E.

des empresas comerciales. El ferrocarril, por ejemplo, empleaba en 1905 a 667.000 trabajadores; una cifra que explica el protagonismo de este sector en los acontecimientos de ese año, verdadero preludio de la revolución de 1917.

La primavera liberal

Antes del 9 de enero de 1905, el joven proletariado ruso había ensayado ya sus primeras huelgas, espontáneas y caóticas, mientras se organizaba en el exilio la semilla de los partidos revolucionarios. En julio de 1904, el atentado contra el ministro del Interior, Vjačeslav Plehve, reveló que el terrorismo, aunque minoritario, continuaba vivo. Sin embargo, la mayor parte de la oposición más radical se había decantado hacia el trabajo político en las zonas rurales, como los socialrevolucionarios, o en la ciudad, como los activistas del Partido Obrero Social Demócrata Ruso, creado en 1898 y revitalizado a partir del Congreso de 1903 por dirigentes como Lenin, exiliado en Londres, Mártov, Plejánov, Martínov y Vera Zasulich.

La bomba que dio muerte al ministro Plehve, un especialista en la represión policial, abrió las puertas a los sectores liberales, que tenían como aliado en el Gobierno al ministro de Hacienda Witte, hombre clave en la modernización industrial rusa. El nuevo ministro del Interior, el príncipe Sviatopolk-Mirski, pretendió edulcorar el viejo autoritarismo con algunas concesiones que alentaron a los liberales a buscar vías para una reforma política.

En las capitales rurales, los *zemstvos* o consejos locales —creados formalmente con la reforma de 1861— habían recogido la dispersa agitación liberal, y el 6 de noviembre de 1904 reclamaron, en una conferencia nacional, las libertades públicas, la participación legislativa y otros derechos individuales y cívicos. La resolución de la conferencia de los *zemstvos*, que evitó cuidadosamente citar la prohibida palabra «constitución», propuso, con el apoyo de funcionarios, profesionales, campesinos acomodados, artesanos y algunos sectores progresistas de la nobleza rural, una plataforma de «once puntos» que desafiaba la limitada tolerancia de la «primavera» del príncipe Sviatopolk-Mirski.

En noviembre y diciembre, los «once puntos» se discutieron en los salones de San Petersburgo, reuniones y banquetes de la *intelligentsia* y la pequeña nobleza liberal donde maduraban las bases de los partidos burgueses: constitucionalistas («cadetes»), liberales y demócratas. También los discutieron los futuros dirigentes de la socialdemocra-

El Potemkin *y la flota roja*

El 14 de junio de 1905, un plato de carne agusanada encendió la mecha de la rebelión en la Armada del zar. La tripulación del moderno acorazado Potemkin *—inmortalizado en 1925 por el cineasta Eisenstein— se amotinó en defensa de un marinero castigado por negarse a comer la carne podrida. Los operarios de máquinas —el proletariado de la flota— desarmaron a los oficiales y tomaron el control del buque; por primera vez flameó en la Armada imperial la bandera roja.*

Los almirantes no salieron de su estupor cuando la población de Odesa acudió al muelle para ofrecer comida y solidaridad a los amotinados. El puerto se llenó de botes cargados de víveres y tripulados por metalúrgicos, panaderos y tipógrafos. En el puente del Potemkin, *los marineros rebeldes agitaron banderas de señales e hicieron brillar espejos para invitar a las otras naves a sumarse a la sublevación.*

En Odesa, la insurrección popular fue sangrientamente reprimida por los cosacos: unos 1.000 muertos y 3.000 heridos. Sin embargo, el apoyo del Potemkin *se limitó a unas cuantas andanadas. En realidad, los amotinados esperaban que les seguiría el resto de la flota, pero no fue así. Perseguidos, se refugiaron en el puerto rumano de Constanza, donde se rindieron.*

Pocos meses después, el espíritu del Potemkin *resurgió en el puerto de Sebastopol. Marineros y soldados acudieron a las asambleas de los consejos obreros, desfilaron por las calles e incluso integraron comités revolucionarios. Un contralmirante formó a la tropa y advirtió que si alguien acudía otra vez a una asamblea sería fusilado. Un marinero, Petrov, respondió en el acto. Desde la formación, levantó su fusil y disparó, hiriendo al oficial y dando muerte al teniente coronel que estaba a su lado. Un oficial ordenó: «¡Detenedle!» Pero nadie se movió; Petrov se entregó voluntariamente. Los marineros exigieron de inmediato su libertad. Fusil en mano, la tripulación del crucero* Otchakov *tomó el control del buque. Era el 11 de noviembre y en los muelles de Sebastopol se escucharon, con más vigor, los compases de* La Marsellesa. *En el* Potemkin *flameó otra vez la bandera roja.*

La rebelión duró seis días. Los marineros de los torpederos Volni *y* Zavetni *se unieron a los amotinados. Desde el día 13, la «flota roja» contó con un almirante, el teniente retirado Schmidt, cuya primera acción fue enviar un ultimátum al zar: «La flota gloriosa del Mar Negro, guardando sagradamente la fidelidad a su pueblo, exige de Vos, soberano, la convocatoria inmediata de una Asamblea Constituyente.» La respuesta de San Petersburgo fue tajante: «¡Aplastad la rebelión!»*

Esta vez fue toda la ciudad la que se levantó. Consejos de obreros, estudiantes, soldados y marineros inmovilizaron a las guarniciones, detuvieron a varias decenas de oficiales y neutralizaron a los buques que se resistían a sumarse al motín. Pero llegaron nuevas fuerzas y el día 17 estalló la batalla. Unos pocos cañonazos obligaron a los amotinados del Otchakov, *la nave insignia de la rebelión, a izar bandera blanca. El muelle y las aguas del puerto se llenaron de cadáveres; los fusileros del zar dispararon sin cesar hasta las tres de la madrugada. Cuando terminó el infierno, los vencedores hablaron de 2.000 detenidos, sin dar cifra de muertos, al anunciar triunfalmente que el motín había sido sofocado. Un alto oficial, el almirante Chujnin, comentó con más cautela: «la tempestad militar se ha apaciguado, pero la tormenta revolucionaria continúa».*

cia y otros partidos revolucionarios en la trastienda de las fábricas y en los barrios obreros; aunque allí habían empezado a despuntar los gérmenes de proyectos de muy distinta índole.

El 12 de diciembre, el ucase imperial demostró las limitaciones de la apertura política. El documento prometía vagas reformas, pero advertía que éstas no podían ir en contra de las «leyes fundamentales del Imperio». Dos días después, un comunicado de la Policía estableció con más claridad el fin de la «primavera», al prohibir expresamente que se discutieran los «once puntos» en los *zemstvos* y en los consejos municipales, donde también había prendido la tibia llama liberal.

La caldera social

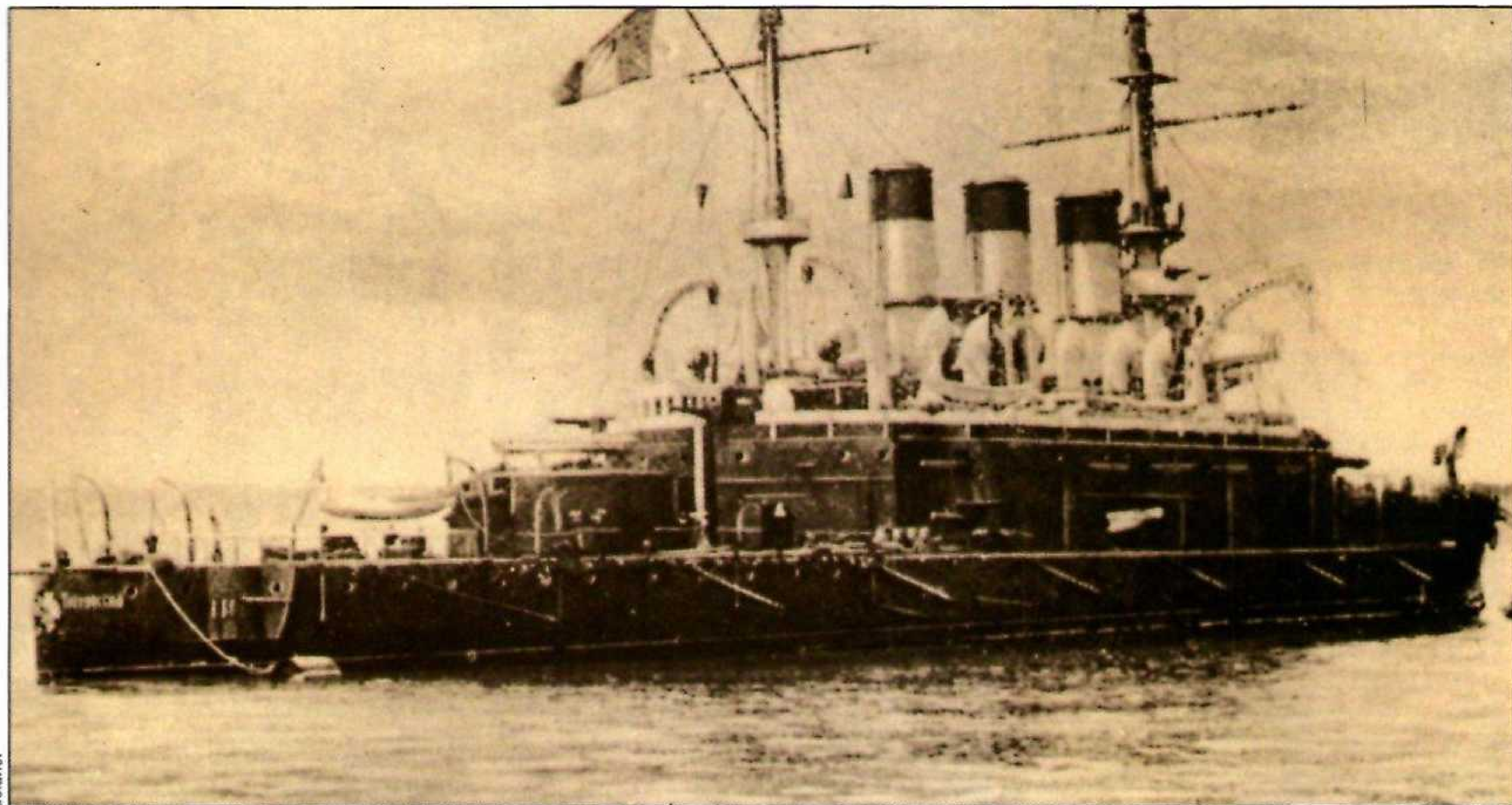
Al margen de los banquetes, hervía otra caldera. Los líderes de los partidos revolucionarios encontraron en fábricas, escuelas y círculos profesionales radicales un organismo que latía a otro ritmo. En diciembre se realizaron en San Petersburgo dos grandes manifestaciones de obreros y estudiantes. La Policía y los agentes secretos de la Tercera Sección replicaron con detenciones masivas y deportaciones. Los círculos obreros, sin embargo, crecieron y, desde la emigración, llegaron nuevos activistas y con ellos la literatura revolucionaria elaborada en Suiza o en el núcleo bolchevique de Lenin, aún minoritario y radicado entonces en Londres.

Al iniciarse el año 1905, la derrota sufrida por el Ejército del zar en Port Arthur polarizó el malestar creado por la guerra contra Japón. La decepción de los liberales y la desconfianza de la burguesía empresarial ante un régimen que coartaba su propio desarrollo comercial alimentaron un deseo generalizado de reformas. El 3 de enero, al día siguiente de la derrota de Port Arthur, estalló la huelga en la gran fábrica Putílov, en protesta por el despido arbitrario de un grupo de obreros; el día 7, un total de 140.000 trabajadores declararon su solidaridad activa con los huelguistas. Dos días después tuvieron lugar los luctuosos sucesos del Domingo Sangriento.

La tragedia del 9 de enero despejó las últimas incógnitas de la ambigua apertura del príncipe Sviatopolk-Mirski. El general Trépov, odiado gobernador militar de San Petersburgo —antes jefe de la policía de Moscú—, impuso su ley. Una delegación de intelectuales acudió a palacio para «esclarecer» las circunstancias de la matanza, y fue conducida directamente a la cárcel. A la «primavera» sucedió la brutal política de la *garnaika*, el temible látigo de los guardias cosacos.

Los muertos de San Petersburgo sacudieron a toda Rusia. Los empresarios toleraron con relativa simpatía el movimiento de huelgas que se expandió como un reguero de pólvora por todas las ciudades del Imperio. La Hermandad de Comerciantes, tradicionalmente moderada, se solidarizó con las familias de las víctimas; se paralizaron diez compañías de ferrocarriles; cerraron las minas del Donetz, y estallaron huelgas en 122 ciudades.

«Después del 9 de enero, la revolución no conoce descanso», escribió entonces el joven Trotski, admirado por



Goldner



I.G.D.A.

Sobre estas líneas, la maciza silueta del acorazado Potemkin, *el buque más poderoso de la flota imperial del Mar Negro, poco antes del motín de 1905.*

Abajo, los marinos amotinados a bordo del Potemkin. *Su gesta revolucionaria duró poco: después de apoyar con la artillería a los insurrectos del puerto de Odesa, media flota del Mar Negro se lanzó en persecución de aquellos marinos rebeldes; entonces, el* Potemkin *se dirigió al puerto rumano de Constanza, donde obtuvo temporalmente refugio hasta ser entregado a la escuadra imperial. Este famoso episodio revolucionario fue inmortalizado por el cineasta S. M. Eisenstein.*

la huelga que corre locamente de un lugar a otro, recupera su impulso y pasa como un torbellino. En abril se registraron 80.000 huelguistas; un mes después, el número de conflictos afectaba a 220.000 trabajadores en todo el Imperio.

La revolución, esa fuerza dormida, había despertado. Los emigrados políticos escribían y debatían sin descanso, los campesinos hambrientos de las estepas se rebelaron y los estudiantes pobres sumaron su fervor casi místico a esa caldera que hervía a una presión cada vez mayor. El movimiento se propagó a ritmo desigual en los meses siguientes, en el campo, en las fábricas y aun en el Ejército, el corazón mismo del aparato zarista.

La huelga general

En Moscú, una huelga de tipógrafos levantó nuevas chispas a fines del mes de septiembre. La agitación se había propagado sordamente a partir de las universidades, a las que la Policía tenía prohibido el acceso. Delegados obreros alternaban en las aulas con tribunos liberales y abogados constitucionalistas. El 2 de octubre se paralizaron cincuenta imprentas en Moscú y cerraron las panaderías. Otros gremios vacilaban, mientras el telégrafo transmitía noticias a lo ancho de toda Rusia. La Policía intentó bloquear el movimiento; los cosacos entraron a caballo en los hornos de Moscú; el Gobierno guardó silencio. Finalmente, tras asambleas dispersas en astilleros, fábricas y estaciones, dejaron de funcionar, una tras otra, en la tarde del día 7 de octubre, las locomotoras de Moscú. Dos días después, delegados ferroviarios de toda Rusia se congregaron en San Petersburgo y elaboraron las consignas de la primera huelga política de la revolución rusa: jornada de ocho horas, libertades cívicas, amnistía y Asamblea Constituyente.

La orden corrió rápida por los 35.000 km de vía férrea de toda Rusia; más de 600.000 ferroviarios se sumaron a la huelga, de San Petersburgo a Chitá, en Siberia; de Odesa a Moscú. Pronto se unieron los telégrafos, y la huelga paralizó el sistema nervioso del Imperio. En las ciudades cerraron los comercios, los bancos, las oficinas. La huelga general política se proclamó formalmente en cincuenta grandes ciudades, impulsada por obreros e intelectuales radicales, y apoyada por burgueses liberales y comerciantes.

El primer *soviet*

Durante la primera mitad de octubre, la huelga se extendió y movió fuerzas escondidas, ganó las calles, se organizó y creó sus propias leyes y parlamentos. Comités de obreros, círculos de intelectuales y células de activistas revolucionarios tejieron una red de organismos en los que se apoyó la huelga, con mayor o menor coherencia, según las ciudades.

En San Petersburgo, capital intelectual del Imperio, una abigarrada asamblea de delegados obreros, abogados, tribunos de la burguesía liberal y agitadores revolucionarios de todo signo se reunió en el Instituto Tecnológico la noche del 13 de octubre y dio a luz el primer *soviet* o Consejo de Diputados Obreros. Uno de sus componentes era

El joven Trotski

Lev Davidovič Bronstein, León Trotski, contaba 26 años cuando asistió, casi sorprendido, al proceso revolucionario de 1905. Nacido en 1879, en el seno de una familia judía de pequeños campesinos, en Ianovka (Ucrania), se unió a la marea revolucionaria que sacudía sordamente la Rusia de finales de los años noventa, y conoció por primera vez el rigor de la prisión y la deportacón a Siberia en el año 1899. En 1902, tras una espectacular fuga, consiguió llegar a Londres, donde conoció a Lenin y al equipo de la revista Iskra *del flamante Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POSDR), con la que colaboró. En 1903, el respeto que le inspiró Lenin no le impidió unirse a la fracción mayoritaria del POSDR, los mencheviques, de la que sólo se separó muchos años después, en vísperas de la Revolución de octubre de 1917. En 1905, Trotski conoció desde el exterior la matanza del Domingo Sangriento, y percibió con especial intuición que algo nuevo estaba sucediendo en San Petersburgo, adonde se trasladó en la primavera, clandestinamente, con documentación falsa.*

Trotski fue uno de los pocos dirigentes revolucionarios de 1917 que tuvo un papel protagonista en los acontecimientos de 1905. Como dirigente del Soviet de San Petersburgo fue testigo lúcido y analista de los gérmenes en los que ya entonces estaban implícitas las características de la futura revolución rusa. En su obra Resultados y perspectivas *describió y analizó con rigor el primer «Octubre Rojo» de 1905 y elaboró los conceptos fundamentales de su teoría de la revolución permanente, asignando a la clase obrera rusa el papel dirigente en la insurrección de las masas desheredadas de Rusia. Al margen de la polémica teórica suscitada por sus tesis, la experiencia de 1905 reveló al joven revolucionario que la débil burguesía no podía dirigir con eficacia un movimiento de cambio y que sólo el proletariado reunía en Rusia las condiciones para encabezar un movimiento victorioso contra la tiranía zarista. La historia le dio la razón en este punto, y no es exagerado señalar que fue precisamente la revolución de 1905 la que mostró a Trotski y a los bolcheviques el camino adecuado para conquistar el poder en 1917.*


I.G.D.A.


Göldner


I.G.D.A.

Arriba, un grupo de marineros del Potemkin *repatriados a Rusia esperan encadenados su deportación a Siberia.*

Abajo, a la izquierda, Matiučenko, cabecilla del motín; a la derecha, el marino Vakulenčuk, muerto por un oficial.

el joven Trotski, militante entonces del ala menchevique o moderada del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POSDR), que vio fascinado el surgimiento de una organización que iba a tener un papel clave doce años después, en el desarrollo de la revolución de 1917.

Un sector de la burocracia cedió ante la magnitud del movimiento. El flamante Soviet de San Petersburgo logró una audiencia «a título de consulta» con la Duma o Consejo municipal, que advirtió a la Policía para que se abstuviera de actuar en contra de los diputados del nuevo organismo, constituido desde abajo como un verdadero poder paralelo al Estado.

En sólo 24 horas, el Soviet, presidido por el abogado liberal Jrustalev-Nosar (víctima en 1918, del torbellino revolucionario), asumió la dirección política del movimiento en San Petersburgo. Mientras el Gobierno se debatía al borde de la crisis, dividido entre dialogantes y duros, en el Soviet aumentaba la presión de los sectores obreros, que tenían en la fábrica Obújov su ciudadela. Se unieron al Soviet delegaciones de cien fábricas en huelga; el movimiento se propagó a las empresas textiles que aún trabajaban y a los pequeños talleres. Piquetes de tipógrafos armados con revólveres visitaban las imprentas en nombre del Soviet, y en la madrugada del día 17 de octubre (fecha profética) apareció el primer número de *Izvestia*, órgano informativo del Consejo de Diputados Obreros.



Manifestación en Sebastopol durante los funerales por los muertos del crucero Otchakov. *La semilla revolucionaria sembrada por el* Potemkin *floreció luego en las bases de Kronstadt y Sebastopol.*

A.G.E.

En el Gobierno crecía, entre tanto, la división. Por una parte, el sector más liberal, agrupado en torno al ministro Witte, el hombre de las finanzas y de la modernización capitalista de Rusia, veía como única salida la contemporización. En el otro extremo, el gobernador militar de San Petersburgo, el general Trépov, había sembrado las calles de nidos de ametralladoras.

Aunque en San Petersburgo se registraron sólo algunas escaramuzas, en otras ciudades la población asaltó las armerías y se enfrentó a los soldados detrás de las barricadas. Trépov estaba a la espera del ucase del zar para aplastar a sangre y fuego la huelga. Su única orden a los soldados fue concluyente: «no disparar al aire y no ahorrar munición».

Constitución y amnistía

En la misma noche en que se imprimió el primer número de *Izvestia,* el zar decidió dar un paso atrás y aceptó promulgar, al día siguiente (18 de octubre), el primer manifiesto constitucional de la historia rusa. En él se establecían los derechos fundamentales de los ciudadanos y se suprimían las limitaciones de voto para elegir a los representantes de la Duma o Asamblea Parlamentaria, creada meses antes pero inoperante por sus propias restricciones en cuanto a representatividad de la población.

El Manifiesto de Octubre fue recibido en forma sorprendente para el Régimen. La atmósfera de la huelga había decantado hasta tal punto los ánimos hacia la izquierda que incluso los sectores de la burguesía liberal respondieron con nuevas exigencias. Los demócratas constitucionales (el recién creado partido de los «cadetes») exigieron a Witte, ahora jefe del Gobierno, la creación de una Asamblea Constituyente, como condición para su colaboración. La palabra «república» estaba en boca de muchos, mientras que en los sectores socialdemócratas, incluso los más moderados pensaban que la victoria obtenida era positiva pero aún tímida. Según Trotski, el movimiento había tenido fuerza, «pero no la suficiente» para conquistarlo todo. El nuevo gobierno del conde Witte sufrió su primer revés cuando el Soviet, en vez de plegar sus banderas, continuó la huelga y organizó, en la tarde del día 18, una manifestación masiva que exi-

Los últimos coletazos del ensayo general revolucionario de 1905: carga de dragones contra los insurrectos del distrito obrero de Presnia, en Moscú, durante el mes de diciembre. Las tropas, a las órdenes del coronel Min –más tarde asesinado–, hicieron gala de una gran brutalidad; el barrio fue bombardeado y los prisioneros, fusilados.

gía, ante la catedral de la Plaza de Kazán, la amnistía para los presos políticos.

El Gobierno firmó una amnistía limitada el día 22, y el propio Witte convocó a los representantes del Soviet para darles la noticia: «Gracias a Dios, os felicito, señores.» Los delegados pidieron entonces autorización para celebrar una marcha de homenaje a las víctimas del Domingo Sangriento. El conde no se opuso, pero advirtió que el general Trépov tenía algo que decir al respecto. Trépov, el asesino del 9 de enero, contestó retador que cualquier marcha sería ilegal. Las ametralladoras seguían en las calles, y el Soviet canceló la manifestación.

Las Centurias Negras y el *pogrom*

Trépov no había perdido el tiempo. Sus agentes habían reclutado entre el «lumpen» de las barricadas a maleantes y provocadores que propagaron rumores contra los judíos y amenazaron con un *pogrom*. Las Centurias Negras aparecieron en las plazas y en la céntrica Perspectiva Nevski; y empezaron a actuar en los barrios judíos y en los suburbios obreros. De otras ciudades llegaron noticias aterradoras. Enarbolando iconos y retratos del «padrecito blanco», algunos grupos irrumpieron en los barrios judíos, asesinando e incendiando.

En Kronstadt, el 27 de octubre, la multitud, aterrorizada, se amotinó y se enfrentó a la guarnición encargada del orden. Los soldados vacilaron en disparar pese a las órdenes, y finalmente cambiaron de bando y pasaron a dirigir la rebelión.

La respuesta del Régimen fue implacable. Junto a la faz liberal del conde Witte, personalmente antipático al zar, el nuevo gobierno ostentó la cara hosca del ministro del Interior, Durnovo. El motín de Kronstadt fue aplastado a sangre y fuego, y la ciudad sometida al estado de sitio. La ley marcial comenzó a extenderse a otras localidades y el Soviet, alarmado ante el giro de los acontecimientos, exigió la derogación de las medidas especiales. El 2 de noviembre estalló una nueva huelga política al grito de «¡Abajo la pena de muerte!» y «¡Fuera la ley marcial!»

Pese a la ley marcial, la agitación creció aún durante el mes de noviembre. El día 6 se celebró en Moscú el


Le Petit Journal-Col. E.R.-Archives Snark

primer congreso público de la Unión Campesina, que recogía la furia que se había propagado a todo el campo ruso desde la primavera de 1905. Entre mayo y noviembre habían sido incendiadas más de dos mil casas solariegas de la nobleza, y expropiados tierras de los monasterios, forrajes, animales y granos. La rebelión del *mujik* había tomado cuerpo, después de siglos de sumisión.

La contrarrevolución

El huracán continuó entre tanto en San Petersburgo, en Moscú y en Odesa, aunque había comenzado a perder su fuerza inicial. El 28 de noviembre fue detenido el presidente del Soviet, el abogado Jrustalev-Nosar, y Trotski ocupó su lugar. El joven menchevique vio con claridad que los problemas pendientes se reducían a uno solo: armas. Pero el tiempo estaba en su contra y pocos días después, antes de dar el paso hacia la insurrección armada, cayó detenido con los principales dirigentes del Soviet. Era el 3 de diciembre; el ensayo de revolución de 1905 había terminado. Aún quedaban fuerzas para intentar otra huelga general, pero faltaron energías para impulsarla. El viento de la historia estaba cambiando y, aunque entre el 9 y el 17 de diciembre estalló la insurreción en Moscú, la hora de la contrarrevolución había llegado. Las últimas rebeliones fueron sofocadas en toda Rusia. El ministro Durnovo –la otra cara del gobierno Witte– movió cosacos, agentes y sicarios del *pogrom*. La represión se prolongó hasta la primavera de 1906 y su balance fue aterrador: más de 14.000 personas muertas a instigación de la Policía, 1.000 ejecutados en juicios sumarios y 70.000 detenidos, encarcelados o deportados. El «liberal» Witte cayó en mayo de 1906. El zar estaba satisfecho porque había conservado el trono; pero los revolucionarios habían crecido en número y aprendido cuál sería en el futuro la estrategia de la victoria.

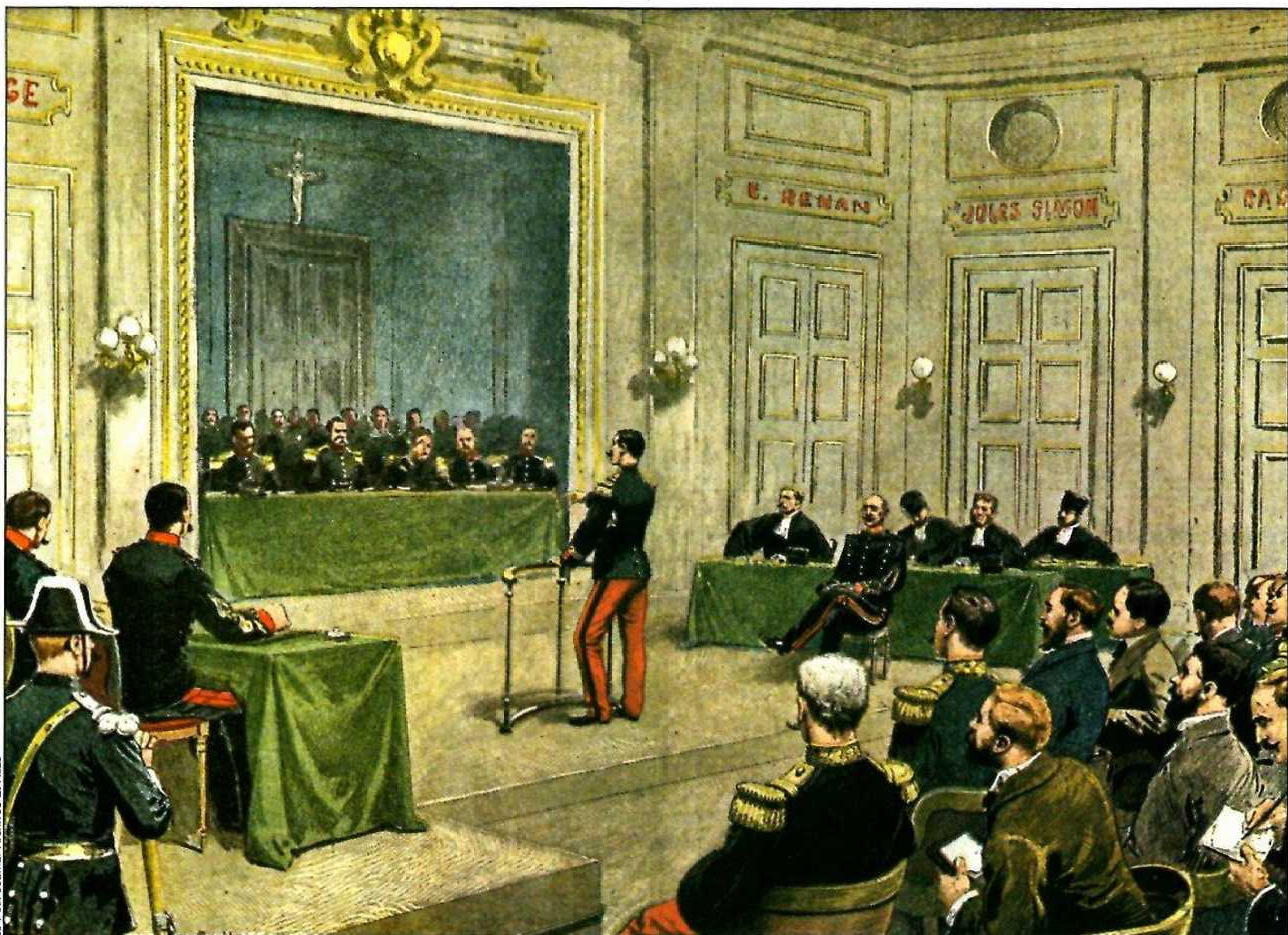
El *affaire* Dreyfus

¿Traición o heroísmo?

Alberto Szpunberg,
periodista

El 22 de noviembre de 1894, el capitán del ejército francés Alfred Dreyfus, de origen judío, fue juzgado en Rennes por un Consejo de Guerra, injustamente acusado de pasar información secreta a los alemanes. Declarado culpable de traición, se le condenó a ser degradado y deportado a Guayana para el resto de su vida. Comenzó así un polémico affaire que dividió a la opinión pública francesa. En la ilustración, Dreyfus ante los jueces.

El 12 de julio de 1906, el Tribunal Supremo francés proclamó la inocencia del capitán Alfred Dreyfus del delito de traición por el que la vieja Francia, reaccionaria y antisionista, le había condenado once años antes a la deportación de por vida a la siniestra Isla del Diablo. Fue el triunfo de la valiente postura de un escritor excepcional, Émile Zola, y el comienzo de una lucha que aún continúa: la de la Liga de los Derechos del Hombre.



Le Petit Journal-Archives E. Atlas

Las dos caras del affaire

Las dos últimas décadas del siglo XIX *se caracterizan, en Europa, por la expansión colonial. En Francia, donde el proceso de crecimiento industrial había resultado más lento debido a la inexistencia de una reforma agraria —tal como se había dado en Gran Bretaña— y al predominio del minifundio, la industria se desarrolló durante el Segundo Imperio hasta el punto de que sólo entre 1850 y 1914, durante la III República, la producción industrial se multiplicó por siete.*

En los últimos veinte años del siglo XIX*, la política expansionista de Francia —rival de Gran Bretaña en este terreno— dio excelentes resultados en Argelia, Madagascar y Túnez. Para la consolidación del Imperio, las clases dominantes francesas necesitaban unificarse y dirimir definitivamente sus problemas internos. El Ejército había quedado malparado tras su derrota a manos de Alemania en la guerra franco-prusiana. En la práctica, sus últimos laureles guerreros los había obtenido con la salvaje represión de la Comuna de París. Por su parte, el movimiento obrero, víctima de esas dudosas glorias militares, restañaba sus heridas y empezaba a recuperar fuerzas bajo el signo del socialismo. Frente a este panorama, las diversas fracciones de la burguesía francesa coincidían en una prioridad: fortalecer la unidad de Francia.*

El aparente bienestar de estos años contrasta con una decadencia acentuada a nivel institucional, cuya máxima expresión se manifestaba en el Parlamento. Lesseps había aceptado llevar a cabo la empresa de abrir el Canal de Panamá, pero no había calculado riesgos y cifras exactas, ni había previsto que su solicitud de un «gran empréstito de emergencia» daría pie a que los políticos que le concedieron su voto despilfarrasen la mitad del mismo en carnavalescas campañas electorales y gastos burocráticos. No en balde se afirmaba: «La Tercera República, como buena puta, es fácil, modesta y exige poco respeto.»

En este escenario estalló, en 1894, el affaire *Dreyfus, un cataclismo político y social que, si bien al comienzo amenazó con arrasarlo todo, acabó por representar las convulsiones del parto de una Francia que necesitaba entrar en el siglo* XX *con una fachada de modernidad y civilización.*

Bajo todos los regímenes, el antisemitismo, como otras expresiones del racismo, ha sido —y sigue siendo— un factor de aglutinación. En las sociedades desgarradas por las luchas políticas y sociales, el odio al judío unifica alienantemente a todos sus miembros. A falta de amor, bueno es el odio al chivo expiatorio. Francia no ha sido una excepción. No en balde Los Protocolos de los Sabios de Sión*, uno de los tópicos más manidos del antisemitismo de este siglo, es una réplica casi literal del* Diálogo en los infiernos *de Maurice Joly, un oscuro francés que, en 1864, escribía cínicamente: «En los países constantemente turbados por las discordias civiles, la paz se consigue con actos de implacable rigor; si para asegurar la tranquilidad hace falta cierto número de víctimas, las habrá.»*

Pero debe reconocerse también que en Francia, para coadyuvar a la «unidad nacional», el antisemitismo debió dar otra vuelta de tuerca y asumir su signo contrario: de la condena al judío Dreyfus emergió una Francia «dreyfusista», donde tanto cabían los Rothschild como el folletinesco «judío errante» de Eugène Sue. Quedaron marginados los socialistas más radicales y los nacionalistas más ultramontanos. Jean Jaurès, el líder del Partido Socialista, tardó cuatro años en adherirse a la causa de Dreyfus, pero lo hizo con tanto entusiasmo que se convirtió en una de las piezas claves de la nueva Francia «dreyfusista», hasta el punto de que, en 1914, al estallar la Primera Guerra Mundial, sintiéndose «más ciudadano que proletario», se adhirió a la «Unión Sagrada» de Poincaré y llamó a los obreros a dejar de lado las banderas de su propia clase para tomar las armas en defensa de una sola y única enseña, la de Francia. Bajo otras formas, la misma tendencia latía en el judío capitán Dreyfus cuando, aunque inocente, aceptó ser indultado. Más capitán que judío, y con la Legión de Honor prendida al pecho, su propio calvario no podía sino conducirlo al mejor de los cielos: ser un buen francés.

Y un dato significativo: un periodista húngaro llamado Theodor Herzl fue enviado por su diario a París para cubrir el affaire *Dreyfus. Allí, la marea antisemita le hizo recordar que él, aunque nunca se había detenido a pensar en ello, también era judío. Y concibió un nacionalismo capaz de unificar a su pueblo, un pueblo disperso y desgarrado. Por supuesto, también su sueño sería tan inmenso como para albergar juntos a los Rothschild y a los «judíos errantes», siempre y cuando se avinieran a una única premisa: ser judíos. Viajó a Palestina y tres años más tarde, en Basilea, convocó una reunión internacional para concretar su visión. Así nació el Primer Congreso Sionista...*

«Alta traición»

El 1 de noviembre de 1894, toda Francia se estremeció. Bajo el titular *Un acto de traición*, el diario *Le Figaro* comunicaba a sus lectores: «Serias sospechas han motivado el arresto provisional de un oficial francés, al que se le imputa haber facilitado importante documentación al extranjero. Es necesario que la verdad se sepa cuanto antes.» Por su parte, el periódico *La Libre Parole*, fiel a su prédica nacionalista y antisemita, utilizaba un lenguaje más concreto y violento: «¡Alta traición! ¡Arresto de un oficial judío: el capitán Dreyfus!»

Los hechos revelados ese día por la prensa habían ocurrido tiempo atrás, sólo que en esos cenáculos del poder a los que no tiene normalmente acceso el lector de diarios. En efecto, entre el 24 y el 26 de septiembre del mismo año, el Servicio de Información del Ejército ya tenía en las manos la clave del drama que empezaba a nacer. Y el 15 de octubre, el oficial que, sin sospecharlo, iba a ser el personaje central del mismo, ya estaba entre rejas. ¿Por qué más de un mes de silencio? ¿Por qué tanta distancia entre el rayo de la intervención militar y el atronador estallido de la prensa? Demasiados interrogantes, sólo explicables en una Francia cuya mayor aspiración se centraba en iniciar el inminente nuevo siglo como una gran potencia civilizada y, por supuesto, colonial. Una Francia que estaba a las puertas de la «belle époque».

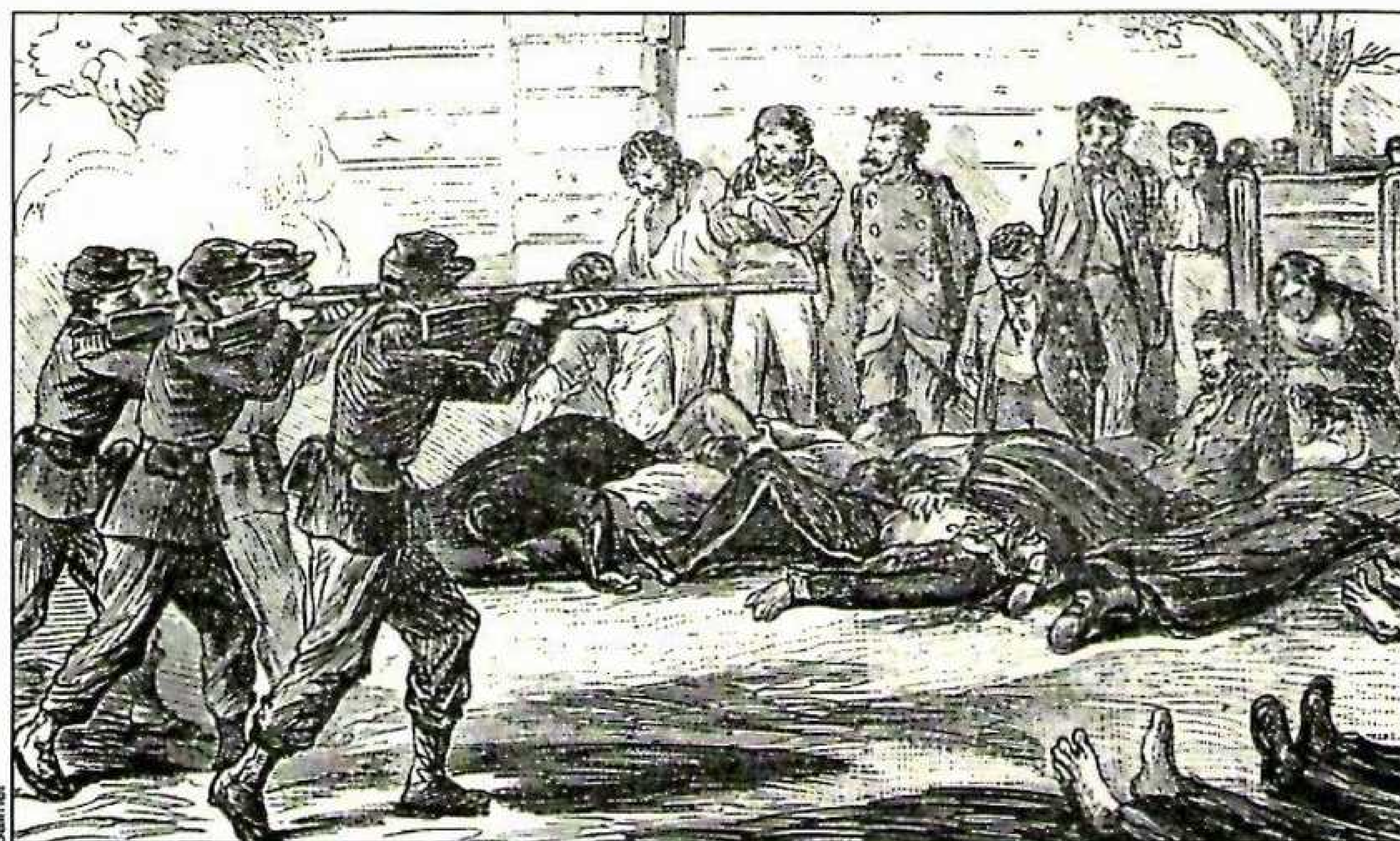
El Servicio de Contraespionaje: una maquinaria casi perfecta

La diplomacia europea de fines de siglo aún se mantenía fiel a sus viejas y cortesanas tradiciones liberales. El conde de Münster, embajador alemán en París, era un representante de la nobleza de otras épocas, tan entusiasta de las artes y los buenos vinos como

Salmer



Snark International



Salmer

Arriba, soldados franceses durante el asedio de París por los prusianos (septiembre de 1870-enero de 1871). La derrota militar ante Prusia supuso la caída del Segundo Imperio y la instauración de un régimen republicano.

Abajo, a la izquierda, Bertillon, experto en grafología, examina la carta atribuida al capitán Dreyfus. A la derecha, soldados fusilando a miembros de la Comuna de París; el Ejército se manchó las manos con 20.000 ejecuciones sumarias.

enemigo acérrimo de las maquinaciones del espionaje. Su agregado militar, el conde de Schwartzkoppen, debió jurarle antes de asumir el cargo que un noble como él jamás se zambulliría en ninguna oscura turbulencia. Sin embargo, sus intenciones eran muy otras...

Ya entonces, los servicios de información y las redes de contraespionaje solían recurrir a los agentes dobles. El Servicio de Contraespionaje francés, que dependía del Segundo Departamento del Estado Mayor bajo el rótulo de «Sección de Estadística», estaba dirigido por el general Sandherr. Otra «sucursal» de este servicio funcionaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores, a cuyo frente se encontraba Maurice Paléologue, un joven secretario de embajada que mataba sus ratos de ocio facilitando al general Sandherr copia o noticia de todos los telegramas enviados o recibidos por las cancillerías extranjeras.

A pesar de que aquella maquinaria parecía perfecta, el viejo zorro Sandherr no estaba tranquilo. Ya había advertido al ministro de la Guerra que existían algunas «fugas» cuyo destino parecía ser siempre el mismo: la Embajada de Alemania.

Cronología de la infamia

1894

Septiembre: *el día 24, un agente infiltrado en la Embajada alemana en París encuentra un mensaje enviado al agregado militar germano por un oficial francés, y lo remite al Estado Mayor.*
Noviembre: *el día 1, la prensa francesa anuncia el arresto del capitán Dreyfus en relación con el mensaje interceptado en la Embajada alemana. El 22, un tribunal militar reunido en Rennes declara culpable de traición al capitán Dreyfus por pasar información a los alemanes. Se le condena a ser degradado y deportado de por vida a la Isla del Diablo, bajo régimen de trabajos forzados.*

1895

Enero: *Dreyfus es degradado el día 5 en el patio de la Escuela de la Guerra, y a la semana es deportado.*
Noviembre: *Bernard Lazare publica en Bruselas* La verdad sobre el caso Dreyfus *y junto a Mathieu Dreyfus, hermano del capitán condenado, inicia la batalla por la revisión del proceso. Lucie, esposa del capitán Dreyfus, pide al Gobierno que reabra la causa, pero fracasa en su intento.*

1896

Marzo: *el general Picquart descubre que la caligrafía del mensaje incautado en la Embajada alemana coincide con la letra del comandante Esterhuzy. Informa al Estado Mayor, pero se le quita de en medio al enviársele en «misión especial» a Túnez. Antes de partir, Picquart deja las pruebas de su descubrimiento al abogado Leblois con el propósito de que las guarde «bajo secreto».*

1897

Julio: *Leblois revela el «asunto Picquart» a Scheurer-Kestner, vicepresidente del Senado. El veterano senador entra en contacto con Bernard Lazare y Mathieu Dreyfus, abraza la causa «revisionista» e induce la denuncia del* affaire *en el Parlamento.*
Noviembre: *Mathieu Dreyfus denuncia públicamente al comandante Esterhazy en una carta enviada al general Billot, ministro de la Guerra.*
Diciembre: *bajo la presión de la cúpula militar, la primera moción «revisionista» del caso Dreyfus es derrotada en el Parlamento.*

1898

Enero: *el día 13, Émile Zola publica en* L'Aurore *su célebre «¡Yo acuso...!» Con ello, la causa «revisionista» llega a la calle. El Partido Socialista, dirigido por Jean Jaurès, se adhiere a la misma. Émile Zola es juzgado y condenado a multa y prisión. El autor de* Germinal *se exilia en Gran Bretaña.*
Febrero: *el día 20, en solidaridad con Zola, se crea la Liga de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Como réplica, los nacionalistas fundan la Liga Patriótica Francesa.*
Agosto: *el capitán Cuignet descubre las irregularidades llevadas a cabo por el teniente coronel Henry durante el proceso Dreyfus. El día 30, la agencia de noticias Havas hace público el hecho.*
Septiembre: *arrestado, el teniente coronel Henry se «suicida» en su celda. Lucie Dreyfus dirige una nueva petición de revisión al Gobierno. Se forma una Comisión Investigadora oficial.*
Octubre: *dimite el ministro de la Guerra Brisson.*

1899

Enero: *el Gobierno recurre a la Cámara de lo Criminal para que se pronuncie.*
Febrero: *la Cámara de lo Criminal se pronuncia, no descartando «la eventual inocencia de Dreyfus», pero se declara incompetente.*
Marzo: *el caso Dreyfus es aceptado por el Tribunal Supremo.*
Mayo: *el día 29, el Estado Mayor admite «la eventual inocencia de Dreyfus» y envía el* dossier *al Consejo de Guerra.*
Agosto: *tras cinco años de reclusión, Dreyfus es devuelto a Francia desde la Isla del Diablo.*
Septiembre: *el Gobierno ofrece el indulto a Dreyfus, «como medida de gracia». Dreyfus lo acepta.*

1906

Julio: *siete años después del indulto, el Tribunal Supremo anula el proceso celebrado contra Dreyfus en 1894, por «errores y equívocos» en su desarrollo. El día 21, en el mismo patio de la Escuela de la Guerra donde había sido degradado, Dreyfus es reincorporado al Ejército. El Gobierno le concede la Legión de Honor.*


Bib. Nationale, París/Col. Snark International

Militarismo antisionista

La cúpula militar francesa no se encontraba en su mejor momento. Sus mandos de mayor graduación eran viejos exponentes de un Ejército que, tras la represión de la Comuna de París y la derrota ante los alemanes en la guerra franco-prusiana, había demostrado ser más capaz de empuñar las armas para ensangrentar a Francia que para defenderla. Las formas de acceso a los puestos de mando respondían a un espíritu de casta nimbado por glorias cada vez más lejanas. Un miembro del Estado Mayor debía graduarse primero en la Escuela de la Guerra y seguir luego un curso en la Escuela de Reclutamiento para el Estado Mayor. Pero ingresar en la Escuela de la Guerra era un privilegio accesible, casi en exclusiva, a los alumnos graduados en la Escuela Politécnica, un centro educativo cuyo filtro inicial lo ejercían los jesuitas en un colegio de la Rue des Postes, donde impartían las clases del curso preparatorio.

En una Francia que en 1864 asistió a la publicación del *Diálogo en el infierno*, de Maurice Joly —el mismo libelo que años más tarde se transformaría en *Los Protocolos de los Sabios de Sión*—; que en 1886 recibió la influencia de *La Francia Judía*, del ultranacionalista Drumont; que en 1890 fue bombardeada por la propaganda de la primera Liga Antisemita, y que a partir de 1892 leía diariamente el periódico *La Libre Parole*, de neta inspiración racista, la condición de judío no era la mejor carta de recomendación para acceder a la Escuela de la Guerra.



Bib. Nationale, Paris/Col. Snark International



Col. particulière/Arch. Snark International



Le Petit Journal/Col. Kharbine-Arch. Snark International

En la página anterior, los soldados dan la espalda a Dreyfus cuando éste sale del Consejo de Guerra celebrado en Rennes.

Arriba, a la izquierda, Dreyfus declarando ante el tribunal militar. Las sesiones del Consejo de Guerra tuvieron lugar a puerta cerrada.

Arriba, a la derecha, Mathieu Dreyfus. El hermano de Alfred luchó denodadamente con el fin de obtener la revisión del juicio.

Abajo, ceremonia de degradación de Dreyfus en el patio de la Escuela de la Guerra (5.I.1895): un suboficial le quiebra el sable.

Sin embargo, no había terminado de convencerse de ello el joven judío Alfred Dreyfus. Sus hermanos, comerciantes e industriales de Mulhouse, intentaron abrirle los ojos, pero nada pudieron contra la fascinación de una Francia hecha a la medida de los uniformes. Más aún, de unos uniformes que se ponían firmes a los sones liberales e igualitarios de *La Marsellesa.* A pesar de ello, el patriota Dreyfus se salió con la suya: aunque el general Bonnefond, director de la Escuela de Reclutamiento, le bajó las calificaciones *pour la galerie,* consiguió convertirse en capitán de artillería y, en condición de tal, adjunto al Estado Mayor.

Secretos en un cajón

En la última semana de septiembre de 1894, Marie Bastian, una mujer que hacía la limpieza en la Embajada alemana y que trabajaba para los servicios franceses, encontró en un cajón del escritorio del conde de Schwartzkoppen una carta donde, con apretada letra, se hablaba de los frenos hidráulicos del cañón 120, última maravilla del ejército francés; de un manual de tiro, y de otros secretos relacionados con la artillería.

El 26 de septiembre, el comandante Henry, del Servicio de Investigaciones, recibió la prueba de la traición. De inmediato lo comunicó al general Sandherr, su jefe, y al general Mercier, ministro de la Guerra. Éste, a su vez, puso sobre aviso a Casimir Périer, presidente de la República, y a Charles Dupuy, presidente del Consejo, quien por su parte informó a Guérin, minis-

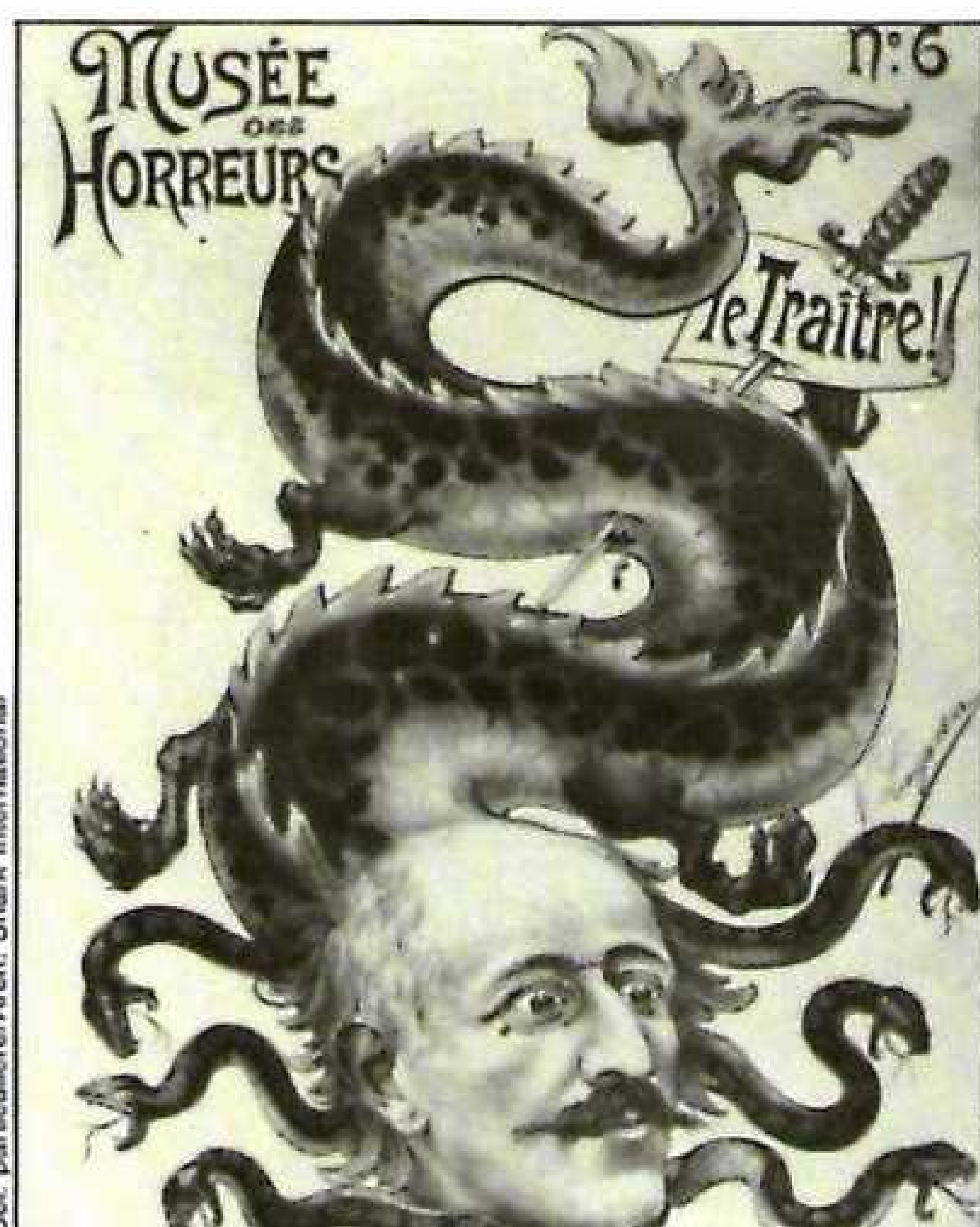
Ese judío llamado Dreyfus...

Nacido en 1859 en la localidad de Mulhouse, Alfred Dreyfus tenía 35 años en el momento de ser condenado. Su carrera había sido más que brillante: tras estudiar en Grenoble y en el colegio Sainte-Barbe de París, celebró sus dieciocho años de edad ingresando en la Escuela Politécnica. Tres años más tarde ya vestía el uniforme de subteniente. Estudió en la Escuela de Artillería de Fontainebleau, alcanzó el grado de capitán a los 29 años y como tal ingresó en la Escuela de Explosivos de Bourges. Pasados doce meses, los filtros impuestos por las jerarquías no le impidieron entrar en la Escuela de la Guerra. Terminó su curso para incorporarse al Estado Mayor con la calificación de «muy bien» y la siguiente observación: «Muy buen oficial, espíritu vivaz, responde perfectamente a las preguntas, es muy trabajador y lo hace todo con rapidez y con facilidad. Muy apto para cumplir servicios en el Estado Mayor.»

A pesar de la hostilidad del general Bonnefond, consiguió ser aceptado por los altos mandos, y fue distinguido por el general Boisdeffre, jefe del Estado Mayor. En la cúspide de la gloria, mientras en Mulhouse sus hermanos reunían una respetable fortuna con la industria y el comercio, el capitán Dreyfus se casó con Lucie Hadamard, hija de un próspero joyero, con la que tuvo dos hijos. En este excepcional curriculum *falta obviamente anotar un detalle: el artillero Dreyfus era judío. Un minuto antes de su detención, él mismo no se hubiera acordado de este dato. Sin embargo, sus camaradas de armas tenían mejor memoria que él. En una carta privada, el general Sandherr, un alto mando del Servicio de Información, escribía al día siguiente de la detención de Dreyfus: «Es evidente que usted no conoce a los judíos. Esta raza no tiene patriotismo, ni honor, ni espíritu de combate. Desde hace siglos, no hacen más que traicionar, tal como hicieron con Nuestro Señor Jesucristo...» Probablemente, el único sitio donde Dreyfus se sintió judío sin atenuantes haya sido en la Isla del Diablo. De vuelta a Francia y al Ejército, Dreyfus volvió a ser lo que siempre deseó: un militar francés. Y como tal falleció en 1935. Fue enterrado con los máximos honores, y la Legión de Honor iba prendida a la bandera que cubría su ataúd.*



Dibujo de B. Moloch, 1899/Photo Goldner



Col. particulière/Arch. Snark International


LA LIBRE PAROLE

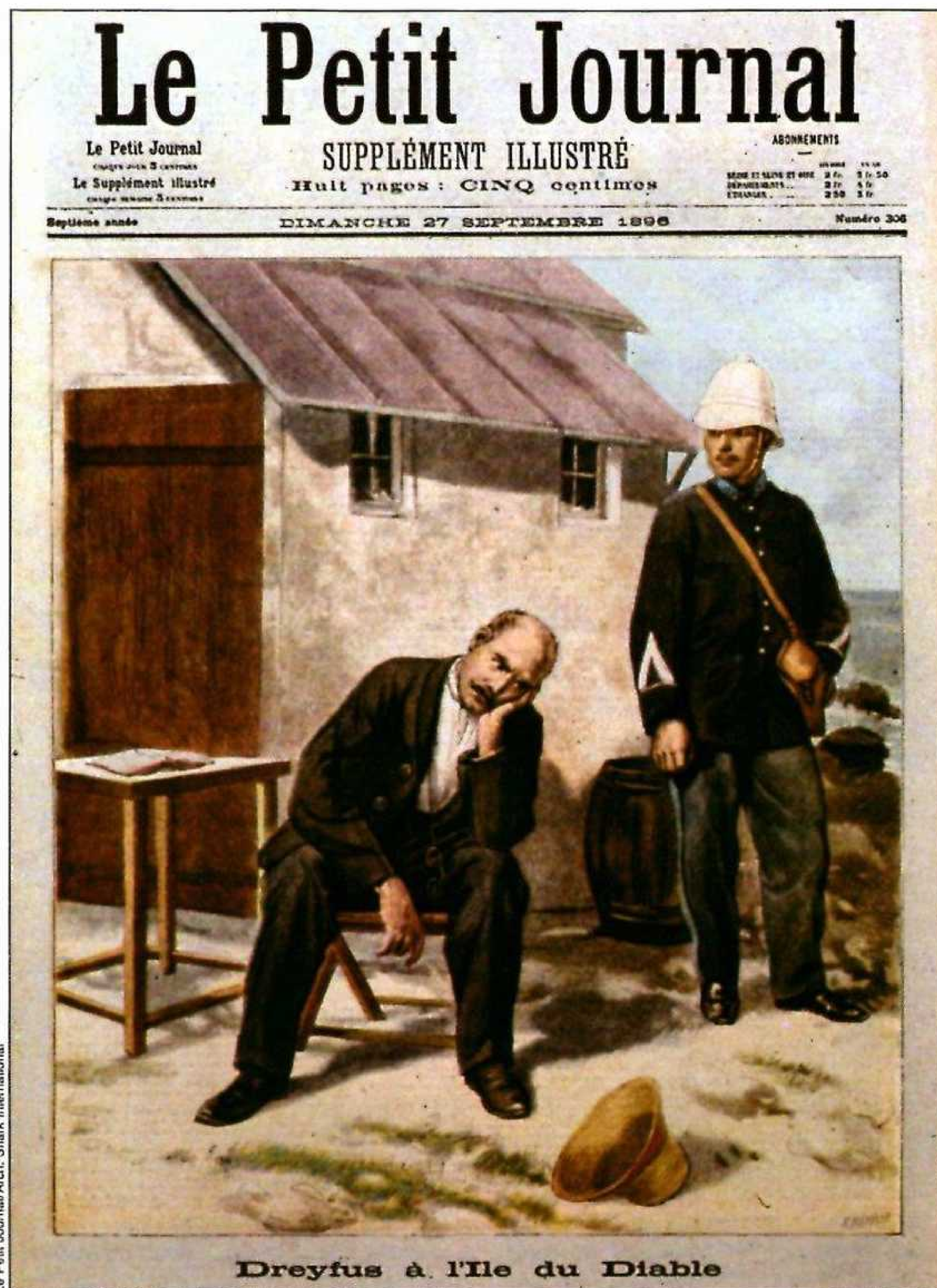
Directeur : EDOUARD DRUMONT

HAUTE TRAHISON

Arrestation de l'Officier Juif A. Dreyfus

LA VÉRITÉ SUR L'AFFAIRE FEDEE-DESANGLE

BAIHAUT


Le Petit Journal

Le Petit Journal

Le Supplément illustré

SUPPLÉMENT ILLUSTRÉ

Huit pages : CINQ centimes

ABONNEMENTS

Septième année

DIMANCHE 27 SEPTEMBRE 1896

Numéro 306

Dreyfus à l'Ile du Diable

Le Petit Journal/Arch. Snark International

En la página anterior, caricatura de Éduard Drumont, director del periódico antisemita La Libre Parole, *que se distinguió por sus coléricos ataques contra el «judío traidor» y los partidarios de la revisión del juicio.*

Arriba, Alfred Dreyfus satirizado por la prensa de ideología racista.

Abajo, primera página de La Libre Parole *con la noticia del arresto del «oficial judío».*

A la derecha, página ilustrada de Le Petit Journal, *mostrando a Dreyfus en la Isla del Diablo. Durante el largo cautiverio, Dreyfus vivió en una barraca de 15 m², custodiado de cerca.*

tro de Justicia, y a Hanotaux, ministro de Asuntos Exteriores. Era evidente que se trataba de un asunto grave.

«Caza de brujas»

A renglón seguido, Henry mostró la carta a los jefes de los cuatro departamentos de Estado Mayor y, por su contenido, los sabuesos comenzaron a husmear en dirección al Arma de Artillería. El coronel Fabre, del Cuarto Departamento, y su ayudante, el teniente coronel d'Aboville, dos militares cuyo evangelio diario era *La Libre Parole,* descubrieron que la apretada letra de la carta se parecía sospechosamente a la escritura de un judío que, como tal, sólo les inspiraba desprecio y desconfianza: el capitán Dreyfus.

Un excéntrico militar, Paty de Clam, fue encargado de realizar en secreto las investigaciones pertinentes. El 15 de octubre invitó a Dreyfus a concurrir al despacho del general Boisdeffre «para conversar sobre temas varios». Allí sometió al sospechoso a una prueba de dictado, y le bastó una simple comparación de las escrituras para concluir que el autor de la famosa carta no era otro que el capitán Dreyfus. Las vehementes protestas de inocencia no impidieron que, ese mediodía, Dreyfus comiera su primer rancho de preso en la cárcel de Cherche-Midi. Nuevos peritajes caligráficos hicieron dudar hasta al mismo Paty de Clam; el ministro Hanotaux se mostró contrario a la «caza de brujas» si no había pruebas más evidentes del delito, y Bertillon, jefe de Antropometría, se burló de los estudios de escritura realizados, pero el primero de noviembre, informada por conductos interesados, la prensa dio la noticia y el escándalo estalló: de inmediato, las investigaciones en curso se convirtieron en el *affaire* Dreyfus, un asunto cuyas proporciones se agigantaban con la rapidez de un reguero de pólvora.

¡Muerte a los judíos!

París hervía. El embajador Münster desmintió saber nada del asunto, y el ministro Mercier intentó templar los ánimos argumentando que el Consejo de Guerra ni siquiera se había reunido todavía. Pero fue en vano. La oleada de odio contra los judíos desató los rumores más dispares: desde que el emperador de Alemania estaba a punto de declarar una nueva guerra contra Francia, hasta que los hijos de Israel habían sembrado la «peste negra» en el agua potable de París.

Para la mayoría de los ministros, enterados del asunto por la prensa como los franceses de a pie, la sorpresa fue mayúscula. Pero el golpe de timón ya había sido dado y, en definitiva,

Émile Zola: «¡Yo acuso...!»

Cuando una expresión se convierte en frase hecha y como tal se incorpora al lenguaje común, no cabe duda de que su autor ha trascendido las fronteras de su obra. Decir «yo acuso» es referirse a Émile Zola y al artículo que, con ese título, publicó el 13 de enero de 1898 en L'Aurore, *el diario de Clemenceau, y que actuó como el auténtico detonante para la revisión del* affaire *Dreyfus. El texto, presentado por el novelista como una «carta abierta al Presidente de la República», afirmaba:*

«Hace un año que el general Billot y los generales Boisdeffre y Gonse saben que Dreyfus es inocente y guardan silencio sobre este espantoso hecho. ¡Y esas personas siguen conservando el sueño! ¡Continúan teniendo esposas e hijos, y amándoles...!

»Yo acuso al teniente coronel Paty de Clam de ser el diabólico causante de este error judicial, quiero creer que inconscientemente, y de haber defendido su nefasta obra con las maquinaciones más absurdas y reprobables...

»Yo acuso al general Mercier de haberse convertido en cómplice, al menos por su debilidad de espíritu, de una de las más grandes injusticias del siglo...

»Yo acuso al general Billot de haber tenido en sus manos pruebas irrefutables de la inocencia de Dreyfus y de haberlas ocultado, de ser responsable de un crimen de lesa justicia, para lograr un objetivo político y para salvar al Estado Mayor, íntegramente comprometido en el asunto...

»Yo acuso al general Boisdeffre y al general Gonse de ser cómplices del mismo crimen, uno sin duda alguna por pasión clerical, y el otro quizá por ese espíritu de cuerpo que transforma los escritorios de los militares en un tabernáculo sagrado, inaccesible...

»Yo acuso al general Pellieux y al comandante Ravary de haber llevado a cabo una investigación criminalmente distorsionada...

»No ignoro que me expongo a las consecuencias previstas en los artículos 30 y 31 de la Ley de Prensa del 29 de julio de 1881, que castiga los delitos de difamación, y lo hago voluntariamente. Estoy a la espera.»

Ese 13 de enero, L'Aurore *vendió 200.000 ejemplares. La «carta» fue reproducida y las calles de París amanecieron con el «*¡Yo acuso...!*» de Zola en las paredes. La respuesta oficial fue contundente: el padre del naturalismo francés fue llevado ante los tribunales y, tras un tumultuoso proceso, condenado a un año de prisión y 3.000 francos de multa por «insultos al Ejército». Émile Zola huyó a Inglaterra sin que el exilio le impidiera continuar «la batalla por la humanidad». El general Pellieux, miembro del Estado Mayor, le acusó de ser «un enemigo de la Patria». Zola respondió: «Me gustaría preguntar al general Pellieux si no piensa que hay distintas maneras de servir a Francia. Se la puede servir con la espada y con la pluma. Sin duda alguna, el general Pellieux ha vencido en grandes batallas. Yo también he ganado las mías. La posteridad sabrá elegir entre el nombre del general Pellieux y el de Émile Zola.»*

En efecto, la posteridad ha elegido. Y por si fuera poco, la primera Liga de los Derechos del Hombre, creada en solidaridad con Zola durante la 12.ª y la 13.ª audiencia de su proceso, emprendió una ardua lucha que todavía continúa infatigablemente en nuestros días.

Cinq Centimes

ERNEST VAUGHAN

L'AURORE

Littéraire, Artistique, Sociale

J'Accuse...!

LETTRE AU PRÉSIDENT DE LA RÉPUBLIQUE

Par ÉMILE ZOLA

LETTRE A M. FÉLIX FAURE

Président de la République



UNE ERREUR JUDICIAIRE

LA VÉRITÉ

SUR

L'AFFAIRE DREYFUS

PAR

BERNARD-LAZARE

(SECONDE ÉDITION)



PARIS

P.-V STOCK, ÉDITEUR.

(Ancienne librairie TRESSE et STOCK)

8, 9, 10, 11, GALERIE DU THÉATRE-FRANÇAIS

PALAIS-ROYAL

1897

Col. particulière/Arch. Snark International

¿quién se animaría a bajar del barco cuando el rumbo ya estaba trazado y los vientos parecían soplar en una única dirección? No odiar a Dreyfus podía confundirse fácilmente con no amar a Francia; los miramientos con un posible traidor podían confundirse con la traición. El 22 de noviembre, el Consejo de Guerra reunido en Rennes dio un veredicto unánime: el capitán Alfred Dreyfus, convicto de traición a la patria, debía ser degradado y deportado de por vida a la siniestra Isla del Diablo, próxima a las costas de la Guayana.

En la fría mañana del 5 de enero de 1895, Dreyfus fue llevado al patio de la Escuela de la Guerra. Un destacamento de cada regimiento de París estaba presente en el acto. Junto a los representantes de las Fuerzas Armadas y del



Le Petit Journal/Coll. Kharbine-Arch. Snark International



Snark International

En la página anterior, arriba, el periodista y escritor Bernard Lazare, uno de los más acérrimos defensores de la revisión del proceso Dreyfus; abajo, portada de la segunda edición del libro que Bernard Lazare escribió sobre el affaire, denunciando el error judicial que había condenado a Dreyfus.

Sobre estas líneas, ilustración del atentado sufrido por el abogado Labori, conocido dreyfusista; un ejemplo más de la violencia desatada por el caso.

A la derecha, una escena del proceso a Zola, en la que aparecen enfrentados el teniente coronel Picquart y el coronel Henry (izquierda).

Gobierno, gentes como Drumont, Barrès y otros ideólogos del nacionalismo antisemita exultaban de entusiasmo. La multitud gritó enardecida: «¡Muerte a los judíos! ¡Judas a la cruz! ¡Guillotina para los hebreos!» Sin perder la calma, pero pálido y con la voz quebrada, Dreyfus proclamó su inocencia. Pero un sargento se acercó, le arrancó los galones y las medallas, y tomando su espada la quebró de un solo golpe sobre la rodilla. Dreyfus sólo acertó a gritar: «¡Viva Francia!» Pero ya era tarde. El ministro Mercier, cauteloso hasta el último momento, había manejado los hilos de la trama con tanta habilidad que la prensa de derechas, con el silencio cómplice o desconcertado del resto de las publicaciones, lo celebró como si Mercier acabara de ganar una gran batalla para Francia.

Las pruebas de la traición

En la inocencia de Dreyfus sólo creían su hermano Mathieu, su esposa Lucie Hadamard, hija de un próspero joyero, y un puñado de amigos, como el escritor Bernard Lazare, quien en su obra *El antisemitismo* ya había alertado sobre la marea antijudía que estaba invadiendo Francia. La comunidad judía, por su parte, no hizo ningún gesto de protesta. El miedo la mantenía paralizada.

Entre tanto, el Estado Mayor siguió investigando en busca de más implicados. Sandherr fue reemplazado por el general Picquart, que vio crecer día a día el *dossier* del caso Dreyfus: el comandante Henry no se cansó de alimentarlo con nuevas pruebas de la traición. En marzo de 1896, entregó a Picquart un paquete con más material obtenido en el despacho del conde de Schwartzkoppen. Entre los papeles, Picquart halló una carta enviada por el agregado militar alemán a un tal comandante Esterhazy. El nuevo jefe del Estado Mayor, por puras razones de rutina militar, solicitó informes sobre este oficial. Su ayudante le suministró todos los documentos que pudo encontrar, incluidas algunas anotaciones hechas por Esterhazy durante sus estudios en la Escuela de la Guerra. Entonces, Picquart se sobresaltó al no poder creer lo que estaban viendo sus ojos: la letra del comandante Esterhazy era un calco de la caligrafía tantas veces analizada en la famosa carta que originara el arresto del capitán Dreyfus.

De inmediato, Picquart informó al general Boisdeffre y éste al general Gonse, quien optó por la solución más fácil: no agitar otra vez las aguas, dejar las cosas como estaban, olvidarlo todo. Como por arte de magia, y por los mismos conductos interesados de siempre, la prensa nacionalista publicó nuevas y demoledoras pruebas, supuestamente obtenidas del *dossier* Dreyfus, que confirmaban la traición del ex-capitán judío. Sin embargo, Picquart insistió ante sus superiores: la letra de la carta era la misma que la de Esterhazy. A los pocos días, su condición de hombre molesto fue premiada con una «misión especial» en Túnez.

El affaire *en la obra de Proust*

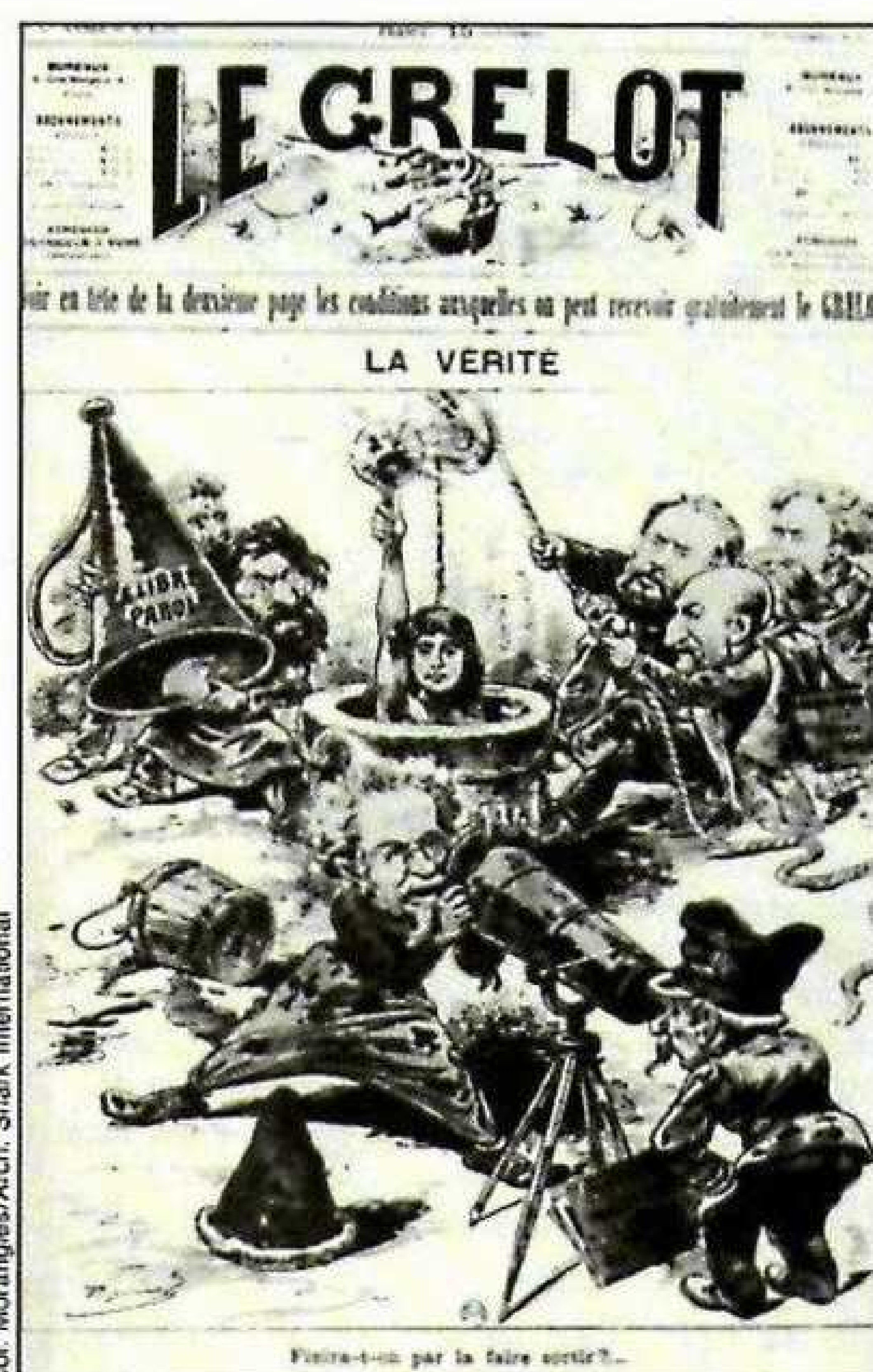
Como por una vorágine, toda la sociedad francesa se vio arrastrada por el affaire *Dreyfus. A partir del 1 de noviembre de 1894, no hubo reunión, tertulia ni charla de sobremesa donde, en algún momento, la conversación no se deslizara hacia el mismo tema. Todos los franceses sintieron la necesidad de definirse a favor o en contra del famoso capitán judío. A treinta años del* affaire*, Marcel Proust, un escritor cuya narrativa nada tiene que ver con los fervores del partidismo, no pudo sustraerse a los ecos del escándalo. En* A la busca del tiempo perdido*, la escritura de Proust vuelve a girar alrededor del caso Dreyfus. En* La prisionera*, Proust nos entreabre las puertas de uno de tantos momentos de esa Francia finisecular. Y en él escuchamos estas voces:*

«—Naturalmente —intervino el duque de muy mal humor—, los Rothschild, aunque tienen el tacto de no hablar nunca de ese abominable asunto, son dreyfusistas en el fondo del alma, como todos los judíos. Este es un argumento ad hominem *—el duque empleaba la expresión* ad hominem *un poco al tuntún— que no se pone bastante de relieve para demostrar la mala fe de los judíos. Si un francés roba o asesina, yo no me creo en el deber, porque sea francés como yo, de considerarle inocente. Pero los judíos no admitirán jamás que uno de sus conciudadanos sea un traidor, aunque lo sepan perfectamente, y les importan un bledo las catastróficas repercusiones que ese crimen de uno de los suyos puede provocar... En fin, Oriana, no dirás que no es gravísimo para los judíos el hecho de que todos ellos sostengan a un traidor. No dirás que es porque son judíos.*

»—Claro que sí —contestó Oriana, sintiendo, un poco irritada, cierto deseo de resistir al Júpiter tonante y también de poner "la inteligencia" por encima del asunto Dreyfus—. Pero es precisamente porque, siendo judíos y conociéndose a sí mismos, saben que se puede ser judío y no ser forzosamente traidor y antifrancés, como parece ser que opina monsieur Drumont. Claro que si hubiera sido cristiano, los judíos no se habrían interesado por él, pero lo han hecho porque se dan cuenta de que, si no fuera judío, no le creerían traidor tan fácilmente y a priori*, como diría mi sobrino Roberto.*

»—Las mujeres no entienden nada de política —exclamó el duque mirando fijamente a la duquesa—. Ese horrible crimen no es simplemente una causa judía, sino un inmenso asunto nacional que puede traer las más terribles consecuencias para Francia, de donde se debería expulsar a todos los judíos, aunque reconozco que las sanciones aplicadas hasta ahora lo han sido (de una manera innoble que debería ser revisada) no contra ellos, sino contra sus adversarios más eminentes, contra los hombres de primer orden, excluidos para desgracia de nuestro pobre país.»


Col. particulière/Arch. Snark International



Col. Morangiès/Arch. Snark International

¿A quién interesaba que, en Bruselas, el también judío Bernard Lazare hubiera publicado *La verdad sobre el caso Dreyfus*? Picquart ya había sido apartado, y con él en Túnez y Dreyfus en la Isla del Diablo, no habría problemas.

Primer asalto

Sin embargo, al margen del Estado Mayor, los acontecimientos iban a seguir otros derroteros. Inquieto por lo que había descubierto, Picquart decidió saldar cuentas con la historia y, unos días antes de partir rumbo a África, fue a casa de Leblois, un abogado amigo suyo, y le confió «en secreto» las pruebas de su descubrimiento. Leblois se sintió como si guardara una bomba en su despacho. Con ese ánimo recurrió a su amigo Charles Rissler, sobrino de Scheurer-Kestner, un viejo republicano alsaciano vicepresidente del Senado. Por esta insólita vía, el pasado insistía en volver al presente. Kestner visitó a Félix Faure, presidente de la República; a Billot, ministro de la Guerra, y a Méline, presidente del Consejo. Todos lo recibieron fríamente. Ni siquiera el liberal Clemenceau, salpicado por el escándalo del Canal de Panamá, se emocionó demasiado. Sólo el escritor Anatole France le respondió: «Estamos solos, pero venceremos», y le facilitó contactos con cierta prensa socialista. El «revisionismo» empezaba a tomar cuerpo y *La Libre Parole* volvió a la carga: «El sindicato judío —titulaba— conspira desde las sombras.» Pero algo nuevo se respiraba en el aire: *Le Figaro* hablaba del oficial Esterhazy y el secreto de Picquart llegó a la calle.

A instancias de Kestner, el socialista Castelin denunció la situación en el


Archivo RBA

Bib. Nationale. París/Col. Snark International

Bevilacqua/Salmer

En la página anterior, arriba, Scheurer-Kestner, vicepresidente del Senado y jefe de filas dreyfusista en el Parlamento; en el centro, un punto de vista humorístico sobre el *affaire*: Zola y Scheurer-Kestner esforzándose por sacar la verdad a la luz, mientras Drumont intenta impedirlo desde *La Libre Parole*; abajo, Marcel Proust, cuya obra no pudo sustraerse a los ecos del escandaloso *affaire*.

En esta página, arriba, *Le Matin* anuncia la inocencia de Dreyfus; a la derecha, Clemenceau, en cuyo diario *L'Aurore* publicó Zola su famosa carta «¡Yo acuso...!»; abajo, postal satírica: Esterhazy es «invitado» a hacer revelaciones.

Parlamento. París volvió a hervir de rumores y comentarios, pero la primera moción «revisionista» fracasó. Picquart, acusado por el Estado Mayor de dar falso testimonio, fue arrestado en la prisión militar de Mont-Valérien; el comandante Esterhazy desapareció de escena, y Scheurer-Kestner perdió la reelección para vicepresidente del Senado. Por su parte, *Le Figaro* editorializaba: «No hay nada más parecido a la verdad que la razón de Estado.» Ni el Régimen, corrupto pero victorioso, ni los «revisionistas» derrotados sospechaban que la voluntad de un escritor iba a sostener en alto el estandarte de una causa que parecía perdida.

«¡Yo acuso...!»

En efecto, el 13 de enero de 1898 el diario *L'Aurore*, de Clemenceau, publicó bajo el título *«¡Yo acuso...!»*, una carta abierta al presidente de la República. En ella se denunciaba al ministro Billot, a los generales Mercier, Boisdeffre, Gonse y Pellieux, al teniente coronel Paty de Clam y al comandante Ravary. La carta estaba firmada nada menos que por Émile Zola, un escritor que, emulando al fisiólogo Claude Bernard en el terreno de la literatura, se había ganado al público con novelas como *Nana, La tierra, Teresa Raquin* y *Germinal,* y había obtenido la Legión de Honor en 1893.

Este *«¡Yo acuso...!»*, transformado en panfleto, empezó a circular de mano en mano y, pegadas en los muros, sus denuncias podían leerse en la calle. Zola fue llevado a los tribunales y acusado de «propalar injurias contra el Ejército», pero su condena a prisión y a 3.000 francos de multa, que el escritor evitó exiliándose en Gran Bretaña, no hizo más que reabrir las viejas heridas. Francia volvió a dividirse en un campo de batalla en el que los intelectuales y la prensa constituían las respectivas vanguardias de dos fuerzas que ya no titubeaban en autoproclamarse «dreyfusistas» y «antidreyfusistas». Entre los primeros, hombres como Lucien Herr, Lucien Lévy-Bruhl, los jóvenes André Gide y Marcel Proust, Jacques Bizet, Pierre Louys, Charles Péguy, François Simiand y Octave Mirbeau entraron en liza, creando la Liga de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, un bastión de espíritu republicano y liberal cuya acción perdura aún en la actualidad. Y decididos a ganar a la opinión pública para «esta causa de la humanidad», organizaron su ofensiva en diarios y revistas como *L'Aurore, La Revue Blanche, Revue des Deux Mondes, La Lanterne, La*

Petite République y *Revue de Paris.* En el otro bando, los nacionalistas respondieron con la creación de la Liga Patriótica Francesa, institución cuyo significativo destino, tras su derrota a manos de los «dreyfusistas», sería reaparecer durante la Segunda Guerra Mundial bajo la ocupación nazi. En las páginas de *La Libre Parole, Le Petit Parisien, L'Eclair, L'Écho de Paris* y *Le Gaulois,* y levantando las banderas de la Religión, la Moral y la Patria, se alinearon personajes como Drumont, Barrès, Brunetière y Jules Guérin, curioso líder de la Liga Antisemita de Francia.

Pese a su resultado, el juicio de Émile Zola salpicó a las más altas magistraturas y a sectores destacados del Gobierno, del Ejército y también de una Iglesia marcadamente «antidreyfusista» hasta ese momento, que comenzó a plantearse la necesidad de modificar sus posiciones. La intervención del abogado Leblois ante el Tribunal fue decisiva para que el nombre de Picquart reapareciera, sembrando el desconcierto y la desconfianza en el seno mismo del Estado Mayor y sus oficiales más allegados.

Asalto final

El 13 de agosto de 1898, un militar adscrito al gabinete del general Cavaignac, el capitán Cuignet, descubrió las irregularidades cometidas por el comandante Henry. Dos semanas después, este hecho se convirtió en un secreto a voces. La agencia de noticias Havas lo lanzó definitivamente a la opinión pública a través de su boletín informativo. Y la prensa volvió a cargar sus cañones, esta vez con munición de nuevo tipo. Nuevos conductos, ahora interesados en una campaña de signo diferente, suministraron a la prensa los datos y argumentos de los partidarios de revisar el *affaire* Dreyfus. La relación de fuerzas había cambiado.

El teniente coronel Henry fue a parar a la cárcel. «Alguien» cuyo nombre sigue siendo un misterio para los historiadores dejó en su celda una navaja. El mes de septiembre se inició con su muerte, una muerte en la que las fronteras entre el suicidio y el asesinato resultan más que borrosas. La traición del desaparecido Esterhazy y el manto de callada complicidad que había cubierto sus actividades ensombrecieron la política oficial.

El Partido Socialista, aunque miraba con simpatía la causa de Dreyfus, no se había querido pronunciar «ante los problemas de la burguesía». Sin embargo, súbitamente advirtió que lo que estaba en juego era la suerte misma de la República, y su líder, Jean Jaurès, no dudó en convocar a la clase obrera «para complementar la acción de Émile Zola con la acción revolucionaria del proletariado». Un *dossier* de 374 páginas, elaborado por el capitán Cuignet, circuló por el Parlamento, y las mociones de revisión y de censura contra el Gobierno se sucedieron como una cascada de golpes demoledores. Los cambios de personas y la recomposición de los gabinetes ministeriales fueron sólo recursos desesperados de una política en franca agonía. En su recorrido por los diferentes escaños y despachos oficiales, el *dossier* de Cuignet pronto se vio acompañado por el *dossier* de la revisión del juicio contra Zola. Finalmente se desempolvó el propio *dossier* del proceso contra el capitán Dreyfus y, en una vorágine alucinante, saltó del Consejo de Ministros a la Cámara de lo Criminal y al Tribunal Supremo. A todos les quemaba en las manos, pero la suerte ya estaba echada. La dimisión del ministro de la Guerra, Brisson, despejó el camino y, el 29 de mayo de 1899, el Estado Mayor admitió «la eventual inocencia de Alfred Dreyfus». Acto seguido, el *dossier* del caso fue remitido al Consejo de Guerra que, tras febriles deliberaciones, decidió dar un primer paso: traer al reo a Francia. El 12 de agosto, Dreyfus regresó a París. La Isla del Diablo quedaba lejos, al otro lado del océano, como un capítulo trágico de una aventura cuyo final feliz ya comenzaban a saborear todos, incluso los que, después de asumir el papel de verdugos, deseaban ahora seguir jugando un papel protagonista en la nueva Francia del siglo XX.


L'Illustration-Coll. Kharbine/Arch. Snark International

21 de julio de 1906: Dreyfus es rehabilitado en el mismo escenario donde había sido degradado. En la fotografía, el momento en que le es impuesta la Legión de Honor.

Perdón para un inocente

El 1 de septiembre de 1899, el Gobierno ofreció el indulto al judío Dreyfus, «como medida de gracia». Los nacionalistas más recalcitrantes, como Drumont y Barrès, se opusieron, porque para ellos la «conspiración judía» continuaba y Dreyfus, pieza clave de la misma, era culpable. Por su parte, los socialistas radicales también se opusieron, pues consideraban absurdo «indultar a un inocente». Pero, para contrariedad de unos y desencanto de otros, Alfred Dreyfus, militar al fin, aceptó ser indultado. En una carta escrita a su esposa Lucie reveló sus motivos, muy elementales pero coherentes: «antes que nada, salvar la unidad de Francia y de sus Fuerzas Armadas.»

Este gesto de «buen francés» no impidió que el Tribunal Supremo proclamara su ya probada inocencia el 12 de julio de 1906, rectificando «algunos errores y equívocos» del viejo proceso de Rennes. El 21 de julio de ese año, en el mismo patio de la Escuela de la Guerra en el que había sido degradado, Dreyfus fue reincorporado al Ejército. En la misma ceremonia, el Gobierno le concedió la Legión de Honor.

Francia estaba contenta, la *intelligentsia* también, y Dreyfus, en paz con su conciencia y vistiendo su uniforme de artillero, era un hombre feliz. Durante la guerra del 14 sirvió en el parque de artillería de Vincennes; su quepis llevaría ya para siempre la aureola tricolor y, como corresponde a una nación grande y pujante, la Isla del Diablo no sería para Francia otra cosa que un paisaje más de los territorios de ultramar.

La Conferencia de Algeciras

El reparto de Marruecos

Miguel Ángel Bastenier,
periodista

Al comenzar el siglo XX, Marruecos se vio envuelto en un torbellino de intrigas políticas de alcance internacional. La Conferencia de Algeciras (16 de enero-6 de abril de 1906), forzada por la decisión alemana de defender la independencia de Marruecos frente a la tesis francesa de dividir el país en zonas de influencia, supuso la extensión de la rivalidad franco-germana al terreno colonial. El resultado fue la internacionalización económica del territorio marroquí y el encargo a Francia y España de la policía de sus puertos, lo que abrió el camino a la instauración de los respectivos protectorados en 1912.

Los once países que participaron en la Conferencia de Algeciras (Alemania, Austria-Hungría, Bélgica, España, EE.UU., Francia, Italia, Holanda, Marruecos, Portugal y Rusia) acordaron proclamar la internacionalización económica del Estado jerifiano —dejando a salvo su integridad— y proyectaron la creación de una Banca Nacional, encargando a Francia y España la policía de los puertos marroquíes. En la foto, sesión de la conferencia.



F. X. Rafols



Museo de Arte Moderno, Barcelona/Salmer

Fragmento del óleo de Mariano Fortuny La batalla de Tetuán. *El 4 de febrero de 1860, tropas españolas bajo el mando del general O'Donnell tomaron aquella plaza. Resultado de la campaña fue una ligera ampliación de las fronteras ceutíes y melillenses.*

A comienzos del siglo XIX, todo el mundo árabe, a excepción de Marruecos, se hallaba sometido al Imperio otomano. El reino alauita se independizó del califato de Damasco al poco tiempo de la conquista árabe del Norte de África en el siglo VII, y permaneció separado de la autoridad califal y de sus sucesores en Estambul, los turcos osmanlíes.

En 1830, Francia inició la conquista de Argelia, en realidad poco más que la capital y su hinterland, bajo la soberanía nominal de los turcos; hacia el sur se extendía el desierto, poblado únicamente por tribus insumisas. El desembarco de tropas francesas bajo el reinado de Luis Felipe, el «rey burgués», pareció a los poderes europeos de la época una más de las «correrías ibéricas» de siglos anteriores, que habían llevado al establecimiento de las plazas de soberanía española de Ceuta y Melilla y a tomar y perder Argel, Orán, Bugía y Trípoli un buen número de veces en los trescientos años precedentes. ¿Qué podía interesar en aquella tierra árida y sin valor comercial a una potencia europea? Ni Estambul, que apenas opuso una resistencia nominal, ni Gran Bretaña concedieron mayor importancia al hecho cuando, en realidad, Francia daba comienzo al gran episodio imperial del reparto del mundo africano.

Inicialmente, Marruecos, bajo la soberanía del sultán 'Abd al-Rahmān (r. 1822-59), dejó hacer a los franceses sin pensar en socorrer al pueblo islámico de la costa de Berbería. Pero la resistencia del emir 'Abd al-Qādir, que reclutaba a sus fieles tanto en Argelia como en tierra marroquí, provocó lo que podía considerarse primera conmoción moderna de la opinión pública en el país, que clamaba por la guerra contra el infiel. La derrota del Ejército real jerifiano en el río Isly (1844) vino a demostrar que la tecnología occidental hacía imposible la resistencia, y que no podían oponerse caballos a cañones. La convención franco-marroquí de Lalla Maghnia, el 18 de mayo de 1845, estableció el primer trazado de fronteras entre la tierra argelina conquistada y Marruecos, que inevitablemente constituiría desde entonces una presa apetecida.

Privilegios consulares y aduaneros

El ataque europeo a la soberanía marroquí ya había comenzado a mediados del siglo XVIII con el establecimiento de los inicuos tratados consulares, el primero de ellos suscrito con Londres en 1750. Y continuó durante todo el XIX a través del ciclo infernal de los empréstitos internacionales, que eran a un tiempo el único medio del *Makhzen* —nombre dado a la soberanía efectiva de la Corona sobre una parte del territorio y, por extensión, al propio Gobierno del país— para procurarse fondos ante la necesaria modernización de Marruecos con la que combatir la invasión económica extranjera y, paradójicamente, el propio agente de esa penetración.

Los dos primeros tratados consulares, el de Londres y el de París, suscrito este último en 1767, no sólo consagraban la exención tributaria y el establecimiento de una jurisdicción propia para los extranjeros, comerciantes o agentes consulares en Marruecos, sino que hacían extensiva una y otra a todos los naturales del país depen-


Combate entre argelinos y franceses por la ciudad de Constantina, que tras un largo cerco sería tomada en 1837. La invasión de Argelia, iniciada en 1830 bajo el reinado de Luis Felipe, abrió el reparto del continente africano entre las potencias coloniales europeas.

A.G.E.

dientes de ellos (desde intérpretes hasta personal del servicio doméstico). En la práctica, ese sistema, ya de por sí humillante para el poder real, se extendió como una mancha de aceite por la sociedad marroquí, convirtiéndose en un gran negocio de «venta de la protección» extranjera a notables y comerciantes intermediarios, que compraban esos privilegios como quien adquiere acciones en bolsa, al tiempo que con sus titulares se formaba una vasta clientela de intereses hipotecados al extranjero. También el Consulado de Estados Unidos se dedicó intensamente a esa práctica, con la venta de patentes de nacionalidad norteamericana a personas que ni siquiera conocían el idioma ni visitarían en su vida la tierra de su cédula de identidad. La comunidad judía, muy en particular, fue la espina dorsal de esa red de quintacolumnistas de Occidente.

En 1856, Gran Bretaña tomó de nuevo la delantera a Francia y España con la firma de un tratado que le otorgó los primeros privilegios aduaneros, tales como exención de derechos a la entrada de manufacturas y libre exportación de grano, siempre a cambio de contraprestaciones financieras liberalmente distribuidas entre los personajes de la Corte y el propio soberano.

España, que apenas hacía unas décadas había librado sin éxito su última batalla para mantenerse en el suelo continental americano, intentó negociar con el sultán un tratado más ventajoso que el británico, y aprovechó un incidente con las tribus próximas a las plazas norteafricanas para lanzar un ejército de 50.000 hombres, mandados por O'Donnell, a la conquista de Tetuán. Tras unos meses de combate, más con la geografía y los abastecimientos que con el enemigo, cayó la ciudad el 4 de febrero de 1860. El nuevo sultán, Muhammad IV (r. 1859-73), tuvo que firmar el Tratado de Ceuta (26 de abril de 1860), por el que se operaron algunas rectificaciones fronterizas en torno a las dos plazas españolas del Norte de África y se condicionó la evacuación de Tetuán al pago de una indemnización de 20.000 duros. Dos años después, cuando todavía no se había abonado todo el «rescate», las presiones británicas obligaron a España a soltar su presa. Pero el pago de la deuda exterior y los costes de la guerra permitieron a Londres entrar de nuevo en el juego diplomático: Gran Bretaña concedió un empréstito al sultán para pagar a los españoles. Únicamente la percepción de ciertos derechos sobre las aduanas marroquíes podía avalar el préstamo, y así comenzó a prepararse la ruta hacia el protectorado.

La Conferencia de Tánger

Marruecos estaba en la ruina. España no tenía dificultades en imponer condiciones al sultán, y con mayor motivo, Francia obtuvo en 1863 la firma de una convención que hizo extensivos todos los privilegios concedidos a Londres a la rapacidad de París. El juego diplomático británico varió entonces sutilmente. Mientras consolidaba su poder en la India, Gran Bretaña se interesó más por tratar de impedir la sumisión de Marruecos a Francia que por extender sus colonias en aquella parte de África. La pugna por el control del Canal de Suez a fines de los años 60 aconsejó una guerra de posiciones y no un ataque frontal. Londres

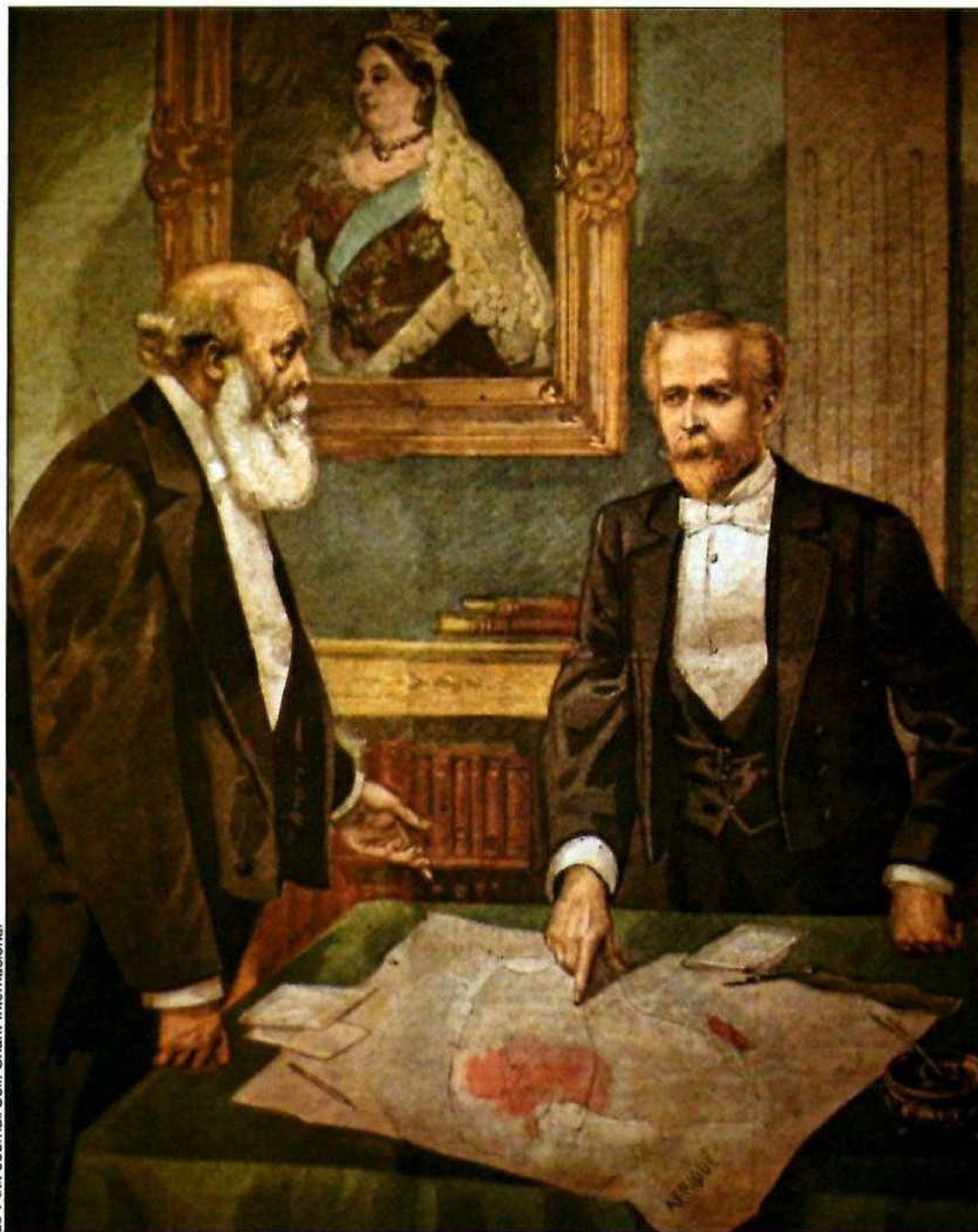
Eugène Étienne, el imperio como empresa

Eugène Étienne (1844-1921), fue el gran dinamizador de la colonización francesa en el Mogreb, y el verdadero amo y señor de la política de la metrópoli, aunque rivalidades de pasillo le privaron del Ministerio de Colonias que tanto ambicionaba. Gran terrateniente africano, supo crearse una vasta clientela de protegidos en Argelia, Marruecos y Túnez, y la puso en movimiento, provocando terremotos de opinión pública, cuando le convenía, para presionar al Gobierno. En ocasiones, sin embargo, el Gobierno fue él mismo, como cuando desempeñó la cartera del Interior de 1905 a 1906, y la de la Guerra de 1912 a 1913. Anteriormente había sido elegido subsecretario de Colonias en 1887, y nuevamente mantuvo el cargo de 1889 a 1892, bajo tres gobiernos sucesivos. Fue diputado casi vitalicio por Orán de 1881 a 1919, y hasta su muerte, senador de la III República.

Político mediocre, de una insigne incultura, estuvo en cambio dotado de un talento excepcional para llevar adelante el proceso de explotación de las colonias norteafricanas.

Su credo se resume en unas palabras que pronunció públicamente en 1897: «El único criterio a aplicar en toda empresa colonial reside en la suma de ventajas y beneficios que se deduzcan para la metrópoli.» Como líder del lobby *norteafricano Comité du Maroc fue considerado por todos como ministro de Colonias* de facto, *y, por lo demás, no precisamente un ministro en la sombra.*

prometió su asentimiento para dar marcha atrás en el régimen de las *capitulaciones*, nombre dado a la exención de jurisdicción e impuestos a los extranjeros y sus dependientes. En 1877, el nuevo sultán Hasan I (r. 1873-94) logró llevar hasta la mesa de conferencias de Tánger a las principales potencias europeas, entre ellas Francia, España, Italia y Alemania, amén de sus supuestos protectores, los británicos. Los trabajos concluyeron al año siguiente, y dos años más tarde (1880) volvieron a reunirse las potencias en Madrid, en una nueva conferencia que fue más bien una cita de acreedores de lo que entonces aún no se llamaba Tercer Mundo. Durante la reunión de Tánger, buques de guerra franceses



Le Petit Journal/Coll. Snark Internacional

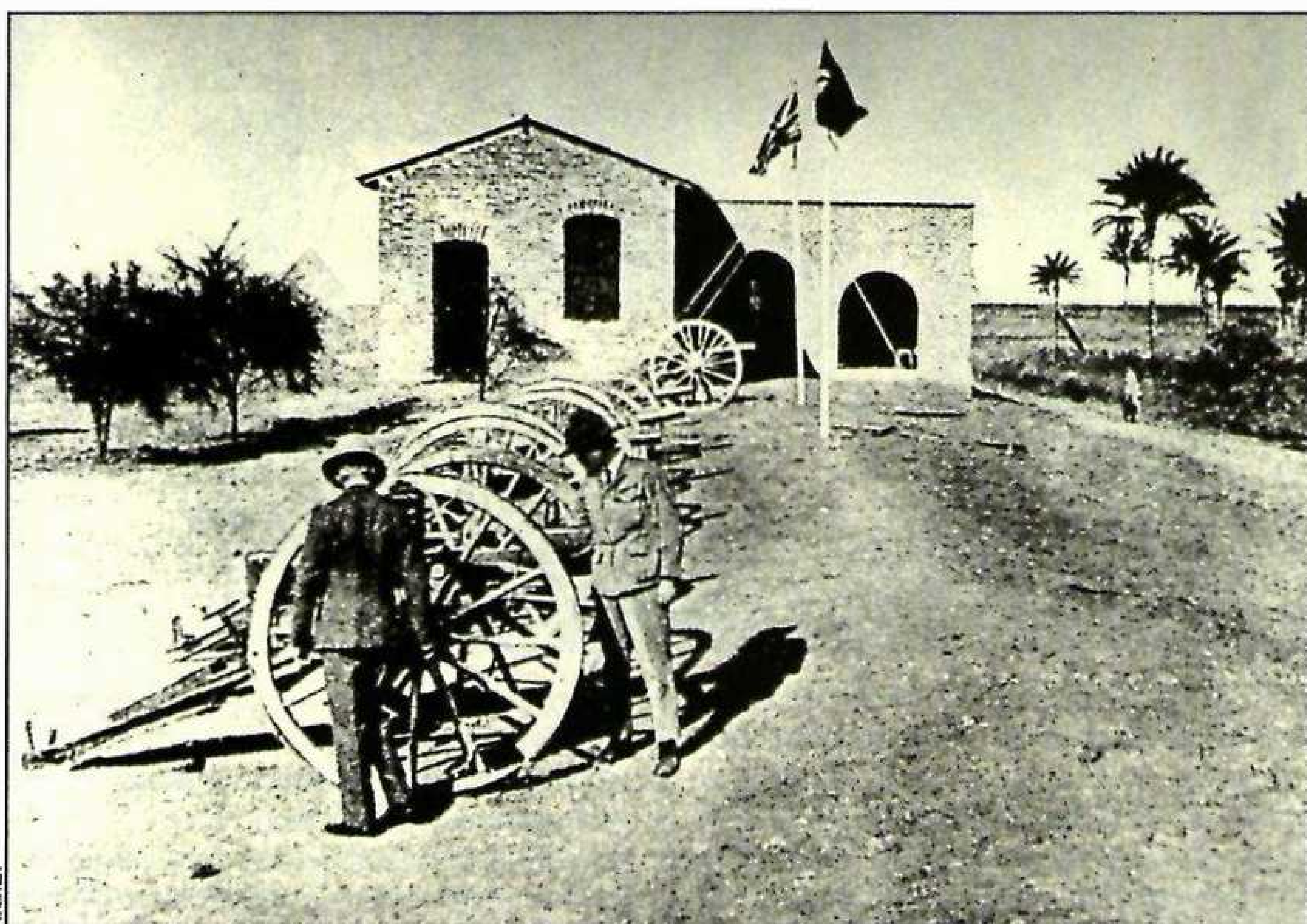


Goldner

Arriba, lord Salisbury (izquierda), ministro de Colonias británico, y Paul Cambon, embajador francés en Londres, discuten el reparto de las zonas de influencia en África. Los franceses dejarían las manos libres a los británicos en Egipto; a cambio, los británicos cerrarían los ojos a las intrigas de los franceses en Marruecos: una vieja regla del imperialismo. Abajo, caricatura francesa alusiva al «protectorado» anglo-francés en África.

En la página siguiente, arriba, la expedición de Marchand camino de Fachoda (1898); abajo, a la izquierda, las banderas británica y egipcia ondean en aquel enclave del Alto Nilo; a la derecha, Delcassé, ministro francés del Exterior.


A.G.E.


A.G.E.


Coll. Violet

dejaron ver sus chimeneas por la punta de Tarifa para subrayar la firmeza de la postura de París, mientras que Londres no pudo extremar su celo de neófito en la defensa de los intereses marroquíes, porque la diplomacia del alemán Bismarck sirvió de adecuado contrapeso. El canciller prusiano quería que Francia, derrotada en la guerra de 1870, encontrara otros horizontes en los que resarcirse de sus frustraciones, y para eso bien valía el campo de maniobras marroquí. En Tánger y Madrid, lejos de ceder las potencias aspirantes a la futura colonización, se estableció el derecho de propiedad de los extranjeros en todas las tierras del Imperio alauita. Paralelamente, la introducción de la moneda europea en el país condujo a la depreciación de la acuñación nacional, que llegó a desaparecer del mercado.

Incidente en Fachoda

A finales del siglo XIX, la economía marroquí estaba controlada por Francia y, en menor medida, por Alemania y Gran Bretaña, con España como «pariente pobre»; la única garantía para el precario mantenimiento de la independencia mogrebí era la rivalidad franco-británica. Tras la Conferencia de Berlín de 1885 se inició la carrera entre Londres y París por el control de África Oriental. En 1898, un destacamento francés mandado por el capitán Marchand llegó a Fachoda, en las fuentes del Nilo, apenas unos meses antes de que lo hicieran, en mayor número, los hombres del general británico Kitchener. (El Alto Nilo era la clave de lo que luego sería toda la región de Uganda y Kenia.) Cuando ya el enfrentamiento parecía inevitable, Marchand recibió la orden de retirarse. A cambio de la renuncia en África Oriental, París recibió garantías británicas en Sudán Oriental, hoy Malí. La hora del reparto de Marruecos, que el primer ministro británico lord Salisbury había vaticinado para el momento inminente en que hubiera que dividir el Imperio otomano, estaba ya muy próxima. El ejército francés buscaba un desquite tras la humillación de Fachoda y se sentía acorralado ante la opinión pública por la evolución del *affaire* Dreyfus, el caso



Hemeroteca Municipal. Madrid

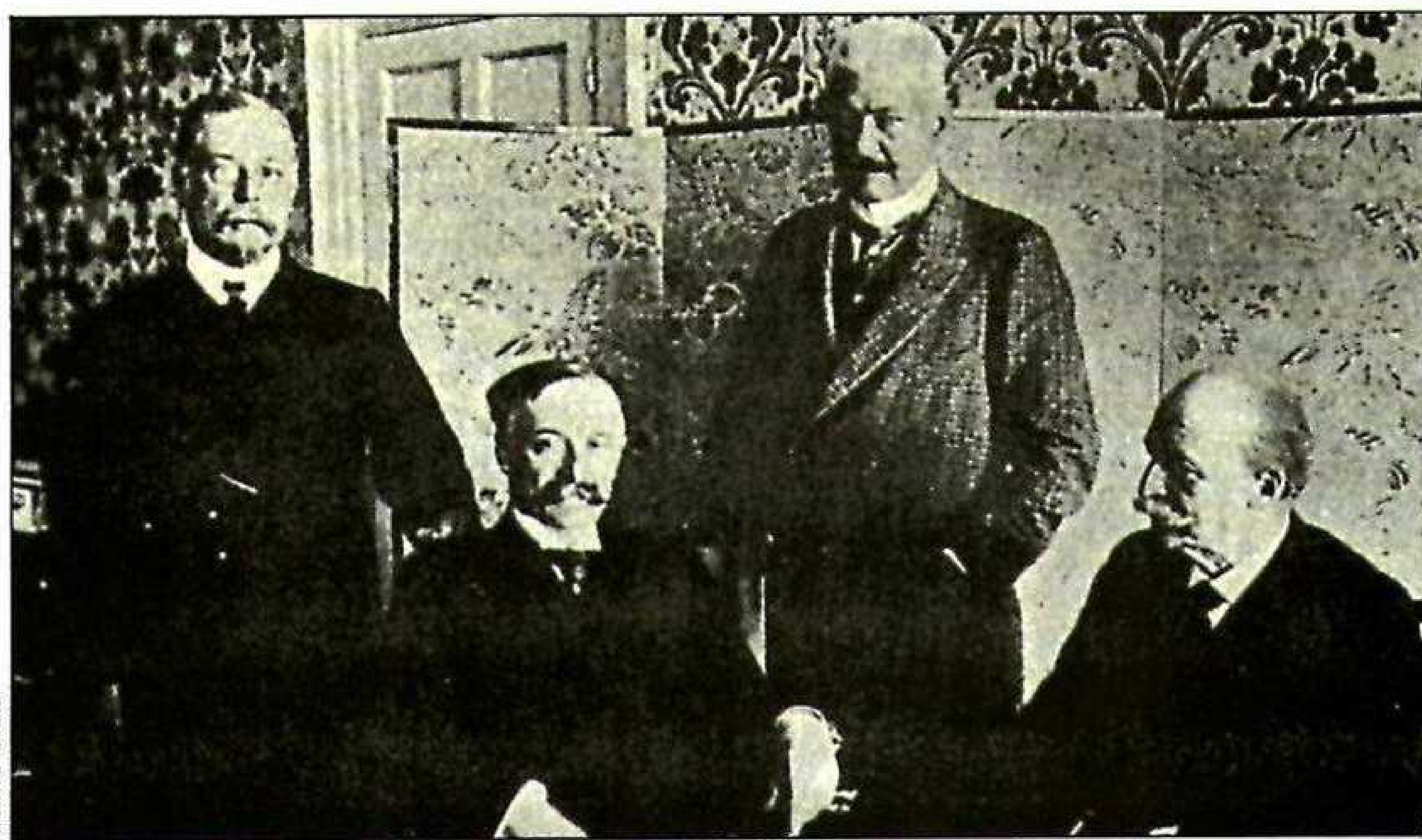




Hemeroteca Municipal. Madrid



Hemeroteca Municipal. Madrid



Archivo Orbis



Archivo Orbis

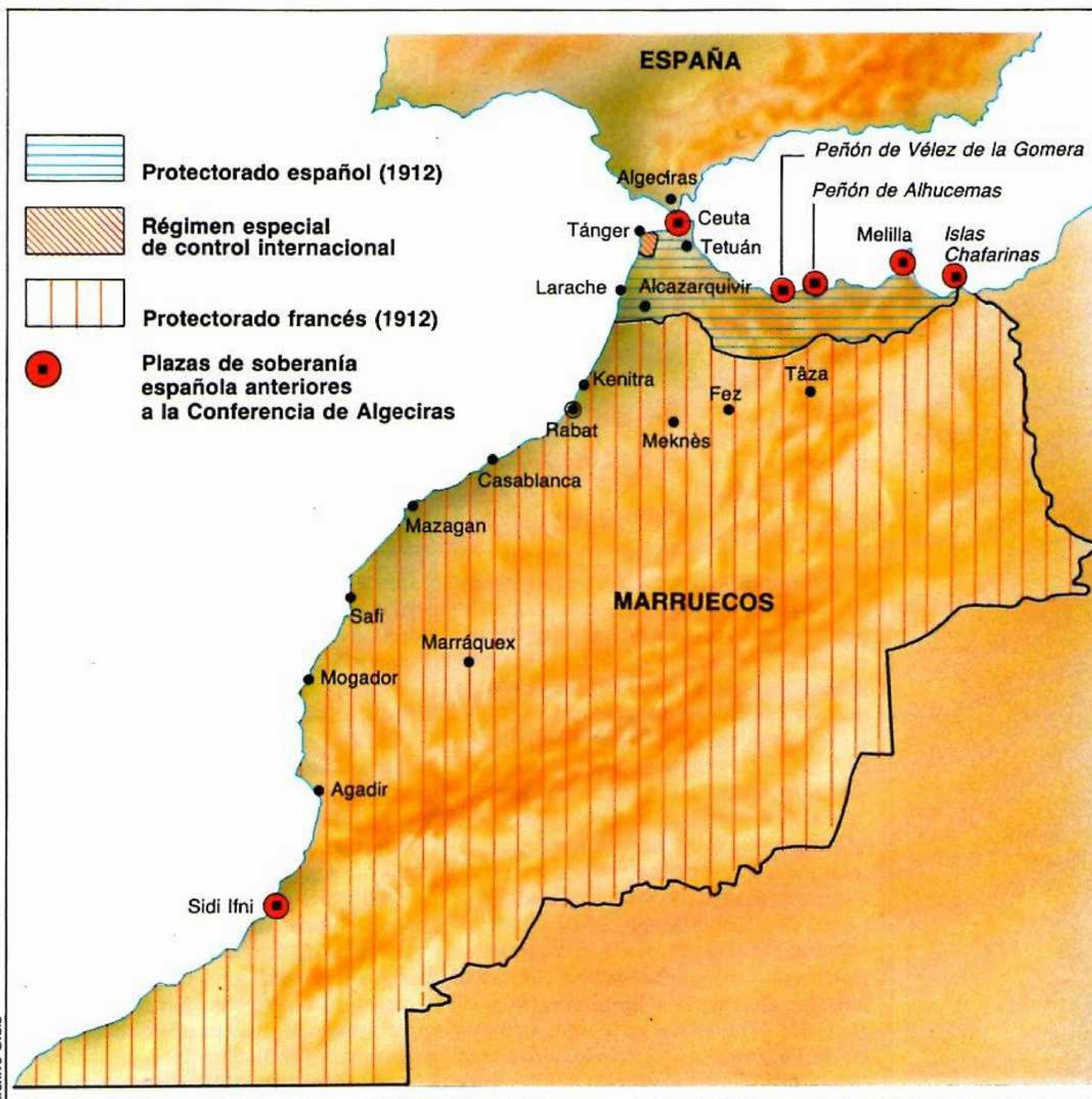
del oficial judío erróneamente acusado de traición en favor de Alemania. Por añadidura, la guerra anglo-bóer (1899-1902) por el control de lo que hoy es Sudáfrica, apartó a los británicos de toda tentación mogrebí. A comienzos de siglo, Francia utilizó en su provecho el tratado fronterizo firmado con Marruecos medio siglo antes, plagado de vaguedades, para ocupar las zonas limítrofes de Tikidelt, Jerara y Tuat. Una serie de protocolos firmados esos años no estipularon la retirada francesa, sino el condominio de hecho sobre la zona, aunque reconocían la soberanía nominal mogrebí. Por primera vez, los soldados franceses se establecieron en Marruecos.

Hubert Lyautey y la «marcha hacia el Oeste»

Un nuevo sultán, ‘Abd al-‘Azīz, subió al trono en 1894. Era joven y, al decir de todos, inteligente y relativamente cultivado. Un ex-oficial escocés, MacLean, se convirtió en su *alter ego,* y la afición del monarca por los *gadgets* occidentales, su reverencia por los consejos del británico y su fe en que sólo la europeización de Marruecos podía salvar al país de Europa, provocaron entre sus súbditos una ola de hostilidad, que se acentuó al circular el malicioso rumor de que el sultán quería abrazar la religión cristiana.

Un coronel francés, veterano de Indochina, Hubert Lyautey, se hizo cargo del mando en las zonas disputadas entre Argelia y Marruecos. Ascendido pronto a general, inició sin permiso del Ministerio de la Guerra la táctica de la «ocupación por contagio», que había aplicado con gran éxito en el Sudeste de Asia. Su plan era ocupar toda la franja fronteriza entre el Mediterráneo y el río Saura, para lo que tomó en 1903 el nudo de comunicaciones de Béchar (que une el Alto Guir con el Tafilelt, el oasis de Tuat y el Sudán francés) y en 1904 Ras el-Aini.

París, que prefería la táctica de la persecución de los «malhechores» con



En la página anterior, a la izquierda y de arriba abajo, páginas de la prensa humorística española satirizando diferentes aspectos de la Conferencia de Algeciras: el concepto de «penetración pacífica», la larga duración de la cita y la personalidad del duque de Almodóvar, que presidió la reunión de los delegados.

En la página anterior, a la derecha, arriba, los representantes de Francia (izquierda) y Alemania (derecha) en la conferencia. La postura francesa abogaba por el reparto de zonas de influencia entre Francia y España; la germánica defendía la internacionalización del reino de Marruecos.

En la página anterior, a la derecha, abajo, una tarjeta postal humorística que muestra al káiser Guillermo II protegiendo a Marruecos de las otras potencias.

En esta página, mapa de Marruecos con la demarcación de los protectorados español y francés según el acuerdo firmado por ambos países en 1912. La única excepción divisoria la constituía la plaza de Sidi Ifni, de soberanía española, enclavada en pleno protectorado francés.

regreso a los puntos de partida, se calló ante el *fait accompli* y los manejos del poderosísimo *lobby* marroquí, Comité du Maroc, dirigido por un personaje de un cinismo abierto y fascinante: Eugène Étienne, un cacique meridional con poderosas influencias en la metrópoli. Este veterano terrateniente de Argelia, hombre sin apenas cultura, varias veces ministro de la III República y esgrimidor de una de las peores sintaxis que se han conocido en los pasillos ministeriales franceses, exhortó a los grandes propietarios de Argel a no pelearse por un magro botín cuando tenían las feraces tierras marroquíes, supuestamente ricas en toda clase de minerales, al alcance de la mano. La «marcha hacia el Oeste» de las caravanas de colonos siguió a las vanguardias de Lyautey.

El tablero diplomático

El ministro de Asuntos Exteriores francés, Théophile Delcassé, temía a Étienne y quería contrarrestar la influencia británica de MacLean y del corresponsal del *Times,* Harris, por medio de lo que llamaba «una sutil diplomacia». Ésta consistía en una entente latina para dividirse el Norte de África bajo la hegemonía francesa. Para ello, el 30 de junio de 1902, se llegó a un tratado secreto con Italia, por el que París y Roma se dejaban las manos libres respectivamente en Marruecos y Libia, y regulaban los derechos de los colonos italianos en Túnez. Con España, tercer vértice de ese triángulo, se pactó también en secreto una línea divisoria de las respectivas zonas de influencia, que iba desde la desembocadura del Muluya hasta el río Mesun, y hacia el oeste por el curso del Messes con salida al Atlántico siguiendo el río Sebú. Este reparto dejaba la capital, Fez, y Tâza en la parte española. Cuando Étienne tuvo conocimiento del «regalo» que se quería hacer a España, puso el grito en el cielo, lo que, unido a las presiones británicas sobre Madrid para impedir una fuerte presencia española que rodease Gibraltar, hizo desvanecerse la oportunidad de que España suscribiera el acuerdo.

Era preciso que Londres llegase a entenderse con Francia para que, a su vez, París pudiera pactar tranquilamente con Madrid. El acuerdo llegó el 8 de abril de 1904; recíprocamente, ambas potencias se reconocieron sus derechos exclusivos sobre Egipto, en el caso británico, y sobre Marruecos, en el francés. El 3 de octubre se dio a conocer lo que quedaba para España, cuyos intereses habían sido vivamente apoyados por Alemania, inquieta de que a la rivalidad franco-británica hubiera sucedido un preludio de entente con más vastas perspectivas. A Madrid le corresponderían los macizos litorales hasta el río Muluya, con una fachada en el Mediterráneo de 450 kilómetros y de tan sólo 75 km en el Atlántico, y con la exclusión explícita de Tánger, que quedaría bajo control internacional. Sebú, Tâza, Fez y Ouezzân cayeron en manos francesas. El minúscu-

‘Abd al-‘Azīz, el «sultán cristiano»

‘Abd al-‘Azīz (1878-1943) subió al trono alauita en 1894, cuando sólo contaba 14 años, gracias a los manejos de uno de los notables de la Corte, Ba Ahmed, que consiguió que los doctores de la Ley le apoyaran a pesar de que tenía hermanos mayores y presumiblemente mejor preparados para suceder a su padre, Hasan I. Durante los primeros años de reinado, Ba Ahmed ejerció la verdadera regencia, pero a su muerte en 1900, el joven ‘Abd al-‘Azīz se vio forzado a ejercer un poder para el que no carecía de inteligencia, aunque sí de la necesaria personalidad.

A los veinte años, el sultán era un hombre alto pero ya embotado y con tendencia a engordar, de mejillas gruesas y salpicadas por una barba tan irresoluta como su carácter. Buen musulmán, pero no fanático, era hostil a todas las demostraciones del antiguo ceremonial, lo que unido a su afición por los juguetes mecánicos que venían de Occidente y su preferencia por los consejeros británicos, dio pie al infundado rumor de que pensaba convertirse al cristianismo. Su intento de modificar el ancestral sistema tributario islámico por un impuesto sobre la propiedad de la tierra fue considerado, no como la revolución fiscal que era, sino como un intento de cristianización moral del país.

En sus últimos años, ‘Abd al-‘Azīz no era más que un prisionero de sus debilidades encerrado en su palacio de Fez, donde poseía el que probablemente era único ascensor de todo Marruecos, y por cuyas salas solía pasearse en un triciclo movido a gas desde el que hacía fuego sobre todo lo que se le antojaba con un moderno fusil norteamericano. Tras su abdicación en 1908 se retiró a vivir a Tánger, donde, pese a la relativa generosidad con que le había tratado el conquistador francés, ya no podía costearse ascensores ni otras «excentricidades» mecánicas.



F. X. Ratols



EFE

Arriba, a la izquierda, el sultán ‘Abd al-‘Azīz (r. 1894-1908); a la derecha, su hermano Muley Hafid (r. 1907-12). Sublevado contra ‘Abd al-‘Azīz, Muley Hafid no fue reconocido en Fez hasta 1908 y en el extranjero hasta 1909; admitió el protectorado (1912) a cambio de ayuda.

En la página siguiente, el general francés Moinier es recibido por los notables de Fez tras liberar a los europeos asediados en la ciudad por las cabilas del norte, contrarias a la política de Muley Hafid (1911). Esta acción provocó una nueva crisis marroquí.

lo premio de consolación para España fue el reconocimiento de una zona de pesquerías y control de unos 2.500 km² en Ifni, que ya había sido otorgado a Madrid bajo el nombre de Santa Cruz de Mar Pequeña en el tratado de 1860. El reparto, cuando aún no se hablaba oficialmente de protectorado, era un segundo «noventa y ocho» español.

A la presión política siguió la presión económica. El sultán ‘Abd al-‘Azīz se había ido encerrando en la Corte rodeado de favoritos y buscaba la modernidad en caprichos mecánicos: el presupuesto de las atenciones reales representaba el 10 % de los recursos anuales. Pero el 12 de junio de 1904, el monarca, al que no se puede negar su obstinación en resistirse a las presiones francesas, debió rendirse a su propia bancarrota y aceptar un empréstito al 5 % con fecha del 1 de julio siguiente, por el que Marruecos recibía 48 millones de francos y suscribía una deuda de 62.500.000, para reembolsar créditos anteriores. El préstamo, facilitado por el Banco de París y los Países Bajos (Paribas), tenía como garantía el 60 % de los ingresos aduaneros durante los 35 años siguientes. Paralelamente se designó a un delegado francés en cada uno de los principales puertos para controlar la remisión de la deuda.

Francia, consciente de la magnitud de su victoria sobre la camarilla británica del sultán ‘Abd al-‘Azīz, pretendió establecer ya entonces el protectorado en todo menos en el nombre. Con este propósito comenzaron las negociaciones para formar batallones indígenas, a fin de que, bajo el mando de oficiales franceses, constituyeran la guarnición de las principales ciudades. Al mismo tiempo se creó una banca estatal con representación de las grandes compañías francesas presentes en Marruecos, y se hizo concesión de las Obras Públicas a firmas galas. La diplomacia alemana, que había tenido su luna de miel con la corte alauita a finales del siglo anterior, despertó entonces ante la alarma de la inminente instalación francesa en Marruecos, y el cónsul general alemán, Kühlmann, alentó a ‘Abd al-‘Azīz a la resistencia. Paralelamente, el káiser Guillermo II hizo escala en Tánger el 31 de mayo de 1905, en plenas conversaciones, se entrevistó con un tío del sultán y pronunció unas palabras ante la colonia alemana congregada en el Consulado. Sus declaraciones, relativamente inocuas, fueron manipuladas por Kühlmann con consentimiento de la Wilhelmstrasse, convirtiéndolas en una garantía pública de la independencia y de la integridad territorial de Marruecos. Francia anotó, sin embargo, que en lugar de una declaración ante un auditorio marroquí, Alemania se limitaba a emitir un comunicado de prensa.

La Conferencia de Algeciras

El sultán trató de repetir con mejor suerte la celebración de una conferencia internacional para detener la ofensiva francesa, contando con la ayuda de Alemania y de Gran Bretaña y, además, con el resentimiento de España tras el anterior reparto. En 1905, la derrota de los rusos en Mukden en la guerra contra Japón dejó en mala posición diplomática a Francia, que confiaba en la alianza zarista para contrapesar las influencias de Berlín, y el canciller Von Bülow obligó a París a aceptar la reunión de Algeciras, lo que significó la dimisión a Delcassé el 6 de junio de ese año. Pero pocos meses antes de la conferencia, que comenzó en enero de 1906, la diplomacia internacional hizo una mala pasada a Marruecos con la firma del tratado germanoruso de


Archivo Orbis

Björko (24 de julio de 1905), por el que Guillermo II y el zar Nicolás II suscribieron una alianza defensiva. En Berlín se enfriaron de nuevo los ardores promarroquíes, y el 28 de septiembre un acuerdo francoalemán otorgó a Francia la plena organización de la policía en los puertos intervenidos.

El 6 de enero de 1906 se reunieron en Algeciras los representantes de 11 potencias: todas las europeas interesadas, con Francia, Alemania, Italia, Gran Bretaña, España y Austria-Hungría a la cabeza, más Marruecos y los Estados Unidos. Marruecos, con la ayuda de Alemania y quizá de Estados Unidos, esperaba contener las pretensiones francesas; con Gran Bretaña no cabía contar, porque la tensión europea hacía que el eje París-Londres se perfilara como más valioso que las eventuales recompensas marroquíes.

La cuestión de la policía fue la más importante de las tratadas, puesto que quien gozara de la fuerza acabaría imponiendo sus puntos de vista, cualesquiera que fueran los pactos financieros suscritos. El delegado francés Révoil y el marroquí El Mokri eran los únicos que sabían lo que querían conseguir en Algeciras. El alemán y el norteamericano sólo sabían lo que no querían, y el primero estaba dispuesto a aceptar compensaciones financieras por no impedir el triunfo de Francia. El acta final de la conferencia se firmó el 7 de abril de 1906, después de tres meses de trabajos, con una fórmula que permitía a Alemania salir dignamente del paso, como era el reconocimiento solemne de la independencia marroquí. También se afirmaba el principio de la organización internacional en la constitución de la Banca Nacional marroquí, una vieja pretensión francesa; se acordaba el régimen comercial de puertas abiertas, y el nombramiento de un inspector de un país no directamente interesado, designado por todas las potencias, para controlar la policía. En la práctica, Francia se aseguraba el control con la ocupación de cuatro puertos —Rabat, Mazagan, Safi y Mogador (actualmente, Esaouira)—, mientras que a España le correspondían los de Tetuán y Larache, y Tánger y Casablanca quedaban bajo un régimen de control mixto. En la Banca Nacional, pese a que cada signatario tenía una sola parte del capital social, Francia poseía de hecho tres, puesto que el consorcio que había facilitado los empréstitos y la delegación que los había negociado eran francesas y tenían también su parte; de ese modo, Paribas poseía el control real sobre las finanzas marroquíes. Únicamente en el aspecto político se mantenía una relativa incertidumbre, puesto que se contemplaba la posibilidad de una intervención internacional —lo que podía convenir a Alemania— si Francia desbordaba el marco de sus atribuciones en las zonas portuarias.

Muley Hafid y la resistencia mogrebí

La firma del acta de Algeciras por parte de 'Abd al-'Azīz supuso el principio de la ruptura irreparable con su pueblo, que veía cómo una fuerza extranjera secuestraba la soberanía de sus principales puertos. A partir de ese momento se inició la descomposición del poder real, con la secesión de las tribus del interior, que rompieron las hostilidades contra los soldados de Lyautey en vista de que el sultán no decretaba la *jihad* o guerra santa. En noviembre de 1907, Clemenceau, que había sucedido a Rouvier en el Ministerio de Asuntos Exteriores, daba carta blanca al general para que reprimiera los disturbios dentro y fuera de su zona.

Muley Hafid, el último sultán de la independencia

Muley Hafid (1875-1937), hermano del sultán legítimo 'Abd al-'Azīz, se autoproclamó sultán de Marruecos en 1907, cabalgando a medias entre la tentación de apoyarse en los franceses —que habían llegado a ver en él una alternativa manejable a su voluble pariente— para afirmarse en el trono, o buscar el apoyo de los sectores nacionalistas de su pueblo contra los franceses, con el riesgo de perder entonces la corona. A la postre, su abdicación en 1912 corroboró que ni como enemigo ni como amigo podía medirse con Francia.

Sin embargo, Hafid se reveló como un hombre inteligente y cultivado, muy bien informado de los problemas internacionales, y un negociador hábil dado a los golpes de efecto. Para sus enemigos, que eran muchos, fue un hombre vengativo y cruel, obsesionado por el erotismo, dado a la juerga etílica y buen catador de droga. Fuentes diplomáticas alemanas, que lo manipularon como eventual títere contra Francia, lo calificaban de aficionado al hachís y al champagne, añadiendo que al entablar una conversación con él «era difícil discernir lo que debía a la palabra de Dios o a las delicias de los narcóticos».

Su abdicación costó a Francia tres días de ásperas discusiones, jalonadas de crisis nerviosas más o menos escenificadas por el propio sultán, una prima de 40.000 libras esterlinas y una mensualidad de 375.000 francos de por vida. Trasladado a España tras una estancia en Tánger, Muley Hafid fue en los años veinte un paseante habitual de las Ramblas de Barcelona, donde solía vérsele acompañado por su amiga más asidua: la entonces gran cupletista Carmen Flores.

Forzado a abdicar, demostró en cierta medida su orgullo e inteligencia al ordenar que quemaran simbólicamente los emblemas sagrados de su posición: el pabellón escarlata que había llevado sobre la cabeza en las ceremonias oficiales, la litera en la que le transportaban...

Muchos años después de su abdicación al trono de Marruecos, Muley Hafid aún contaba a sus contertulios cuánto lamentaba no haber hecho pagar más caro su exilio.

Lyautey, «príncipe de los procónsules»

Hubert Lyautey (1854-1934), llegó a Marruecos con el grado de coronel, cuando ya pasaba de los cuarenta. Por su edad no había podido combatir en la guerra franco-prusiana de 1870, y la Primera Guerra Mundial le sorprendería como residente general de Francia en Marruecos, a cuya «pacificación», según los términos de la época, dedicó su vida entre 1902 y 1934, razón por la cual estuvo ausente de los campos de batalla europeos. Su carrera en la metrópoli francesa no fue especialmente distinguida, y su verdadero talento, tanto político como militar, no empezó a revelarse hasta que, en los años 90, fue destinado a Madagascar, primero, y a Indochina, después. En la península asiática fue el propulsor de la táctica de penetración larvada, que, como una mancha de aceite, se extiende inexorablemente llevando al misionero y al administrador apenas a la zaga de las tropas conquistadoras.

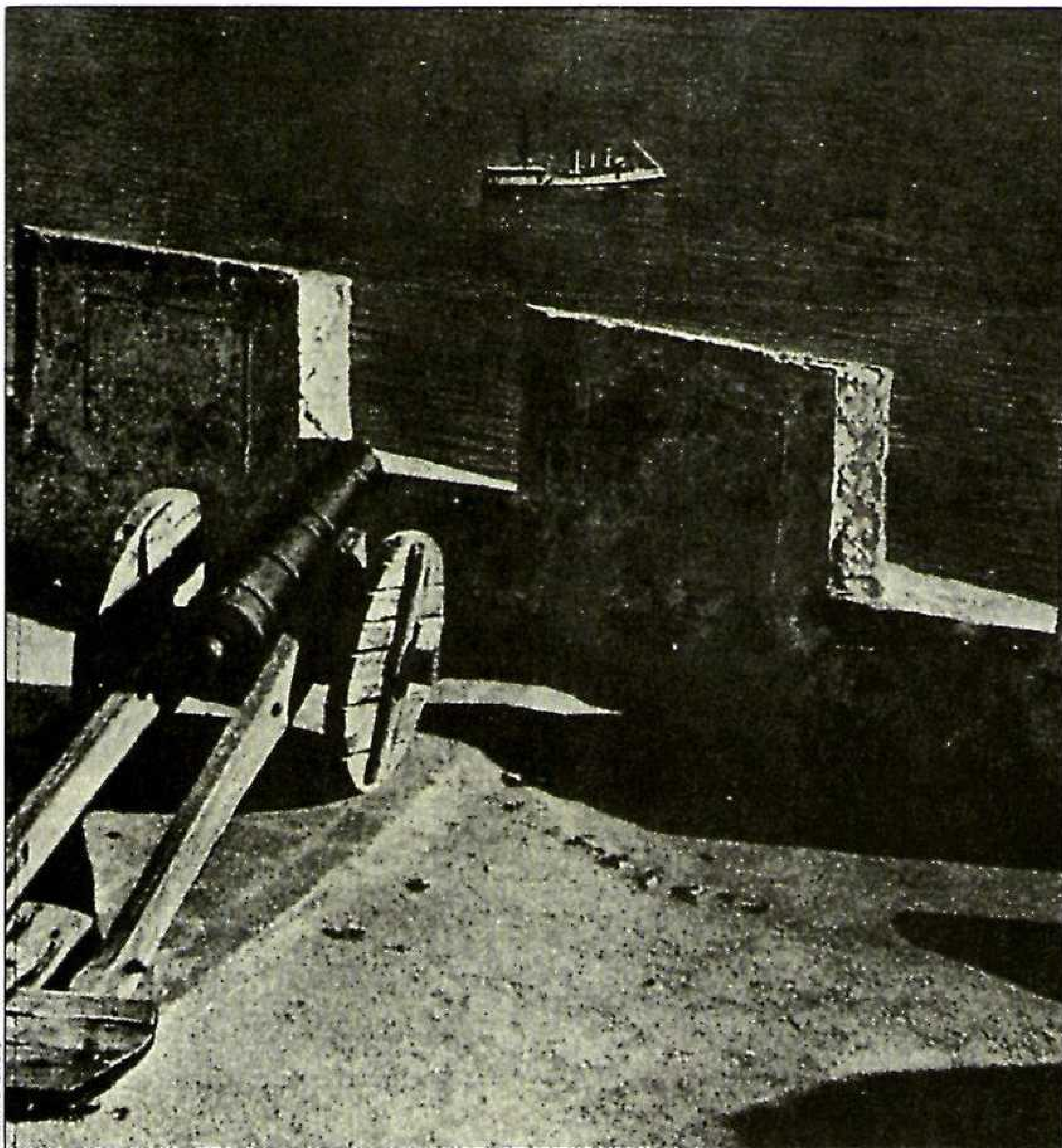
Pero su gran destino fue el marroquí, donde, cumplida la fase inicial de penetración militar fue designado residente general en el protectorado. Desde ese cargo, Lyautey supo atraerse a los notables venales, y mostró un sincero interés por la mejora de la situación de los indígenas dentro del marco de la sumisión a Francia. Estimuló un cierto nacionalismo beréber, en contraposición al puramente árabe, con la creación de centros de estudios en la lengua de los pobladores del Atlas. Sin embargo, cuando le convino dar marcha atrás y apoyarse en los grandes príncipes arabizados, cambió de política, aplicando la táctica del «divide y vencerás».

Lyautey llegó a ser nombrado mariscal de Francia, y convirtió su «corte» en un poder autónomo del de París. Declarado homosexual, hombre muy culto, entusiasta de la literatura y de la música —hasta el punto de organizar en su residencia recitales de lieder de Schubert—, fue, sobre todo, un estratega admirable, un publicista interesado, que a través del Comité du Maroc manejó los hilos de buena parte de la prensa francesa, y un nostálgico de la monarquía, al que el primer ministro británico Lloyd George calificó acertadamente de «príncipe de los procónsules».

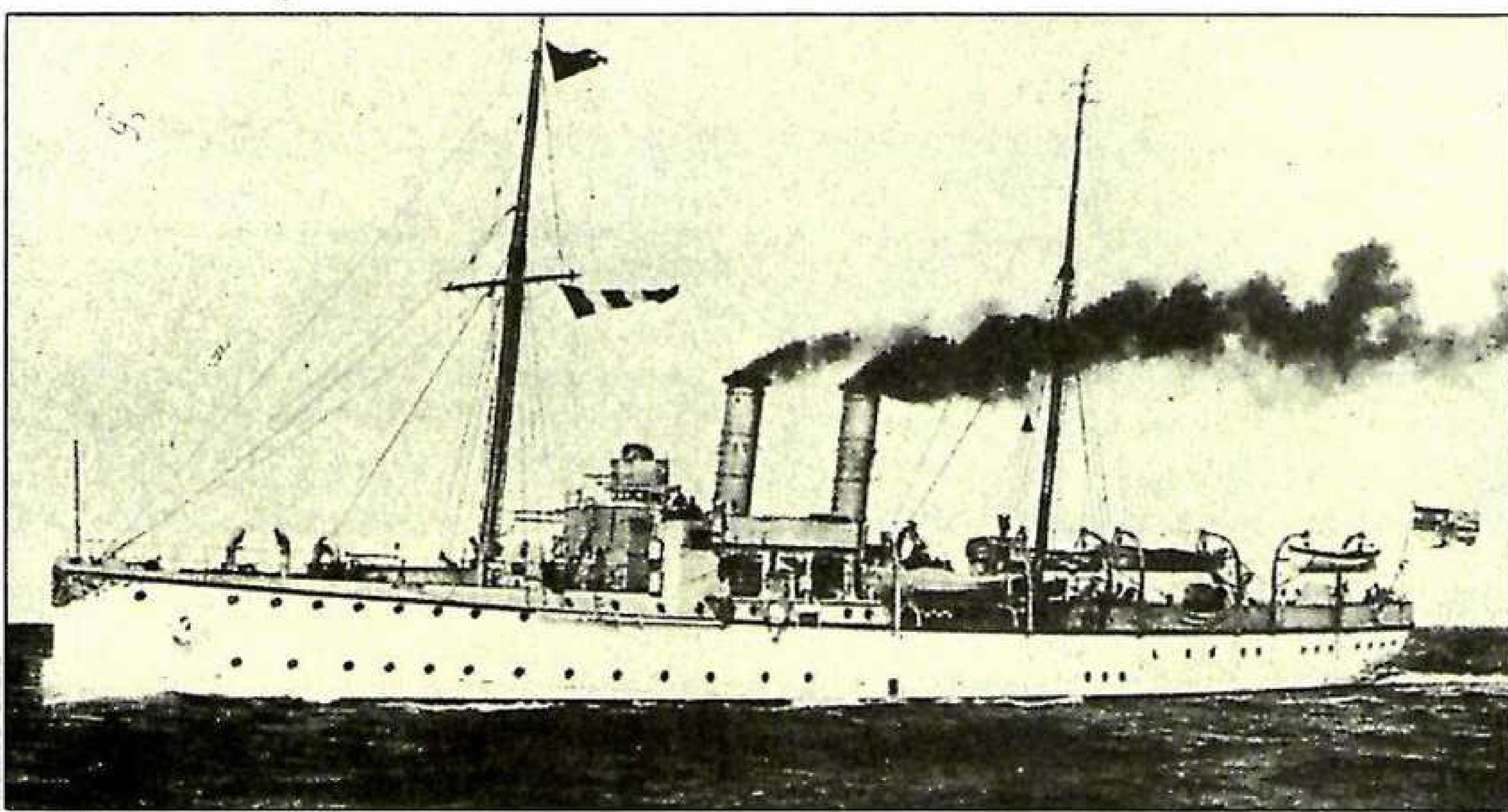

EFE

En enero de 1908, Lyautey había tomado Taforalt, con lo que toda la zona entre Argelia y el río Muluya se hallaba ya bajo control francés. En julio siguiente, durante la construcción de una vía férrea entre Casablanca y unas canteras, se profanó un cementerio musulmán, y en la revuelta ocasionada por este hecho murieron nueve obreros, de los que «sólo» —como se dijo en medios oficiales de París— «cuatro eran franceses». Un precio módico para justificar la ocupación de las zonas próximas a Casablanca tras un bombardeo por mar que costó a la ciudad portuaria de 600 a 1.500 muertos civiles.

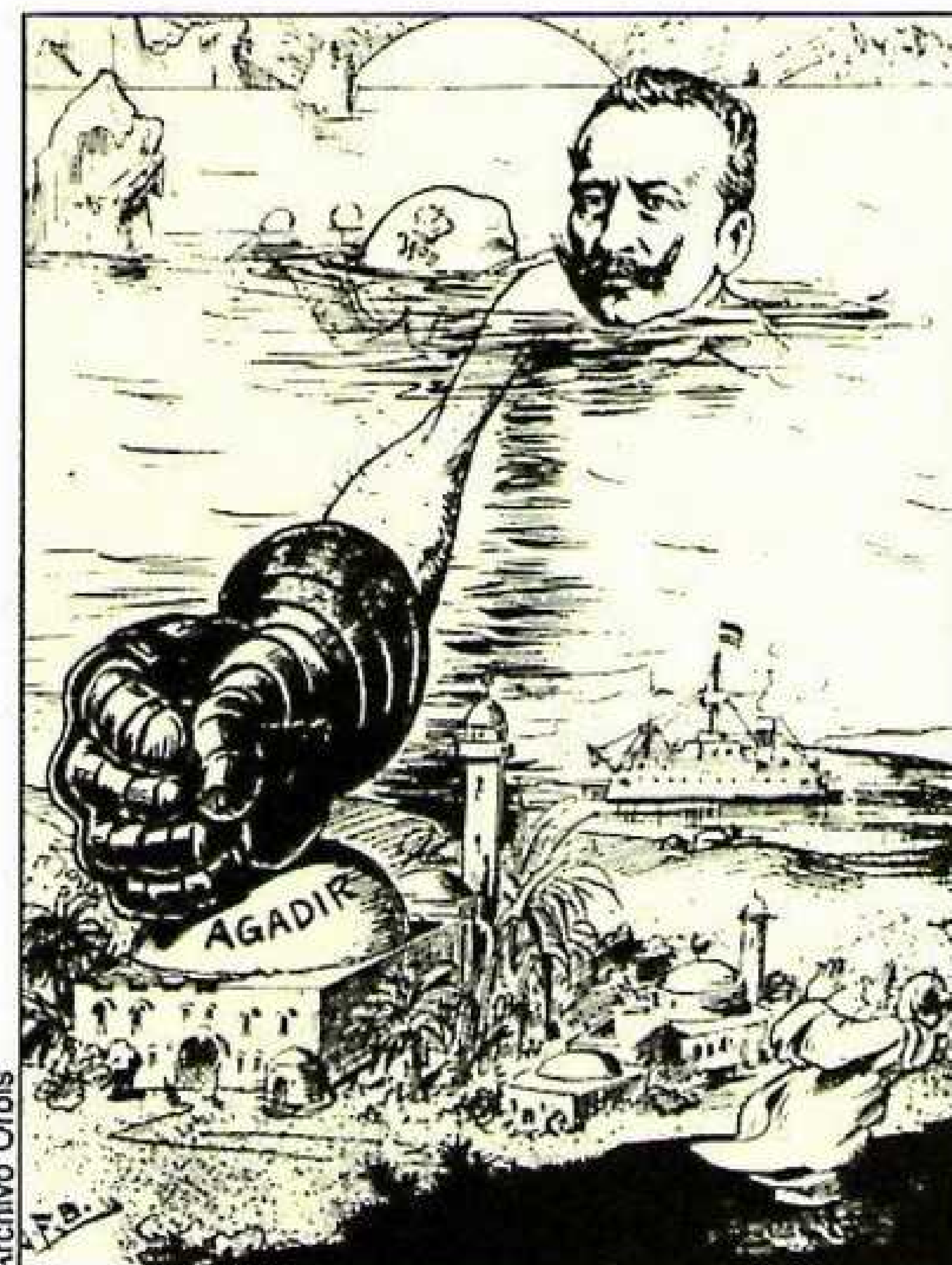
Como respuesta a la virtual invasión francesa, el 16 de agosto de 1907 Muley Hafid, hermano del monarca, se hizo proclamar sultán en Marráqex, la capital religiosa del sur. En enero siguiente había logrado reagrupar a sus fieles en esa parte del país, mientras 'Abd al-'Azīz no salía de Fez, en el norte, los franceses controlaban la costa y la frontera con Argelia, y los españoles empezaban a salir tímidamente de las plazas de



Archivo Orbis



Archivo Orbis



Archivo Orbis

En la página anterior, Louis Hubert Lyautey, primer residente general de Francia en Marruecos, y auténtico artífice del protectorado galo. *En esta página, arriba a la izquierda y abajo, el cañonero alemán* Panther *en Agadir (1911); a la derecha, caricatura alusiva al incidente.*

soberanía costeras para dar cobertura al establecimiento de dos compañías de nueva creación: el Grupo Oriental de los Montes del Hasso y la Compañía Española de Minas del Rif, en la cual tenía importantes intereses el político liberal Romanones. Los notables del sur exigieron entonces a Muley Hafid el reconocimiento de unas libertades constitucionales a cambio de su apoyo, así como el acaudillamiento de la guerra santa contra Francia. El sultán autonombrado se encontraba prisionero entre tres fuegos: las exigencias de sus súbditos, la permanencia del sultán legítimo en el norte y la presión francesa, dispuesta a sentarle en el trono sólo con las debidas garantías. Hafid, a diferencia de su hermano, era enérgico, tenía un conocimiento aceptable del mundo exterior y veía con cierta agudeza los problemas de su país, aunque, le faltaba el coraje necesario para la lucha por la independencia. Su afición a las libaciones alcohólicas y a las mujeres eran, además, armas que en su momento esgrimiría París para doblegar su voluntad.

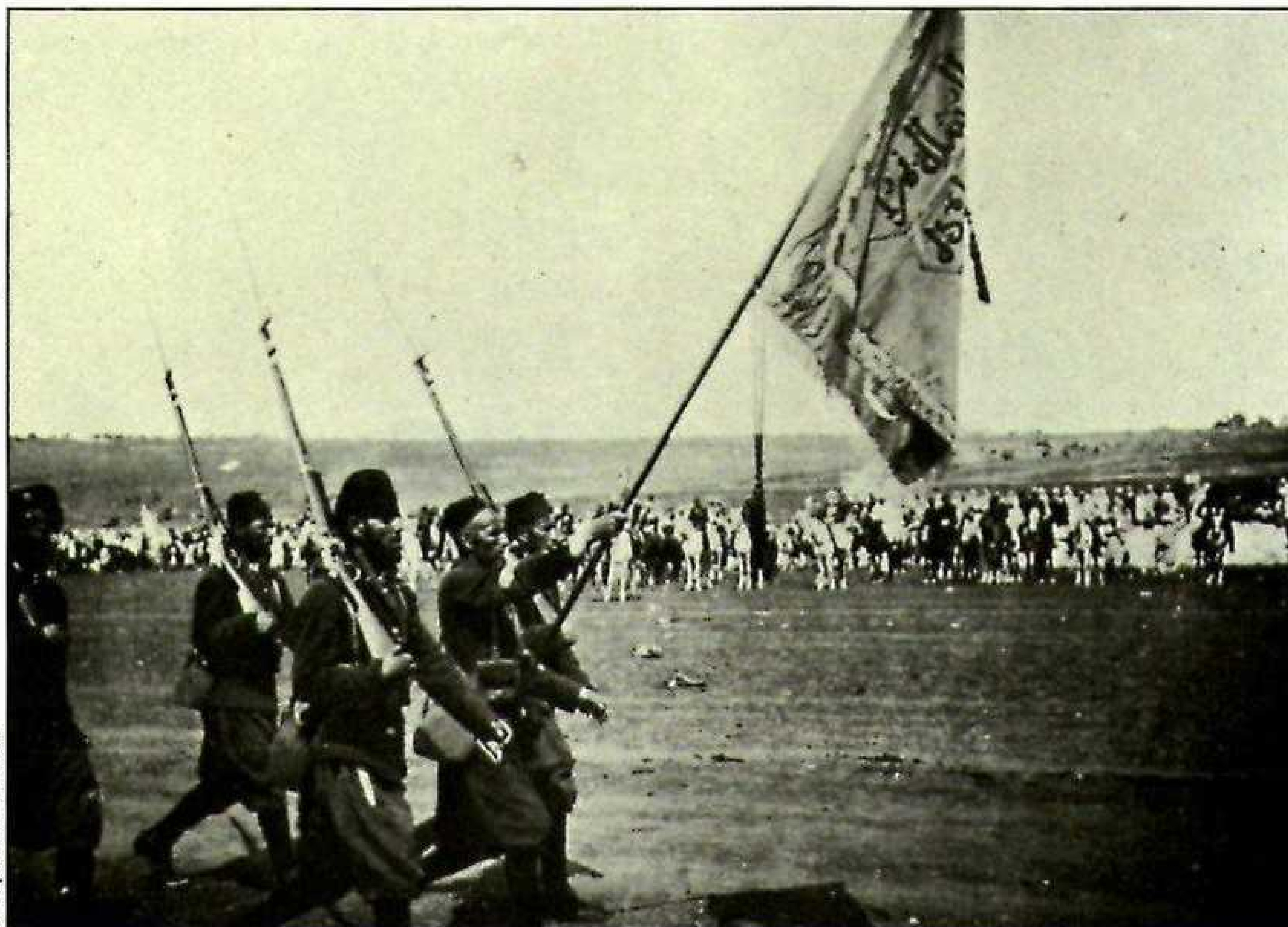
El fin de 'Abd al-'Azīz

Contra la primera amenaza, la de 'Abd al-'Azīz, actuó con éxito Muley Hafid al derrotar a un ejército real en la batalla de Bu Ajiba, una pequeña escaramuza en realidad, tras la cual el sultán titular huyó a Fez, en agosto de 1908. Tres días más tarde abdicó, y el 28 de noviembre se hallaba instalado en Tánger, donde pasaría en un confortable anonimato los últimos años de su vida. Francia ya tenía un sultán menos con el que lidiar. Muley Hafid, que aún se vería tentado de aceptar en octubre de ese mismo año un proyecto de Constitución que le presentaban los notables de la élite tangerina, sabía que la aceptación del documento supondría la guerra abierta con Francia y la probable pérdida del trono. Finalmente, el 5 de enero de 1909, Muley Hafid accedió a las pretensiones francesas a cambio de su reconocimiento como sultán. Aceptaba la validez del empréstito y sus obligaciones y renunciaba formalmente a la *jihad.* Empezaba el último acto de la tragedia de Marruecos.

Entre tanto, Alemania había practicado una política de «resistencia pasiva», alentando a los legionarios alemanes de las fuerzas francesas a desertar, para lo que existía un comité semioficial germano en algunos puertos marroquíes. Pero, nuevamente, la situación internacional había de jugar en contra de los intereses mogrebíes. La anexión de Bosnia-Herzegovina por parte de Austria-Hungría, en octubre de 1908, y la humillación que ello suponía para Servia, acercaron el peligro de una Guerra Mundial en la que

Arriba, desfile de tropas indígenas del ejército colonial francés (IV.1912); abajo, embarque de soldados franceses en Marsella con destino a Marruecos (IX.1912). Con la firma del protectorado (30.III.1912) se consumó la política europea de «penetración pacífica».

Berlín debería socorrer inevitablemente a Viena. Por ello, el Káiser tenía que contemporizar de nuevo con Francia, lo que dio lugar al acuerdo de 6 de enero de 1909 en el que el gobierno alemán reconocía «no tener más intereses en Marruecos que los económicos», al tiempo que admitía que «los intereses políticos particulares de Francia se hallaban vinculados al mantenimiento de la paz y el orden» y se declaraba dispuesto a «no obstaculizar esos intereses». La única salvedad que le quedaba por defender, y por poco tiempo, era esa existencia de intereses económicos que reconocía Francia. Con todo, la realidad política de un país sublevado contra el ocupante extranjero impondría una rápida solución al tema.


J. Topham/Firo Foto


J. Topham/Firo Foto

El incidente del *Panther* y la «segunda crisis» de Marruecos

En marzo de 1911, Lyautey inició la marcha sobre Fez, ciudad que se hallaba en manos de los notables partidarios de la guerra santa, donde tenían virtualmente prisionero a Muley Hafid. Con el pretexto de restablecer su autoridad, los franceses ocuparon primero Fez, y sucesivamente Meknès en junio y Rabat en julio. España interpretó el avance militar como una violación de los acuerdos de Algeciras, y el ejército español tomó Larache y Alcazarquivir e inició con exasperante lentitud la progresión hacia el interior del Rif. Alemania hizo pasearse al cañonero *Panther* frente al puerto de Agadir en julio de ese mismo año, pero Madrid debió ceder por impotencia, y Berlín por resignación. El 4 de noviembre siguiente, Francia y Alemania firmaron un acuerdo que dejaba total libertad de acción a los franceses en Marruecos a cambio de una parte del Congo. Jean Jaurès, líder del socialismo francés, resumió dramáticamente lo ocurrido ante la Asamblea Nacional: «Está claro que hay partes de la humanidad de las que los grandes pueblos modernos disponen como de materia de intercambio. Los marroquíes, según los azares de las combinaciones diplomáticas, van a parar sucesivamente a Alemania, Inglaterra, Francia y España, y cuando la suerte de Marruecos no puede arreglarse porque no salen las cuentas, se toma prestada al Congo una pequeña partida de negros...».

Una vez alejado el peligro alemán, Francia podía rematar su obra con la coronación jurídica del protectorado. Durante meses, Muley Hafid siguió resistiendo a las presiones de París, llegando a decir que no comprendía cómo los franceses no preferían dejar las cosas nominalmente como estaban, al igual que hacía Gran Bretaña en Egipto, donde su cónsul general, Cromer, era el verdadero soberano del país, en lugar de echarse encima el problema político de humillar una vez más al sultanato. Hafid no comprendía que el sentido de la obra jurídica, y posiblemente un remordimiento muy católico y muy latino por no tener una cobertura legal a sus actos, atormentaban a los dirigentes de París. Francia quería el documento.

Por otra parte, la resistencia de Hafid había convencido a los ocupantes de que el sultán nunca sería fácil de manejar, máxime después del desprestigio de haber tenido que plegarse a la renuncia formal de soberanía, por lo que protectorado y abdicación se convertirían pronto en un solo objetivo. El 30 de marzo de 1912, Muley Hafid suscribió el nuevo acuerdo a cambio de una generosa compensación económica, y el 12 de noviembre siguiente abdicó instalándose primero en Tánger, al igual que su hermano, para pasar luego a España.

España y Francia ya se habían puesto de acuerdo en el reparto de los despojos marroquíes por un documento anterior (27 de noviembre de 1910). En España gobernaba Canalejas y en Francia, Poincaré, el hombre de Paribas y de la gran banca. Nada más apropiado.

La Semana Trágica de Barcelona

Anticlericalismo y revolución en España

Tristán La Rosa,
periodista e historiador

La huelga general iniciada en Barcelona y otras ciudades industriales de Cataluña el 26 de julio de 1909, como protesta por el envío de obreros reservistas a Marruecos, desembocó en una semana de insurrección armada conocida como Semana Trágica. En la fotografía, Barcelona el 28 de julio: humeaban decenas de edificios religiosos.

El 26 de julio de 1909 estalló en Barcelona la huelga general. Al día siguiente, iglesias y conventos ardían por toda la ciudad y se alzaban barricadas en las calles. Comenzaba así la Semana Trágica, violento estallido anticlerical y revolucionario que tenía sus antecedentes en las reiteradas injerencias eclesiásticas en política, la constante desatención a las demandas progresistas y, como mecha incendiaria, el embarque de tropas con destino a la impopular guerra de Marruecos.



F. X. Rafols

José Canalejas

José Canalejas sufrió la malquerencia de las derechas y de las izquierdas de su época. Maura le dijo en 1902 que siempre le encontraría «enfrente, con la visera alta y la enseña desplegada», y diez años después, cuando la vida de su oponente estaba tocando a su fin, el dirigente conservador continuaba luchando contra él con el mismo ímpetu de siempre.

La Iglesia le combatió despiadadamente: la Santa Sede quiso destruirle, los obispos le difamaron, el clero se declaró en rebeldía y los clericales organizaron violentas manifestaciones contra él. Pero Canalejas, que era un católico practicante, no perdió nunca la fe.

Moret intrigó contra él, Melquíades Álvarez le llamó traidor, y Pablo Iglesias le atacó en el Congreso, desde la prensa y en no pocos mítines. Canalejas tenía enemigos en todas partes. Pero nunca se amilanó. Era un hombre valiente.

Esa malquerencia fue en gran parte debida a la propia mentalidad de Canalejas, tendida en cierto modo entre la pasada centuria y el siglo XX. Canalejas nació en 1854 —año del pronunciamiento de O'Donnell en Vicálvaro— y murió asesinado en 1912, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, cuando el Partido Socialista tenía representación parlamentaria y la Unión General de Trabajadores contaba con miles de afiliados.

Canalejas comprendió el problema religioso, se hizo cargo de la insostenible situación de la clase obrera y se percató de la intolerable actuación del Ejército; pero fue incapaz de terminar con las injerencias de la Iglesia en el poder civil, ni de poner fin a los abusos de la oligarquía, ni tampoco de acotar las actuaciones de las Fuerzas Armadas en el campo de la política.

Muchas de las antipatías concitadas por Canalejas fueron debidas a sus cambios políticos. En su juventud, Canalejas no fue un ejemplo de fidelidad. Primero fue partidario de Ruiz Zorrilla, el incansable conspirador, y protegido por Cristino Martos, dirigente del Partido Demócrata Progresista. Luego entró en un gobierno gracias a Posada Herrera, el cínico manipulador de votos. Más tarde, tras una larga y apasionada oposición a Sagasta, fue ministro de Fomento del «Viejo Pastor». Poco después se separó del Partido Liberal; pero no tardó en reconciliarse con sus antiguos amigos y fue nombrado ministro de Gracia y Justicia. Hubo más vaivenes. En 1903 aspiró a la sucesión de Sagasta; dio luego un viraje a la izquierda, abrazó a Blasco Ibáñez, se distanció de los liberales y se fue abriendo camino hacia la jefatura del Gobierno.

A pesar de todo fue el mejor político liberal de la época. Como jefe del Gobierno tuvo que hacer frente a graves problemas sociales, ante los que demostró más energía que sabiduría política. La guerra de Marruecos, llevada con suerte desigual, le produjo hondas preocupaciones. Siempre se comportó con absoluta honestidad.

José Canalejas fue asesinado la mañana del 12 de noviembre de 1912 ante una librería de la Puerta del Sol. Manuel Pardiñas, un anarquista recién llegado a Madrid con el propósito de matar a Alfonso XIII, se encontró con él casualmente, y lo asesinó. Le disparó un tiro a quemarropa, y se suicidó a pocos pasos de su víctima.


F. X. Rafols

Sobre estas líneas, Alfonso XIII y Canalejas. Tras dimitir Maura como consecuencia de la represión que siguió a la Semana Trágica, Canalejas se hizo cargo de la jefatura del Gobierno (1910), tratando de incorporar las nuevas fuerzas políticas al sistema parlamentario.

El poder civil y la Iglesia católica

En septiembre de 1901, el gobierno Sagasta intentó que las congregaciones religiosas no autorizadas estuvieran reguladas por la Ley de Asociaciones y ordenó su registro en los correspondientes gobiernos civiles (el Concordato de 1875 reconocía tres órdenes, pero únicamente especificaba dos de ellas). El Vaticano se opuso, y Sagasta formó nuevo gobierno en marzo de 1902. Luego, mientras se redactaban otros proyectos de dicha Ley, Sagasta negoció bajo cuerda con la Santa Sede, por lo que José Canalejas se separó de él. El Gobierno no tardó en sucumbir.

A comienzos de 1903, Antonio Maura, ministro de la Gobernación en el gabinete de Silvela, accedió a las pretensiones de Roma. En agosto de aquel mismo año, Fernández Villaverde, que acababa de formar gobierno, insinuó la conveniencia de reglamentar la situación fiscal de las congregaciones religiosas, y ello contribuyó a que fuera desplazado por Maura en la jefatura del Partido Conservador. Maura formó gobierno en diciembre de 1903, y seis meses más tarde firmó un convenio con el Vaticano en virtud del cual las congregaciones religiosas quedaron exentas de todos los controles civiles y fiscales, y además aceptó que la «otra orden» a la que se refería el Concordato eran en realidad «otras órdenes».

Los gobiernos conservadores de Azcárraga y Fernández Villaverde —cinco semanas uno y seis meses otro— no tuvieron tiempo de ocuparse de la cuestión, y los dos liberales de Montero Ríos y Moret, así mismo de breve duración, no quisieron comprometerse. En octubre de 1906, López Domínguez, que estuvo cuatro meses en el poder, presentó a las Cortes un proyecto en el que se preveía la revisión de cuantas asociaciones religiosas no estuvieran comprendidas en el Concordato. Al ser aprobado el proyecto en un Consejo de Ministros, Alfonso XIII se acercó al ministro de la Gobernación y le dijo: «Adiós, pequeño Combes».

El cardenal primado envió al Gobierno un telegrama en el que calificaba el proyecto de «opresor de conciencias, contrario a la libertad de la Iglesia y ofensivo para la religión del pueblo español». Protestaron los obispos; integristas y carlistas organizaron numerosos mítines; las damas católicas de la aristocracia madrileña enviaron sendos mensajes al Papa y al Rey en contra del proyecto, y cerca de diez mil navarros se manifestaron en Pamplona. Los dos gobiernos liberales siguientes —el de Moret, que duró diez días, y el de Vega de Armijo, cuya existencia no pasó de veinte— no se atrevieron a remover la cuestión.



F. X. Ràfols



F. X. Ràfols

Arriba, soldados heridos en una refriega (Melilla, 1909). Costosa en vidas, la «aventura marroquí» suscitó el rechazo popular a la política colonial, fiada en un ejército de reclutas.

Abajo, una barricada levantada con adoquines en la calle Hospital.

Maura, que se había definido a sí mismo como un político «clerical» y estaba estrechamente vinculado a Alejandro Pidal, dirigente de un grupo católico reaccionario, y al marqués de Comillas, ligado a grandes intereses comerciales católicos, derogó la Real Orden de Romanones sobre el matrimonio civil, decidió que las congregaciones religiosas podían no estar registradas en los gobiernos civiles, y dio curso a los expedientes promovidos por las comunidades religiosas que pedían ser indemnizadas por las nacionalizaciones llevadas a cabo entre 1835 y 1855. Ello desencadenó una tempestad de protestas.

Desafíos al poder civil

La vieja pugna entre clericales y anticlericales se recrudeció a principios del siglo XX debido, en primer lugar, a la contradicción entre las doctrinas de la Iglesia y algunos principios aceptados por el sistema político vigente. León XIII –fallecido a mediados de 1903– había condenado el liberalismo y, por tanto, al Partido Liberal, pieza insustituible del «turno pacífico», nada menos que en tres encíclicas: *Libertas, Sapientiae Christianae* e *Inmortali Dei.*

Los integristas –entre quienes figuraban los antiguos miembros de la Unión Católica, fundada en 1881 por monseñor Moreno, arzobispo de Toledo– aceptaban «íntegramente las enseñanzas ... consignadas ... en la encíclica *Quanta Cura* y en el *Syllabus* que la acompaña, entendido, explicado y aplicado como lo entienden, explican y aplican la Santa Sede y los obispos». El presbítero Sardà i Salvany, autor de un libro titulado *El liberalismo es pecado*, inspirador de los integristas de principios de siglo, afirmaba que «son ateos y por consiguiente anarquistas quienes evitan pronunciar el nombre de Dios en las conversaciones»; sostenía que el «protestantismo y el liberalismo» eran las causas del anarquismo, y escribía que la Constitución era «cosa de Inocentes o de Carnaval».

Un abismo mediaba entre los sectores integristas y la opinión pública moderada, representada por el Partido Liberal, y avanzada, cuyos portavoces eran los partidos progresistas. El Partido Liberal se contentaba con la sujeción de las órdenes religiosas a las leyes del Estado. Los republicanos federales pedían, entre otras cosas, la libertad de cultos, la enseñanza laica, el matrimonio civil y la secularización de los cementerios. El Partido Socialista, que nunca fue anticlerical, exigía la supresión del presupuesto del clero, y el Partido Republicano Radical se distinguió por sus campañas en favor de la violencia. Las posiciones se radicalizaron a consecuencia de la ofensiva de la Iglesia contra las moderadas intencio-

Pablo Iglesias y la guerra de Marruecos

Artículos

«Pensar en una guerra para civilizar a Marruecos, nosotros que tenemos una administración fiscal expoliadora, irregular en sus operaciones, a cargo a veces de maestros en el chantaje, desconocedora de las leyes económicas y pronta siempre a hacer imposible la formación de empresas y la prosperidad de las industrias con impuestos impremeditados, onerosos, múltiples e injustos.»

(El Socialista, *23-VIII-1907.)*

«(La clase obrera) recurrirá a la huelga general si sus protestas en la prensa y en la tribuna no logran que se desista de tan descabellado y criminal propósito; sólo que esta vez, habida cuenta de lo que son los políticos que nos gobiernan, y no olvidando los datos suministrados por la experiencia, la huelga se hará sin anuncio previo. (...)

»Y si la huelga pacífica no basta para dar juicio a los que tratan con tanto desprecio la vida y los intereses de los españoles, la clase obrera llegará a más: llegará a la violencia, que es santa, santísima, cuando tiene por fin impedir que se pisotee la dignidad del pueblo y se lleve a sus hijos a morir a África por favorecer a unos cuantos plutócratas.»

(El Socialista, *12-III-1910.)*

«Los hijos de los ricos siguen librándose por 1.500 pesetas de la carga personal de la guerra, y a ella irán tan sólo los pobres, los que, después de ser explotados en el taller, en la fábrica, en el campo o en la mina, tienen el triste privilegio de pagar con duras privaciones, con la inutilidad o con la vida, la insensatez de los gobernantes o la codicia de una docena de plutócratas.»

Primeros discursos contra la guerra anteriores a la Semana Trágica

«Si en España es héroe el que defiende con astucia o con la fuerza la independencia de su país, en Marruecos tienen también que ser héroes los que defienden sus territorios y, por tanto, están en el mismo derecho que nosotros.»

(Teatro Variedades, Madrid, 11-VII-1909.)

«No sería difícil ni extraordinario que algún reservista prefiriera apuñalar a algún ministro o a cualquier elevada personalidad, antes que ir a matar a gentes que defienden su patria con el mismo valor con que los españoles defendieron la suya en 1808.»

(Teatro Lux Eden, Madrid, 18-VII-1909.)


F. X. Ratols

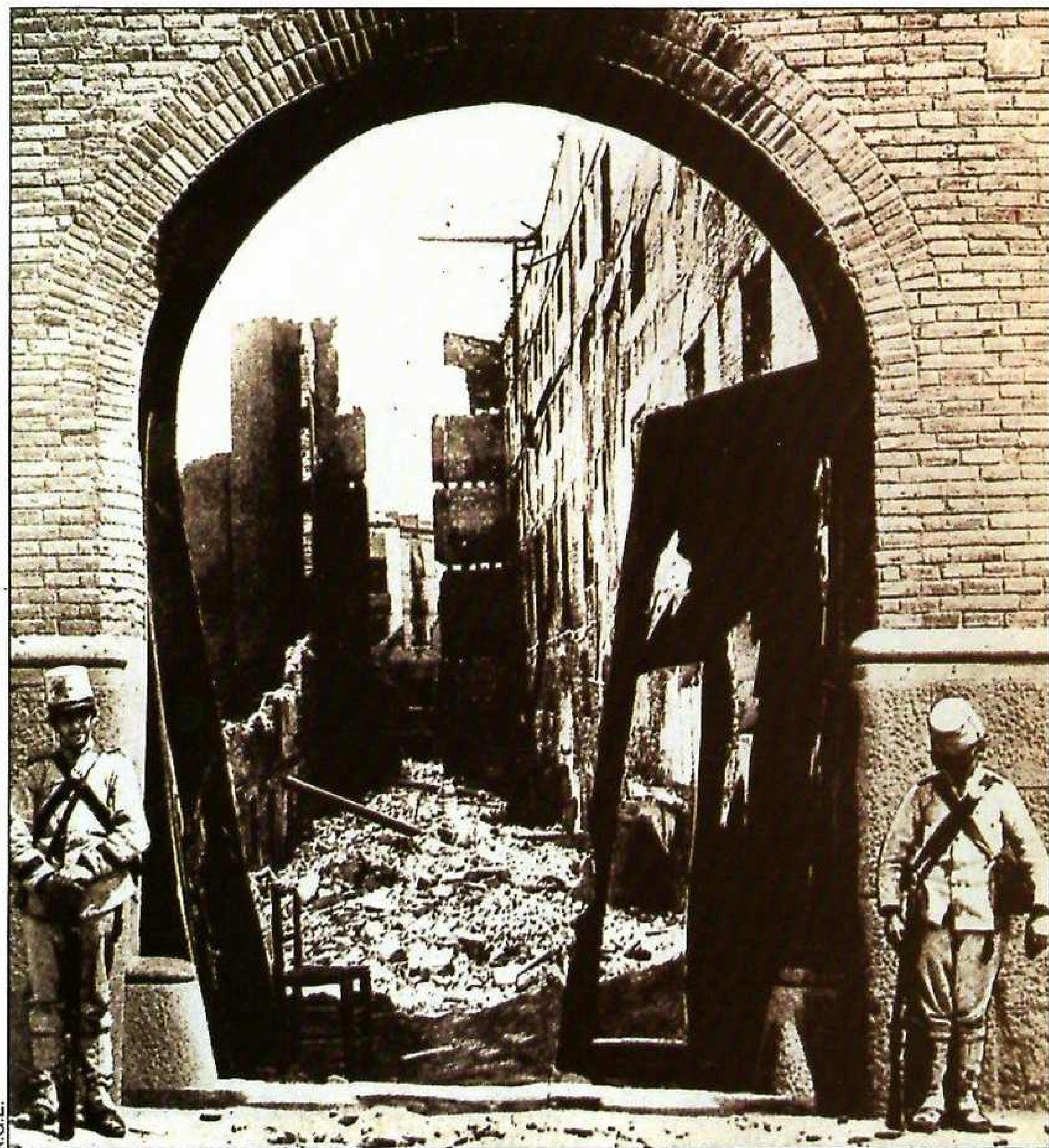

Salmer

nes del Partido Liberal a comienzos de siglo. Las injerencias eclesiásticas en la vida política y el abierto enfrentamiento del episcopado con el poder civil condujeron a la violencia.

La Iglesia española acentuaba su intrusismo político en épocas de elecciones. En 1901, Canalejas denunció en el Congreso actos electorales celebrados en iglesias de varias ciudades, durante la misa dominical, en favor de candidatos confesionales. Esa injerencia se acentuó en vísperas de las elecciones generales de 1907, en que el episcopado tomó partido en favor de Maura. Los prelados de Zamora, Santiago y Salamanca prohibieron en sendas pastorales votar a los candidatos que no antepusieran su condición de católicos a su significación política. Los candidatos católicos debían comprometerse a «defender las prerrogativas de la Santa Madre Iglesia Católica...»; a «combatir por todos los medios la Ley de Asociaciones»; a «defender y apoyar la independencia económica



En la página anterior, Pablo Iglesias (centro) a la salida de un mitin celebrado en Bilbao para exigir el fin de la guerra (11.VII.1909). En ambas páginas, monjas capuchinas de clausura desenterradas el martes 27 de julio en un convento de San Gervasio. Hubo un macabro interés entre los revolucionarios por descubrir signos de tortura en los cadáveres de las tumbas que violentaron. Abajo, soldados de guardia ante uno de los edificios religiosos incendiados: ardieron más de 50 conventos y escuelas y 14 iglesias.



A.G.E.

de la Iglesia», y a «sostener y defender la supremacía de la Iglesia...». El Partido Conservador ganó las elecciones.

Durante el período electoral de 1909 hubo conventos que hicieron acopio de armas. Una circular de propaganda para la venta de armas iba acompañada de estampitas de santos. «Si la religión de Estado fuera puesta en peligro, los prelados españoles no dudarían ni un momento en empuñar las armas», afirmó un comentarista alemán.

La intransigencia y los entrometimientos políticos de los prelados dieron alas a la propaganda anticlerical y exacerbaron los ánimos de los sectores propicios a la violencia. En 1902 hubo graves disturbios anticlericales en Alicante. Dos años más tarde, la Guardia Civil cargó en Bilbao, el Viernes Santo, contra grupos anticlericales. Otro tanto sucedió en Málaga. El día de la Inmaculada Concepción hubo en Valencia una violenta manifestación anticlerical. Alejandro Lerroux publicó por aquel entonces unos artículos en los que se incitaba a la quema de conventos.

Alejandro Lerroux y los republicanos radicales

Alejandro Lerroux García llegó a Barcelona el 28 de abril de 1901, tres días después de haberse fundado la Lliga Regionalista. El Partido Republicano Progresista y la Fusión Republicana habían propuesto designarle candidato común a las elecciones generales. El 17 de mayo publicó Lerroux su manifiesto electoral *Al Pueblo*, y seis días más tarde, tras oscuros forcejeos en el Ministerio de la Gobernación, se comunicó su victoria. Había obtenido 6.000 votos.

Tenía 37 años, una salud de hierro y gran facilidad de palabra. Desde hacía tiempo militaba en las filas republicanas de Ruiz Zorrilla y había colaborado con Francisco Ferrer, sufrido varios meses de cárcel, dirigido *El País* y fundado *El Progreso*. Era un periodista demagógico, dedicado a fomentar un anticlericalismo incendiario, a ofender al catalanismo militante y a lanzar dramáticos llamamientos en favor de una revolución que nunca deseó. El éxito político de Lerroux en Barcelona se debió, entre otras cosas, a la generosa ayuda económica que desde el Gobierno le prestó Segismundo Moret para acabar con el regionalismo catalán.

En 1901, Lerroux fundó la Federación Republicana. Blasco Ibáñez, Soriano y Junoy le ayudaron en la empresa. En 1903, cuando se fue abriendo paso la idea de formar una Unión en la que cupieran los diferentes partidos republicanos, la Federación Republicana se convirtió en Federación Revolucionaria. La Unión Republicana, que aglutinó a los republicanos federales, los históricos y los progresistas de Lerroux, quedó constituida poco después. Nicolás Salmerón fue su jefe. En las elecciones generales de abril, los republicanos consiguieron 36 actas (17 más

Alejandro Lerroux, periodista

Alejandro Lerroux (1864-1949) inició su carrera de periodista a los 26 años. Comenzó como articulista, fue cronista parlamentario y fundó un periódico. Escribía como hablaba, de manera agresiva, demagógica y brutal. Baroja sostuvo que «Lerroux no había leído nada serio en su vida». Sus escritos influyeron considerablemente en los trabajadores no catalanes inmigrados a Barcelona, manipulados por él, de acuerdo con el gobierno central, como fuerza de choque contra el catalanismo burgués.

He aquí una pequeña antología de sus escritos:

«Jóvenes bárbaros de hoy, entrad a saco en la civilización decadente y miserable de este país sin ventura, destruid sus templos, acabad con sus dioses, alzad el velo de las novicias y elevadlas a la categoría de madres para virilizar la especie...

»No os detengáis ni ante los sepulcros ni ante los altares. No hay nada sagrado en la tierra (...). El pueblo es esclavo de la Iglesia (...). Hay que destruir la Iglesia.»

«Oídme, animales...»

«Ni protesto ni aplaudo: la noticia (de un atentado contra Maura) me dio un golpe en el corazón, lo mismo que la justicia hecha en Cánovas. Después he reflexionado. Y ahora, mi amor y mi piedad son enteros para ese pobre místico que creía salvar la sociedad matando a un hombre. ¿Os espanta mi franqueza? (...) ¡Hombres o lo que fuerais, qué bestias sois! Os reunís en manada, protestáis. (...) Para disponer de la vida de Maura hay la razón de que representa legalmente todas las iniquidades del poder y de la autoridad, de la religión y de la ley, de la fuerza y del capital. (...) Oídme, animales. (...) Los culpables sois vosotros, ralea inmunda de judíos usureros (...) explotadores sin entrañas (...) uñas puercas del capital (...) postrados en homenaje de eunucos a los pies del becerro de oro.»

«Cuando los perros alzan la pata...»

«Eso es más que Cataluña: es Roma, es la Iglesia, es toda la mentira religiosa que se desploma sobre mí, arrastrando la jauría furiosa de los fanáticos, de los rutinarios, de los ignorantes, de los perversos y de los indiferentes. (...) Cuando uno piensa que los perros de la Plaza de Oriente se mean con el más cínico descaro en las estatuas de los reyes, se apodera del espíritu la humildad. Yo no me creí nunca grande hasta ahora, cuando los perros alzan la pata para mearme.»



Instituto Municipal de Historia. Barcelona/Archivo Orbis



F. X. Rafols

Sobre estas líneas, camilleros de la Cruz Roja trasladando a un herido en los disturbios (Ramblas de Barcelona).

En ambas páginas, casas de la calle San Pablo cañoneadas para desalojar a los revolucionarios.

En la página siguiente, arriba, incendio de las Escuelas Pías en la tarde del 27 de julio. Los escolapios, orden dedicada a la enseñanza, habían sido duramente criticados por los educadores laicos como Ferrer Guardia.

que en 1901). En Barcelona, el 65 % de los votantes fueron republicanos. Los monárquicos sufrieron un gran descalabro.

Lerroux estaba incómodo en la Unión Republicana: quería su propio partido. Así pues, en seguida se dedicó a afianzar la Federación Revolucionaria, inauguró la Casa del Pueblo en Barcelona, colaboró con Francisco Ferrer, y en compañía de Blasco Ibáñez fue a París y Bruselas para recaudar dinero y comprar armas. Mientras tanto, en noviembre de 1903, tuvieron lugar elecciones municipales en Barcelona y los republicanos obtuvieron 29.000 votos, 16.000 más que los regionalistas. «Lerroux se hizo el amo de Barcelona», escribió Josep Pla.

La pérdida de seis actas en las elecciones generales de 1905 aumentó las discordias internas de la Unión Republicana y predispuso a Lerroux a comenzar una ofensiva contra Salmerón y sus amigos, que en modo alguno aprobaban las ideas anarquizantes del dirigente radical. El asalto llevado a ca-





Instituto Municipal de Historia. Barcelona/Archivo Orbis

bo por unos 300 oficiales de la guarnición de Barcelona a la redacción de *La Veu de Catalunya* y la mano tendida en el Congreso por Salmerón a los regionalistas catalanes incitaron a Lerroux a publicar un artículo titulado *El alma en los labios*, en el que aplaudía el vandálico acto de los militares y afirmaba que prefería rebelarse contra el mundo «antes de pactar con esa chusma envilecida por el amor al ochavo, que es la quintaesencia de su regionalismo separatista».

A partir de entonces, Lerroux estrechó sus relaciones con los anarquistas, multiplicó sus incitaciones a la violencia, halagó al Ejército y declaró la guerra a Salmerón.

Solidaritat Catalana, formada por Unión Republicana, la Lliga, los federales, los nacionalistas republicanos, los carlistas y otras fuerzas, obtuvo una espectacular victoria en las elecciones municipales de marzo de 1907 (los candidatos lerrouxistas consiguieron 19.000 votos), un triunfo que sobrepasó los pronósticos más favorables, cifrado en más de 50.000 votos contra 22.000 antisolidarios. Francisco Cambó fue elegido diputado. Tenía treinta y un años. Lerroux, en cambio, perdió la reelección. Planeada y dirigida por Prat de la Riba y Cambó, la operación «solidaria» benefició a la Lliga, pero no a los republicanos, salvo a los lerrouxistas, que sacaron provecho.

Los acontecimientos se precipitaron: Salmerón murió en septiembre de 1909, y Lerroux volvió al Congreso gracias a las elecciones parciales de finales de año. Luego, en las elecciones municipales de mayo de 1910, los lerrouxistas obtuvieron una victoria absoluta. Solidaritat Catalana se hundió, y Lerroux fue nuevamente dueño de Barcelona. Dos meses más tarde tuvo lugar la Semana Trágica.

Los socialistas y el Congreso de Stuttgart

La participación del Partido Socialista en la Semana Trágica tiene tres antecedentes: 1) la decisión adoptada en el III Congreso del partido, celebra-



Instituto Municipal de Historia. Barcelona/Archivo Orbis

Caricatura del ¡Cu-cut! alusiva a Lerroux, jefe del Partido Radical, quien trató de eludir toda responsabilidad en la insurrección. Los extremistas radicales desviaron la revuelta popular hacia la quema de iglesias y conventos.

Antonio Maura

Antonio Maura (1835-1925) tuvo el raro privilegio de dividir a los españoles en dos bandos: uno gritaba «¡Maura, no!», y otro «¡Maura, sí!». Sucedió esto en 1909, cuando la represión siguió a la Semana Trágica, y presentó la dimisión.

Cinco años antes, había tenido que dejar la presidencia del Gobierno a causa de sus discrepancias con el rey respecto a un nombramiento, y en 1913, al confirmar don Alfonso su confianza en Romanones, Maura renunció a su acta de diputado, dejó la jefatura del Partido Conservador y zarandeó brutalmente el enclenque sistema del «turno pacífico».

Maura fue el político más elogiado y denostado a comienzos del reinado de Alfonso XIII. Lo que sí está fuera de dudas es que era un hombre inteligente y cultivado, muy por encima de la mayoría de sus colegas, con una idea excesivamente halagüeña de sí mismo. Al decir que España necesitaba una «revolución desde arriba» estaba dando a entender que únicamente él podía llevarla a cabo. Esta revolución haría posible, según él, unas «reformas hechas por el Gobierno radicalmente, rápidamente, brutalmente». Algunas de ellas, como la naval, la militar y la de administración local, no fueron llevadas a cabo debido a la oposición de los partidos burgueses, y otras, como la llamada Ley de Terrorismo, que recortaba las libertades individuales, tropezaron con republicanos y socialistas, como era de esperar. La reforma electoral de 1907 fue contraria a la justa representación parlamentaria de los partidos.

Su pretendido afán modernizador de España fue nulo en cuanto a los privilegios civiles y a las injerencias de la Iglesia. Maura, que tenía ciertas vinculaciones con los jesuitas, se opuso a la enseñanza laica, a la preeminencia del matrimonio civil y a la Ley de Asociaciones Religiosas.

Reincorporado a la política activa, presidió un Gobierno Nacional en 1918, cuando las Juntas de Defensa y la huelga revolucionaria de 1917 habían creado una situación extremadamente difícil. Presidió otro gabinete en 1919, pero su prestigio estaba en pleno ocaso. Sin embargo, el rey le llamó de nuevo tras el desastre de Annual, en unos momentos en que la monarquía parlamentaria estaba condenada a desaparecer.


F. X. Rafols

do en septiembre de 1908, de poder concurrir a las elecciones generales en colaboración con partidos burgueses avanzados; 2) la reorganización del partido en Barcelona, llevada a cabo por Antonio Fabra Ribas desde comienzos de 1908, y 3) la campaña socialista contra la guerra de Marruecos, emprendida a consecuencia de lo acordado en el Congreso de la II Internacional Socialista, celebrado en agosto de 1907.

Desde el comienzo del siglo hasta 1909, el PSOE sufrió una dramática sangría de votos. En las elecciones generales de 1903 obtuvo 29.000; en 1905 consiguió 26.000, y en 1907 bajó a 7.973. Esta pérdida se debió tanto a la guerra sucia que le hacían desde el Gobierno los dos partidos turnantes, como al constante hostigamiento por parte de republicanos radicales y anarquistas, y así mismo a su empeño en concurrir en solitario a los comicios. Cuando en su famoso mitin de 1909 Moret hizo un llamamiento en favor de la creación de un Bloque de Izquierdas, los socialistas estaban decididos a salir de su habitual aislamiento electoral y participar en compañía de otras fuerzas progresistas en las luchas sociales del momento.

La aproximación a otras organizaciones políticas y sindicales de izquierda la facilitó en Barcelona Fabra Ribas, un socialista universitario de veinti-


Instituto Municipal de Historia. Barcelona/Archivo Orbis

nueve años, con amplia experiencia europea, protegido de Jean Jaurès y colaborador de *L'Humanité.* Él fue quien reorganizó el partido, se acercó al movimiento sindical acaudillado por Solidaridad Obrera, fundó y dirigió el semanario *La Internacional* y creó un ateneo sindicalista.

Fabra Ribas formó parte de la delegación española que, presidida por Pablo Iglesias, asistió al Congreso de Stuttgart. Allí se trató de cómo evitar la guerra, y al hacerlo surgió la tan debatida cuestión de la huelga general revolucionaria, discutida en tres congresos de la I Internacional y rechazada una

Instituto Municipal de Historia. Barcelona/Archivo Orbis



Instituto Municipal de Historia. Barcelona/Archivo Orbis

En la página anterior, arriba, un número de la Guardia Civil, con el sable desenvainado, detiene a un obrero en la calle Pelayo de Barcelona durante los sucesos de julio.

En la página anterior, abajo, Antonio Maura, presidente del Consejo de Ministros y jefe del gobierno conservador que reprimió duramente el levantamiento de 1909.

En esta página, dos aspectos de la ocupación militar de Barcelona: tropas de refuerzo en el mercado de San Antonio (arriba) y ante el Gobierno Civil (abajo).

y otra vez gracias a la intervención de la socialdemocracia alemana. Pablo Iglesias había condenado la huelga general en varios artículos y en numerosos discursos, y el PSOE no había tomado parte en la que paralizó Barcelona en febrero de 1902.

En Stuttgart hubo tres criterios respecto a la guerra: el de Bebel, opuesto a cualquier medida ilegal; el de Hervé, partidario de evitarla mediante la huelga general armada, y el de Jaurès, que adoptó un punto de vista ecléctico. En su resolución final, el Congreso dejó en libertad a los partidos para hacer lo que creyeran más oportuno. Si estallaba la guerra, debían hacer todo lo posible para que cesara y «precipitar la caída de la dominación capitalista». El Congreso votó una moción dirigida a las delegaciones española y francesa, en la que se recomendaba «una acción vigorosa para detener la expedición francoespañola de Marruecos».

La campaña en favor de la no intervención militar comenzó en septiembre de 1907 con una declaración conjunta de los partidos español y francés («ni un hombre ni un céntimo para Marruecos») y siguió con un mitin de Francisco Largo Caballero celebrado en Madrid.

La guerra de Marruecos

El gobierno liberal de Sagasta negoció en 1902 un tratado hispanofrancés sobre la zona de influencia española en Marruecos. Al año siguiente, al no haber sido firmado por el gobierno conservador de Maura, Francia se entendió con Gran Bretaña a espaldas de España. En 1904 le fue asignada a España una zona de influencia considerablemente menor que la negociada dos años antes. Más tarde, en la Conferencia de Algeciras, concluida en abril de 1906, se reconoció la soberanía del sultán y la integridad de sus Estados, así como la situación de España en el

Francisco Ferrer Guardia, ¿inocente o culpable?

Francisco Ferrer Guardia (1849-1909) fue fusilado en los fosos del castillo de Montjuïc, en Barcelona, el 13 de octubre de 1909. El teniente de la Guardia Civil Modesto de Lara, que acompañó al detenido al castillo y presenció su ejecución, escribió: «Imposible poder describir con absoluta fidelidad la cortesía, la entereza, la naturalidad que demostró Ferrer en aquellos instantes.» Pidió que no le vendaran los ojos. Al morir gritó: «¡Viva la Escuela Moderna!»

Juan de La Cierva, ministro de la Gobernación, manifestó que Ferrer organizó la revolución en Barcelona y trató de extenderla a la provincia. El parecer del ministro fue corroborado por las declaraciones de varios miembros del Partido Radical. Emiliano Iglesias, lugarteniente de Lerroux, acusado de haber participado en la dirección de los sucesos, testimonió en contra de Ferrer y fue exonerado de todos los cargos. Lorenzo Ardid, concejal del Ayuntamiento de Barcelona, acusado de haber ordenado los incendios, fue puesto en libertad. Francisco Doménech Munté, que así mismo depuso en contra de Ferrer, consiguió dinero de forma misteriosa y se fue a Argentina. Los hermanos José y Rafael Ulled, militantes de la Juventud Radical, acusados por oficiales del Ejército de ser «presuntos jefes del movimiento», lograron huir a la capital de Francia.

El capitán Francisco Galcerán, defensor de Ferrer, dijo ante el Consejo de Guerra: «Han sido desterradas cuantas personas podrían ilustrarnos sobre la vida, costumbres y trabajos a que se dedicaba; además, después de la lectura de los cargos, me han sido negadas cuantas pruebas he solicitado; no he podido lograr que fueran oídos los testigos que lo pretendían, por haber transcurrido el plazo legal para ello, y me encuentro con un proceso terminado, sin que ni un solo momento el interés constante y extremado en busca del cargo se haya dirigido en busca de claridad, recurriendo a personas del bando contrario, el que por todas clases de medios ha logrado manchar a mi defendido.»

Fabra Ribas afirmó reiteradas veces que Ferrer era inocente. Tras su definitiva vuelta a España, años antes de morir, manifestó: «Nadie ni nada podrá, ni ahora ni en lo sucesivo, demostrar la culpabilidad del mártir de Montjuïc», añadiendo a continuación que no respetaba las condiciones o cualidades de Ferrer «...como pedagogo ni como simple ciudadano».

Melquíades Álvarez, que en 1906 se negó a defender a Ferrer por creer que estuvo implicado en el atentado de Mateo Morral contra Alfonso XIII, y que en 1909 tampoco lo creyó inocente, estudió el proceso y dirigió luego el famoso debate sobre Ferrer en las Cortes en la primavera de 1911. Melquíades Álvarez llegó a la conclusión de que la sentencia pronunciada por el Consejo de Guerra era injusta. El catedrático Luis Simarro expuso este mismo parecer en su obra El proceso Ferrer y la opinión europea, *publicado en 1910.*

«La ejecución de Ferrer fue más resultado de su pasada carrera que de su actuación durante la Semana Trágica», ha escrito la historiadora Joan Connelly Ullman en su libro La Semana Trágica, *uno de los más completos sobre este tema.*

COLEGIO GERMINAL
SISTEMA ESCUELA MODERNA

Recibí de D. J. Olivé
la cantidad de 4 pesetas correspondiente á la mensualidad del presente mes.
Barcelona 1 de 3 de 1907
Recibí,

Archivo Orbis





Instituto Municipal de Historia. Barcelona/Archivo Orbis

Rif, con la asignación de tareas policiales en Tetuán y Larache.

Muley Hafid derrocó en agosto de 1908 a su hermano, el sultán 'Abd al-'Azīz, y se hizo con el poder. Francia, Gran Bretaña y otras potencias europeas lo reconocieron. España no siguió su ejemplo. El Roghi, «protector» del Rif, que había otorgado a dos compañías hispanofrancesas concesiones para la explotación de yacimientos minerales, se sublevó contra el sultán y fue derrotado por éste. Mientras tanto, los desórdenes ocurridos en la zona aconsejaron a Madrid la ocupación de la Restringa, Mar Chica y Cabo de Agua en 1908. Pero, desaparecido El Roghi, las instalaciones mineras fueron atacadas por cabileños en octubre de aquel año. Melilla se vio prácticamente cercada, y tuvo lugar una expedición de castigo.

A mediados de 1909, el embajador Merry del Val fracasó en el intento de obtener del sultán el permiso para la



Instituto Municipal de Historia. Barcelona/Archivo Orbis



Salmer

En la página anterior, a la izquierda, recibo mensual del Colegio Germinal, una de las escuelas de Barcelona que aplicaban el sistema pedagógico de Francisco Ferrer; a la derecha, Ferrer Guardia: un Consejo de Guerra le condenó a la pena de muerte como «jefe principal de la rebelión» de julio en Barcelona.

En ambas páginas, fuerzas de caballería custodiando el castillo de Montjuïc el día del fusilamiento de Ferrer.

Al lado, concentración en París, en protesta por la muerte de Ferrer.

explotación de las minas a cambio de su reconocimiento por parte española. El fracaso, debido al poco tacto diplomático demostrado por el embajador, coincidió con la aprobación de un crédito extraordinario para la adquisición de material de guerra en previsión de un eventual conflicto armado en Marruecos. Luego se ordenaron los preparativos para el embarque a Melilla de la Tercera Brigada Mixta, con destino en Cataluña. El 9 de julio llegó a Madrid una embajada extraordinaria de Muley Hafid. Aquel mismo día, los rifeños atacaron el ferrocarril de la Sociedad Minera. Dos días después comenzó el embarque de tropas para Marruecos, y Pablo Iglesias pronunció un mitin en Madrid en el que condenó la intervención armada. Inmediatamente fue procesado. Las tropas españolas situadas en el monte Atalayón fueron atacadas en la noche del 18 al 19 de julio y sufrieron unas 300 bajas. Dos días antes, Maura había declarado a un periódico francés que «España sigue manteniendo las más cordiales relaciones con el gobierno del sultán y la más amistosa vecindad con las cabilas fronterizas». En Madrid y Barcelona hubo manifestaciones contra la guerra. El gobernador de Barcelona suspendió las comunicaciones a larga distancia. Juan de La Cierva, ministro de la Gobernación, implantó la censura de prensa y declaró: «Me he liado la manta a la cabeza.» La Semana Trágica comenzó días después.

La insurrección

El 18 de julio de 1909, en un mitin celebrado en Madrid, Pablo Iglesias advirtió al Gobierno que, si no se ponía inmediatamente fin a la guerra de Marruecos, «los obreros irían a la huelga general con todas sus consecuencias». Y añadió que, si ello no bastaba, se emprendería «la acción revolucionaria». No obstante, aquel mismo día comenzaron en Barcelona los embarques de tropas, produciéndose violentas manifestaciones al salir rumbo a Marruecos el Batallón Reus. El Partido Socialista dio la orden de huelga general para el 2 de agosto.

La Cierva suspendió las garantías constitucionales. Se constituyó en Barcelona un Comité Central de Huelga, compuesto por socialistas, republicanos radicales y dirigentes de Solidaridad Obrera, en el que Fabra Ribas actuó como representante del Partido Socialista. El paro, en la capital catalana, se produjo el 26 de julio. A mediodía dimitió el gobernador, Ángel Ossorio y Gallardo, y el capitán general,

«La ciudad del perdón»

«¿No os dice nada el corazón, ahora, mientras están fusilando gente en Montjuïc solamente porque en ella se manifestó con más claridad este mal que es el de todos nosotros? ¿El corazón no os dice ir a pedir perdón, arrodillados si conviene, y los más ofendidos los primeros, por estos hermanos nuestros en desamor, que querían aterrar por odio esta misma ciudad que nosotros les dejamos abandonada por egoísmo? (...) ¿Y ellos han de pagar la culpa sólo porque su acción cae dentro de un código, mientras nuestra inacción es tan baja que ya no puede caer en ninguna parte? (...)

»¡Cómo podéis estar tranquilos en vuestras casas y en vuestros quehaceres sabiendo que un día, al solecito de la mañana, allí arriba, en Montjuïc, sacarán del castillo a un hombre atado, y lo pasearán delante del cielo, y del mundo, y del mar, y del puerto que trafica y de la ciudad que se levanta poco a poco, muy despacio para que no se tenga que esperar, *y lo llevarán a un rincón del foso, y allí, cuando suene la hora, aquel hombre, aquella obra magna de Dios en cuerpo y alma, vivo, en posesión de todas sus potencias y sentidos, con este mismo afán de vida que tenéis vosotros, se arrodillará de cara a un muro, y le alojarán cuatro balas en la cabeza, y él dará un salto y caerá muerto como un conejo (...) él, que era un hombre, tan hombre como vosotros (...) acaso más que vosotros!»*

(FUENTE: Extracto de La ciutat del perdó, *artículo enviado por Joan Maragall a* La Veu de Catalunya *el 10 de octubre de 1909, pidiendo perdón para Francisco Ferrer Guardia. No fue publicado.)*


Manifestación contra el gobierno Maura en Madrid. La campaña del «¡Maura, no!», lanzada por republicanos y socialistas, determinó la dimisión del jefe del Gobierno (21.X.1909).

Salmer

Luis de Santiago, proclamó la ley marcial.

A las 11,30 de la noche ardió en el barrio industrial de Pueblo Nuevo una escuela de los Hermanos Maristas. Las incitaciones anticlericales de Lerroux comenzaron a dar sus frutos. Lo que había comenzado como una protesta contra el envío de tropas a Marruecos se convertía súbitamente en un ataque frontal a la Iglesia. El 27 fueron levantadas las vías de los ferrocarriles, arrancados los tendidos de las líneas telefónicas e inutilizados los telégrafos. Barcelona quedó aislada. Los radicales, dirigidos por Emiliano Iglesias, dieron la orden de incendiar conventos e iglesias. Fabra Ribas se opuso y fue engañado por el lugarteniente de Lerroux. La quema comenzó poco después del mediodía. Primero ardió el Real Colegio de San Antón, situado en el corazón de la ciudad. Luego le tocó el turno a las Escuelas Pías. Más tarde fueron pasto de las llamas el convento-escuela de las religiosas franciscanas, las iglesias parroquiales de Santa Madrona y Santa María del Taulat, y el Real Monasterio de San Mateo. A media noche habían ardido unas veinte iglesias y conventos en el centro de Barcelona.

Las tropas que custodiaban los templos confraternizaron con los asaltantes. Los vecinos de los barrios burgueses del Ensanche no hicieron nada para impedir los incendios. Las monjas capuchinas del opulento barrio de San Gervasio no fueron admitidas en ninguna casa del vecindario al ser asaltado su convento. Durante la mañana del día 28 se abrió fuego contra las tropas; se combatió en algunas barricadas; fue asaltado el cuartel de Veteranos de la Libertad, y continuó la quema de iglesias y conventos. Cadáveres de religiosas fueron sacados de sus tumbas y expuestos en los conventos o arrastrados por las calles. En Madrid, Alfonso XIII suspendió las garantías constitucionales en las provincias catalanas. Pablo Iglesias, Francisco Largo Caballero y Francisco Mora fueron detenidos. La huelga general no tendría lugar en la capital. Por la tarde, en Barcelona, los socialistas, desbordados por los incendiarios, decidieron disolver el Comité de Huelga. Fabra Ribas marchó al extranjero.

El día 29 llegaron refuerzos militares. Se dijo a los soldados que iban a reprimir un movimiento separatista. Se combatió encarnizadamente y la ciudad fue pronto dominada. El día 31 sólo hubo algunos disparos. El 1 de agosto —domingo— fue un día normal.

«¡Maura, no!»

La huelga había tenido tres fases: la primera, que apenas duró veinticuatro horas, fue dirigida por hombres de la Federación Revolucionaria, y en seguida adquirió un carácter revolucionario; la segunda se extendió hasta el día 28, fue capitaneada por los lerrouxistas y tuvo por objetivo la quema de iglesias y conventos; y la tercera, acéfala y sin contenido, cayó en manos del lumpenproletariado y fue dominada con relativa facilidad.

La Semana Trágica costó la vida a tres sacerdotes, seis miembros de la Fuerza Pública, cuatro militantes de la Cruz Roja y unos ciento veincicuatro civiles. Se destruyeron 33 escuelas religiosas, 16 conventos y residencias, 14 iglesias parroquiales, 11 instituciones benéficas y 6 fundaciones obreras. Hubo 1.725 procesados, 17 condenas a muerte y 5 ejecuciones, incluida la de Francisco Ferrer Guardia.

En realidad, Ferrer Guardia, fundador de la Escuela Moderna, anarquista, no formó parte del Comité Central de Huelga, ni se le vio en los lugares donde hubo incendios y enfrentamientos armados. Nunca fue probada su intervención en los hechos. Pero el Consejo de Guerra le declaró «responsable ... en concepto de autor y como jefe de la rebelión». Fue fusilado en los fosos del castillo de Montjuïc, (Barcelona), el 13 de octubre de 1909. En ningún momento perdió la serenidad. Un tribunal militar afirmó años después que no existían pruebas de que ningún rebelde hubiera actuado a las órdenes directas de Ferrer.

Francisco Ferrer se convirtió en un símbolo de la libertad de conciencia atropellada por el Estado hasta sus últimas consecuencias. Media España gritó «¡Maura, no!», mientras miles de personas se manifestaban en Europa contra aquella muerte. Alfonso XIII, pese a que creía en la culpabilidad de Ferrer, cesó a Maura.

La Revolución mexicana

Insurrección y guerra civil

Fernando Díaz-Plaja,
escritor

El malestar en el campo –provocado por el latifundismo y por el absentismo de los grandes hacendados– y en las ciudades –consecuencia de una legislación contraria a los intereses de la clase obrera–, unidos a la falta de libertad y al continuismo en el poder del dictador Porfirio Díaz, crearon las condiciones para el estallido de la Revolución mexicana. En la fotografía, imagen de la revolución en el estado de Morelos.

En noviembre de 1910, tras más de treinta años de gobierno despótico de Porfirio Díaz, estalló en México la insurrección armada. Aglutinadas en torno a la figura de Francisco Madero, las fuerzas revolucionarias acaudilladas por Pascual Orozco, Pancho Villa y Emiliano Zapata se lanzaron a la conquista del poder político con el propósito de convertir a México en un país libre y democrático. Díaz dimitió y Madero alcanzó la presidencia de la República, pero pronto los izquierdistas radicales se mostraron ingobernables y la reacción derechista no hizo esperar su respuesta.



P. Newark-Firo Foto

La dictadura de Porfirio Díaz

Héroe nacional de la lucha contra los monárquicos del emperador Maximiliano, José de la Cruz Porfirio Díaz (1830-1915) gobernó con mano dura desde 1877, año en que se instaló en la presidencia tras derrocar al liberal Lerdo de Tejada, hasta 1911, fecha en la que, expulsado por los maderistas, se exilió en París hasta su muerte.

Su gobierno alternó la corrupción, las intrigas políticas y la eliminación de sus adversarios con las medidas de corte populista, desarrollando los ferrocarriles, la minería y la industria merced a las inversiones extranjeras, principalmente estadounidenses. Políticamente, el porfiriato fue una dictadura que ignoró los problemas sociales más agudos y ahondó las diferencias entre las clases, beneficiando económicamente a un sector de la burguesía, representante del capital extranjero.

Las poblaciones indias y los campesinos, despojados de sus tierras, así como el recién nacido proletariado industrial, vieron, durante el gobierno de Díaz, disminuir la capacidad de adquisición de sus ya menguados ingresos y crecer a pasos agigantados la miseria, la incultura y la enfermedad.

Enfrentado con la burguesía ilustrada y liberal, que quería hacer de México una nación progresista, Díaz sometió a sus opositores a la más descarnada de las persecuciones y sembró las simientes del estallido revolucionario de 1910.

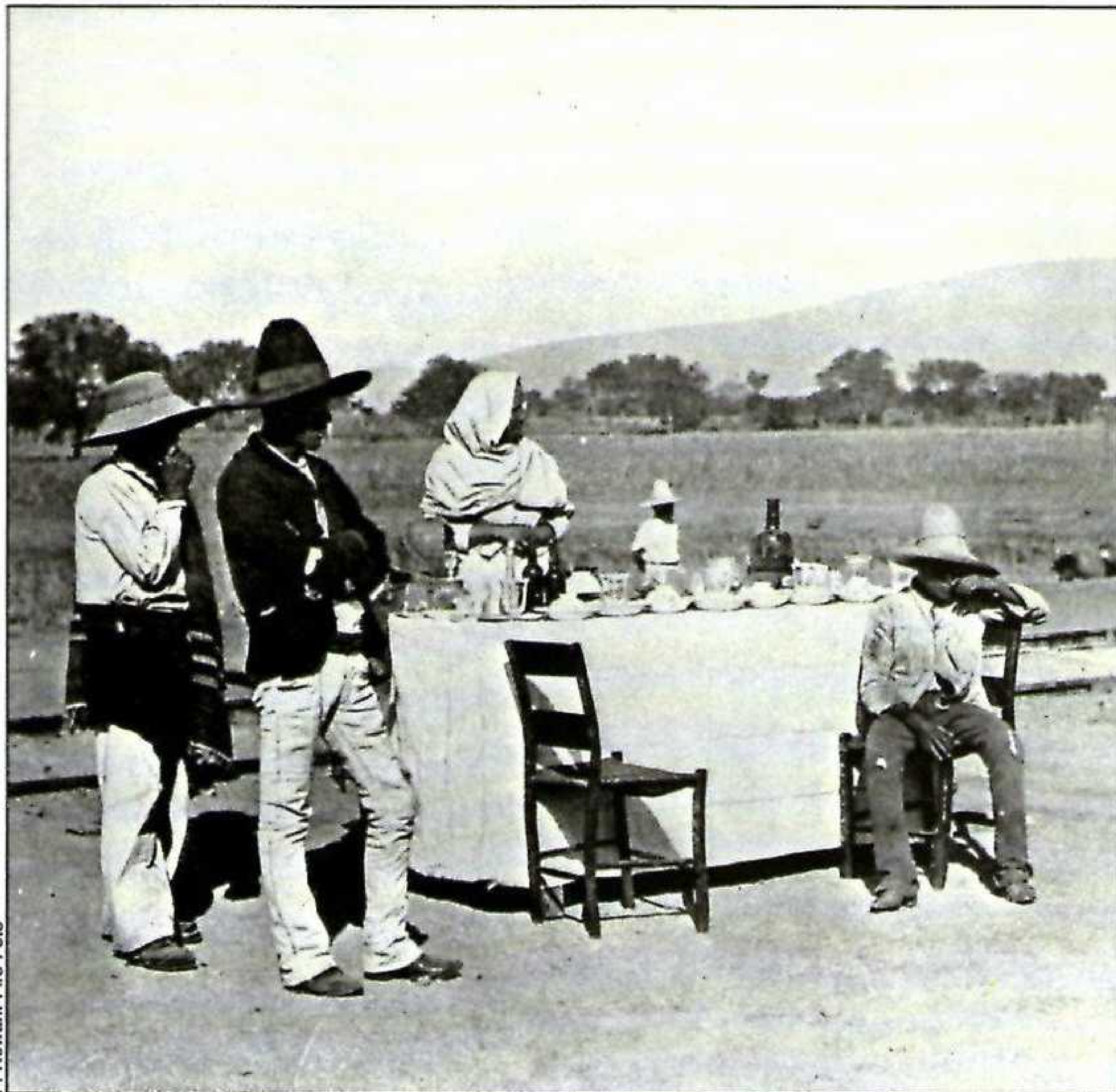

Retrato de Profirio Díaz. En 1876 llegó al poder bajo la consigna de «sufragio efectivo, no reelección»: fue reelegido ocho veces y gobernó México durante treinta y cuatro años.

Salmer

Porfirio Díaz había subido al poder en 1876, tras un golpe militar, y desde entonces —hubo cuatro años de fingida cesión a su amigo el general Manuel González— había gobernado alternando la «mano dura» con concesiones a los distintos grupos sociales del país. A los mestizos, más del 50 % de la población, les dio empleo en el Gobierno, tanto en la burocracia —que creció enormemente durante el período de la dictadura— como en el Ejército; a los criollos, entre los que figuraban los grandes terratenientes, les permitió seguir mandando en sus vastas haciendas. La Iglesia, que por su alianza con el Imperio de Maximiliano había sufrido la reacción en su contra de Benito Juárez, se dio cuenta de que Díaz no tenía interés en aplicar con excesivo rigor las leyes anticlericales y aceptó un régimen dictatorial que le permitía proseguir su proselitismo. En cuanto a los indios —un 35 % de la población al subir Díaz al poder—, siguieron sumidos en la pobreza de la que no les habían sacado las leyes reformistas de Juárez. Los *ejidos* (tierras comunales) pasaron a manos de los grandes hacendados. Para la mayoría de los criollos cultos, los indios no tenían identidad pública ni hacía falta que se hiciera nada para mejorar su suerte.

«Orden, paz y progreso»

La divisa de Porfirio Díaz era «orden, paz y progreso». El primero, impuesto por la fuerza de las armas contra rebeldes de todo tipo, trajo la paz, y ambos unidos dieron como resultado el progreso. México aprovechó la estabilidad social y política para explotar sus recursos humanos y materiales. Con un entusiasmo típico en todas las dictaduras, Porfirio Díaz impulsó la extensión de la red ferroviaria, que en 1876 apenas existía, hasta alcanzar 24.000 km en el último año de su gobierno. El transporte por ferrocarril, de vital importancia en el extenso territorio mexicano, tuvo un efecto multiplicador en la industria (fábricas textiles, azucareras, fundición de metales preciosos) y, naturalmente, en el comercio. La moneda adquirió prestigio en el extranjero y la deuda exterior fue disminuyendo. Aunque la industrialización aportó beneficios económicos, agravó la situación social, al ahondar la diferencia entre los ricos y el incipiente proletariado urbano. La introducción de la tecnología extranjera en fábricas y minas significó también la llegada de técnicos, casi siempre de Estados Unidos, mejor pagados que los empleados indígenas.



P. Newark-Firo Foto



A.G.E.



Western Americana-Firo Foto

Políticamente hablando, el gobierno de Porfirio Díaz alternaba —como en la frase de su contemporáneo estadounidense Theodore Roosevelt— «el pan con el palo». En la prensa, en la universidad o en los cafés se hablaba con una libertad que hubiera sido increíble en una dictadura europea, y sólo cuando las acusaciones se hacían muy precisas y graves actuaba personalmente el dictador, comprando al opositor con un cargo o, si eso era imposible, encarcelándole.

La crisis de la dictadura

«Los duelos con pan son menos.» La sociedad mexicana, privada de sus libertades políticas y con unos tribunales que consideraban las palabras del dictador como principal fuerza de la ley, mantuvo su apoyo a Díaz mientras su presencia en el Gobierno equivalió

Arriba, puesto de venta en un apeadero de ferrocarril (hacia 1900). Durante el profiriato, la red ferroviaria pasó de 800 a 24.000 km gracias a la inversión de capital extranjero.

Abajo, a la izquierda, entrada triunfal de Madero y Pino Suárez en Ciudad de México (en septiembre de 1911); a la derecha, Madero, el político que dirigió la revolución de 1910.

Francisco Madero

Descendiente de una familia de ricos terratenientes del norte de México, Francisco Ignacio Madero (1873-1913) era un político casi desconocido cuando en 1908 comenzó a circular su libro La sucesión presidencial en 1910. *Esta obra, una crítica —moderada— a los mecanismos políticos de la dictadura de Porfirio Díaz, fue el primer paso de Madero hacia la conquista del poder.*

Espiritista, vegetariano y abstemio, Madero se había educado en los jesuitas de Saltillo y había residido en Estados Unidos y en Europa (hasta 1895). Su actividad política empezó en 1903, en Coahuila, donde después de crear el Club Benito Juárez se dedicó a organizar un partido democrático de oposición a Díaz. Este partido acabaría siendo el Partido Antirreeleccionista.

El 15 de abril de 1910, la Asamblea Nacional Antirreeleccionista designó a Madero candidato a la presidencia de la República. Durante la campaña electoral, Madero impugnó los comicios, pero fue arrestado y encarcelado en San Luis Potosí.

Al cabo de mes y medio de cárcel, Madero salió bajo fianza y huyó a Estados Unidos, donde redactó el Plan San Luis Potosí (5 de octubre de 1910), una llamada a la revolución armada que contenía la promesa de devolver a las aldeas indias las tierras que les habían arrebatado los propietarios. Los hombres de Pascual Orozco, Pancho Villa y Emiliano Zapata apoyaron el plan, y Madero, designado presidente provisional por los sublevados, regresó a México (14 de febrero de 1911).

Los éxitos militares de los insurgentes forzaron la dimisión de Díaz el 25 de mayo de 1911, y en las elecciones de noviembre Madero fue ganador. Pero pronto tuvo que hacer frente a las críticas de la derecha porfirista y a las sublevaciones de Zapata (Plan de Ayala) y Orozco (Plan de la Empacadora), que fueron reprimidas por el reaccionario general Huerta.

En febrero de 1913, el levantamiento del general Félix Díaz, sobrino de Porfirio, y del conservador Bernardo Reyes, auspiciado por el embajador de Estados Unidos, contó con el apoyo de Huerta (Pacto de la Embajada), que hizo detener a Madero y al vicepresidente Pino Suárez y ordenó su asesinato (22 de febrero).

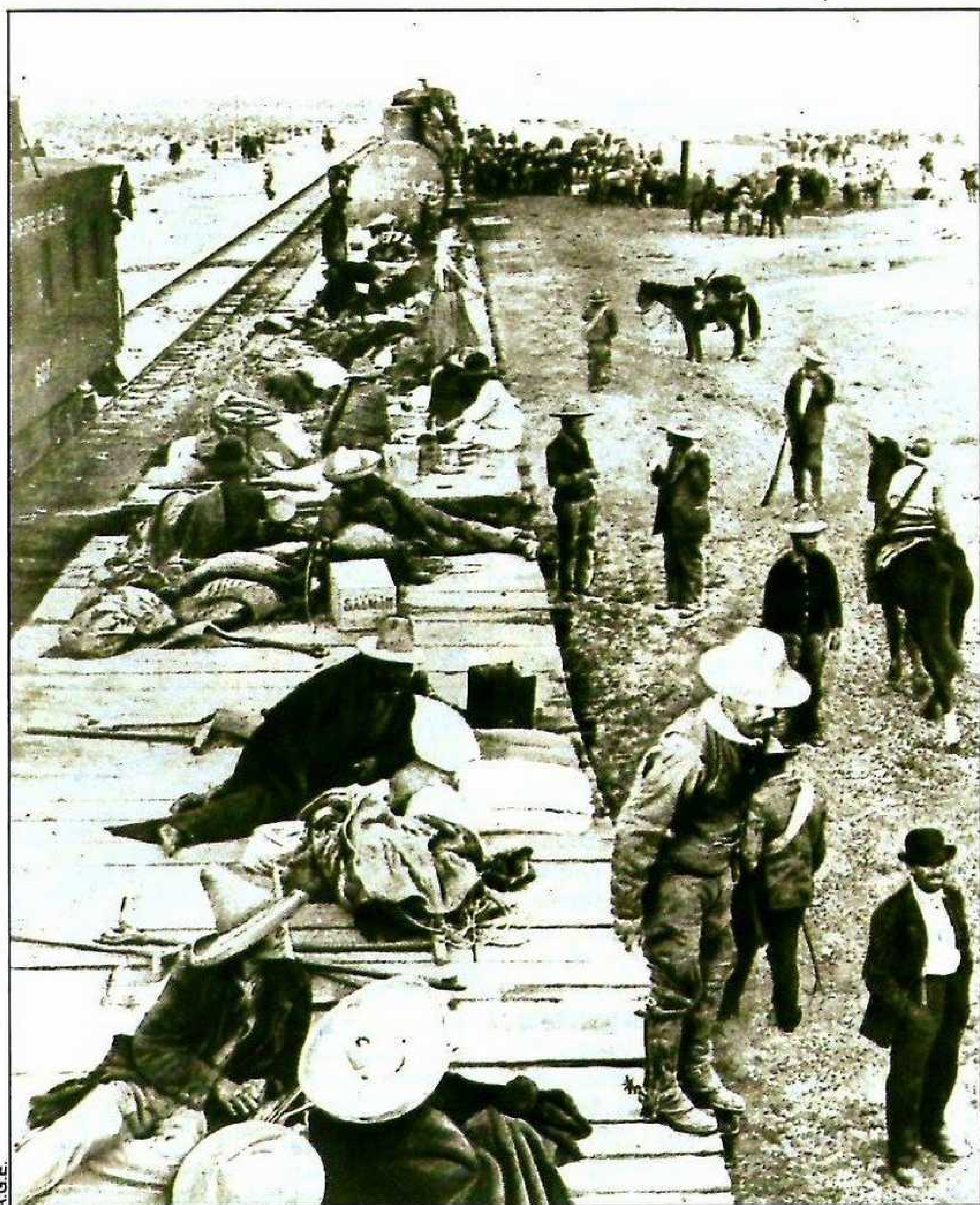
«Una avanzada de la revolución»

El periodista y escritor estadounidense John Reed (1887-1920), que convivió durante meses con los hombres de Pancho Villa, dejó en México insurgente *(1914) un vibrante reportaje sobre la revolución de los «peones» y los «pelados». He aquí una de sus páginas:*

«La nueva guarnición de La Cadena estaba compuesta por una clase distinta de hombres. Sólo Dios sabía de dónde venían, pero era un lugar donde la tropa se moría de hambre. Eran los más miserables peones pobres que había visto: la mitad no tenían sarapes. Como cincuenta eran de los llamados nuevos, que nunca habían olido la pólvora; otros tantos estaban bajo las órdenes de un viejo sujeto, terriblemente incompetente, llamado mayor Salazar; los cincuenta restantes estaban armados con carabinas viejas y diez cartuchos para cada uno. Nuestro oficial comandante era el teniente coronel Petronilo Hernández, que había sido mayor durante seis años en el ejército federal, hasta que el asesinato de Madero lo empujó al otro lado. Era un hombre pequeño, de buen corazón, valiente, con los hombros caídos, pero los años de papeleo en el ejército gubernamental lo habían incapacitado para manejar tropas como éstas. Todas las mañanas daba una Orden del Día, distribuyendo guardias, apostando centinelas y nombrando al Jefe de Día. Nadie la leía. Los oficiales de aquel ejército no tenían nada que ver con la disciplina o el dar órdenes a los soldados. Eran oficiales porque habían sido valientes y su misión era pelear a la cabeza de sus tropas, pero nada más. Todos los soldados veían al general, bajo cuyas órdenes eran reclutados, como su señor feudal. Se llamaban a sí mismos su gente —sus hombres—; y ningún oficial, quienquiera que fuese, de otra gente, tenía mucha autoridad sobre ellos. Petronilo era de la gente de Urbina; pero dos tercios de la guarnición de La Cadena pertenecían a la División de Arrieta. Por ello no había centinelas al occidente ni al norte. El teniente coronel Alberto Redondo guarnecía otro paso cuatro leguas al sur, de modo que pensábamos estar seguros en aquella dirección. Era cierto que hacían guardia de avanzada veinticinco hombres en La Puerta y que La Puerta era fuerte...»



A.G.E.



A.G.E.

F. X. Rafols



P. Nowark-Firo Foto

En la página anterior, arriba, soldados gubernamentales: el ejército federal fue desbordado por los éxitos militares de los insurgentes; abajo, combatientes de Pancho Villa tras la toma de Ciudad Juárez (noviembre de 1913).

En esta página, arriba, un grupo de aguerridos zapatistas con el tradicional sombrero mexicano de ala ancha; abajo, el general Victoriano Huerta, militar sin escrúpulos que reprimió ferozmente a los insurgentes e hizo asesinar a Madero.

a prosperidad y a riqueza. Pero, cuando la economía empezó a hacer aguas, cundió el pánico. La inflación colapsó la vida económica; las clases populares vieron disminuir rápidamente su capacidad adquisitiva, y el desencanto impulsó a los obreros industriales a constituirse en sindicatos para defender sus derechos. Los primeros que acudieron a la huelga –entonces prohibida– fueron los de una empresa estadounidense de Cananea (estado de Sonora), que por estar cerca de Estados Unidos advertían mejor las diferencias en el trato entre los obreros que trabajaban al norte y al sur del río Grande. Corría el año 1906.

El gobierno local se asustó. La represión fue sangrienta y dio lugar a la primera manifestación pública contra Porfirio Díaz. Su promotor se llamaba Ricardo Flores Magón (1873-1922), que en su Plan del Partido Liberal (1 de julio de 1906) había preconizado, también por vez primera, la deposición del presidente, un proyecto de mejoras laborales y económicas para los obreros y el reparto de las tierras a los campesinos. El llamamiento provocó incidentes en distintos estados mexicanos, pero las tropas federales y la Policía acabaron rápidamente con la resistencia. La rebelión fue corta y el manejo de los medios de comunicación por parte del Gobierno hizo que muchos mexicanos ni siquiera se enteraran de lo ocurrido. Lo que sí pareció claro después de esos incidentes es que el movimiento de liberación no iba a surgir de la poco organizada clase obrera ni de los depauperados y pasivos indios, acostumbrados a su suerte. La rebelión iba a gestarse en el grupo pudiente criollo, que por conocedor de otros países podía apreciar mejor la diferencia entre el sistema mexicano y el de otros lugares.

Madero

En el seno de una rica familia de hacendados del norte de México, los Madero, que precisamente habían ganado mucho dinero en los tiempos estables del dictador, nació el hombre que iba a terminar con el porfiriato; respondía al nombre de Francisco Ignacio. Desde muy joven, su educación humanista le incitó a ver la desigualdad social en las tierras mexicanas, incluidas las de su familia, y ese humanismo se perfeccionó e ilustró con estancias en el extranjero. Tras residir en Esta-


P. Newark-Firo Foto

dos Unidos y en París, Madero volvió a su país convencido de que le esperaba una misión crucial: quería educar a su pueblo, elevar la dignidad del trabajo, con ingresos capaces de mantener a una familia, y la dignidad del ciudadano, al que se debía permitir reunirse y disentir del Gobierno. Las ideas que Madero iba madurando atrajeron a un núcleo de incondicionales.

Como buen demócrata, Madero era pacifista; su hipótesis consistía en que el cambio vendría de forma paulatina, porque el dictador, en el fondo hombre paternal, comprendería que el tiempo del absolutismo había llegado a su fin y cedería el poder a las nuevas tendencias. Pero los acontecimientos fueron cambiando esa confianza.

La crisis económica provocó varios brotes de inestabilidad social en distintos puntos del país, brotes que el Gobierno reprimió con innecesaria dureza. Madero protestó públicamente, pero aún esperó que el general Díaz decidiera presentarse o no a su reelección (octavo período), al terminar su mandato en 1910. (Aunque la elección estaba «cantada» de antemano, Díaz se sometía cada vez «oficial» y «modestamente» al criterio del pueblo.) Si esta vez Díaz no se presentaba, ¿para qué agitar los ánimos? Madero esperó, y con Madero muchos mexicanos conscientes del grave momento que atravesaba su patria. Díaz tenía ya casi ochenta años; lo normal era una renuncia y una retirada «cargado de gloria».

Esa opinión se afianzó poco después, con la publicación de una entrevista concedida a un periodista norteamericano del *Pearson's Magazine.* Cuando *El Imparcial* de México ofreció la traducción, la gente se conmovió: «Tengo la firme intención de separarme del poder al cumplir los ochenta años de edad, sin tener en cuenta lo que mis amigos y sostenedores opinen, y no volveré a ejercer la presidencia.»

Hubo una impresión general de alivio entre los cada vez más numerosos enemigos del Régimen, especialmente entre Madero y los suyos. No haría falta tomar las armas, convocar a la sublevación. El enemigo se retiraba por su propia iniciativa; no había más que elogiar su sacrificio. Pero no era verdad; los meses subsiguientes no confirmaron las expectativas, porque la promesa era falsa.

Ataque frontal al porfiriato

Lo que Porfirio Díaz había hecho era simplemente utilizar un recurso típico entre los dictadores populistas: lanzar como un «globo sonda» la noticia de su dimisión para provocar una reacción de las masas que, asustadas por las consecuencias del desorden que pudiera ocasionar su renuncia, exigirían su permanencia en el poder, lo que le permitiría seguir gobernando con mayor seguridad.

Aunque esa reacción no se produjo, el auténtico propósito de Díaz se puso de manifiesto poco después, en 1908: el dictador «se dejó convencer» por sus partidarios y decidió «asumir el sacrificio» de presentarse a la reelección, «porque el país le necesitaba». Estaba claro que Díaz no abandonaría jamás su puesto voluntariamente, y no había más remedio que lanzarse a la acción, una acción que Madero, enemigo de la violencia, veía al principio sólo como una labor política. Por de pronto, necesitaba un manifiesto que expresara su postura y fuera al mismo tiempo programa de un nuevo partido. Ese manifiesto fue un libro, aparecido en enero de 1909 y titulado *La sucesión presi-*

Naco
Agua Prieta
El Paso
Nogales
Cananea
Ciudad Juárez
Casas Grandes
Hermosillo
Ojinaga
San Antonio
Chihuahua
Ciudad Porfirio Díaz (Piedras Negras)
Guaymas
Bachimba
Navojoa
Rellano
Álamos
Monclova
Nuevo Laredo
San Pedro
Monterrey
Angostura
Torreón
Parras
Saltillo
Culiacán
Cuencamé
Galeana
Linares
Mazatlán
Durango
Ciudad Victoria
Zacatecas
Tampico
Tepic
San Luis Potosí
Aguascalientes
Progreso
León
Guanajuato
Mérida
Guadalajara
Querétaro
Pachuca
Morelia
Colima
México
Tlaxcala
Jalapa
Campeche
Manzanillo
Toluca
Veracruz
Puebla
Córdoba
Villahermosa
Iguala
Tehuacán
Oaxaca
Chilpancingo
Acapulco
Juchitán
Tuxtla
Cuernavaca
Cuautla
Jojutla
Orizaba

Centros controlados por maderistas (21.V.1911)
Centros de actividad revolucionaria contra el gobierno de Madero
Otros centros urbanos
Principales batallas durante la sublevación de Orozco (III-IX.1912)

Estados Unidos Mexicanos

1 Sonora
2 Baja California
3 Chihuahua
4 Coahuila
5 Nuevo León
6 Tamaulipas
7 San Luis Potosí
8 Zacatecas
9 Durango
10 Sinaloa
11 Nayarit
12 Aguascalientes
13 Guanajuato
14 Querétaro
15 Hidalgo
16 Veracruz
17 Puebla
18 Tlaxcala
19 México
20 Distrito Federal
21 Michoacán
22 Jalisco
23 Colima
24 Guerrero
25 Morelos
26 Oaxaca
27 Chiapas
28 Tabasco
29 Campeche
30 Yucatán
31 Quintana Roo

Archivo Orbis



F. X. Ratois

En la página anterior, de izquierda a derecha, Eulalio Gutiérrez, Pancho Villa y Emiliano Zapata en el Palacio Nacional (6.XII.1910).

En esta página, arriba, mapa de México durante el gobierno de Madero; abajo, el presidente Venustiano Carranza (con larga barba blanca).

dencial en 1910, que provocó el escándalo entre los seguidores del presidente, el entusiasmo de sus enemigos y el asombro de la mayoría de los mexicanos capaces de leer. El libro partía de la posible reelección de Díaz para atacar, una a una, las bases de su poder personal. Madero criticaba en sus páginas el endiosamiento del presidente, la corrupción que minaba la Administración y, sobre todo, el poder unipersonal y omnímodo de Díaz.

La verdad es que el dictador no hizo demasiado caso del libro y se preparó a ganar fácilmente las elecciones, como hasta entonces había hecho. Incluso concedió una entrevista a Madero, en la que éste le instó al menos a permitir elecciones libres para la vicepresidencia, el Congreso y los cargos municipales. El intento de Madero, dada la edad provecta del presidente, era garantizar la democracia a su muerte o retiro por enfermedad, de modo que la espera de algunos años garantizase el cambio sin pasar por una revolución sangrienta. Sin embargo, Díaz no aceptó ningún compromiso, convencido de que su fuerza era mucho mayor que la que podía mover el idealista norteño.

La Policía, en cambio, sí se preocupó por las posibilidades electorales de los antirreeleccionistas, y, aprovechando unos mítines en Monterrey, detuvo y encarceló a Madero (7 de junio de 1910), acusándole de incitar al pueblo a la rebelión. La prisión sirvió para que la popularidad de Madero aumentara. Cuando salió bajo fianza todavía pensaba continuar su campaña sólo en el orden político; pero la Cámara de Diputados, de obediencia porfirista, consideró injustificados la protesta de los maderistas y su propósito de anular las elecciones, y declaró candidatos oficiales a Porfirio Díaz para la presidencia y a Ramón Corral para la vicepresidencia. Madero comprendió que no le quedaba posibilidad legal de resolver el problema, y cruzó su Rubicón, es decir, la frontera de Estados Unidos. Como tantos otros rebeldes, Madero buscó en el extranjero la oportunidad de preparar el cambio que devolviese la libertad a él y a su patria.

El Plan de San Luis Potosí

La revolución ya tenía una base; ahora necesitaba un manifiesto, y éste fue el Plan de San Luis Potosí, fechado

Pancho Villa

Hombre rudo y primitivo, Doroteo Arango (1878-1923) había matado, siendo adolescente, al patrón de la hacienda donde trabajaba porque había ofendido a su hermana. Perseguido y obligado a refugiarse en la montaña, adoptó el seudónimo de Francisco (Pancho) Villa, con el que se haría famoso.

En 1910 fue uno de los insurgentes que apoyaron a Madero en la lucha contra Porfirio Díaz, y destacó como hábil e intuitivo estratega, participando en varias victorias, como la toma de Ciudad Juárez (1911). Fiel maderista, derrotó a Pascual Orozco en Rellano (1912), bajo las órdenes del general Victoriano Huerta. Pero, acusado por éste de insubordinación, fue condenado a muerte, sentencia que el presidente Madero le conmutó por la prisión. Encarcelado, Villa se fugó poco después a El Paso (Estados Unidos).

Tras el asesinato de Madero, regresó a México y se unió a Carranza contra las fuerzas del general Huerta. Con sólo 3.000 hombres se apoderó del norte del país, tras vencer en Ciudad Juárez (1913), Chihuahua (1913), Torreón, Saltillo y Zacatecas (1914). Inició entonces una política de reparto de tierras a los campesinos pobres, creación de escuelas y otras mejoras económicas.

En la Convención de Aguascalientes (1914) se unió en un frente común anticarrancista con Emiliano Zapata, entrando ambos en Ciudad de México (6 de diciembre de 1914). Pero fracasados los intentos de fusión entre los bandos revolucionarios, Villa sufrió serios reveses militares.

Reconocido el gobierno de Carranza por Estados Unidos, dirigió una incursión de represalia contra Columbus, en territorio estadounidense (1916), provocando con ello la entrada en México de soldados norteamericanos bajo el mando del general John Pershing. Pero la falta de colaboración y la gran popularidad de Villa en Chihuahua hicieron desistir a los estadounidenses de su propósito de capturarlo. Excluido del Plan de Agua Prieta en 1920, después de la muerte de Carranza, Villa entró en tratos con el nuevo mandatario Adolfo de la Huerta; abandonó la lucha armada y aceptó un rancho a cambio. Tres años más tarde cayó asesinado en Parral (Chihuahua).



J. Topham-Fito Foto

en esa ciudad el 5 de octubre de 1910, aunque redactado en San Antonio (Texas) días después. Si en el libro sobre la reelección se hablaba del pasado, ahora se mencionaba sobre todo el futuro, que llegaría precedido por una revolución. Madero sería el presidente provisional hasta que, derrocado Porfirio Díaz, se celebraran elecciones limpias. El plan era como un guión de las acciones que emprenderían las fuerzas revolucionarias, a las que se asignaban cometidos concretos y se exigía estricta disciplina. Las grandes medidas políticas vendrían después, cuando llegase la paz con la caída de Díaz.

El Plan de San Luis Potosí despertó muchas esperanzas y levantó en armas a centenares de grupos rebeldes: el ejército federal se mantuvo al lado del dictador y se produjeron choques en varias partes del país, saqueos de haciendas e incluso ataques contra las propiedades norteamericanas, lo que no aconsejaba Madero, exiliado en aquel país, cuya neutralidad, si no apoyo, necesitaba. Naturalmente, el gobierno de México reclamó la extradición de Madero, a lo que el gobierno de Washington se negó ante la inexistencia de pruebas de otro crimen que no fuera el político de oposición a Díaz.

Envalentonado con ello, Madero se lanzó a la acción militar. El 14 de febrero de 1911 entró en México y se puso al frente de una tropa heterogénea, atacando la población de Casas Grandes (6 de marzo), al norte de Chihuahua. Fue la primera batalla y también la primera derrota, pero el impulso libertador tomó nuevos caminos y Estados Unidos empezó a apostar por el nuevo líder. El 1 de abril de 1911, Díaz, en su mensaje al Congreso, entonó un *mea culpa* y prometió castigar la corrupción entre jueces y gobernantes —con lo que confirmaba las denuncias de quienes habían acusado a su régimen—. La gente vio en esa confesión las razones que justificaban el levantamiento.

Entretanto, Madero reunió a todos sus correligionarios —la gente de Pascual Orozco, que había organizado en noviembre de 1910 el levantamiento de Chihuahua, la de Pancho Villa, la de José de la Luz Blanco—, unos tres mil hombres, y lanzó una ofensiva revolucionaria. El resultado fue la toma de la población fronteriza de Ciudad Juárez (11 de mayo de 1911), situada frente a El Paso, ya en territorio de Estados Unidos. Madero tenía así una puerta abierta para recibir ayuda.





P. Newark-Firo Foto

Pancho Villa (arriba) y Emiliano Zapata (abajo), caudillos legendarios de la revolución, representaron la voz de los campesinos sin tierras, la insurrección anárquica y generosa de los peones. Sin embargo, su alianza fue efímera: Villa era un pragmático; Zapata, un idealista.

Los levantamientos esporádicos se generalizaron en todo México, y el 25 de mayo Díaz capituló sin condiciones. El país estaba tan maduro para el cambio que no se movió ninguno de los que hasta entonces habían sido considerados sus fieles partidarios. Asombrosamente, tampoco nadie exigió responsabilidades al tirano. El día 27, el viejo autócrata embarcó en el puerto de Veracruz rumbo a Europa. Se dice que, en el momento de marchar al exilio, hizo una profética observación al ayudante que le acompañaba: «Madero ha soltado un tigre; veremos si puede manejarlo.»

Entre la reacción y la revolución

No pudo. En los días que siguieron a la salida del país de Porfirio Díaz se fraguó la tragedia política de un reformador que creía firmemente en unos postulados de libertad y democracia, y que para satisfacerlos estaba dispuesto a pagar con su vida, pero no con la de los demás. Ya tras la toma de Ciudad Juárez, Villa y Orozco se habían empeñado en que el general Juan Navarro, defensor de la plaza y cruel represor de los revolucionarios, fuera fusilado. Madero se opuso a esa medida y protegió personalmente al militar.

Emiliano Zapata

Hijo de humildes peones indios, Emiliano Zapata (1883-1919) nació en San Miguel Anenecuilcos, en el estado de Morelos. Zapata tuvo una infancia pobre, en la que apenas recibió educación, y ya desde joven se dedicó a luchar en favor del peonaje indio contra los grandes hacendados. En 1909 organizó un grupo guerrillero que hostigaba a los terratenientes de la región de Ayala. Al año siguiente se unió a la revolución maderista, destacando pronto como uno de los líderes del estado de Morelos. Con Genovevo de la O y Tepepa ocupó Tlaquiltenango, Jojutla y Jautepec, pero, tras los acuerdos de mayo de 1911 entre federales y maderistas, accedió a licenciar a sus hombres, en la confianza de que un gobierno elegido democráticamente resolvería la cuestión agraria de forma justa.

Cuando Madero fue elegido presidente de la República, Zapata no quiso reconocerlo, acusándolo de proseguir la política represiva del porfiriato y de intentar sofocar la revolución. Bajo el lema «tierra y libertad» lanzó el Plan de Ayala (noviembre de 1911), que exigía reformas agrarias radicales. Hostigadas sus fuerzas por las campañas represivas del ejército maderista (1912), tras el asesinato de Madero y la usurpación del poder por Victoriano Huerta, reemprendió la lucha en Morelos.

Aliado de Francisco Villa en la Convención de Aguascalientes, ocupó junto a aquél la capital federal (6 de diciembre de 1914). En la cúspide de su poder, promulgó leyes que consagraban las reformas agrarias, la redención de los peones indios, la creación de escuelas e incluso llegó a acuñar moneda. En marzo de 1918 dirigió al país su manifiesto A los revolucionarios de la República y a los trabajadores, *y un mes más tarde definió su estrategia como de «frente popular». Sin embargo, el proletariado, desmovilizado por el reformismo burgués de Carranza, no le secundó. El general Pablo González, encargado de la represión antizapatista bajo el gobierno de Carranza, ordenó al coronel Jesús Guajardo la eliminación de Zapata. Haciéndose pasar por aliado, Guajardo tendió una emboscada al líder agrarista en la hacienda de Chinameca (Cuernavaca). Era el 10 de abril de 1919. Zapata cayó acribillado a balazos.*

1910-1920: diez años de revolución

1910

5.X: *Plan de San Luis Potosí, redactado por Francisco Madero: promesa de restituir los ejidos a los pueblos.*
20.XI: *comienza la lucha armada contra el gobierno dictatorial de Porfirio Díaz en el estado de Chihuahua. Pascual Orozco y Francisco Villa, en el norte, y Pablo Torres Burgos y Emiliano Zapata, en el sur, apoyan el Plan de San Luis.*

1911

14.II: *Madero, refugiado en Estados Unidos, entra en México y se pone al frente de la revolución.*
8.V: *las fuerzas maderistas atacan Ciudad Juárez.*
25.V: *Porfirio Díaz renuncia a la presidencia.*
26.V: *Francisco León de la Barra ocupa la presidencia y forma gobierno de acuerdo con Madero.*
9.VII: *Madero anuncia la disolución del Partido Antirreeleccionista, del que él y Francisco Vázquez Gómez habían sido, respectivamente, candidatos a la presidencia y vicepresidencia (abril de 1910).*
VIII: *Zapata se niega a licenciar sus tropas. El general Victoriano Huerta, encargado de reprimir a los zapatistas, marcha sobre Cuautla.*
31.X: *Plan de Tacubaya contra Madero, al que se acusa de nepotismo y traidor al Plan de San Luis.*
6.XI: *Madero, elegido en los comicios de octubre, ocupa la silla presidencial. Pino Suárez, vicepresidente.*
25.XI: *Zapata lanza el Plan de Ayala: reforma agraria radical y sustitución de Madero por el general revolucionario Pascual Orozco.*

1912

III: *Orozco se rebela en el estado de Chihuahua.*
25.III: *Plan de la Empacadora (orozquista) contra Madero.*
IX: *los orozquistas son derrotados por las fuerzas del general Huerta.*
16.X: *el general Félix Díaz, sobrino del ex-dictador, se subleva en Veracruz, pero es reducido por las tropas federales y encarcelado.*

1913

9.II: *el general Manuel Mondragón se subleva contra el Gobierno en Ciudad de México. Los generales Félix Díaz y Bernardo Reyes, en libertad.*
18.II: *de acuerdo con los sublevados, Huerta ordena la detención de Madero y Pino Suárez, y ocupa la presidencia.*
22.II: *Madero y Pino Suárez son asesinados.*
26.III: *Venustiano Carranza, prestigioso maderista y gobernador de Coahuila, da a conocer el Plan de Guadalupe: se desconoce la autoridad de Huerta y se invita a los gobernadores a combatirlo. Carranza se convierte en jefe del ejército constitucionalista. Le apoyan, entre otros, Francisco Villa y Álvaro Obregón.*
10.X: *Huerta disuelve las cámaras y convoca elecciones, que le dan la presidencia 15 días después.*
15.XI: *las fuerzas de Villa toman Ciudad Juárez.*
8.XII: *Villa entra en Chihuahua.*

1914

2.IV: *Torreón cae en poder de Villa. A finales de este mes, las fuerzas de Obregón dominan los estados de Sinaloa y Sonora.*
21.IV: *tropas estadounidenses ocupan Veracruz. Huerta rompe relaciones con Estados Unidos.*
24.IV: *las fuerzas del general constitucionalista Pablo González toman la capital de Nuevo León.*
20.V-25.VI: *Conferencia de Niagara Falls entre representantes del gobierno de Huerta y del de Estados Unidos.*
23.VI: *Zacatecas es ocupada por las tropas de Villa tras duros combates.*
15.VII: *con gran parte del país bajo control de los constitucionalistas, Huerta renuncia a la presidencia.*
15.VIII: *el general Álvaro Obregón entra en Ciudad de México.*
22.IX: *Villa rompe con Carranza.*
10.X: *empieza la Convención de Aguascalientes: Villa, Zapata y Obregón no reconocen a Carranza y empieza la lucha de facciones en el bando constitucionalista. Eulalio Gutiérrez es nombrado presidente provisional.*
6.XII: *Villa y Zapata se apoderan de Ciudad de México.*

1915

15.I: *Eulalio Gutiérrez huye de la capital rumbo al norte. Derrotado, se rinde a Carranza.*
28.I: *Obregón reconquista Ciudad de México para los constitucionalistas.*
6-15.IV: *batallas de Celaya. Obregón vence a los villistas.*
1-5.VI: *nuevo fracaso de las fuerzas de Villa entre Silao y León.*
6-10.VII: *derrota de Villa en Aguascalientes.*
19.X: *Estados Unidos y otras ocho naciones americanas renococen al gobierno de Carranza.*

1916

9.III: *la incursión de Villa contra Columbus (Nuevo México) desencadena expediciones punitivas estadounidenses en territorio mexicano.*
21.VI: *choque entre fuerzas estadounidenses y tropas constitucionalistas en El Carrizal.*

1917

31.I: *el Congreso mexicano adopta una nueva Constitución (promulgada el 5 de febrero).*
5-6.II: *las fuerzas estadounidenses se retiran de México.*
11.III: *Carranza es elegido presidente para un mandato de cuatro años (desde el 1 de mayo).*

1918

19.II: *el petróleo es declarado recurso nacional inalienable. Los títulos de propiedad de los yacimientos son transformados en concesiones.*

1919

10.IV: *Zapata muere en una emboscada tendida por orden de Pablo González.*

1920

9.IV: *los generales Adolfo de la Huerta, Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles unen sus fuerzas contra Carranza, al que acusan de intentar dictar la sucesión presidencial.*
8.V: *Obregón toma Ciudad de México y, luego, otros centros de la costa oriental.*
21.V: *prisionero de los insurgentes, Carranza es asesinado en la provincia de Puebla.*
1.VI: *Adolfo de la Huerta ocupa provisionalmente la presidencia.*
27.VII: *Villa se rinde a los insurgentes (se le concede un rancho en Durango a cambio de su retirada de la política).*
5.IX: *Obregón es elegido presidente (lo será desde el 1 de diciembre de 1920 hasta el 30 de noviembre de 1924). Durante su mandato se aplican muchas de las reformas prometidas por la revolución.*


Bevilacqua-Salmer

Pancho Villa (con el sombrero en la mano) durante la batalla de Zacatecas, la más encarnizada de cuantas libraron revolucionarios y huertistas. Villa entró en la plaza el 23 de junio de 1914, tras varios días de combate. Pereció casi toda la guarnición.

Esas divergencias de opinión entre Madero y los revolucionarios se pusieron de manifiesto en cuanto se calmaron los vítores con que Madero fue aclamado en su marcha triunfal a la capital de la República, donde el 7 de junio le recibieron 100.000 personas. Tanto Pancho Villa, el revolucionario del norte, como Emiliano Zapata, que luchaba en el sur con los maderistas, tenían puntos de vista incompatibles con los de Madero. Éste quería la reforma paulatina, basada en la comprensión, la amnistía y el olvido de las contiendas pasadas, para construir un México democrático y moderno. Pero Zapata y Villa desconfiaban de la transformación de los antiguos porfiristas. En su *Manifiesto a la acción* (24 de junio de 1911), Madero consiguió asustar a los ricos empresarios, diciéndoles que no contasen ya «con la impunidad de que en otros tiempos gozaban los privilegiados de la fortuna, para quienes la ley era tan amplia como lo era estrecha para los infortunados», mientras que los extremistas se desengañaron ante la forma ambigua y tibia con que Madero pensaba acabar con esas diferencias. Madero se encontró entre dos fuegos: el de los que querían conservar el pasado y el de los que pretendían adelantar el futuro.

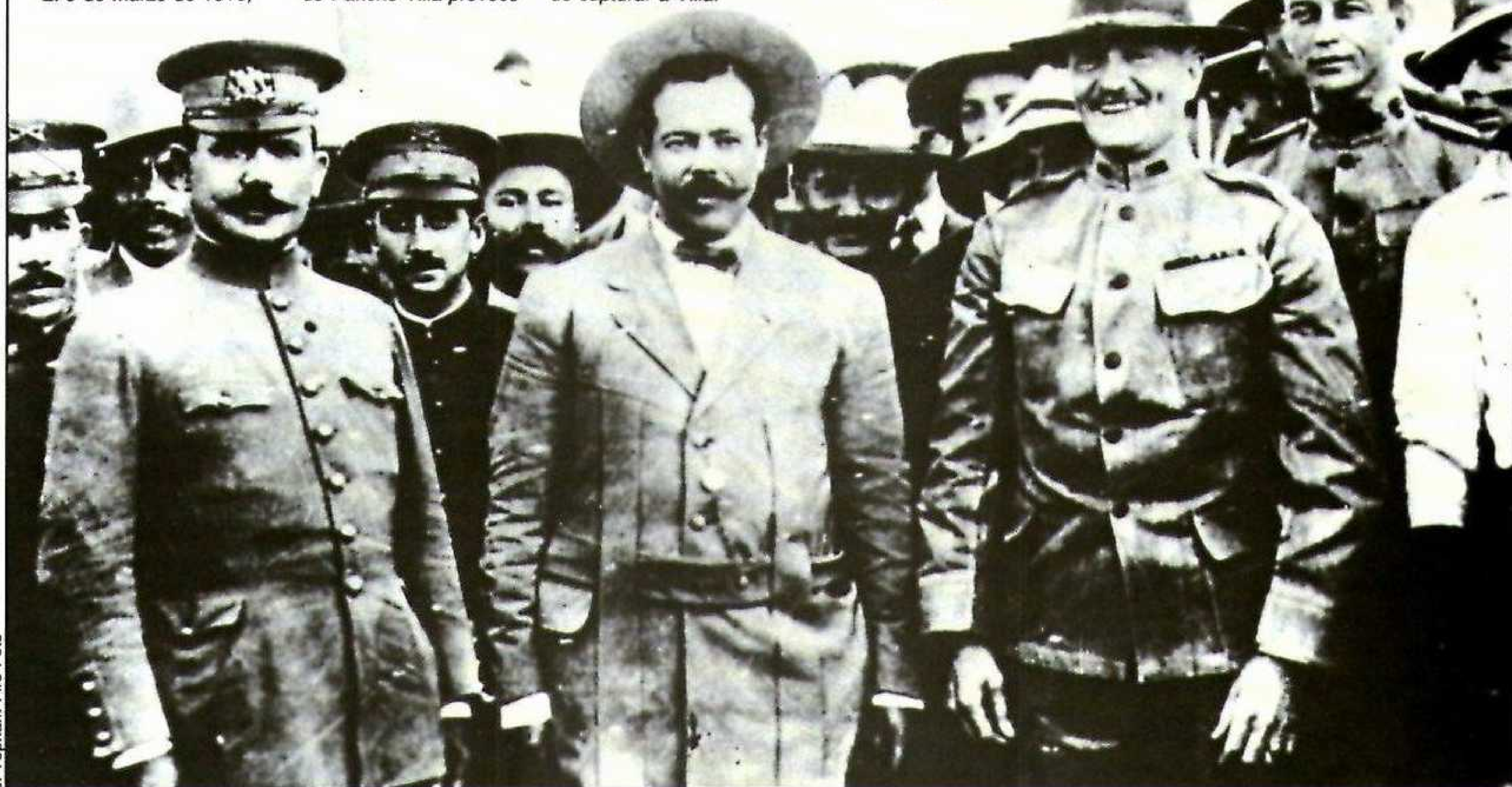
Tras un período de interinidad, en el que Francisco León de la Barra ocupó la presidencia, en octubre de 1911 se convocaron elecciones y el 6 de noviembre Madero prestó juramento como presidente constitucional, respaldado por el 98 % de los votos. Su figura era aún popular, pero le acechaban las fuerzas de la reacción y las de la revolución. Lógicamente —los porfiristas no se atrevían a moverse todavía— fueron los revolucionarios los primeros en agitarse. Su enemistad había empezado durante el gobierno interino de De la Barra, con la orden dada por Madero de desmovilizar las fuerzas de Zapata, que controlaban el estado de Morelos. El líder agrarista cedió no sin preocupación, teniendo en cuenta que quien iba a imponerle la orden era un hombre del antiguo régimen: el general Victoriano Huerta. A pesar de las garantías ofrecidas por Madero con objeto de buscar una solución, las acciones represivas de Huerta (agosto de 1911) obligaron a Zapata a levantarse en armas. Más tarde, siendo ya Madero presidente, el conflicto se agravó.

Del Plan de Ayala a la contrarrevolución

A los zapatistas no les importaban los temas del sufragio efectivo y la no reelección —asuntos capitales en el programa de Madero—, sino la restitución a los pueblos de las tierras robadas por los terratenientes con la complicidad de la Administración. Y como Madero no se decidía a cumplir la promesa de la restitución de las tierras, contenida en el Plan de San Luis Potosí, decidieron luchar por sus aspiraciones. El 25 de noviembre de 1911, los principales dirigentes del ejército zapatista firmaron el Plan de Ayala, que denunciaba la «traición» de Madero, propugnaba una serie de medidas agrarias radicales —expropiación de tierras a los hacendados— y nombraba al prestigioso general Pascual Orozco jefe de la revolución. El lema del Plan de Ayala era «libertad, justicia y ley». La lucha entre el ejército federal y los zapatistas se caracterizó por su crueldad. Ninguno de los bandos se hizo con una victoria clara.

A finales de febrero de 1912, la campaña contra Madero arreciaba en todos los frentes. A principios de marzo, Orozco se sublevó contra el Gobierno y se hizo dueño del estado de Chihuahua, en cuya capital el día 25 hizo público un nuevo plan revolucionario, más radical aún que los anteriores. Pero, en mayo, la insurrección de Chihuahua fue aplastada por una fuerza militar federal bajo las órdenes del general Victoriano Huerta, de la que formó parte Francisco Villa, que había permanecido fiel a Madero.

La derrota de Orozco a manos de Huerta contribuyó más al prestigio de este último que a la causa de Madero, que también perdía apoyos en el campo internacional. El estado de rebelión y desorden en que vivía el país trocaron la simpatía con que Estados Unidos había visto llegar al poder al demócrata Madero en temor ante la posibilidad de ataques a personas y bienes norteamericanos, y animadversión hacia un régimen que no podía controlar la situación. Lo mismo pensaron los nostálgicos del porfiriato, que creyeron llegado


Álvaro Obregón, Pancho Villa y el general estadounidense Pershing en Nogales (Sonora). El 9 de marzo de 1916, el asalto del pueblo de Columbus (Nuevo México) por una partida de forajidos al mando de Pancho Villa provocó una expedición punitiva de Estados Unidos, dirigida por Pershing, que no logró su objetivo de capturar a Villa.

J. Topham-Firo Foto

el momento de volver al pasado, incluso con alguien del mismo apellido del dictador. Efectivamente, el sobrino de Porfirio Díaz, general Félix Díaz, se sublevó en el puerto de Veracruz el 16 de octubre de 1912, pero fue prematuro; las fuerzas federales lo dominaron a los pocos días y Díaz fue a la cárcel.

En el bando de los revolucionarios radicales se mantenía el intento de ganar por las armas lo que el Gobierno no conquistaba mediante leyes. Menudeaban las ocupaciones de tierras, que se labraban rifle en mano por si llegaban los soldados federales.

Madero, en principio de acuerdo con una reforma agraria, promulgó su propia ley, que fue demasiado revolucionaria para los reaccionarios y ridículamente respetuosa con los ricos para los insurgentes. Lo mismo ocurrió —aunque el problema no era tan acuciante— con las leyes que quisieron ordenar la actividad de la industria. Hoy, muchos de sus apartados aparecen como retrógrados, pero en aquel tiempo la fijación del horario laboral (diez horas diarias), de las vacaciones anuales (quince días) y del salario otorgaban al obrero una seguridad que antes no podía ni siquiera soñar.

El asesinato de Madero

A pesar del disgusto de los revolucionarios por la tibieza de Madero, éste era un hombre del pueblo y su deposición tenía que venir naturalmente forzada por las clases poderosas. El 9 de febrero de 1913, el general Manuel Mondragón, al mando de una fuerza de más de 2.000 hombres, se sublevó en la capital de la República y puso en libertad a los generales Bernardo Reyes y Félix Díaz. El Palacio Nacional fue atacado por los sediciosos, pero el general Lauro Villar, único militar de alta graduación que apoyaba sinceramente a Madero, les rechazó. Herido en la refriega, Villar tuvo que ser sustituido, y Madero designó a Victoriano Huerta, hombre contrario a sus ideas, como comandante militar de la plaza.

En lugar de atacar a Reyes y a Díaz, refugiados en la Ciudadela, Huerta los asedió de forma más bien cómoda y fácil para los sitiados, que gozaban de absoluta libertad de movimientos. En ese intermedio confuso, la intervención norteamericana resultó decisiva. El embajador Henry Lane Wilson tomó cartas en el asunto; citó a los generales Díaz y Huerta en la Embajada y juntos acordaron que la lucha se decidiese con la dimisión de Madero. Tras ese pacto, los militares triunfantes se presentaron en el Palacio Nacional y detuvieron a Madero y al vicepresidente José María Pino Suárez. Era el 18 de febrero. Al día siguiente, ambos detenidos fueron obligados a renunciar a sus cargos.

Oficialmente todo estaba arreglado. De acuerdo con la Constitución, el secretario de Relaciones Exteriores, Pedro Lascuraín, asumió la presidencia de la República. Su mandato duró sólo unos minutos, porque en seguida renunció a su cargo en favor del nuevo secretario de Gobernación: Victoriano Huerta.

El usurpador sabía que Madero no podía quedar con vida si los sublevados querían gozar en paz de su triunfo. Tampoco podía amañarse un proceso contra el ex-presidente, al que bastaría hablar en el juicio para levantar de nuevo a miles de partidarios. Se anunció que ambos detenidos serían desterrados a Veracruz y luego se decidió trasladarlos del Palacio Nacional a la prisión federal de México. Pero en el camino, cerca del edificio penal, Madero y Pino Suárez cayeron asesinados por las balas de los agentes que les custodiaban. Era el 22 de febrero de 1913. El sueño reformador, demócrata y liberal, había durado unos meses.

Huerta intentó volver al estado de cosas anterior, pero fue abandonado un año después por los mismos norteamericanos que le habían apoyado. Empezó entonces la epopeya bélica y fantasiosa de los caudillos populares, especialmente de Pancho Villa y Emiliano Zapata, que intentaron llevar la revolución al extremo que habían soñado. Las hazañas de ambos, coronadas con sus muertes violentas, llenan un período de la historia de México que abrió al país las puertas de la modernidad.

China: el final de una dinastía

Feudalismo y revolución

Mateo Madridejos,
historiador y periodista

El milenario Imperio no pudo resistir los embates de la modernización económica, la penetración del capitalismo extranjero y la occidentalización de la cultura, pero su caída (1911-1912) no resolvió ningún problema, sino que abrió un largo y complicado proceso de liquidación de la vieja China. El movimiento nacionalista de Sun Yat-sen, principal artífice de la victoria sobre la monarquía manchú, se alió con los comunistas para combatir a los señores feudales y crear un poder político moderno y centralizado. En medio de grandes transformaciones sociales, esa alianza movilizó políticamente a las masas antes de desintegrarse en 1927.

Fundador del movimiento revolucionario que provocó la caída de la monarquía manchú y la proclamación de la República, de la que fue primer presidente, Sun Yat-sen propuso un programa de carácter nacionalista, demócrata y progresista para hacer de China un país moderno. En la fotografía, Sun Yat-sen (centro) durante una visita de inspección a Shanghai.



A.G.E.


M. Durazzo/Magnum/Zardoya

La guerra chino-japonesa (1894-95) y el subsiguiente tratado de Shimonoseki, por el que China perdió Taiwan y Corea, pusieron en evidencia el atraso técnico y precipitaron el descrédito del Imperio, mientras otros acontecimientos socavaban los cimientos de la sociedad tradicional. La experiencia de los Cien Días (junio-septiembre de 1898), que propugnó una «occidentalización integral», terminó con el exilio de los reformadores, y la reacción xenófoba de los bóxers, por su arcaísmo ideológico, desembocó en una aparatosa humillación nacional.

Los intelectuales chinos estaban traumatizados por una situación que hacía de China «la colonia y esclava de todas las naciones», al decir de Sun Yat-sen (Sun Yatsen). Las concesiones y los privilegios de las potencias extranjeras, incluida la extraterritorialidad, servían para explotar sin escrúpulos a una población miserable. Tras el nuevo oprobio de la guerra ruso-japonesa (1904-5), y ante las críticas acerbas de la *intelligentsia*, la camarilla imperial, aleccionada por las reiteradas crisis trató de salvarse adoptando el programa de sus adversarios.

Reformas tardías

Un edicto imperial (julio de 1905) reformó la enseñanza, sustituyó los exámenes literarios tradicionales y realzó el papel de las disciplinas científicas en las universidades, en un nuevo intento de transformar la mentalidad de los mandarines. Al mismo tiempo, el Ejército y los ministerios fueron reorganizados con instructores japoneses, se inició una reforma constitucional y se anunció la progresiva supresión de los fumaderos de opio.

El reformismo de la emperatriz regente, la viuda Tz'u Hsi (Ci Xi), llegó con retraso cuando las fuerzas antidinásticas avanzaban impetuosamente, dentro y fuera del país, impulsadas por las grandes transformaciones que estaba provocando el capitalismo incipiente. La agitación era especialmente intensa entre los exiliados de Japón, en torno a Sun Yat-sen y su Tongmenghui (Liga Revolucionaria), cuyo órgano oficial, *Min Bao (El Pueblo)*, publicó un manifiesto antidinástico (1905), nacionalista y democrático, para superar la sordera crónica de los mandarines y la periódica ira popular desvirtuada por la xenofobia.

La muerte de la emperatriz (1908) desencadenó una nueva reacción, que desalentó a los monárquicos reformistas, y tras la destitución del general Yüan Shih-k'ai (Yuan Shikai) (1 de enero de 1909), «hombre fuerte» de la situación, el precario equilibrio de fuerzas se rompió en favor de los republicanos. La amenaza del expansionismo nipón y la crisis económica generalizada, que perjudicó a caciques y co-



M. Durazzo/Magnum/Zardoya



M. Durazzo/Magnum/Zardoya

En la página anterior, llegada de embajadores a la Ciudad Prohibida de Pekín para asistir a una audiencia en el Palacio Imperial. Tras su complicidad con la xenófoba rebelión de los bóxers (1900), la Corte tuvo que enfrentarse con los «tratados desiguales» impuestos por las potencias extranjeras.

En esta página, a la izquierda, el príncipe regente Ch'un (sentado) y el futuro emperador P'u-yi (de pie), en una fotografía tomada a principios de 1908; sobre estas líneas, un mendigo, símbolo de la postración a que, al empezar el siglo XX, seguía sometido el pueblo chino bajo la corrupta dinastía manchú.

merciantes, y el decreto que nacionalizó los ferrocarriles del centro (mayo de 1911), construidos con capital chino, a fin de obtener nuevos ingresos para reembolsar la deuda exterior, favorecieron a la causa antidinástica. Los capitalistas autóctonos, a través del Movimiento para la Protección de los Ferrocarriles, forzaron al Gobierno a retroceder, en un ambiente de efervescencia nacionalista.

La caída de la dinastía

La sublevación de la guarnición de Wuchang, el 10 de octubre de 1911, el «doble diez», fue la señal para un vasto movimiento antimanchú que aglutinó a una coalición heterogénea: radicales y reformistas republicanos, monárquicos constitucionales, capitalistas y comerciantes, y obreros de las concesiones extranjeras. En poco más de tres semanas, diecisiete de las veintiuna provincias desafiaron al Gobierno.

La amplitud de la revuelta sorprendió a los moderados. Sun Yat-sen, que estaba en Estados Unidos, no regresó a China hasta diciembre y fue elegido presidente provisional de la República por una Asamblea Nacional reunida en Nankín, integrada por notables de todas las provincias rebeldes. Mientras tanto y para que se pusiera al frente de las tropas leales, el regente llamó al general Yüan Shih-k'ai, pero éste, conocedor de la relación de fuerzas, se volvió contra la dinastía; forzó la abdicación del emperador P'u-yi (Pu yi) (12 de febrero de 1912) y se atribuyó plenos poderes.

Sun Yat-sen tuvo que inclinarse ante la reacción termidoriana, según dijo, para evitar la guerra civil. La verdad es que carecía de fuerza y convicción para oponerse, habida cuenta de la debilidad de la burguesía liberal frente a los caciques rurales y los ejércitos privados, a sueldo de las potencias extranjeras. Éstas se pronunciaron decisivamente en favor de Yüan Shih-k'ai al concederle un préstamo de veinticinco millones de libras esterlinas (préstamo de reorganización), garantizado por las aduanas y el impuesto real, con el que establecieron una especie de protectorado fiscal.

Yüan Shih-k'ai se desembarazó fácilmente de los republicanos recalcitrantes, puesto que el cambio de régimen —simbolizado en una Constitución inspirada en la de Estados Unidos—, al no incluir reformas sociales, agravó las contradicciones y favoreció la implantación de la dictadura. Aunque las elecciones de 1913 dieron el triunfo al Kuomintang (Guomindang) o partido nacionalista —fundado como tal el 25 de agosto de 1912—, el asesinato de su jefe parlamentario, instigado desde el poder, y el fracaso de una intentona revolucionaria —la «segunda revolución», en marzo de 1913— sella-

Sun Yat-sen y la China moderna

Hijo de campesinos pobres de la provincia de Kuangtung (Guangdong), zona de fuerte emigración, Sun Yat-sen (1866-1925) se trasladó a Honolulú en 1879, donde un hermano tenía un comercio, y se convirtió al cristianismo. Estudió medicina en Honolulú y Hong Kong (1887-1892) y la ejerció en Macao (1892), donde fundó la Asociación para la Regeneración de China (1894).

Tras el desastre de la guerra contra Japón (1895), dirigió una primera revuelta antidinástica en Cantón, cuyo fracaso le llevó al exilio. En Londres fue secuestrado por la policía imperial y retenido en la Embajada china, pero fue liberado tras una campaña de prensa que le dio notoriedad y le granjeó una reputación de combatiente contra la dinastía manchú (1896).

En Tokio fundó la Tongmenhui (1905) o Asociación juramentada, que elaboró un programa antidinástico con los San Min Zhuyi *o* Tres principios del pueblo*: nacionalismo, democracia y progreso, una doctrina ecléctica inspirada en la democracia liberal.*

Cuando estalló la revolución de 1911 se encontraba en Estados Unidos, pero regresó a China (diciembre de 1911) y fue elegido presidente provisional de la República, cargo que ejerció hasta febrero de 1912, cuando, para evitar la guerra civil, se retiró ante las presiones de Yüan Shih-k'ai. En agosto del mismo año fundó el Kuomintang (partido nacionalista). Organizó una revuelta contra Yüan Shih-k'ai, pero fracasó y tuvo que exiliarse en Japón (1913).

Tras la muerte de Yüan Shih-k'ai, regresó a China y formó en Cantón un gobierno revolucionario hostil al de Pekín (1917), con la colaboración de Chen Chiung-ming, uno de los «señores de la guerra», cuyo objetivo era la conquista de todo el país.

Ante la indiferencia de las potencias occidentales, que preferían ostensiblemente una China balcanizada, Sun Yat-sen se reunió en Shanghai con el emisario de la Komintern, Adolf A. Joffe, con el que firmó el célebre acuerdo del 26 de enero de 1923 para un «frente unido» del Kuomintang con los comunistas. El Kuomintang fue reorganizado y admitió en su seno a los comunistas.

Sun Yat-sen murió en Pekín el 12 de marzo de 1925, cuando negociaba con las autoridades locales antes de decidir la operación de reconquista del país que tanto había esperado.

Aunque ha sido tildado de oportunista e incluso de veleidoso, con un pensamiento muy poco original, no cabe duda que fue el primer estadista moderno de una China todavía feudal; un anticolonialista que confió en las armas que habían hecho triunfar a sus adversarios: el nacionalismo, el liberalismo y la fe en el progreso.


A.G.E.


A.G.E.


EFE

En esta página, arriba, el doctor Sun Yat-sen y su esposa en 1911; en el centro, el joven emperador P'u-yi, último representante de la dinastía manchú (abdicó en febrero de 1912, con lo que abrió paso a la República); abajo, Yüan Shih-k'ai, presidente provisional de la República con plenos poderes (1912).

En la página siguiente, Sun Yat-sen exiliado en Japón (1916) durante la dictadura militar de Yüan Shih-k'ai.


Archivo Orbis



EFE

ron el destino adverso de la revolución nacionalista. La prohibición del Kuomintang y la disolución del Parlamento (10 de enero de 1914) acabaron con la efímera experiencia republicana.

Sin embargo, Yüan Shih-k'ai, al aceptar las «21 peticiones» de Japón (18 de enero de 1915), que equivalían a convertir al país en un protectorado, se granjeó la hostilidad de todos los sectores nacionalistas y suscitó una violenta oposición en la mayoría de las provincias. La revuelta se generalizó cuando el general se proclamó emperador el 12 de diciembre, y le obligó a renunciar a la creación de una nueva dinastía.

La muerte súbita de Yüan Shih-k'ai (6 de junio de 1916) provocó un gran vacío político y aceleró el movimiento centrífugo en muchas provincias. La escena política quedó dominada por los «señores de la guerra», caudillos militares con arraigo en algunas provincias, y los clanes militaristas que se disputaban el poder en Pekín bajo la influencia de Gran Bretaña (grupo Zhili) o de Japón (grupos Anfu y Fengtian). Sun Yat-sen, sin fuerzas para reunificar el país, sucumbió a la tentación de aliarse con el «señor de la guerra» de Cantón, Chen Chiung-ming (Yen Kiungming), para instalar un gobierno.

Durante este período de gran inestabilidad, bajo la presidencia teórica de Siu Che-chiang, la vida política y diplomática estuvo dominada por Japón, que obligó a China a entrar en guerra contra Alemania (1917). Las provincias se debatían entre la corrupción y la violencia militarista, en medio de una gran penuria, lo que desacreditó aún más ante las masas a las instituciones de tipo occidental.

El Movimiento del 4 de Mayo

En estas circunstancias, el Movimiento del 4 de Mayo (1919), más que una protesta contra la corrupción o la explotación extranjera, fue una auténtica revolución cultural que convulsionó al país y le hizo entrar en el camino del nacionalismo contemporáneo. La causa inmediata fueron las cláusulas del Tratado de Versalles que transferían a Japón las que habían sido posesiones alemanas en la provincia de Shantung.

El 4 de mayo, unos 3.000 estudiantes de la Universidad de Pekín se manifestaron en la plaza de Tien An-men al grito de «¡Abajo la tienda de Confucio!», con el que resumieron su aversión por la cultura política oficial, fundada en el confucianismo, monopolio de la clase dirigente y cimiento del orden tradicional; un sistema de pensamiento que reputaban retrógrado, más fuerte que la monarquía o la dictadura militar, en la medida en que atenuaba los conflictos sociales y contribuía, por ende, a perpetuar las injusticias. La agitación intelectual y nacionalista de Pekín se propagó a las grandes ciuda-

Guarnición alemana en Tsingtao, provincia de Shantung. En 1919, la Conferencia de Paz de Versalles negó la devolución a China de las antiguas concesiones comerciales alemanas, ocupadas por Japón durante la Gran Guerra, medida que fue el origen del Movimiento 4 de Mayo.

A.G.E.

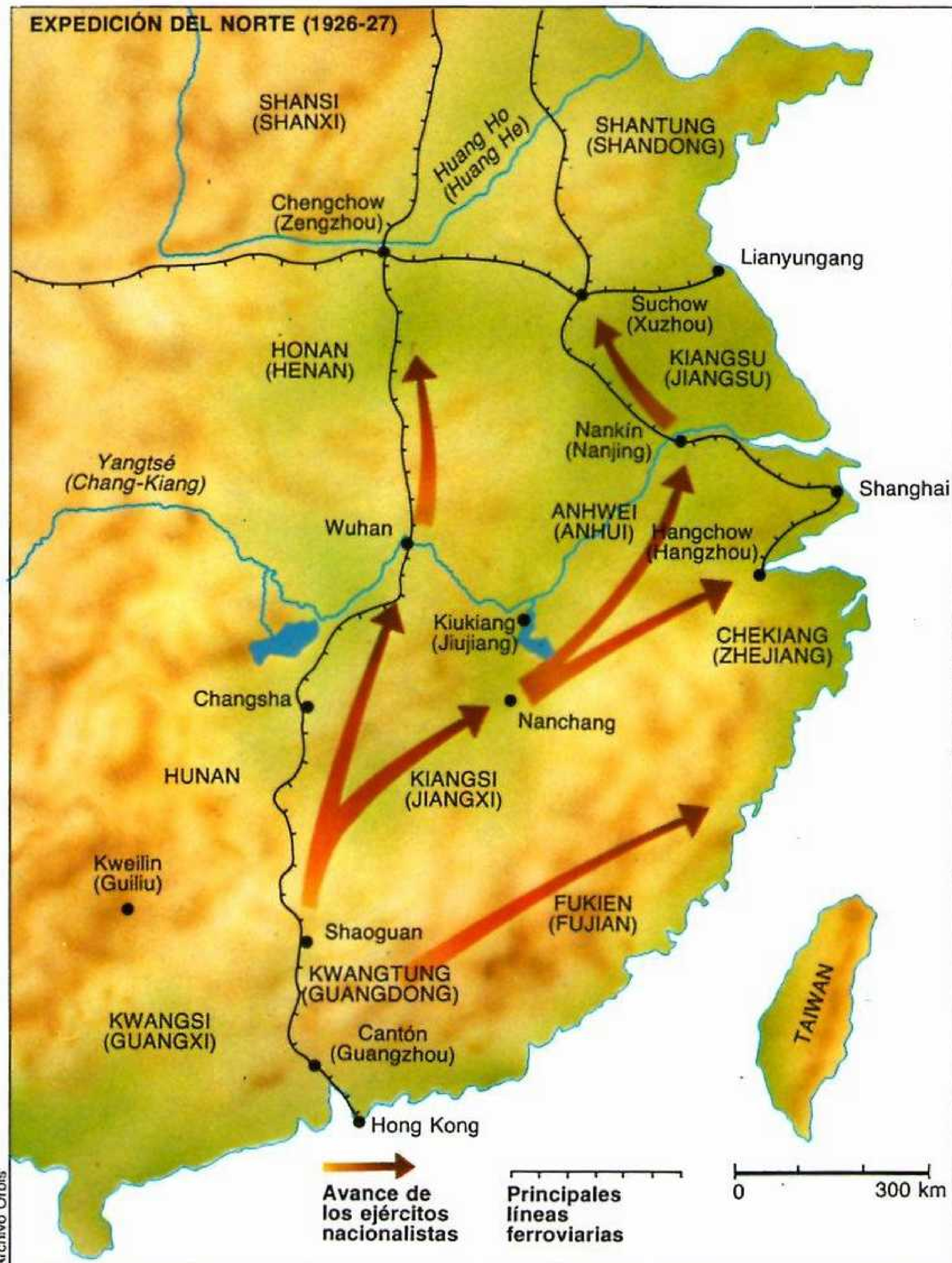
des de la costa, donde obreros y comerciantes boicotearon las mercancías japonesas.

El estallido popular fue anticipado y preparado por un renacimiento literario que tuvo su principal adalid en Hu Shi (1891-1962), profesor universitario formado en Estados Unidos, admirador de Bertrand Russell y John Dewey, que propugnó el empleo de la lengua hablada (*baihua*) en vez de la lengua escrita (*wenyan*) para quebrantar el monopolio de los mandarines. Liang Qichao, pensador político, elaboró la idea de nación para fundar sobre ella la identidad china, a fin de superar la vieja asimilación de China con el mundo civilizado. El «pueblo», en fin, como antítesis de las clases dirigentes, fue exaltado por los republicanos radicales.

Por su carácter iconoclasta, su exaltación de la juventud y su crítica despiadada de la cultura tradicional, el


Desfile de fuerzas de caballería del gobierno nacionalista en Nankín. Con la ayuda soviética, Chiang Kai-shek logró organizar un ejército moderno que le permitió conquistar el sur del país (Expedición del Norte, 1926-27) e instalar un gobierno provisional en Nankín.

Archivo Orbis







Arriba, L. M. Karakhan, primer embajador soviético en Pekín. En nombre de su gobierno, el 25 de julio de 1919 renunció públicamente a los privilegios de Rusia en China.

Abajo, Mijail Borodin, agente de la Komintern en el gobierno de Sun Yat-sen y artífice de la reorganización del Kuomintang, al que se incorporaron los militantes comunistas.

Movimiento del 4 de Mayo ha sido comparado con la Ilustración europea por su racionalismo, fe en el progreso y defensa de la democracia. La occidentalización era una aspiración generalizada, pues los intelectuales estaban persuadidos de que «el pensamiento chino tiene un retraso de mil años» (Ch'en Tu-hsiu).

Las ideas marxistas y las proclamas bolcheviques ejercieron considerable influencia, en un momento en que la Rusia revolucionaria, por medio de Cicerin (Chicherin), anunciaba la renuncia a las ventajas obtenidas por los zares en China. En mayo de 1919, *La Juventud Nueva* publicó un número especial dedicado al marxismo, y al año siguiente, comenzó a funcionar en Pekín una Sociedad para el Estudio del Marxismo. Mao pudo decir que «las salvas de la Revolución de Octubre nos trajeron el marxismo».

La propaganda comunista fue estimulada por la Komintern, cuyo primer enviado, Gregorij Voitinskij, llegó a China en 1920. Los intelectuales liberales —Hu Shi, Lu Xun, Yan Fu y Liang Qichao, entre otros— denunciaron el nuevo dogmatismo de sus colegas y se apartaron de *La Juventud Nueva*, convertida en órgano marxista-leninista.

El frente unido del Kuomintang

El Partido Comunista Chino (PCCh), fundado en julio de 1921, eligió al profesor Ch'en Tu-hsiu (Chen Duxiu) como secretario general y adoptó una estrategia calcada de la soviética, orientada al proletariado industrial. La Komintern estaba interesada, ante todo, en la formación de un frente antiimperialista en los países «semicoloniales».

Entre tanto, Sun Yat-sen resucitó su gobierno nacionalista en Cantón y fue proclamado presidente de la República (5 de mayo de 1921), pero apenas si resistió un año a las veleidades militaristas. Ante el desorden extremo y la indiferencia de las potencias occidentales, el dirigente nacionalista se volvió hacia Moscú en busca de apoyo para su proyecto. Tras una entrevista que Sun Yat-sen y el enviado de la Komintern, Adolf A. Joffe, mantuvieron en Shangai, firmaron un célebre comunicado conjunto en pro del «frente unido» del Kuomintang con el PCCh, en el que, entre otras cosas, se decía: «El Dr. Sun Yat-sen piensa que el sistema comunista e incluso el de los soviets no pueden ser introducidos en China, donde no existe ninguna condición favorable para su aplicación. Esta idea es por entero compartida por el señor Joffe, el cual cree que el problema más importante y urgente de China es su unificación y su independencia nacional».

Como consecuencia de este acuerdo,

Los introductores del marxismo

Dos profesores universitarios, procedentes ideológicamente del reformismo nacionalista y antidinástico, fueron los introductores del marxismo en China y colaboraron activamente en la fundación y desarrollo del PCCh.

Ch'en Tu-hsiu (Chen Duxiu) *(1879-1942) estudió en Japón y Francia, y fue decano de la Facultad de Letras de la Universidad de Pekín. Fundó y dirigió la revista* Xin Quingnian *(*La Juventud Nueva, *1916), portavoz de la revolución literaria, cultural y política, por oposición al confucianismo, en la que publicó el manifiesto de Hu Shi titulado* Sugerencias para una reforma de la literatura. *Tras la revolución bolchevique y el Movimiento del 4 de Mayo, se convirtió al marxismo y fue uno de los doce fundadores del PCCh (1921) y su primer secretario general (1921-1927). Tras las matanzas de comunistas de 1927 se le acusó de «oportunismo derechista» y fue destituido y finalmente excluido del partido en 1929. Formó entonces un grupo político de tendencia trotskista. Detenido en 1932 por los nacionalistas y condenado a quince años de cárcel, fue liberado en 1937 y se unió al frente antijaponés. Murió en residencia vigilada.*

Li Ta-chao (Li Dazhao) *(1889-1927), profesor de historia en la Universidad de Pekín, fue el primer intelectual chino convertido al marxismo. Colaborador de* La Juventud Nueva *y fundador de la* Sociedad para el Estudio del Marxismo, *fue fundador y miembro del Comité Central del PCCh, y abogó en principio por la colaboración con el Kuomintang. Bibliotecario general de la Universidad de Pekín, ejerció considerable influencia sobre uno de sus subordinados: Mao Tse-tung. Refugiado en la Embajada de la URSS en Pekín, fue secuestrado por los esbirros de Chang Tso-lin, sátrapa militar de Manchuria, y a pesar de las múltiples protestas diplomáticas e intelectuales, murió ahorcado.*



Camera Press/Zardoya

En esta página, Chiang Kai-shek y Sun Yat-sen en Cantón, en 1923. En ese año, el gobierno nacionalista envió a Chiang Kai-shek a Moscú a estudiar la organización política y militar soviética.

El joven oficial (contaba entonces 37 años) regresó a China después de seguir un curso de adiestramiento de seis meses y fue nombrado director de la Academia Militar Nacionalista de Whampoa (Huangpu).

uno de los principales colaboradores de Sun Yat-sen, el coronel Chiang Kai-shek (Jian Jieshi), fue enviado a Moscú, para estudiar la organización militar, y una misión soviética, dirigida por Mijail Borodin, llegó a Cantón para asesorar a los nacionalistas. En un congreso celebrado del 20 al 30 de enero de 1924, bajo la dirección de Borodin, el Kuomintang se organizó según el modelo soviético, aprobó unos nuevos estatutos y aceptó la entrada de los comunistas (entre ellos, Mao Tse-tung) en sus organismos dirigentes. El congreso creó la Academia Militar de Huangpu (Whampoa), con Chiang Kai-shek como comandante en jefe y Chu En-lai (Zhu Enlai) como director político. Por su parte, el PCCh aprobó la doble militancia y reconoció al Kuomintang como «la fuerza central de la revolución cuya dirección debe asumir».

La colaboración de nacionalistas y comunistas benefició a ambos partidos, que experimentaron un crecimiento espectacular, y fortaleció al gobierno de Sun Yat-sen, hasta el punto de que, tras un confuso golpe militar en Pekín (23 de octubre de 1924), con el triunfo del clan projaponés Anfu, el jefe nacionalista fue llamado a Pekín para negociar con Chang Tso-lin (Zhang Zuolin), señor de Manchuria. Pero la muerte de Sun Yat-sen en Pekín (12 de marzo de 1925) asestó un duro golpe a las esperanzas nacionalistas y puso en peligro la alianza con el PCCh. Una lucha sorda estalló entre los herederos: Wang Ching-wei (Wang Jingwei), jefe del gobierno nacionalista de Cantón, y Chiang Kai-shek, comandante militar, al tiempo que se anunciaban grandes luchas sociales y los sectores burgueses se alarmaban ante los progresos comunistas.

Transformaciones sociales

Durante los últimos cincuenta años se había producido un desarrollo importante del sector económico moderno, chino o extranjero, pero desequili-



Keystone/F. X. Rafols



A.G.E.

brado: la industria ligera era menos importante que la industria pesada y la minería. La economía de mercado, a partir de los comerciantes de la costa, llegó hasta el interior, donde la artesanía tradicional retrocedió ante los productos manufacturados.

Se alteró la estructura social en su jerarquía confuciana: letrados (*shi*), campesinos (*nong*), artesanos (*gong*) y comerciantes (*shang*). El gran comercio tradicional (seda, tabaco, té), los «compradores» e incluso los mandarines promotores de la industria, agrupados en las cámaras de comercio, que se pronunciaron contra la dinastía en 1911, se unieron a la política conservadora de Yüan Shih-k'ai y respaldaron económicamente a Chiang Kai-shek.

El proletariado industrial contaba con unos dos millones de trabajadores (0,5% de la población total), sometidos a jornadas agotadoras y pésimas condiciones de trabajo. Los sindicatos surgieron después de 1911, y la estrategia urbana de los comunistas coincidió con el espectacular aumento de los precios que siguió a la Primera Guerra Mundial y el deterioro del nivel de vida. Sólo en 1922, unos 300.000 obreros participaron en más de cien huelgas, y en mayo, sus delegados se reunieron en Cantón en el I Congreso Nacional del Trabajo.

Los comunistas consideraban que un proletariado poco numeroso y relativamente aislado no podía vencer, como demostró la huelga del ferrocarril Pekín-Hankeu (febrero de 1923) cuando las tropas de Wu P'ei-fu (Wu Peifu), «señor de la guerra» a sueldo de los británicos, mataron al menos a cuarenta huelguistas.

La protesta obrera era más eficaz cuando iba acompañada por la agitación nacionalista y xenófoba. El 30 de mayo de 1925, la policía británica de Shanghai disparó y mató al menos a doce manifestantes para reprimir una manifestación. Una ola de indignación y protesta sacudió a las principales ciudades, en las que el antiimperialis-

Anticonfucianismo y occidentalización

«Han acusado a esta revista de incitar a destruir el confuncianismo, los ritos, la quintaesencia nacional, *la castidad de las mujeres, la moral tradicional (lealtad, piedad filial, castidad), las artes tradicionales (la ópera china), la religión tradicional (divinidades y fantasmas), la literatura antigua y la política del viejo estilo (privilegios y gobierno por hombres solos).*

»Reconocemos la base de todas estas acusaciones. Pero no nos reconocemos culpables. Si hemos cometido todos esos crímenes, fue sólo para apoyar a dos hidalgos: la democracia y la ciencia. A fin de sostener la democracia, estamos obligados a combatir al confuncianismo, los ritos, la castidad de las mujeres, la moral tradicional y la política del viejo estilo. Para preconizar la ciencia, no lo podemos hacer de otro modo que oponiéndonos al arte tradicional y a la religión tradicional. Para recomendar tanto la democracia como la ciencia estamos obligados a atacar el culto de la quintaesencia nacional *y la literatura antigua.*

»Si continuamos soñando en nuestras antiguas dinastías (...), nuestro pueblo se encontrará situado fuera del siglo XX y reducido a vivir como los esclavos y los animales.

»No sabemos en verdad cuál de nuestras instituciones tradicionales puede ser adaptada a las condiciones de supervivencia en el mundo moderno. Me gustaría más ver la ruina de nuestra quintaesencia nacional *que la extinción definitiva de nuestra raza en razón de su ineptitud para sobrevivir. Los babilonios ya no existen, ¿de qué sirve hoy día su civilización? Como dice un provervio chino: "donde no hay piel, ¿a qué puede adherirse el cabello?" El mundo progresa sin cesar y no nos esperará.»*

(FUENTE: Chen Tu-hsiu en La Juventud Nueva, *enero de 1919. Citado por Lucien Bianco en* Les origenes de la Révolution chinoise, *Gallimard, París, 1967.)*

En esta página, arriba, tropas nacionalistas en las calles de Kweilin; en enero de 1926, el ejército del Kuomintang sometía ya China Central y Meridional, después de haberse apoderado de la triple ciudad industrial de Wuhan (Hankow, Hanyang y Wuchang), y en marzo ocupaba Shanghai y Nankín, en el Yangtsé. Abajo, disturbios callejeros en Shanghai (julio de 1927) contra la presencia británica.

Fundación y evolución del PCCh

1921
julio: *congreso fundacional, celebrado en Shanghai. Asisten doce delegados (Mao entre ellos) que representan a 57 militantes. Dirige los debates el holandés Maring, emisario de la Komintern. Aunque no pudo asistir, el profesor Chen Tu-hsiu fue elegido secretario general.*

1922
julio: *II Congreso, en Shanghai. Adopta los estatutos y propugna un «frente democrático». Están representados 123 militantes.*

1923
junio: *III Congreso, en Cantón. Doce delegados representan a los 340 miembros. Aprueba la alianza con el Kuomintang.*

1925
enero: *IV Congreso, en Shanghai. Veinte delegados para unos 1.000 militantes, más 2.635 miembros de las Juventudes. Por primera vez subraya la importancia del movimiento campesino.*
noviembre: *el partido cuenta con 10.000 miembros.*

1926
julio: *el partido tiene 30.000 miembros; las Juventudes, 15.000.*

1927
abril: *V Congreso, reunido en Wuhan. Ochenta delegados representan a 57.000 militantes. Las Juventudes tienen 35.000 miembros. A pesar de lo ocurrido en Shanghai, se mantiene la colaboración con el Kuomintang (sector izquierdista, de Wuhan), según el dictado de la Komintern.*
agosto: *Chen Tu-hsiu es excluido del secretariado del Comité Central y responsabilizado del desastre.*

1928
julio-septiembre: *VI Congreso, en Moscú a causa de la clandestinidad. Asisten 84 delegados, representantes teóricos de 40.000 militantes. Chen Tu-hsiu, eliminado, acusado de «oportunismo derechista» y de «capitulador», es reemplazado por Chu Chiu-pai. Li Lisan es el máximo dirigente del Politburó. Mao Tse-tung (Mao Zedong), excluido del Comité Central, está ausente.*


Archivo Vendrell

mo galvanizó de nuevo a las masas. La huelga de Hong Kong duró ocho meses. Muchos historiadores consideran que de 1925 a 1927 China conoció una verdadera revolución, que tuvo efectos desastrosos para la colaboración del Kuomintang con el PCCh.

La Expedición del Norte

El sector más derechista del Kuomintang, el Grupo de las Colinas del Oeste, reunido en Pekín, solicitó en noviembre de 1925 la ruptura con los comunistas y la expulsión de Borodin, pero el congreso del partido, presidido por Wang Ching-wei, decidió mantener la colaboración (enero de 1926). Sin embargo, el conflicto se agudizó el 20 de marzo de 1926, cuando Chiang Kai-shek, invocando una supuesta conspiración, detuvo a los mandos comunistas de la Academia Militar de Whampoa y a los consejeros soviéticos, al tiempo que desarmaba a los piquetes sindicales, para hacerse con el control total de Cantón.

A pesar de la gravedad del incidente, la Komintern, Borodin y el PCCh reaccionaron con insólita mansedumbre, a fin de mantener a toda costa la colaboración con el Kuomintang, al que Stalin consideraba como un «bloque de cuatro clases» (burguesía, pequeña burguesía, obreros y campesinos). En Moscú, la cuestión china incidió en la lucha por el poder, pues mientras Trotski reclamaba «la liberación del Partido Comunista Chino de la camisa de fuerza del Kuomintang», Bujarin y Stalin sostenían que la ruptura desa-





Camera Press/Zardoya

En ambas páginas, militantes comunistas recibiendo instrucción militar en una «escuela del soldado» del PCCh. La política de «frente unido» entre comunistas y nacionalistas en el seno del Kuomintang permitió crear un ejército compacto y organizar sindicatos obreros, ligas campesinas y asociaciones de estudiantes. Sin embargo, bajo la dirección de Chiang Kai-shek, el Kuomintang adquirió un carácter cada vez más derechista. Apoyado por los medios financieros anglosajones, obtuvo ayuda militar por parte de las potencias europeas y decidió librarse de los soviéticos: el 12 de abril de 1927, Chiang Kai-shek ordenó la masacre sistemática de los comunistas.

Arriba, Mao Tse-tung en 1927. Tras la ruptura del PCCh con el Kuomintang en verano de aquel año, organizó en Hunan una insurrección campesina conocida como Cosecha de Otoño (entre el 5 y el 18 de septiembre).

creditaría a los comunistas. «Todo el desarrollo de la revolución china –escribió Stalin– indica indudablemente que los comunistas chinos deben permanecer en el Kuomintang e intensificar su acción en el interior de ese partido.»

La situación se aclaraba entre los nacionalistas después del golpe del 20 de marzo. Wang Ching-wei, incapaz de resistir la ascensión de Chiang Kai-shek, renunció a su cargo y marchó a Europa. En vísperas de la *Beifa* –Expedición del Norte–, vieja aspiración de Sun Yat-sen, el generalísimo nacionalista, con más de 100.000 hombres reunidos en ocho ejércitos, estaba prácticamente investido de todos los poderes y seguía gozando del apoyo de los comunistas.

La campaña militar contra los «señores de la guerra», iniciada el 9 de julio, constituyó un éxito fulgurante. Mediante dos ofensivas bien coordinadas, hacia el norte (Wuhan) y hacia el este (Nanchang), las tropas nacionalistas conquistaron en cinco meses todo el territorio situado al sur del Yangtsé. El gobierno nacionalista, con Borodin y los consejeros soviéticos, se instaló en Wuhan, mientras Chiang Kai-shek estableció su cuartel general en Nanchang.

El éxito de Chiang Kai-shek se debe tanto al ideal de Sun Yat-sen, impulsado por la burguesía, cuanto a la desunión de sus adversarios, los «señores de la guerra», y la propaganda y el dinamismo de los comunistas. Pero los sindicatos de campesinos (más de 9 millo-

La condition humaine y el terror blanco en Shanghai

La condition humaine, *obra maestra de André Malraux (1901-1976), contribuyó decisivamente a que la represión nacionalista en Shanghai (abril de 1927) fuera el episodio de la revolución mejor conocido.*

Aunque a veces cultivó el equívoco, Malraux no fue testigo de aquellos acontecimientos, sino que, para novelarlos, se sirvió de las notas que tomó en 1929 –durante un breve viaje por China–, de recortes de prensa y, sobre todo, de los conocimientos de dos amigos: Eddy du Perron, al que está dedicada la novela, especialista en cuestiones asiáticas, en cuya casa de Chevreuse se refugió el escritor para culminar su obra en 1932; y el periodista Georges Manue, que había seguido en China el proceso de la revolución nacionalista y la ascensión del Kuomintang.

La novela, que Malraux calificó de «reportaje», refleja con gran exactitud el ambiente de Shanghai, describe con precisión admirable lo ocurrido, la pasión de los revolucionarios chinos y soviéticos, y la ferocidad del terror blanco. En contra de la leyenda, el personaje principal, el mestizo Kyo Giors, no fue inspirado por Chu En-lai, a quien el autor no conocía entonces. Según Jean Lacouture, el modelo pudo ser el escritor japonés Kyo Komatsu, amigo en París de Hô Chi Minh.

La condition humaine *apareció en seis entregas de la* Nouvelle Revue Française, *de enero a junio de 1933, y mereció el premio Goncourt (1933).*

A pesar del tema y las pasiones revolucionarias del autor, la obra no es tanto una evocación histórica o una discusión ideológica cuanto una meditación sobre el hombre, en el sentido pascaliano de su título, como entrevió Ilya Ehremburg en una crítica publicada en Izvestia, *en mayo de 1933: «La revolución que ha vivido un gran país se transforma en la historia de un grupo de conspiradores. Estos conspiradores saben morir heroicamente, pero, desde las primeras páginas de la novela, está claro que deben morir. Razonan enormemente... se ocupan, es verdad, de distribuir fusiles, pero es difícil decir para qué les sirven los fusiles (...)»*



Cuerpos decapitados de revolucionarios en una calle de Tientsín. La revolución de 1911 y el advenimiento de la República abrieron un largo proceso de luchas civiles que convulsionaron a un país desunido, en el que el poder político estaba fragmentado en una serie de feudos de «señores de la guerra» y sometido a la voluntad de las potencias imperialistas extranjeras. La reunificación costó a China un alto tributo en vidas humanas.

nes de miembros), al actuar contra los terratenientes (*dizhu*) en las zonas liberadas por los ejércitos sudistas, alarmaron a los sectores más conservadores. La insurrección victoriosa de Shanghai (22 de marzo de 1927) y el incidente de Nankín, dos días después, con atentados y pillajes contra los extranjeros, salvados *in extremis* por los disparos de la flota británica, decidieron a la derecha del Kuomintang a volverse contra los comunistas.

La matanza de Shanghai

El general Chiang Kai-shek, sin duda presionado por los medios económicos y los «compradores», atacó a los comunistas en Shanghai, ciudad dominada por las milicias sindicales. En la madrugada del 12 de abril de 1927, «los trabajadores armados del Kuomintang», los sindicatos no comunistas y las «bandas roja y verde» (policías paralelas en conexión con el hampa) se unieron a los soldados nacionalistas para lanzar un ataque general por sorpresa contra los comunistas y sus simpatizantes, a los que primero desarmaron y después liquidaron.

La represión anticomunista, de inusitada ferocidad, se realizó a un ritmo infernal. Algunos de los heridos fueron enterrados vivos o arrojados a las calderas de las locomotoras en la estación. La huelga general desencadenada el día 13 fue un fracaso y no afectó al terror blanco. Una manifestación ante un cuartel del Ejército concluyó con una descarga que mató a más de cien manifestantes. Los comunistas dijeron haber tenido trescientos muertos y más de 5.000 desaparecidos.

Paralelamente, en Pekín, el «señor de la guerra» Chang Tso-lin, después de un simulacro de juicio, ahorcó a Li Ta-chao (Li Dazhao) y otros diecinueve comunistas a los que había capturado el 6 de abril en la legación soviética, donde encontró también numerosos documentos sobre la actuación de la Komintern y las consignas de Moscú para la agitación antiimperialista en China. Pekín rompió relaciones con la URSS.

A pesar del desastre, el PCCh, presionado por Moscú, mantuvo la alianza con el gobierno nacionalista de Wuhan, dirigido por Wang Chiang-wei, que condenó la matanza de Shanghai y puso precio a la cabeza de Chiang Kai-shek. Pero éste, mucho más fuerte militarmente que sus rivales, estableció otro gobierno en Nankín y se dispuso a proseguir la reunificación, ahora con el apoyo de las potencias occidentales.

Stalin, sin duda para contrarrestar la oposición trotskista, se empecinó en negar la evidencia y los comunistas chinos se encontraron ante el dilema de respaldar la revolución agraria, que había seguido a la conquista militar, o plegarse a las exigencias del gobierno nacionalista de Wuhan. El comunista indio Roy, delegado de la Komintern, se opuso a Borodin en el V Congreso del PCCh. Las contradicciones terminaron no por voluntad de los comunistas, sino por decisión de sus adversarios: la reunificación del Kuomintang, bajo la autoridad de Chiang Kai-shek, se produjo el 15 de julio de 1927, lo que provocó la huida precipitada de Borodin y los consejeros soviéticos.

Después de tres años de alianza, la unidad del movimiento revolucionario quedó pulverizada. La estrategia de sumisión al partido nacionalista, con el antiimperialismo como motor de las transformaciones históricas, había desembocado en una derrota sin paliativos y en la destrucción de las organizaciones proletarias, cuyas causas hay que buscar no tanto en un error de principio —la alianza con el nacionalismo respondía a la relación de fuerzas— cuanto en su aplicación mecánica y en la subordinación a los intereses de Stalin. El sangriento fracaso abrió el camino para una nueva estrategia campesina y militar, adecuada a las condiciones del país, dirigida por Mao.

Reunificación del país

Tras liquidar a los comunistas, Chiang Kai-shek prosiguió la conquista militar y política del país, pero tuvo que vencer la resistencia de muchos caciques del Kuomintang. En pleno triunfo, sin duda para presionar sobre sus correligionarios, el generalísimo abandonó la jefatura del Ejército y se trasladó al Japón, donde el 1 de diciembre de 1927 se casó en segundas nupcias con Soong Mei-ling, cuñada de Sun Yat-sen e hija de un gran banquero vinculado a los medios financieros anglosajones, y fue bautizado según el rito metodista.

Ante la amenaza que los «señores de la guerra» hacían pesar sobre la causa nacionalista, Chiang Kai-shek, reclamado por sus correligionarios, regresó a China y condujo los ejércitos a la victoria. El 4 de mayo de 1928 entró en Pekín y el 4 de octubre siguiente fue elegido presidente de la República. El país quedó reunificado bajo un gobierno relativamente moderno. Se cerraba así un período histórico. El siguiente acto sería el enfrentamiento de los aliados: la burguesía nacional y el proletariado.